

37

Enero-junio 2026

ISSN 2007-2538 | ISSN-E 2448-7295



VALENCIANA

ESTUDIOS DE LITERATURA Y FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

37

Enero-junio 2026

ISSN 2007-2538 | ISSN-E 2448-7295



VALENCIANA

ESTUDIOS DE LITERATURA Y FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

DIRECTORA
Dra. Lilia Solórzano Esqueda

EDITOR CIENTÍFICO
Dr. Anuar Jalife Jacobo

EDITORA TÉCNICA
Mtra. Karen González Cabrera

www.revistavalenciana.ugto.mx

COMITÉ EDITORIAL

ÁREA DE LETRAS: *Dra. Elba Sánchez Rolón* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dr. Andreas Kurz* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dra. Asunción del Carmen Rangel López* † (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dra. Magda Leonor Sepúlveda Eriz* (Pontificia Universidad Católica de Chile, Ch.), *Dr. Klaus Meyer-Minnemann* (Universidad de Hamburgo, Ale.), *Dr. Roberto Ferro* † (Universidad de Buenos Aires, Arg.), *Dra. Inés Ferrero Cándenas* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dr. Michael Roesner* (Universidad de Munich, Ale.), *Lic. Luis Arturo Ramos* (Universidad de Texas, EUA). ÁREA DE FILOSOFÍA: *Dr. Aureliano Ortega Esquivel* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dr. Rodolfo Cortés del Moral* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dr. Luis Puellas* (Universidad de Málaga, Esp.), *Dra. Diana Aurenque Stephan* (Universidad de Santiago de Chile, Ch.), *Dra. María L. Christiansen Renaud* (Universidad de Guanajuato, Méx.), *Dr. Carlos Oliva Mendoza* (Universidad Nacional Autónoma de México, Méx.), *Dr. José Luis Mora García* (Universidad Autónoma de Madrid, Esp.), *Dr. Adolfo Vázquez Rocca* (Universidad Complutense de Madrid, Esp.), *Dr. Raül Fornet-Betancourt* (Société Européenne de Culture, Fr.)

COMITÉ CIENTÍFICO

Dra. Elissa J. Rashkin (Universidad Veracruzana, Méx.), *Dr. Adrián Herrera Fuentes* (Universität Zu Köln, Ale.), *Dr. Francisco Estevez Regidor* (Universidad de Málaga, Esp.), *Dr. Mario Ruyfer* (Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Méx.), *Dra. Norma Angélica Cuevas Velasco* (Universidad Veracruzana, Méx.), *Dr. Ricki O'raue* (Queen's Belfast University, R.U.), *Dra. Cristina Sara Piña* (Universidad Nacional de Mar de la Plata, Arg.), *Dra. Gloria Vergara Mendoza* (Universidad de Colima, Méx.), *Dra. María Cristina Martínez Solís* (Universidad del Valle, Cali, Col.), *Dra. María Medina-Vicent* (Universitat Jaume I, Esp.), *Dr. Livio Mattarollo* (Universidad Nacional de la Plata/Conicet, Arg.), *Dr. Oliver Kozlarek* (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Méx.), *Dr. Omer Buatu Batubenge* (Universidad de Colima, Méx.), *Dra. Angélica Tórnero Salinas* (Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Méx.), *Dra. Georgina Aimé Tapia González* (Universidad de Colima, Méx.)

Valenciana, nueva época, año 19, núm. 37, enero-junio de 2026, es una publicación semestral editada y distribuida por la Universidad de Guanajuato, Lascuráin de Retana núm. 5, Zona Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto., a través de los departamentos de Filosofía y Letras Hispánicas de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Dirección de la publicación: Ex Convento de Valenciana s. n., C.P. 36240, Valenciana, Gto. Coordinador del dossier: Jaime Trueba César. Trabajo editorial: Ernesto Sánchez Pineda. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2010-071512033400-102 de fecha 15 de julio de 2010. Revista *Valenciana* impresa: ISSN 2007-2538 y electrónica: ISSN-E 2448-7295. Certificado de Licitud de Título y Contenido núm. 15244 otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas. Esta revista se encuentra indexada en el Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (Latindex), el Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica (Conahcyt), la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc), la hemeroteca de artículos científicos hispánicos en internet Dialnet, la colección SCIELO-México, la base de datos CLASE de Latinoamérica y el Caribe, el Directory of Open Access Journals (DOAJ), Bibliografía Latinoamericana (Bibliat), CRUE-Red de Bibliotecas REBIUN, Actualidad Iberoamericana y MIAR. Las opiniones expresadas por los autores no reflejan necesariamente la postura del editor de la publicación. La originalidad de los contenidos queda bajo estricta responsabilidad del autor. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guanajuato.

Sumario

Oyendo de lejos un zumbido de enjambre mecánico. Aceleración social y movilidades capitalistas subalternas en <i>El corredor o Las almas que lleva el diablo</i> (2023), de Alejandro Vázquez Ortiz	11
RENÉ ARAYA ALARCÓN	
La inmortalidad del relato. “Hierbas aromáticas” de Ángel Bonomini	37
EZRA GIBRÁN GUZMÁN MAGAÑA	
Transformaciones de la categoría “independiente” en el campo editorial mexicano (siglo xx-xxi)	59
ALEJANDRA HURTADO TARAZONA	
La literatura sobre perpetradores: <i>Hijo de la guerra</i> de Ricardo Raphael	85
JOSÉ SÁNCHEZ CARBÓ	
El espíritu del mal: El narrador acusador y la violencia mimética en “Viernes: La hora inmóvil” de Juan Vicente Melo	109
ADÁN TATEWARÍ HERNÁNDEZ MEDELLÍN	
¿De qué hablamos cuando hablamos de la historia? Esbozo de una fenomenología de las narrativas	133
RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ	
YASSIR ZÁRATE MÉNDEZ	

La analítica de la gubernamentalidad foucaultiana como herramienta para problematizar la descalificación neoliberal del ejercicio del poder público	159
---	-----

IVÁN GABRIEL DALMAU

Sobre la categoría de “pueblos originarios” [Apuntes para una historia conceptual]	185
---	-----

AURELIANO ORTEGA ESQUIVEL

DOSSIER

PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS DE LA BIOÉTICA

Bioética: la ética del primer cuarto del siglo XXI	205
--	-----

RAMÓN SANZ FERRAMOLA Y LUCIANA MARIÑELARENA DONDENA

La racionalidad tecnocientífica del antienvejecimiento: una crítica bioética, epistémica y política al biocapitalismo trashumanista	231
---	-----

SAMUEL RICARDO ESPINOZA VENZOR

La naturaleza como comunidad en la ética de Aldo Leopold	259
--	-----

MÓNICA URIBE FLORES

RESEÑAS

Una visión esclarecedora y crítica de la Bioética Paulina Rivero Weber, <i>Introducción a la bioética. Desde una perspectiva filosófica</i> , México, Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México / Programa Universitario de Bioética, 2021.	279
---	-----

JAIME TRUEBA CÉSAR

El catalejo aristotélico: traducción al español de un tratado barroco de retórica y poética

Emanuele Tesauro, *El catalejo aristotélico*, Raquel Barragán Aroche, Fernando Ibarra Chávez, Andrés Iñigo Silva (eds.), Fernando Ibarra Chávez (trad., notas e índices), México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2024. 285

GENARO VALENCIA CONSTANTINO

Edición y poesía de Laura Méndez de Cuenca

Laura Méndez de Cuenca, *Poesía*, Ángel José Fernández (ed.), Xalapa, Universidad Veracruzana, 2024. 291

DIEGO ARMANDO LIMA MARTÍNEZ

Sobre las autoras y los autores 297

Oyendo de lejos un zumbido de enjambre mecánico. Aceleración social y movilidades capitalistas subalternas en *El corredor o Las almas que lleva el diablo* (2023), de Alejandro Vázquez Ortiz¹

Hearing the Hum of a Mechanical Swarm from
Afar. Social Acceleration and Subaltern Capitalist
Mobilities in Alejandro Vázquez Ortiz's *El corredor
o Las almas que lleva el diablo* (2023)

RENÉ ARAYA ALARCÓN

UNIVERSIDAD DE PLAYA ANCHA, CHILE

renearay@gmail.com

Resumen: El presente artículo analiza la novela *El corredor o Las almas que lleva el diablo* (2023), del escritor mexicano Alejandro Vázquez Ortiz. A partir de aportes teóricos de Hartmut Rosa, Zygmunt Bauman y Giorgio Agamben, se sostiene que al recrear una carrera clandestina y mortal en las rutas que unen a Monterrey y Saltillo, Nuevo México/Coahuila, el texto metaforiza el aceleracionismo posmoderno y las formas de movilizaciones puestas en marcha por el capitalismo y el modo en que estas repercute en la formación de identidades subalternas. Entre las conclusiones, se plantea que la novela de Vázquez inaugura formas de recreación de la autopista no ex-

¹ Este trabajo ha sido financiado por el Programa de Contratación de Ayudantes de Investigación de la Universidad de Playa Ancha, en el marco del Proyecto de Fortalecimiento UPA 24991.

ploradas hasta ahora en la literatura latinoamericana, lo que pudiese constituirse como un aporte al momento de emprender el análisis de la representación literaria de los regímenes de movilidad capitalista en nuestro continente.

Palabras clave: movilidad, capitalismo, paisaje, autopista, *El corredor o Las almas que lleva el diablo*.

Abstract: This article analyzes the novel *El corredor o Las almas que lleva el diablo* (2023), by the Mexican writer Alejandro Vázquez Ortiz. Based on theoretical contributions from Hartmut Rosa, Zygmunt Bauman and Giorgio Agamben, it is argued that by recreating a clandestine and deadly race on the routes that connect Monterrey and Saltillo, New Mexico/Coahuila, the text metaphorizes postmodern accelerationism and the forms of mobilizations put underway by capitalism and the way in which these impact the formation of subaltern identities. Among the conclusions, it is proposed that Vázquez's novel inaugurates forms of recreation of the highway not explored until now in Latin American literature, which could constitute a contribution when undertaking the analysis of the literary representation of capitalist mobility regimes on our continent.

Keywords: mobility, capitalism, landscape, highway, *El corredor o Las almas que lleva el diablo*.

Recibido: 14 de febrero del 2025

Aceptado: 4 de abril del 2025

Doi: 10.15174/rv.vi18i37.840

Introducción

Sin lugar a duda, las autopistas se constituyen como una de las obras de ingeniería de mayor impacto sobre los espacios urbanos y rurales, en especial a partir de las primeras décadas del siglo xx. Su presencia es de tal relevancia que se conciben como un invariante del paisaje, es decir, uno de aquellos elementos que posibilitan que un entorno, por más ajeno o exótico que resulte, tenga algún vestigio de familiaridad o de relación con cualquier otro (Jackson 191). Al margen de su innegable valor paisajístico (Caballero, Domínguez y Naranjo 53; Moreno Aranguren 34), las autopistas han supuesto una serie de transformaciones en el modo de interacción entre quienes habitan el espacio. Estas fueron advertidas tempranamente por Lewis Mumford en *La carretera y la ciudad* (1958), ensayo que criticó la aprobación de un enorme plan de autovías interestatales en Estados Unidos, advirtiendo sobre las consecuencias devastadoras que tendría sobre las “ciudades y campiñas” (Mumford 45). A partir de entonces, su despliegue ha sido objeto de todo tipo de debates que cuestionan su impacto sobre el modo de vincular a territorios y a los sujetos que se desplazan a través de ellos (Harvey, *El derecho a la ciudad* 27; Virilio 15).

Con todo, a pesar de su relevancia social, cultural y, desde luego, política, no abundan en la literatura latinoamericana representaciones de corredores terrestres. Entre las novelas, aún sin prisa, podríamos nombrar apenas un puñado. Por ejemplo, *Los autonautas de la cosmopista* (1983), de Julio Cortázar; *Cambio de piel* (1967), de Carlos Fuentes; *Los detectives salvajes* (1998), de Roberto Bolaño, o *Prontos, listos, ya* (2006), de Inés Bortagaray. Podríamos añadir a *Había mucha neblina, humo o no sé qué* (2016), texto en que Cristina Rivera Garza repasa los desplazamientos de Juan Rulfo por las carreteras mexicanas en

su condición de vendedor viajero de neumáticos y de funcionario público. Es decir, los corredores de transporte han sido escasamente abordados y recreados en la literatura latinoamericana a pesar de su enorme relevancia, por ejemplo, en los procesos de modernización urbana de las últimas décadas (Romero 350). Con todo, su representación ha enfatizado dos aspectos. Por un lado, su condición de “no-lugar”, es decir, han sido concebidos como espacios que no pueden definirse a partir de su valor identitario, relacional o histórico (Augé 100). Por otra parte, y siguiendo a Michel Onfray, se les ha imaginado como lugares asociados al viaje, entendido como espacio de iniciación y de la transformación personal (Onfray 35).

En este contexto, *El corredor o Las almas que lleva el diablo* parece inaugurar una forma de representación de la autopista que tensionaría esos esquemas, motivo por el que parece relevante abordar su análisis. En la novela, Ricardo Prieto, empresario regiomontano en decadencia, es un adicto a la velocidad y al olor a gasolina, “obsesionado por hacer una especie de Le Mans mexicana” (*El corredor* 70) en la peligrosa autopista que une a Saltillo y Monterrey. A diferencia de la célebre carrera francesa de resistencia, se trata de un certamen ilegal y desprovisto de cualquier medida de seguridad que despliega a seis corredores aficionados: el Acerero, la Borrega, el Amarillo, la Muerta, Kanjo y el Lobo, todos reclutados por Humberto, mano derecha de Prieto. Cada uno de los corredores se parapeta al interior de sus camionetas acondicionadas para alcanzar velocidades de doscientos cincuenta kilómetros por hora, provistos de armas de fuego y dispuestos a hacer lo que sea por obtener el millonario premio en disputa.

Tal vez a causa de su reciente publicación, la novela no ha sido aún abordada por la academia, pero sí existen múltiples reseñas y entrevistas en medios especializados que permiten de-

linear algunas incipientes líneas interpretativas en su recepción. En este sentido, principalmente se ha enfatizado que *El corredor* evidenciaría el despliegue de un régimen de violencia estructural y sistemática en el espacio fronterizo del norte de México y Texas (Morales párr. 9). Así, la autopista sería concebida como un dispositivo que propicia el ejercicio de relaciones de poder bio y necropolíticos que formarían parte de la experiencia cotidiana de quienes habitan en Monterrey (Retamoso párr. 16).

Al mismo tiempo, se ha leído que la aparente “oda a la velocidad” de la novela, permitiría más bien entrever una paradójica negación del movimiento. Estas interpretaciones enfatizan que los sujetos de la novela transitan a toda velocidad por la autopista en un movimiento incesante que, paradójicamente, no los lleva a ninguna parte. En términos de Vázquez, uno de sus propósitos ha sido representar “el movimiento demencial del ciclo de las ciudades y del capital, donde estamos moviéndonos permanentemente para terminar en el mismo lugar” (Vázquez, *oda a la velocidad* párr. 11).

Los elementos puestos en relieve hasta ahora por la crítica se constituyen como un punto de partida a partir del cual ofrecer una lectura que problematice la representación de la autopista en *El corredor* a partir de las nociones de aceleración social y movilidad capitalista. Entiendo así, que, en el marco de la carrera clandestina recreada en la novela, los sujetos emergerían atrapados por un régimen temporal invisible que concibe la aceleración incesante como su principal valor, de modo tal que se ven coaccionados a participar de esa dinámica ubicua. En este marco, la hipótesis de lectura que propongo apunta a que *El corredor* representa la forma en que ciertas subjetividades fracasan en el ingreso a dinámicas y rituales propios de la aceleración social, viéndose forzados a participar de redes de movilización capitalistas que las producen en tanto subjetividades

subalternas. En esta medida, el circuito de la carrera clandestina y el énfasis en la decadente industria del reciclaje, representarían la tendencia del capitalista a movilizarse de modo circular y a someter a ciertas subjetividades a un movimiento perpetuo, pero inoperante. Las rutas de transporte que unen a Monterrey y Saltillo devendrían, entonces, en lugares de *excepción* y quienes se desplazan por ella se constituirían en *nuda vida*.

Paisaje borrado, viaje imposible

Al margen de que buena parte de su trama se desarrolla sobre rutas de asfalto, *El corredor* no es, en ningún caso, lo que podríamos entender como una *road story*. La autopista se representa como un circuito breve y cerrado, un modo de desplazamiento que supone tal grado de velocidad y riesgo que no puede entenderse como viaje, pues todo “viaje es esencialmente una forma de ver: se basa en el ojo, en nuestra capacidad visual” (McGrane 116) y supone, por tanto, “el disfrute del paisaje” (Carr 147). En las subjetividades de *El corredor* no hay posibilidades de apartar la mirada del asfalto, pues desviar la vista puede costar la posición en la carrera o la vida. Las miradas se ensimisman en el volante y la autopista:

A Kanjo lo distrae un cupé que pasa a toda velocidad en la carretera, levantando una llovizna de grava. Lo sigue hasta que se vuelve un punto indiscernible del horizonte. No le gusta tener tanto espacio ante sí. Prefiere que todo se limite a un punctum preciso de asfalto en la composición de un parabrisa (*El corredor* 246).

Lo único que los competidores alcanzan a ver es la ruta hacia delante y sus rivales por el retrovisor:

[...] el paisaje no es más que una repetición, toda montaña una escenografía repetida para poner fin a la mirada que se resbala en el horizonte. Lo único verdadero que se puede tocar y hendir y transitar es el asfalto. Sólo eso existe [...] esa cinta negra que mapea el territorio cual cicatriz con la sutura intermitente del blanco (*El corredor* 279).

Entonces, el paisaje es borrado por efecto del vértigo en el desplazamiento. Este es un motivo reiterado a lo largo de la novela: el escenario urbano e interurbano parece desvanecido entre la niebla que cubre la autopista, o a causa del humo producido por las colisiones y desperfectos de los motores de los vehículos que impide ver el entorno: “Sólo se ve el montículo en donde sobresalen raíces, matorrales y algo de basura, y, encima de todo, una columna de humo negro aparece. Después la nube tupida que borra el cerro” (*El corredor* 17). De vez en cuando, se configuran también espacios que asemejan el decorado invariable de un videojuego:² supermercados, tiendas Oxxo, residencias geométricas del suburbio que se reiteran como imágenes en permanente movimiento sobre las cuales es imposible fijar la mirada. La autopista, entonces, funciona como un zoótropo que rota a una velocidad que no permite discernir las imágenes que proyecta; se asemeja a una rueda de hámster, un dispositivo que sólo permite dar vueltas circulares y que anula toda posibilidad de desplazamiento real. No hay posibilidad alguna de disfrute del movimiento o para que, siguiendo a Pablo Piedras, la visión panorámica permita la irrupción de la intimidad, la

² Asunto nada trivial si consideramos que Vázquez Ortiz ha declarado como una de las influencias de la novela a *Carmaggedon*, un videojuego de combate en vehículos creado en 1997. Este juego tiene como misión principal acabar la carrera o destrozar los coches de los contrarios, contexto en el cual la matanza de peatones es un aliciente.

autorreflexión y la transformación personal (Piedras 222). Se produce, entonces, una exacerbación de la autopista entendida como “no-lugar”, toda vez que no es representada tan sólo como un espacio presidido por el control del acceso y las circulaciones (Augé 44), sino que como espacio que deslocaliza el paisaje hasta el punto de anular la idea de desplazamiento. La autopista y su velocidad vuelven invisible el entorno, produciendo un efecto de desterritorialización propia del capital, que se propone derribar cualquier obstáculo al intercambio en una lucha por aniquilar el espacio mediante el tiempo (Harvey, *Espacios del capitalismo* 263). Las subjetividades representadas por la novela no pueden comprenderse sin hacer referencia a esta percepción del espacio geográfico fracturado y que está vinculada a la implantación del capitalismo (Harvey, *Espacios del capitalismo* 136), ocasionando, a su vez, el despliegue de toda clase de identidades subalternas que no logran operar satisfactoriamente en este escenario.

De este modo, los corredores embarcados en la carrera Monterrey-Salttillo, no encuentran otra salida que mantenerse en movimiento. De acuerdo con Hartmut Rosa, si acaso existe una característica universal de la modernidad guarda relación con la experiencia de un cambio en la estructura temporal de la sociedad o, más exactamente, la experiencia de aceleración de la vida, en cualquier de sus facetas (Rosa 28). Rosa alude a una pulsión por mantenerse siempre en movimiento, por no mirar atrás, por no incurrir en el ejercicio benjaminiano del ángel de la historia. La única conducta posible es apretar el acelerador sin contemplación, toda vez que “en un circuito acumulativo, alimentado por su propia producción, la aceleración es el comportamiento normal” (Land 27). En el caso de los pilotos aficionados de *El corredor*, la aceleración a la que se puede optar es el remedo vago e inoperante de la velocidad sobre la autopista.

Ninguno de los que ponen su vida en riesgo sobre el asfalto consiguen ir más rápido hacia ninguna parte. El tiempo, en realidad, no transcurre lo suficientemente a prisa para ellos, no son lo suficientemente livianos, su modo de tomar parte en la aceleración de la modernidad se exhibe, entonces, del modo más evidente y rústico posible: a exceso de velocidad y poniendo la vida en riesgo sobre una pista que “es una trampa mortal” (*El corredor* 99). Subirse a sus vehículos y volverse hacia la carretera es el modo que encuentran de participar de los ritualistas aceleracionistas de los que no pueden en realidad tomar parte, pues sus existencias no logran cumplir los estándares de premura que el capitalismo tardomoderno exige y son conminados a acelerar del modo más literal y riesgoso posible. Como piensa Hartmut Rosa (41), al no poder habitar la aceleración que se propone, estos sujetos experimentan la patología y la alienación de moverse en el espacio desde la negación del movimiento. Aceleran, entonces, aunque intuyen que esa velocidad deviene maligna y no los lleva a ningún sitio. Necesitan el vértigo. No logran evitar la pulsión de dirigirse hacia la autopista, que los atrae con su fragor:

Está fastidiada del tráfico diurno, del río de carrocerías de plástico que serpentea las calles [...]. Mejor moverse. Duerme más tranquila a la orilla de alguna avenida concurrida donde siempre, no importa la hora, circulan automóviles. La atmósfera la tranquiliza: el resplandor de los espectaculares superpuestos, la simetría de las farolas encajadas en hileras interminables, el trajín de los chóferes anónimos que iluminan su paso a través de espirales de concreto [...]. Éste es su tiempo. El asfalto limpio en sus cuatro carriles y no el tedio sumiso del tráfico diurno (*El corredor* 19).

Atados a la modernidad *pesada*

El impulso por la aceleración inoperante que experimentan los pilotos aficionados que recorren la autopista que une Saltillo y Monterrey en *El corredor*, no es sólo una pulsión individual. Tiene, en cambio, dimensiones geopolíticas que la novela se encarga de explicitar. Al respecto, resulta importante mencionar que, hacia principios del siglo xx, Monterrey destacó como una ciudad siderúrgica que proveyó de materia prima a Estados Unidos en el marco del desarrollo de su industria militar (Toledo Beltrán y Zapata 51). Por entonces, Monterrey experimentó una explosión demográfica y económica, así como una importante degradación ambiental (Zapata Novoa 63). El momento de máxima expansión tuvo lugar en el marco de la Segunda Guerra y, luego de ello, progresivamente, la producción fue decayendo hasta que, en 1986, una de sus principales maestranzas, ícono de su desarrollo industrial, la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey S. A., cerró sus puertas, lo que tuvo significativo impacto socioeconómico y político en la ciudad (Hinojosa y Martínez 148). Este proceso puede leerse a partir de aportes teóricos de Zygmunt Bauman. Según este autor, hemos transitado desde una modernidad pesada a una modernidad liviana o líquida (Bauman, *Modernidad líquida* 122):

Esta parte de la historia que llega ahora a su fin, podía denominarse [...] “la era del *hardware*” o “modernidad pesada” [...], la época de las máquinas pesadas y engorrosa, de los altos muros de las fábricas que rodeaban plantas cada vez más grandes y que ingerían planteles cada vez mayores, de las enormes locomotoras y gigantescos vapores oceánicos [...] Conquistar el espacio era la meta suprema (*Modernidad líquida* 122).

Entonces, el auge de la industria acerera de Monterrey coincidiría con ese momento “pesado”, del que luego, una vez retirado el capital, el espacio ya no logrará deshacerse sin secuelas. No logra transitar hacia el capitalismo software, hacia la modernidad liviana (Modernidad líquida 125), pues sus sujetos no fueron habilitados para ello; en cambio, se especializaron en proveer de materia prima a las sociedades hegemónicas que no detuvieron su “progreso licuado”.. El espacio, de cierto modo, se vuelve ruinoso y quienes lo habitan fantasmas que se aferran a la materialidad capitalista pasada. Esta idea se manifiesta en la novela mediante la representación de un segundo gran escenario que, junto con la autopista, irrumpe en el paisaje, es decir las múltiples desarmaduras, deshuesaderos y fundiciones de chatarra vehicular que proliferan en el cordón industrial de Monterrey, donde antes se erigieron las plantas fordistas metalúrgicas, “modelos ambicionados de la racionalidad en la modernidad pasada” (*Modernidad líquida* 124). Las subjetividades de la novela han quedado atadas al *hardware*, a los vehículos y a los fierros que, de cierta forma, metaforizan a la sociedad pesada:

Como todo lo que viven después de la calamidad, ahora está en el yonque. El Palacio de Fierro acopia máquinas de deshecho y pérdidas totales. Después los desarmadores separan las piezas de los motores diferenciando cada uno de los metales: fierro, acero, aluminio y bronce. A veces de entre las tripas de la maquinaria aparecen refacciones que se pueden reutilizar. Pero la mayoría, ya clasificado, irá a parar como chatarra de regreso a las fundiciones (*El corredor* 30).

No logran, entonces, sacudirse del metal. Por eso, los sujetos de la novela actúan como si fueras prótesis de sus vehículos, como si se trataran de simbiosis humanos, que no conciben

su vida sino entre tuercas: “El Acerero casi nunca usa bastón o muletas. Su única prótesis es la Syclone” (*El corredor* 79), “es indisociable de su camioneta. Al poner su pie en el acelerador se produce una comunión entre la máquina y el Acerero. Un misterio ontológico que funde dos formas en una sola sustancia” (*El corredor* 78). Por ello, con frecuencia, los corredores son mencionados aludiendo a los vehículos que conducen: Dodge blanca, Ranger amarilla, Chevy pick up, Caddy blanca, Ford Lobo Roja, a la usanza de Cortázar en “La autopista del sur” (Cortázar 11). No dejar de conducir los sitúa en un cierto orden social, pues “apenas te apeas del coche, eres un delincuente. En cuanto comienzas a caminar eres una amenaza para el orden público, como los perros vagabundos en las carreteras” (Baudrillard 74). El único orden posthumano al que pueden aspirar es, curiosamente, concebirse como pieza de vehículo y a los vehículos como dotados de ánima:

—Es muy fácil: sólo piense en la santísima trinidad. Esto que está aquí —dice golpeando un mazacote cuadrado de hierro colado— es el monoblock y es el cuerpo. Lo que va en el centro amachinado es el cigüeñal, y es el alma. Y estas otras cosas —apunta a las ocho barras que sobresalen del cigüeñal y se hunden en los cilindros— son las bielas con los pistones, y son las manitas y las patitas (*El corredor* 31).

Resulta relevador que en la novela el principal negocio de las fundidoras y desarmaduras consista en importar motores y chatarras desde Estados Unidos, aprovechando la condición fronteriza de Monterrey, que linda con Laredo. Monterrey, entonces, es retratado como el espacio que se hace cargo de ciertos deshechos, los resabios “pesados” de la bonanza acerera; el lugar en que la chatarra es seleccionada sin descanso para determinar

aquello que podrá reutilizarse de aquello deberá fundirse y reciclar. La novela despliega acá una crítica la noción de economía circular, toda vez que Monterrey es recreada como una ciudad que se dedica a “tomar mierda y convertirla en materia prima [...] Sacar oro de la mierda” (*El corredor* 41), es decir, incesantemente ocupada en proveer de los insumos que permitirán el movimiento perpetuo e inoperante de la autopista:

Reciclar. Un círculo imparable sin inicio ni fin. Monterrey lleno de mierda, lleno de acero, de fumarolas perpetuas, de hierro, de flechas persiguiéndose la cola sin ir a ningún lado. Los afanes de la sustentabilidad lo asquean. Sostener, ¿qué? ¿a quién? ¿para qué? (*El corredor* 42).

Monterrey se retrata así como una ciudad decadente y fantasmal. Resulta relevante que la carrera pretenda constituirse como versión apócrifa y demencial de las 24 horas de Le Mans, una carrera de élite donde participan, desde luego, pilotos profesionales. En cambio, en *El corredor* se trata de una carrera marginal, decadente, donde compiten un puñado de pilotos aficionados relacionados, en su mayoría, con el mundo de los yonques. La novela da cuenta del negocio desmejorado de las desarmaduras y funciones, que contrasta con el pasado glorioso acerero de Monterrey. Lo que queda del viejo pasado siderúrgico regiomontano es apenas un puñado de fundiciones pequeñas y chimeneas que contaminan sin descanso. Monterrey se revela así como un espacio que ha experimentado una caída de la inversión, devaluado. La vitalidad productiva se desplaza a otros contextos urbanos, a veces periféricos, y las poblaciones quedan atrapadas en escenarios de ruina (Soja 271), ante la ausencia de recursos económicos y de movilidad.

Bauman establece que, durante la posmodernidad, el capital se libera de la terrible carga y de los costos de mantener las estructuras pesadas de la noción moderna del progreso (*Modernidad líquida* 130). Eso no sucede en la representación de la novela en Monterrey, donde los explotados no logran transitar hacia el futuro licuado, virtualizado. Lo anterior supone que, utilizando una metáfora darwiniana, las subjetividades más aptas para la supervivencia serán aquellas que tengan la capacidad de viajar más livianos, para adquirir mayor celeridad o velocidad. *El corredor* pone en juego esta noción para explorar el modo en que ciertas subjetividades sólo pueden remedar ese movimiento, pues su velocidad es apenas vértigo aparente (Berardi 72). Los corredores clandestinos de la novela en realidad no se mueven, no avanzan hacia ningún sitio, toda vez que la carrera empieza donde termina: “Usted mismo, ¿quién es? ¿De qué huye? No conteste, por favor. O esos que ahorita pasaron a raja madre. ¿A dónde van? ¿Por qué la prisa? Ni ellos saben. Pero vamos. Avanzamos. Adelante. Sin mirar atrás...y muy poco para el frente, como si dijéramos” (*El corredor* 56). Más aún, al terminar no sólo habrán destruido sus vehículos (que volverán al yunque para ser reciclados y reiniciar el movimiento) sino que habrán perdido sus vidas. La novela enfatiza así el modo en que el régimen capitalista impone movilidades que se constituyen en identidades subalternas. Los personajes de *El corredor* están condenados, simplemente, a alimentar el vértigo de la autopista, pero también a permanecer en ella, estancados: “A medio camino se forma un embotellamiento que cierra el paso a los corredores. Uno tras otro llega a las hileras de automóviles que avanzan lento” (*El corredor* 148). En esa medida, la propia estructura da la novela recrea esa aceleración permanente que, finalmente, no conduce a ninguna parte: “Pues a mí a veces me da la sensación de que nada se mueve” (*El corredor* 293).

Así, Monterrey se metaforiza como un espacio precarizado en el que no hay alternativa posible. Lo anterior, dicho en el sentido de que, de acuerdo con Harvey, los estilos de vida exitosos de la modernidad tardía suponen una lógica de segregación que, en el contexto de las movilidades urbanas, cobra su expresión en el uso del automóvil (Harvey en Calonge 138). En el caso de la urbe representada en la novela, sin embargo, el uso de vehículos no implica moverse flexiblemente por los “espacios segregados de los negocios y el alto consumo, así como independizarse de las molestas movilidades masivas del transporte público” (Calonge 138). No hay forma de evadirse de las molestias de la ciudad.

Las subjetividades de la novela fracasan, entonces, en el proceso de adquisición o distribución de las competencias de movilidad, entendidas como “las destrezas y habilidades que directa o indirectamente facilitan el acceso y la apropiación” de las posibilidades de movilidad (Ohnmacht, Maskim y Bergman 12). Frente a un mundo flexible y no sincronizado, las competencias de movilidad implican abarcar diferentes ámbitos y lugares, además de llegar a ellos en el momento preciso: “En consecuencia, dichas competencias comportan una gran habilidad en el manejo de la flexibilidad, es decir, un empleo óptimo del propio tiempo para unificar de forma móvil los espacios, encuentros y convocatoria altamente desfragmentados” (Bauman, *Modernidad líquida* 140).

Esta movilidad capitalista no supone, simplemente, el movimiento constante, sino, además, la búsqueda de nuevas oportunidades que puedan ofrecer mejores vinculaciones. Las competencias de movilidad no implican sólo desplazarse físicamente de un lugar a otro, sino, sobre todo, saber insertarse provechosamente

[...] dentro de un entorno de gran incertidumbre y riesgos, analizar las oportunidades que se concitan en los espacios de cada nuevo proyecto, saber llegar a los emplazamientos de forma más ventajosa, y también poner los medios para preparar una retirada lo menos onerosa posible hacia nuevas oportunidades de inversión (Bauman, *Modernidad líquida* 141).

Los corredores de Monterrey-Salttillo-Monterrey, entonces, no logran insertarse con éxito en las dinámicas, no son aptos (Bauman, *Confianza y temor* 20), y deben permanecer en un espacio único, constreñidos y sin sufrir las consecuencias de las desinversiones. Lo planteado por Virilio: “the more speed increases, the faster freedom decreases” (158), se vuelve especialmente cierto respecto de estas subjetividades precarizadas cuya única alternativa para tomar alguna parte en la modernidad liviana es apretar el acelerador a fondo, aunque ese vértigo no los lleve a ningún sitio.

Kanjo sabe que su existencia está ahí sólo para que la Caddy circule y no al revés. Su aspiración es encontrar una órbita donde el movimiento se vuelva perpetuo y uniforme. Alcanzar la inmaterialidad y persistencia de los objetos celestes. Aunque reconoce que poco a poco su cuerpo le irá pidiendo, en su corruptibilidad, el descanso y las necesidades propias de lo perecedero. Mientras tanto avanzará todo lo que pueda como los caballos que, aunque estén a punto de morir, galopan escupiendo sangre (*El corredor* 280).

Las subjetividades de *El corredor*, atados a una falsa velocidad, a una velocidad maligna, no logran acceder a los movimientos capitalistas líquidos o virtuales: el premio al ganador es de un millón doscientos mil pesos mexicanos, entregados en

efectivos al interior de una bolsa. No hay transferencia, ni bit de información virtual que representen el dinero, sino que es papel moneda. Al final del texto, los billetes del premio terminan regados por los aires, volando por los suburbios o periferias de Monterrey. El dinero físico se rebela así algo inoperante, el verdadero capital fluye virtual, transformado en bit de información. Las identidades subalternas sólo pueden aspirar a combatir por trozos de papel que se rebelan como significantes vacíos, como si se tratara de billetes de *Monopoly*:

Al resto no les da tiempo de quedarse con la boca abierta. Antes de poder caminar hacia él, notan que hay más sombras en el cielo que caen girando como reguiletes púrpuras. Levantan las manos ante la luz difusa en la neblina e intentan agarrarlos mientras se les escapan entre los dedos (*El corredor* 38).

Finalmente, es un grupo de niños el que juega con esos papeles desvalorizados en un barrio de la periferia mexicana, gesto que revela la pérdida de su valor.

La autopista como continuidad del *estado de excepción*

En la novela, la totalidad de Monterrey es representado como un espacio hostil: “La ciudad está loca. Nos desparramamos sobre el territorio como arbusto de mala hierba” (*El corredor* 99). Con todo, la autopista tiene un estatus particular, pues los corredores pueden cobrar la vida de cualquiera que interfiera en su propósito:

—Se les comunico, hombre —afirma el chatarrero—. En caso de que lo hayan olvidado, se los recuerdo: el señor Ricardo Prieto, a modo de agradecimiento por la valentía que implica

la carrera, aportará de su fondo personal la cantidad de doscientos mil pesos por cada uno de los pilotos que pierda la vida en la carrera. Hombre, deberíamos darle un aplauso por reconocer a estos corredores con huevos (*El corredor* 172).

Los pilotos, entonces, no sólo tienen incentivos para obtener el primer lugar en la carrera, también son alentados para atentar contra la vida de sus contrincantes o cualquiera que se constituya como obstáculo para el desplazamiento libre y veloz. Acá, la novela da un paso más radical hacia la exacerbación de “no-lugar” descrita por Marc Augé: no sólo es el espacio que obstaculiza la interacción, sino que es el espacio de la aniquilación que deviene lugar donde la vida de cualquiera puede ser tomada, especialmente la de aquellos que no participan del vértigo de la carrera y que se constituyen, entonces, como estorbo para el logro del propósito. Aquellos que no son aptos para la aceleración, aun cuando ésta resulta inoperante, deben ser eliminados. La novela cierra así, de cierta forma, el movimiento circular e inconducente de la autopista mortal, toda vez que los oprimidos operan también violentamente sobre los cuerpos de aquellos que no circulan más allá del límite de velocidad o que lo hacen como peatones. Lo anterior, puede advertirse en distintos pasajes de la novela. Por ejemplo, cuando atropellan a una anciana que apenas alcanza a oír de lejos “un zumbido de enjambre mecánico” (*El corredor* 122), al descender de un taxi:

La primera en verla es la Muerta y maniobra bajando una marcha: aprieta la palanca como un martillo y volanteando masculina maldiciones en inglés al esquivarla. Detrás de ella el Lobo apenas suelta el acelerador sin ganas de evitar a la señora y de paso aprovechar el espacio abierto y colocarse en primer lugar

de la carrera. Al golpearla sólo piensa que ojalá la doña no fuera a perforarle el radiador con la cabeza (*El corredor* 122).

Después de ese primer impacto, la víctima continúa viva, pero a ninguno de los corredores parece importarle. Detenerse a pensar, a actuar, puede implicar una pérdida de posición irremontable:

En la cabina la Borrega apenas se percata del atropello como quien pasa un pequeño tope [...]. Las llantas dejan un rastro rojo de tres metros con un dibujo de neumáticos todo terreno. Atrás, Humberto, junto a Ricardo Prieto, intenta sacarle la vuelta al bulto que de inmediato reconoce como un cuerpo, pero la mano del anciano se posa en el volante y le pide con un gesto que prosiga (*El corredor* 123).

En esta medida, la autopista es regida bajo un régimen de excepción tal y como lo entiende Agamben:

Zonas de indiferencia entre la aplicación absoluta del derecho —a través de la aplicación de las normas y la anomia—, el estado de un mundo sin derecho solamente en el momento en que se da esta excepcionalidad. Espacios en donde el derecho queda indeterminado y el hombre somete para sí su capacidad soberana y accede a la voluntad de su propia pulsión de muerte, logrando manifestarse de esta forma a sus comportamientos más radicales hasta el punto máximo de autoflagelarse o agredir a otro (237).

Si, siguiendo a Agamben, concebimos al campo de concentración no como un simple hecho histórico o una aberración perteneciente al pasado, sino como la matriz oculta, el nomos

del espacio político en que vivimos todavía (Agamben 211), podemos señalar que al circundar a la ciudad vuelta campo de concentración, la autopista se constituye como el espacio que restringe cualquier escapatoria posible a su lógica de excepción. Dicho de otro modo, las rutas llevan más allá de cualquier límite la comprensión de la ciudad como parcela de territorio a la que se coloca fuera del ordenamiento jurídico normal. La autopista simplemente acelera los rituales de excepcionalidad, pues ni siquiera los corredores de circulación ofrecer escapatorias posibles. Quienes transitan por la autopista devienen nuda vida; tal como lo sugiere la metáfora del homo sacer, son individuos cuya existencia puede ser arrebatada sin que nadie deba responder por ello (Agamben 18): la vida de todos aquellos expuestos a morir.

El anciano no contesta. Busca a través el parabrisas trasero el objeto que arrollaron. Al descender del vehículo, el chofer ve un cuerpo deshecho en la calle. Lo espanta, más que la visión de los huesos expuestos entre los jirones desgarrados de carne, el hedor que despiden el interior del organismo [...]. Huele a vómito, a heces fecales: hedor pútrido de sangre fermentada en alcohol. El conductor masculla algo; se cubre la nariz y la boca con la mano. Se apresura a buscar en la guantera su póliza de seguro (*El corredor* 44).

Parece oportuno recordar que las rutas que unen a Saltillo y Monterrey han sido, con algún grado de recurrencia, escenario del horror en sus más variadas formas. Se trata, después de todo, de una zona que no escapa a los rigores del narcoterro-rismo: decapitaciones, ejecuciones, cuerpos incinerados o desmembrados. Debido a lo anterior, también ha sido frecuente

que se intensifiquen los controles policiales y militares. Es decir, una zona de excepción vuelta regla en toda propiedad:

Saca la pistola del cinto y aprieta el gatillo de nuevo apuntando directo a las llantas de la Lobo, esperando que sea la munición la que esté muerta y, al reposarla, encuentre una que sí funcione. Pura percusión inútil, clic, clic, clic. El Lobo mira a través del retrovisor y saca la semiautomática por la ventana y riega un puñado de tiros de los cuales sólo uno perfora la parrilla frontal de la troca Chevrolet (*El corredor* 206-207).

Autopista y ciudad se constituyen en un *continuum* que no admite interrupciones. La carrera concluye, pero el vértigo por mantenerse sobre el vehículo y de apropiarse del dinero del premio no se detiene. La autopista confirma así que también es excepción vuelta regla y que forma parte del circuito que completa la metáfora de la ciudad como espacio de excepción.

Conclusiones

Al representar una carrera clandestina y mortal Vázquez Ortiz ha desplegado una crítica al aceleracionismo exacerbado del capitalismo neoliberal. Esta crítica apunta a explicitar el modo en que las estrategias aceleracionistas del capital produce subjetividades subalternas que no logran ingresar en sus rituales. Dichas subjetividades quedarían relegadas a experimentar formas marginales de aceleración o, en términos de Benjamin Noys, velocidades malignas (28). De acuerdo con estos principios ciertos sujetos deben, paradójicamente, permanecer estáticos en el territorio, activándolo como requisito para que otras subjetividades se desplacen libre y, tal vez, ilimitadamente por el espacio. Al mismo tiempo, la novela denuncia el modo

en que los discursos aceleracionistas son tan redundantes que las subjetividades condenadas a la inmovilidad no se resignan y no están dispuestos a permanecer fijos en los espacios de red, dirigiéndose hacia dispositivos violentos que los mantienen en un vértigo que remeda, burda y peligrosamente, la aceleración social imperante en la modernidad tardía.

Valiéndose de la representación de Monterrey, además, la novela deja en evidencia el modo en que ciertos territorios se devalúan una vez retirado el capital, dejando toda la clase de secuelas que obligan, a esos espacios geográficos y a quienes los habitan, a permanecer ligados a lógicas modernas “pesadas”, incapacitados de tomar su parte en la modernidad liviana. En este sentido, ciertos lugares destinados a la velocidad explícita –las autopistas– devienen sitios de excepcionalidad que otorgan continuidad a las ciudades concebidas como campos de violencia. Así, la ruta circular de la carrera se rebela como el circuito cerrado que clausura cualquier salida posible a la violencia simbólica y estructural de la ciudad.

Adicionalmente, parece pertinente señalar que *El corredor o las almas que lleva el diablo*, de cierta forma inaugura un modo de vinculación con el espacio de la autopista no explorado hasta ahora en la literatura latinoamericana. Hasta ahora, los paradigmas predominantes se han dirigido, por un lado, y siguiendo a Marc Augé, a concebir a carreteras y autopistas como un “no-lugares” y, por otra parte, desde la perspectiva del viaje como transformación interior de los pasajeros. Ambos esquemas aparecen fracturados y, hasta cierto inoperantes, en el caso de la novela de Vázquez Ortiz. La novela, como hemos dicho, propone una metáfora que exagera la deslocalización, anulando la idea de viaje. En esa medida, fractura cualquier comprensión del desplazamiento por el paisaje como posibilidad de emergencia de la intimidad y transformación personal. En esta medida,

tensiona la ida de “no-lugar”, pues no es sólo un espacio para la circulación de extraños, sino que se constituye en espacio de exterminio o necromáquina (Reguillo 68). Sin lugar a duda, este abordaje puede ofrecer perspectivas interesantes de lectura y relectura de obras de la literatura latinoamericana y abrir posibilidades de análisis desde la perspectiva de las movilidades propias del capitalismo. Si, como supone Calonge, “está aún por escribirse la historia del capitalismo como un detallado recuento de las etapas de movilización” (Calonge 154), sin lugar a duda el análisis de la representación literaria de los corredores terrestres tiene mucho que aportar en nuestro continente.

Referencias

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Traducción de Antonio Gimeno Cuspinera. Pre-textos, 1998.
- Augé, Marc. *Los “No Lugares”, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Traducido por Margarita Mizraji. Editorial Gedisa, 2017.
- Baudrillard, Jean. *América*. Traducción de Joaquín Jordá. Anagrama, 2018.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Traducción de Mirta Rosenberg. Paidós, 2017.
- Bauman, Zygmunt. *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Traducción de Josep Sempere y Enric Tudó. Arcadia, 2005.
- Berardi, Franco. “El aceleracionismo cuestionado desde el punto de vista del cuerpo”. Avannessian, Armen y Reiss, Mauro (comp.). *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Caja negra, 2017, pp. 69-76.

- Caballero, Juan Vicente; Vela, Juan José y Florencio Naranjo. *Experiencia del paisaje, movilidad y red viaria*. Centro de estudios del paisaje y del territorio de Andalucía (CEPTI) y Universidad de Sevilla, 2016.
- Calonge, Fernando. “Movilidades capitalistas e identidades subalternas. Te mueves porque te mueven”. *Sociológica*, año 29, núm. 83, septiembre-diciembre de 2014, pp. 129-164.
- Carr, Ethan. *Wilderness by Design: Landscape Architecture and the National Park*. University of Nebraska Press, 1999.
- Cortázar, Julio. “La autopista del sur”. En *Todos los fuegos el fuego*. Alfaguara, 2016, pp. 11-35.
- Harvey, David. *Espacios del capitalismo global*. Traducción de Juanmari Madariaga. Akal Editores, 2021.
- Harvey, David. “El derecho a la ciudad”. *New left review*, núm. 53, 2008, pp. 23-39.
- Hinojosa, Alejandro y Martínez Eleocadio. “La patrimonialización del parque fundidora en Monterrey, Nuevo León”. *Humanitas digital*, núm. 45, 2018, pp. 141-159. <https://humanitas.uanl.mx/index.php/ah/article/view/218/195>
- Jackson, John Brinckerhoff. *Discovering the Vernacular Landscape*. Yale University Press, 1986.
- Land, Nick. *Teleoplexia. Ensayos sobre aceleracionismo y horror*. Traducción de Ramiro Sanchis. Holobionte Ediciones, 2021.
- McGrane, Bernard. *Beyond Anthropology*. Columbia University Press, 1989.
- Moreno Aranguren, Eriz. *El Road trip y el ensayo fotográfico como experiencias de lugar (Estados Unidos, 1958-2012)*. Universidad del País Vasco, Tesis doctoral, 2020.
- Morales Israel. “El corredor o las almas que lleva el diablo”, una historia llena de velocidad, choques y adrenalina. Reseña. *El*

- Universal*, 20 de marzo de 2022. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/letras/el-corredor-o-las-almas-que-lleva-el-diablo-una-historia-llena-de-velocidad/>
- Mumford, Lewis. *La carretera y la ciudad*. Traducción de Mary Williams. Emecé, 1966.
- Noys, Benjamin. *Velocidades malignas. Aceleracionismo y capitalismo*. Traducción de Martín Iraizos y Alberto Ávila Salazar. Materia Oscura Editorial, 2018.
- Onfray, Michel. *Teoría del viaje. Poética de la geografía*. Traducción de Juan Ramón Azaola. Taurus, 2016.
- Ohnmacht, Timo; Hanja Maksim y Manfred Max Bergman (eds.). *Mobilities and Inequality*. Asghate Publishing Group, 2009.
- Piedras, Pedro. "The Contemporary Documentary Road Movie in Latin America: Issues on Mobility, Displacement, and Autobiography". Garibotto, Verónica y Jorge Pérez (eds.) *The Latin America Road Movie*. Palgrave Macmillan, 2016, pp. 217-236.
- Reguillo, Rossana. *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. Ned Ediciones, 2021.
- Rematoso, Isabel (26 de enero de 2024). *Esto es un muerto*. Re-seña de *El corredor o las almas que lleva el diablo*. Brecha. <https://brecha.com.uy/esto-es-un-muerto/>
- Romero, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Editorial Siglo XXI, 2010.
- Rosa, Hartmut. *Aceleracionismo y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Estefanía Dávila y Maya Aguiluz Ibargüen. Katz, 2016.
- Soja, Edward. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traducido por Verónica Hendel y Mónica Cifuentes. Traficantes de Sueños, 2008.

Toledo Beltrán, Daniel y Zapata, Francisco. *Acero y Estado. Una historia de la industria siderúrgica integrada en México*, tomo II. Universidad Autónoma Metropolitana, 1999.

Vázquez Ortiz, Alejandro. *El corredor o Las almas que lleva el diablo*. Random House Mondadori, 2023.

Vázquez Ortiz, Alejandro. *La oda a la velocidad de Alejandro Vázquez Ortiz*. Entrevista por Albert Gómez. Coolt, 30 de marzo de 2024. https://www.coolt.com/libros/oda-velocidad-alejandro-vazquez-ortiz_1447_102.html

Virilio, Paul. *Speed and politics*. The MIT Press, 2006.

Zapata Novoa, Juan. *La muerte de Fundidora. Reconversión de la cultura industrial mexicana*. Noriega Editores, 1989.

La inmortalidad del relato. “Hierbas aromáticas” de Ángel Bonomini

The Immortality of Ángel Bonomini’s Story “Hierbas aromáticas”

EZRA GIBRÁN GUZMÁN MAGAÑA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

librovacio.ed@gmail.com

Resumen: Brevemente se analiza el cuento “Hierbas aromáticas”, de Ángel Bonomini. En primera instancia, se parte de algunas reflexiones en torno a la literatura fantástica y del concepto de región paraxial de Rosemary Jackson para explicar un espacio intermedio que se abre dentro del cuento, en donde convergen diferentes dimensiones: el sueño y la vigilia, la vida y la muerte, la verdad y la ficción. Para la configuración de este espacio, el autor se sirve de una variedad de recursos metaficcionales y la superposición de planos diegéticos que evidencian la artificialidad del relato. Esta arista autoreflexiva habla de un deseo de pensar la literatura desde sí misma. Finalmente, la convergencia del carácter fantástico y metaficcional crea un contrapunto donde los amantes que protagonizan el cuento revelan una dimensión que trasciende la articulación del mecanismo literario y toda explicación racional.

Palabras clave: metaficción, *amore* platónico, literatura fantástica, texto-máquina.

Abstract: The short story “Hierbas aromáticas” by Ángel Bonomini is briefly analyzed. The analysis takes as base some reflections on

fantastic literature and Rosemary Jackson's concept of the paraxial region, to explain an intermediate space that opens within the story, where different dimensions converge dream and wakefulness, life and death, truth and fiction. To construct this space, the author employs various metafictional devices and overlapping diegetic levels that reveal the story's artificiality. This self-reflective angle speaks of a desire to think about literature from within itself. Finally, the convergence of the fantastic and metafictional characters creates a counterpoint where the lovers who star in the story reveal a dimension that transcends the articulation of the literary mechanism and all rational explanation.

Keywords: Metafiction, Platonic love, Fantastic literature, Text-machine.

Recibido: 19 de mayo del 2025

Aprobado: 14 de agosto del 2025

Doi: 10.15174/rv.vi18i37.852

Los novicios de Lerna es el primer libro de cuentos de Ángel Bonomini. Para cuando se publicó, 1972, el autor ya había consolidado su carrera en las letras argentinas con cinco poemarios. De esta inesperada incursión en la narrativa resultó esta obra admirable por su despliegue imaginativo, el hábil manejo de la técnica y la unidad de su propuesta poética. Pese a que, en apariencia, la selección de sus temas es muy aleatoria, es posible identificar una línea que atraviesa el volumen de cuentos, que se trata de una indagación sobre la existencia convocada por sucesos de carácter insólito o fantástico. Distintas experiencias del tiempo y el espacio e incluso del ser desafían los parámetros de lo posible, de un momento a otro la realidad parece que-

brarse. Siempre hay un segundo orden, algo más allá de la vida, de la muerte, del sueño. Por ello, el relato de los protagonistas, aunque en ocasiones empieza con un tono ingenuo y cómico, arrastra consigo el silencio del asombro ante lo inexplicable.

Ese carácter existencial y metafísico de las historias de Bonomini, como lo denominan Alice Favaro y Stella Colombo, aprovecha las propiedades del cuento fantástico para suscitar un ejercicio profundo de reflexión. Algunos estudiosos como Irene Bessière, Rosemary Jackson y David Roas establecen la definición de este género través de su *relacionalidad* con lo que se considera real y con la razón,¹ para poner en evidencia la arbitrariedad y el origen cultural de estos conceptos.² Por ello, lo fantástico se modifica de acuerdo con las teorías del conocimiento y creencias de una época.

La confrontación entre lo real y lo imposible que es característica del fantástico depende directamente de la idea de “realidad” que se maneja dentro y fuera del texto. Aunque en estricto sentido, es la problematización del fenómeno lo que determina su *fantasticidad*, se requiere que el acontecimiento sea inexplicable a nivel intratextual y extratextual. Así, al involucrar al lector se establece una correspondencia entre su idea de realidad y la idea de realidad creada en la diégesis, por lo que

¹ De acuerdo con David Roas, “el relato fantástico nos sitúa inicialmente en un mundo cotidiano, normal (el nuestro), que inmediatamente es asaltado por un fenómeno imposible –y, como tal, incomprensible– que subvierte los códigos –las certezas– que hemos diseñado para percibir y comprender la realidad. En definitiva, destruye nuestra concepción de lo real y nos instala en la inestabilidad y, por ello, en la absoluta inquietud” (Roas 14).

² En este tipo de narraciones se hace evidente que “los límites mismos que el hombre y la cultura asignan tradicionalmente al universo [...] no circunscriben ningún campo natural ni sobrenatural, porque, como invenciones del hombre, son relativos y arbitrarios” (Bessière 3).

el acontecimiento de lo imposible fractura ambas construcciones de lo real.

Narrativamente, como indica R. Jackson, el relato fantástico adopta una estructura antinómica para confrontar categorías opuestas que nunca llegan a sintetizarse, "se disuelven todos los sistemas de orden temporal, espacial y filosófico; se quiebran las nociones unificadas del personaje; el lenguaje y la sintaxis se vuelven incoherentes [...] este 'desgobierno' permite un 'cuestionamiento fundamental' al orden social, y urde acertijos metafísicos con respecto al sentido de la vida" (Jackson 13). En particular, hay algunos cuentos en *Los novicios de Lerna*, que ponen de relieve esa *pulsión especulativa* –por llamarle de alguna manera– que es propia del género: "Detrás de cada narración fantástica hay siempre una pregunta sin respuesta" (*La experiencia literaria* 27), dice Bonomini, y aunque no se llegue a una resolución, el acontecer de lo imposible ilumina ese marco de pensamiento del que surge la interrogante.

La lógica en que se apoya nuestro lenguaje obliga a aceptar un orden de causas y efectos bastante inocente: los antes y los después convencionales. De modo que, mientras usemos el lenguaje actual, el tiempo obrará en nuestras narraciones como las ondas del mar que subrayan el dibujo infantil de una fragata. Pero de pronto, lo que ha dibujado el niño es el mar, y el barco sólo sirve para demostrarlo (Bonomini, "La experiencia literaria" 33).

¿Qué quiere decir esto? Que, pese a que el orden de nuestro lenguaje y de nuestro pensamiento limitan nuestra forma de percibir la realidad, aun así, la palabra bordea las fuerzas que intervienen en el universo, y lo que se dice sirve para delinear el vacío de lo indefinible. En el cuento, la emergencia de lo

fantástico derriba los códigos de la razón subrayando aquello que todavía no puede explicarse, pero al hacerlo reconoce un orden desconocido “al cual es posible acceder si se encuentran las claves para descifrarlo” (Colombo 45).

El espíritu de esta poética tiene sus raíces en un preciado linaje de la literatura rioplatense del siglo xx donde, en términos de Donald Shaw, prima la fantasía creadora y un sentimiento de angustia existencial originado por una desconfianza ontológica en la realidad objetiva. En esta vertiente que atraviesa la obra de Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares, Felisberto Hernández y Julio Cortázar; el universo se presenta como algo quimérico y misterioso. La ausencia de toda certeza sobre la realidad se traduce en estas narrativas en una liberación absoluta del genio creador (Shaw 17). Pero la inclinación hacia lo fantástico no es lo único que vincula la obra de Bonomini con la de los autores mencionados, sino que viene acompañada de una visión cosmopolita que abreva de la tradición literaria europea y se esfuerza por introducir una aportación latinoamericana en el desarrollo artístico universal,³ de ahí que haya un gran interés por “incorporar, adecuar y de-

³ Ángel Bonomini tuvo la oportunidad de participar en el ambiente cosmopolita de Argentina, gracias a su labor como crítico de arte en el diario *La Nación* y como traductor de la revista *Life*. Tuvo cierta cercanía con algunos colaboradores de la Revista *Sur*, en donde publicó sus primeros poemas y trabó amistad con José Bianco y Héctor Murena. Es decir, su obra fue aceptada por la revista argentina más prestigiosa de la época, caracterizada por defender la superioridad del arte y la cultura, y criticar fuertemente al positivismo y a todas las variantes del realismo y el naturalismo (Favaro 19). *Sur* también se distinguió por centrar su atención en los intelectuales europeos, y aunque al inicio el proyecto trataba de incluir la aportación latinoamericana dentro de la “Gran cultura”, en realidad pocos escritores latinoamericanos fueron considerados en esta publicación.

sarrollar la técnica narrativa y en explorar las posibilidades de innovación del contenido de la obra literaria" (Shaw 12).

En *Los novicios de Lerna* es palpable ese deseo de explotar las propiedades de la escritura desde el ámbito poético hasta su relación con el lector. Bonomini experimenta con cada pieza del relato (la voz del narrador, el tiempo, los niveles diegéticos, etc.) y con las convenciones del género hasta llevarlos al límite, lo cual termina exponiendo el carácter discursivo del universo narrado o disolviendo los límites entre realidad y ficción.⁴

La constitución metafictional del cuento, caracterizada por su *autoreferencialidad*, habla del deseo de experimentar con la narración y coloca el proceso creativo al centro para indagar acerca de la cuestión literaria desde sí misma (Dotras 10). La deliberada exposición de la ficcionalidad llama la atención sobre la construcción del cuento, y ahonda en el vínculo entre literatura y realidad, que ya de por sí es puesto a discusión por lo fantástico del relato. Para Linda Hutcheon, lo fantástico posee una consciencia particular de que al narrar se crea un universo ficcional, ya que en este tipo de textos el tiempo y el espacio no corresponden con los del lector, sino que sus referentes son en-

⁴ En ocasiones esta ruptura ficcional se extiende hasta el nivel sintáctico del lenguaje, modificando la secuencia de la enunciación. En "El tigre de Bengala", el autor juega con estos mecanismos y construye un relato donde cada oración altera el orden de la anterior, y rompe la linealidad narrativa para ofrecer en su lugar diferentes posibilidades de los acontecimientos: "Una mujer está bailando y se oye un grito. Una mujer está lavando y aparece un tigre. Una mujer está gritando porque se le aparece un tigre. Un tigre está caminando y se le aparece una mujer. Un grito se come al tigre que está lavando. Un baile se grita a la mujer que está tigrando" (Bonomini, *Los novicios de Lerna* 27). Mas allá del mero juego lingüístico, este ejercicio consiste en recorrer diferentes posibilidades ontológicas del universo ficcional que se está creando, aunque ello implique exponer la materialidad discursiva del cuento.

teramente ficcionales (76). Sólo al imaginar, el lector da forma a ese universo que se concretiza al ser leído, lo cual le exige una participación más activa como co-creador de la obra (Dotras 22).

Dentro de “Hierbas aromáticas”, múltiples mecanismos hacen evidente la conciencia que el cuento tiene de sí mismo, algunos manipulan el tiempo o la perspectiva narrativa, otros la conciencia del personaje principal; todos ellos, al tiempo que desnudan la ilusión ficcional consolidan el estatus ontológico del universo narrado. Este arsenal de recursos discursivos transforma el texto en un artefacto visionario dispuesto para construir un mundo, desmantelarlo, y así —con ese gesto que hace evidente su artificialidad— desvelar la realidad desafiante que se cierne sobre los personajes.

El mecanismo inmortal

Entre los dieciséis cuentos y la *nouvelle* homónima que integran *Los novicios de Lerna*, puede decirse que “Hierbas aromáticas” concentra de forma privilegiada la esencia poética de la colección, ya que reúne una buena parte de sus elementos característicos. En este cuento se abre un espacio intermedio donde convergen diferentes dimensiones: el sueño y la vigilia, la vida y la muerte, la verdad y la ficción. El paso del protagonista por estos diferentes planos termina por desestabilizar sus límites y mostrar una realidad oculta, más auténtica, que las trasciende. Entonces, el cuento se convierte en un mecanismo inmortal que reproduce una y otra vez ese recorrido hacia lo desconocido.

En esta historia el universo onírico del protagonista termina por empalmarse con la realidad de la vigilia. Un sueño se le presenta repetidamente al narrador, en donde un viajero se encuentra con una mujer llamada Eleonora junto a la rotonda de la plaza de Sainte Ercienne. Ambos abordan un coche, en

ese momento el narrador descubre que el viajero es él mismo y un poco después, al terminar de enumerar las hierbas aromáticas que había en la rotonda, son alcanzados por un trágico accidente. El sueño vuelve una y otra vez enfatizando diferentes detalles. Conforme avanza la trama se descubre que el narrador tendrá que hacer el mismo viaje que ha soñado. El protagonista entonces se encuentra con una mujer misteriosa en la plaza y sigue el mismo trayecto hacia la muerte. El cuento cierra con una intervención del narrador donde interpela al lector implícito sobre todo lo acontecido. La voz narrativa se pregunta —entre otras cosas— quién ha muerto, ¿él?, y si ese encadenamiento onírico ha terminado para siempre o volverá a comenzar, como una suerte de castigo o dádiva de la providencia.

La complejidad de este relato proviene de su composición estructural dividida en tres niveles diegéticos, además de un arsenal de mecanismos metaficcionales que dismantelan la realidad narrada desde diferentes ángulos. El primer plano diegético corresponde a la vigilia desde donde el narrador cuenta el sueño que lo acosa. El segundo nivel, abismado, corresponde al universo onírico en donde se desarrolla la historia del viajero y Eleonora. Esta dimensión rebaza las leyes del mundo físico: se altera la consistencia de la atmósfera o la velocidad del tiempo; esto no tendría nada de extraño si no es porque, conforme avanza la historia, su límite con la vigilia comienza a desdibujarse. Entre ambos niveles intervienen tres mecanismos que difuminan la frontera que los separa. El más evidente es el paralelismo de los acontecimientos en uno y otro. Durante el sueño, antes del accidente, el viajero alcanza a ver una casa rodeada por un viñado. Más adelante, el narrador menciona que va a realizar la compra de una viña y un viaje al lugar que coincide con aquel donde se desarrolla el sueño, aunque parece no darse cuenta de esto: "Mi socio tiene razón. Ha colocado la cosecha aun antes

de comprarla [...] de modo que el jueves viajaré a Sainte Ercienne para concretar la operación” (Bonomini 113). Después de este anuncio no se sabe si el narrador realiza el viaje de forma efectiva, solamente se repite por última ocasión —en un plano indistinguible para el lector— el encuentro de los amantes. De manera que sueño y vigilia terminan por confundirse.

El segundo mecanismo es un desdoblamiento, provocado por un cambio en la focalización, donde la voz del narrador eventualmente adopta la perspectiva del viajero: de la focalización externa,⁵ situada fuera de la mente de los personajes —desde donde se contempla el transcurso de los acontecimientos— se pasa a una focalización interna fija, que coincide con la perspectiva del viajero,⁶ entonces, la voz narrativa se convierte en la de aquel que *vive* el encuentro con Eleonora. En el siguiente fragmento puede notarse este cambio a través de la conjugación de los verbos, la narración pasa de la tercera persona singular (un “él” que refiere al viajero), a la primera persona plural (un “nosotros” que incluye al viajero y a Eleonora):

Un hombre llega en avión de un viaje breve y se encamina hacia una rotonda situada frente al aeropuerto de Sainte Ercienne.

A menudo ignoro quién es el viajero; a menudo sé con ese

⁵ “En la focalización externa el foco se ubica en un punto dado del universo diegético, punto que ha sido elegido por el narrador fuera de cualquier personaje, y que por tanto excluye toda posibilidad de la información sobre los pensamientos de cualquiera de ellos” (Pimentel 100). No se trata de un narrador omnisciente porque no tiene acceso a los pensamientos de los personajes, sino únicamente de una voz que contempla lo que sucede.

⁶ En esta forma de la focalización, la voz narrativa coincide con la mente de un personaje, que restringe su libertad y selecciona la información narrativa de acuerdo con las limitaciones cognitivas, perceptuales y espacio-temporales de esa mente figural.

convencional desdoblamiento que los seres adquieren en los sueños que aun sin saber quién es, *no dudo que soy yo mismo*. Junto a la rotonda, donde hay tres o cuatro árboles pequeños, especias y otras hierbas aromáticas, en canteros, como en los esmerados jardines de los claustros medievales, *me aguarda de pie*, junto a un automóvil de capota baja, Eleonora envuelta en una chalina. No *hablamos* casi. *Viajamos* luego por un sendero de colinas desde donde se ven las copas herrumbradas de los castaños (Bonomini, *Los novicios de Lerna* 107; el énfasis es mío).⁷

En ese tránsito, la consciencia del narrador se balancea entre la lucidez y el ensueño. Es tal la confusión del universo onírico que se llega a sugerir la posibilidad de su inversión, éste es el tercer mecanismo que hace difusa la línea de separación entre ambos planos (el sueño y la vigilia). Dice el narrador:

Cuando me angustiaba la idea de que la existencia de Eleonora dependiera de mis sueños, con inocente y delirante esperanza no desechaba la posibilidad de que yo fuera el soñado, el que sólo existía cuando Eleonora me recuperaba en un reiterado sueño que la visitaba cada tanto (Bonomini 108-109).

Inevitablemente aflora la duda de que el plano desde donde habla el narrador sea efectivamente real, pero si no es así ¿hay alguno que sí lo sea?, ¿o es que acaso ambos lo son?

Si estos dos primeros niveles de la diégesis están dedicados a subvertir la frontera entre el sueño y la vigilia, en el tercero se borra silenciosamente el límite que divide la realidad y la

⁷ Dentro de este fragmento la consciencia que tiene el narrador del desdoblamiento hace aún más ambigua la situación, ya que habla de cierta lucidez dentro del sueño.

ficción. Trazado en apenas unas líneas, este plano delata la naturaleza discursiva del relato. Transcribo este fragmento:

Y el hombre llega con el grupo y se separa de él. Solo, camina hacia una rotonda cubierta de matas, tal vez hierbas aromáticas. Hay un *espectador que narra estos hechos*, como en el *cinematógrafo*. *Mientras una parte del ser sigue el proceso, el otro enumera: sarilla, mistol, tomillo, mirto, salvia*” (113; el énfasis es mío).

Ese *espectador* que se menciona en las líneas anteriores se trata de un segundo desdoblamiento de la voz narrativa: el narrador se ve a sí mismo contando lo que sucede en el sueño y como ese segundo narrador también es un desdoblamiento del viajero, también participa simultáneamente del acontecer onírico. Este gesto de autorreferencialidad habla de la conciencia que tiene el narrador sobre el propio ejercicio narrativo y sobre su condición de construcción literaria. Por otro lado, nuevamente se abre una incógnita sobre el plano en el que se encuentra el narrador que se dirige al lector, pues no se distingue si se trata de un sueño dentro de otro sueño.

La constitución de estos elementos es muy significativa porque pone en perspectiva el ecosistema de la obra literaria dentro y fuera de la diégesis. Si el narrador se convierte en el espectador de una historia que alguien más narra (otra versión de sí mismo), entonces debe haber otro receptor para la historia que él está contando. Con gran sutileza se disuelve la barrera que separa el interior y el exterior del relato. Este efecto alcanza su punto más álgido al final de la historia cuando la voz del narrador se dirige directamente al lector implícito. Cito el cuento:

¿Pero quién ha muerto aquí? ¿Yo? Seguramente sí. ¿O es una simple manera de concluir el viaje y, entonces, nadie ha muerto sino que nadie puede ya seguir ascendiendo y descendiendo por las colinas. ¿O todo ha terminado, Eleonora, yo, el viaje? ¿O hay que volver a enumerar las hierbas y comenzar todo de nuevo? Y otra pregunta aún: ¿espliego, alhucema, lavanda son una misma cosa, tienen el mismo perfume las tres y son todas del color de los ojos de Eleonora cuando brilla el otoño sobre las colinas de Sainte Ercienne? Y otra pregunta más: ¿no será este mi cielo, o mi infierno, y deberé repetir mi sueño para siempre, para siempre como si fuera un beneficio o una condena? (Bonomini 115-116).

Tematizada la inexplicabilidad de los acontecimientos y descubierto el ejercicio narrativo, ya ninguna dimensión del relato parece segura o confiable.

Pero hay algo más, el cinematógrafo que se menciona en este tercer nivel de la diégesis puede tomarse como una metáfora que refleja la estructura narrativa del cuento y de la forma en que Bonomini entiende la creación literaria.

La idea de la obra como una máquina,⁸ nacida en la era de la industrialización (segunda mitad del siglo XVIII), trajo consigo

⁸ Ya desde *La filosofía de la composición* (1846), Edgar Allan Poe habla de la obra como un mecanismo de precisión lógica que es articulado con la intención de causar un efecto en el lector. También Paul Valéry, en su ensayo "Poesía y pensamiento abstracto" (1939), habla del poema en términos de una máquina que produce un estado poético. Asimismo, entre los movimientos vanguardistas aparecieron algunas estéticas fundadas en la modernización tecnológica como la del futurismo, y el cubismo. En el caso de la teoría literaria, puede trazarse la evolución de la metáfora hasta el concepto de *El arte como artificio* de Viktor Shklovski (formalismo), o la noción de sistema de Roland Barthes (estructuralismo), que considera el texto como

un cambio significativo en el carácter del escritor y su ejercicio poético. La influencia del desarrollo tecnológico en la vida cotidiana confrontó a los escritores con una realidad distinta, que requería de otras herramientas intelectuales para ser descifrada, y ante la cual debían tomar una postura. Estos cambios transformaron la naturaleza del escritor, que se dividió en una faceta creativa y artística, y otra teórico-crítica interesada en pensar la composición literaria, y que atrajo su atención al cuidado del método composicional, algunos escritores incluso redactaron una exposición de principios poéticos.⁹

Pensar el cuento como un cinematógrafo, que es un mecanismo, conlleva el reconocimiento de que hay un saber técnico aplicado en su composición, en este caso, con una marcada impronta metafictional. Pero, además, como toda tecnología, este artefacto narrativo comporta una formulación intelectual, un *logos* (Greenberg y Schacterle). Para Walter Ong, más que una herramienta instrumental, cada máquina o artefacto es una transformación de la consciencia: el cinematógrafo trae consigo la idea de que es posible almacenar el transcurso del tiempo como una mezcla de sonidos y secuencias de imágenes. No es coincidencia que el término derive de la escritura, “grafía”, pues habla de la posibilidad de grabar –escribir– la realidad. Además, a través de la idea de su reproducción y automatismo se borran los límites de la temporalidad, propiedad que comparte

un conjunto de elementos relacionados entre sí que cumplen una función determinada de acuerdo con una serie de reglas, por mencionar algunos ejemplos. De acuerdo con Friedrich Kittler, los cambios la forma de interpretar la metáfora de la máquina se deben a las rupturas marcadas no solamente por las invenciones tecnológicas, sino también por la historia de las ideas que sirven para explicar e interpretar cada nuevo invento.

⁹ En 1982, Ángel Bonomini escribe un ensayo de este carácter titulado “La experiencia literaria”.

el cuento de Bonomini y que se manifiesta en la circularidad de la historia, del sueño narrado y del camino que recorren los protagonistas a través de las colinas de Sainte Ercienne.¹⁰ Incluso, algunos pasajes juegan con la duración de algunas acciones:

El viajero entonces va hacia ella y su paso es igualmente enérgico que antes, pero el aire ahora parece un traslúcido jarabe, una invisible jalea que le demora la marcha *como si el tiempo hubiera tenido una distensión elástica y, de pronto, hubiera muchos más instantes dentro de un mismo espacio*, de modo que recorrer un tramo se ha convertido en un traslado apenas perceptible (Bonomini 113-114; el énfasis es mío).¹¹

Por último, respecto a esta figura, habría que anotar que el cinematógrafo siembra la duda del simulacro,¹² en el cuento la superposición de planos diegéticos hace difuso el transcurso lineal de los acontecimientos, y pareciera encadenar distintos

¹⁰ "Y es que el viento es redondo en las colinas: aquí, cuando ascendemos, dejamos el sol a nuestras espaldas y el viento desaparece. Rodeamos el lomo de la colina y comienza un descenso, y el sol se nos enfrenta y con él vuelve el viento..." (Bonomini, 1972, 115).

¹¹ Otro elemento cinematográfico que también aparece en el cuento es el juego con la movilidad de la visión del narrador, imitando el movimiento de una cámara. Cito un fragmento del cuento: "Ella conduce por una larga carretera. Los veo de frente, de atrás, de costado, desde arriba. Ella está atenta al camino" (Bonomini 114).

¹² En este punto pueden trazarse algunas conexiones con *La invención de Morel* (1940), de Bioy Casares, obra magistral que también pone en juego la idea de la inmortalidad a través de una máquina que reproduce el espíritu de los personajes. La grabación que transmite la máquina parece una simulación, ya que se empalma con la realidad presente (aparecen dos soles, dos lunas, los turistas ya muertos en la isla), y se presta para la superposición de capas de grabación (la grabación del narrador sobre la de Faustine).

escenarios que no permiten reconocer lo que “realmente” sucede en la historia.

Sin embargo, hay algo más allá de su capacidad de producir ilusiones, si se deja de lado la definición de la realidad como un plano único y definido, pero, sobre todo, si se deja de lado la idea de que la realidad comprende únicamente lo conocido, el artefacto narrativo que construye Bonomini “permite acceder al más allá a aquellos que saben emplearlo” (Greenberg y Schacterle 15), tal como el narrador: “Poco a poco he ido enamorándome de Eleonora. Que no exista en la realidad me aterrorizaba hace un tiempo. Ahora he aprendido que los sueños no son de una sustancia menos consistente o menos cierta y concreta que la meliflua realidad cotidiana” (Bonomini 108). Al desmontar aquello que se cree real, el cuento se abre hacia una *región paraxial*,¹³ un espacio espectral que no es enteramente real ni irreal (Jackson 17). Toda la reflexión sobre la realidad que se desarrolla a lo largo de “Hierbas aromáticas” desembocaría en un abismo existencial, de no ser porque detrás de todas esas dimensiones ilusorias (el sueño y la vigilia, la realidad y la ficción) asoma un plano trascendental que se descubre con la unión de los enamorados después de la muerte.

El *amore* platónico

En el corazón del relato, de ese sueño que parece devorarlo todo, está el encuentro del viajero con Eleonora. Su pasión

¹³ Este término, acuñado por Rosemary Jackson, parte de un concepto de la óptica según el cual “una región paraxial es un área en la que los rayos de luz parecen unirse en un punto detrás de la refracción. En esta área, el objeto y la imagen parecen chocar, pero en realidad ni el objeto ni la imagen reconstituida residen ahí verdaderamente: ahí no reside nada” (Jackson 17).

inexpresada es la fuerza que los eleva a una región fuera de este mundo donde su espíritu alcanza la inmortalidad. Esta conexión entre los personajes recuerda algunas ideas renacentistas sobre el amor, especialmente la noción del *amore* platónico. Este término acuñado por Marsilio Ficino a partir de la filosofía platónica describe el amor como un deseo de belleza, en el caso de los enamorados se trata de una experiencia contemplativa que oscila entre "la reverencia y la admiración carnal" (Singer 197). Especialmente por medio del sentido de la vista quedan sugeridas las posibilidades físicas y espirituales que aguarda la unión de los amantes (Singer 207). Los pasajes que les dedica Bonomini son particularmente líricos y en ellos se puede leer el florecimiento de un amor que nunca llegará a consumarse:

Y se miran desde una distancia que apenas se aminora a pesar de los pasos del hombre y de la ansiedad del encuentro que sutilmente aparece en los brillos de los ojos, en la respiración secreta de cada uno, en el pulso, que *nadie puede registrar sino yo* [...] percibo [...] un creciente calor dentro de los pechos de él y de ella, y un vacío repentino en los vientres y un temblor muy vago y somero en los labios (Bonomini 114; el énfasis es mío).

La distancia entre la pareja se mantiene hasta el final del cuento. Y es que el amor platónico persigue la belleza divina y ésta solamente es accesible para el intelecto, lo bello es el resplendor de la bondad divina que atrae hacia sí misma al espíritu humano (Noel Paul 70). Eleonora, aunque no se describe, se perfila como arquetipo de la belleza eterna, como sólo puede serlo una mujer muerta durante su juventud —diría Edgar

Allan Poe—. ¹⁴ Pero esta belleza únicamente tiene sentido como vía hacia una región celestial donde mora la verdad. Aunque la historia de Bonomini no explora el ámbito de lo sagrado o lo divino, sí que está presente en la voz del narrador una aspiración metafísica; para el viajero la dama adorada se convertirá en la materialización de la vida que anhela. Y es que para aquel que ha sido atravesado por el amor, la vida se vuelve mundana después de que se le ha develado una dimensión más vasta junto a su amada: “Sólo nos resta después de esas repetidas muertes que un nuevo sueño nos rescate de *este pozo de ausencia que son los días semejantes*, y podamos así volver a encontrarnos frente a la rotonda de Sainte Ercienne” (Bonomini 109; el énfasis es mío).

De acuerdo con Irving Singer, el amor platónico conlleva un sacrificio de los amantes en el plano individual, que sólo será restaurado después de la muerte en una suerte de resurrección. El abrazo funesto que comparten los protagonistas al momento del accidente concreta esa unión que los elevará a una órbita del más allá:

Nos abrazamos casi en el aire, cuando ya nos habíamos estrellado contra la ladera y se volcaban las copas de los castaños y con mi sangre manchaba la tensa chalina prendida a la rueda trasera del automóvil, y su rostro se enfriaba bajo el mío, y entrábamos en una *región nocturna y brillante olvidada del sol de otoño para siempre, para siempre* (Bonomini 112; el énfasis es mío).

¹⁴ Al respecto es importante notar el vínculo entre Eleonora con y la protagonista con el mismo nombre que aparece en el relato de Edgar Allan Poe. En un paisaje bucólico el poeta reproduce el amor de una joven pareja, que se interrumpe con la muerte de ella, aunque su fantasma regresará para acechar entre sueños a su amante.

Esa región "nocturna y brillante", a la que ascienden los enamorados no sólo se abre como una dimensión metafísica, sino que se convierte en una dimensión paraxial que sintetiza la subversión de todos los planos de la realidad explorados en el cuento (el sueño y la vigilia, la vida y la muerte, la realidad y la ficción). Incluso podría pensarse que es desde ahí desde donde resurge la voz del narrador al final del cuento.

Hay un último aspecto qué comentar sobre el amor platónico. Una relación de intertextualidad que establece el cuento con una de las historias de amor más emblemáticas de la literatura occidental. Cito el relato:

El comportamiento de muchas parejas de la literatura no ha de estar desvinculado de la responsabilidad de esta costumbre en que se ha convertido mi sueño. Por otra parte, no carece de misterio la obligatoria muerte de Romeo y Julieta –para citar un caso– y su obligada resurrección ante cada relectura o cada representación, hecho que en forma no demasiado vagorosa propone que las obras literarias también son circulares (Bonomini 109- 110).¹⁵

En este fragmento, la alusión a la tragedia shakespeariana permite entender ciertos aspectos temáticos del cuento, pero además problematiza –una vez más– el funcionamiento de la li-

¹⁵ Este recurso se trata de una puesta en abismo a nivel del código que le convierte en un aparato de interpretación al interior del texto, pues muestra que el relato es consciente de su naturaleza literaria: se hace referencia a la tradición literaria, y aparte al proceso de lectura. Ojo, el narrador está estableciendo un puente entre los acontecimientos de la diégesis (la muerte de Romeo y Julieta) y el ejercicio de la lectura. Cada relectura de la obra pone en funcionamiento, una vez más, el relato y al hacerlo da pie a la "resurrección" de sus personajes.

teratura y proyecta al cuento como un mecanismo inmortal. En primera instancia, es posible identificar cierto paralelismo entre los protagonistas con los amantes de Verona. En la tragedia de Shakespeare, la unión de estos últimos queda truncada por intervención de la mala fortuna, pero su amor queda inmortalizado por la reconciliación de las dos familias. Desde el inicio, la idea del destino ronda a Romeo y a Julieta, y precisamente será una mezcla de diferentes hierbas la que determina el final de su vida, pero también su tan anhelada unión, aunque sea después de la muerte. El sacerdote que promete ayudar a la pareja revela esa doble naturaleza de las plantas:

Bajo la envoltura de esta tierna flor
Convive el veneno con la curación,
Porque, si la olemos, al cuerpo da alivio,
Más, si la probamos, suspende el sentido
(Shakespeare; el énfasis es mío).

También en el cuento de Bonomini, son las misteriosas hierbas de la rotonda las que —según el viajero— los dirigen a él y a Eleonora directo a la muerte, pero que igualmente les concederán la vida eterna: “después de la paciente evocación de los colores, las formas y los olores de cada una de las hierbas aromáticas, volvamos a encontrar ese destino circular en el que cada muerte nuestra está secretamente ligada a una de esas inocentes o malévolas plantas con un nombre distinto y un perfume distinto que la envuelva” (Bonomini 109).

Finalmente, la circularidad que el narrador le atribuye a las obras literarias y que establece un puente entre los acontecimientos de la diégesis (la muerte de Romeo y Julieta) con el ejercicio de la lectura, es el último engranaje que pone en movimiento esta maquinaria que trasciende el tiempo y el espacio.

Por la fuerza revitalizadora de la lectura, el cuento está destinado a reproducirse una y otra vez. Entonces, el artefacto narrativo, ese proyector de sueños, adquiere un carácter visionario. Así como la nueva dimensión que se abre para los enamorados en el encuentro de sus miradas, también el cuento con su configuración óptica devela un plano secreto del universo. Y aunque pareciera repetir una y otra vez la misma historia, en cada ocasión ajusta sus lentes para explorar esa vía constelada hacia la eternidad.

Referencias

- Bessiére, Irene. *Le Recit Fantastique. La Poetique de L'Incertain*. Larousse, 1974.
- Bonomini, Ángel. *Los novicios de Lerna*, Editorial Emecé, 1972.
- _____. "La experiencia literaria". D'Arcangelo, Lucio (ed.), *Storia Letteratura Arte dei Paesi Mediterranei*. Mario Solfanelli Editore, 1988, pp. 27-33.
- Colombo, Stella Maris. "Los lentos elefantes de Milán' de Ángel Bonomini. Aventuras de la mirada, la imaginación y la memoria", *El Cuento en red: Estudios sobre la Ficción Breve*, núm. 3, 2001, pp. 40-48.
- Dotras, Ana M. *La Novela Española de Metaficción*. Ediciones Jucar, 1994.
- Favaro, Alice. *Después de la caída del 'ángel'. Ángel Bonomini: un escritor argentino olvidado*. Edizioni Ca' Foscari, 2020.
- Greenberg, Mark L.; Schacterle, Lance. "Introduction: Literature and technology", *Literature and Technology*. Lehigh University Press, 1992.

- Hutcheon, Linda. "Actualizing Narrative Structures: Detective Plot, Fantasy, Games, and the Erotic", *Narcissistic narrative. The metafictional paradox*, Wilfrid Laurier University Press, 1980.
- Jackson, Rosemary. *Fantasy: literatura y subversión*. Catálogos Editora, 1986.
- Mata, Rodolfo. *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia. Tablada, Borges, Vallejo y Andrade*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.
- Matei Chihai y Antonio Sánchez Jiménez. "El texto como máquina: matices de una alegoría", *5 metros de poemas*, 6 marzo 2018. <https://www.romanischestudien.de/index.php/rst/article/view/140/1008>
- Noel Paul, Andrea. "El amor y la belleza en la estética ficiniana" *El arco y la lira. Tensiones y debates*, núm. 1, 2013, pp. 69-80.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. Universidad Autónoma de México, Siglo XXI, 2012.
- Roas, David. *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*. Páginas de espuma, 2011.
- Shakespeare, William. *Romeo y Julieta*. Austral, 2013.
- Shaw, Donald. "Capítulo Primero. Introducción", *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom. Posboom. Posmodernismo*. Cátedra, 2008, pp. 11- 35.
- Singer, Irving. "Segunda parte: de lo cortesano a lo romántico". *La naturaleza del amor 2. Cortesano y romántico*, Siglo Veintiuno Editores, 1992.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Transformaciones de la categoría “independiente” en el campo editorial mexicano (siglo xx-xxi)

Transformations of the Category ‘Independent’ Category in the Mexican Publishing Field (20th-21st CENTURIES)

ALEJANDRA HURTADO TARAZONA

SECRETARÍA DE CIENCIA, HUMANIDADES, TECNOLOGÍA E INOVACIÓN (MÉXICO)

alehurtadot@gmail.com

Resumen: A lo largo del siglo xx, el campo editorial mexicano se configuró como un espacio social marcado por la intervención del Estado, el mercado y las editoriales denominadas “independientes”. Este artículo rastrea el uso y transformación de la noción de independencia editorial en revistas y suplementos culturales clave: *Revista de la Universidad de México*, *La Cultura en México*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos* y *Letras Libres*. El análisis cualitativo de contenido permite identificar tres momentos: *a)* desde los años treinta hasta 1965, cuando el Fondo de Cultura Económica fue expresión de un proyecto estatal autónomo; *b)* tras 1965, cuando la injerencia estatal llevó a definir la independencia como distancia frente al Estado; *c)* desde mediados de los noventa hasta hoy, cuando, en un contexto de concentración editorial, ser independiente implica evitar las lógicas del mercado, aunque persistan vínculos con el Estado a través de coediciones o convocatorias.

Palabras clave: campo editorial mexicano; edición independiente; industria editorial, revistas culturales.

Abstract: Throughout the 20th century, the Mexican publishing field took shape as a social space influenced by the State, the market, and so-called “independent” publishers. This article traces the use and transformation of the notion of editorial independence through an analysis of key cultural magazines and supplements: *Revista de la Universidad de México*, *La Cultura en México*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos*, and *Letras Libres*. The qualitative content analysis allows identifying three key moments: *a)* from the 1930s to 1965, when the Fondo de Cultura Económica represented an autonomous state project; *b)* after 1965, when state interference redefined independence as a stance against government control; *c)* from the mid-1990s to the present, when, in a context of publishing concentration, being independent means resisting market-driven logics, even as many publishers maintain ties with the State through co-publishing initiatives or public funding programs.

Keywords: Cultural magazines, Independent publishing, Mexican publishing field, Publishing industry.

Recibido: 8 de mayo del 2025

Aceptado: 16 de junio de 2025

Doi: 10.15174/rv.v18i37.854

Introducción

El objetivo de este artículo es precisar cómo aquello llamado independiente se fue transformando a lo largo del siglo xx, y qué implica actualmente en tanto criterio de jerarquización del campo editorial. Lo anterior, teniendo en cuenta que los sentidos de lo independiente siempre se dan de manera relacional con otros agentes, y son precisamente esas relaciones (de afinidad o de oposición) las que repercuten directamente en su

definición: lo independiente como marca diferencial frente al Estado o al mercado, según el momento histórico.

Este estudio parte de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, la cual permite ordenar un espacio social, esclarecer las relaciones que allí se dan y derivar conclusiones que den cuenta de las complejidades de un campo como el editorial. El modelo de Bourdieu permite un adecuado estudio de la categoría de independencia, teniendo en cuenta que es una categoría histórica, móvil, ocupada por múltiples actores y relacionada con otros campos sociales.

Pensar la independencia en constante transformación es muy importante, porque implica que no hay algo “esencial” de este concepto, sino que su definición se da respecto a lo que no es, a la diferencia, a lo que se opone. Es decir, que hay muchos proyectos de diferentes características que han sido denominados o se autodenominan independientes, y no necesariamente tienen un común denominador, sino, más bien, comparten un afuera común con el que limitan por diferencia (el Estado o el mercado). Esta cuestión ha sido teorizada especialmente a propósito de la efervescencia actual.

Desde que la edición independiente (en adelante Ei) se consolidó con gran fuerza como identidad colectiva y categoría estructural del campo editorial a inicios del milenio, han sido muchos los debates alrededor de su sentido. Alrededor de 2010 se buscaba clasificar, establecer y de cierto modo encontrar si había algo “esencial” de la Ei; posteriormente, el término se fue flexibilizando por los múltiples usos que se le daba (De Souza Muniz Junior 2015; Szpilbarg 2015; López Winne y Malumián 2016; González Tolosa 2022; Hurtado-Tarazona 2022; Lefort-Favreau 2024). Esta flexibilidad no quiere decir que haya perdido su sentido, sino que dentro de la heterogeneidad de proyectos que se identifican con este término, hay algo común que es

el hecho de que ninguno haga parte de un gran conglomerado: lo que comparten es el afuera, lo que no son.

Metodología

El corpus analizado está compuesto por seis revistas y suplementos culturales: *Revista de la Universidad de México*, *La Cultura en México*, *Plural*, *Vuelta*, *Nexos* y *Letras Libres*. La selección se dio por su gran importancia en el campo intelectual mexicano, dado que cuentan con un alto capital simbólico y cultural acumulado por la participación y diálogo entre muchos de los intelectuales más representativos de México y el mundo, como se verá en cada sección.

La revisión cubre desde la década de 1940 hasta 2018: la *Revista de la Universidad de México* (publicada con este nombre a partir de 1947) se consultó en el acervo digital “Revista de la Universidad de México”, y el seguimiento a la categoría de independencia se hizo de 1947 a 1967, periodo en que las otras revistas y suplementos culturales de gran importancia en el contexto nacional aún no existían y los autores de gran renombre publicaban primordialmente allí. *La Cultura en México* (publicada de 1961 a 1985) se consultó en la colección física de la biblioteca de Profética, casa de la lectura (Puebla, México), y el seguimiento contempló todos los fascículos. *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998) se consultaron en formato impreso también en Profética y el seguimiento contempló todos los fascículos. Por su parte, *Nexos* (1978-2018) y *Letras Libres* (1999-2018) se consultaron en sus respectivas páginas web, y el seguimiento contempló los fascículos hasta diciembre de 2018, fecha de corte de la presente investigación.

Se realizó un análisis cualitativo de contenido, centrado en:

- El uso explícito del término “independiente” en los artículos.
- Las menciones a editoriales consideradas autónomas o diferenciadas.
- La presencia de editoriales en avisos publicitarios, reseñas o textos editoriales.
- Las reflexiones teóricas o testimoniales en torno a la autonomía frente al Estado o al mercado.

El enfoque es inductivo y exploratorio, basado en el análisis del discurso y en la interpretación situada del material. La intención fue identificar momentos clave en los que la categoría de independencia aparece como signifiicante relevante para los agentes del campo. Este tipo de rastreo permite observar los desplazamientos semánticos y las transformaciones políticas, simbólicas e institucionales asociadas a la categoría.

Transformaciones de la noción de independencia en distintos momentos clave de la historia campo editorial mexicano, siglo xx y xxi

A partir del siglo xx se pueden identificar algunos hechos clave para la consolidación del campo editorial mexicano: la fundación de la revista y editorial Cvltvra en 1916 como punto de encuentro de intelectuales del México postrevolucionario; el establecimiento de políticas culturales en el gobierno de Álvaro Obregón con la creación de la Secretaría de Educación Pública a cargo de José Vasconcelos en los años veinte; la fundación del Fondo de Cultura Económica por parte Daniel Cosío Villegas en la década de los treinta; el surgimiento de Era, Joaquín Mortiz y Siglo xxi Editores en los años sesenta.

Entrado el siglo xxi, el modelo económico neoliberal y los procesos de globalización que comenzaron a acelerarse en la dé-

cada de los noventa llevaron a una alta concentración editorial del mercado del libro en español.¹ Frente a este fenómeno, en que muchas de las editoriales de América Latina estaban siendo absorbidas por multinacionales, han surgido numerosos proyectos que se autodenominan editoriales independientes e iniciativas colectivas que se relacionan con este término. En México se han creado múltiples iniciativas como alianzas, redes y ferias que se han celebrado en torno a la independencia (la Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes, Feria del Libro Independiente, Feria de Ediciones Autogestivas, entre otras), y múltiples proyectos editoriales asociados a este término.

Una vez presentado este contexto general, a continuación se trazará el recorrido de los tres momentos principales del cambio de esta noción en el campo editorial mexicano de acuerdo con el rastreo realizado en las revistas y suplementos culturales, y finalmente se plantearán las conclusiones y aportes principales.

Independencia y Estado: *Revista de la Universidad de México* (1947-actualidad) y *La Cultura en México* (1961-1985)

La *Revista de la Universidad de México* fue creada por la UNAM, y se publica mensualmente desde 1947. El seguimiento a la categoría de independencia se hizo para observar qué tratamiento se le daban en esos años a la cuestión de la edición en una revista gestada en la universidad pública más grande del país, en la que escribieron intelectuales fundamentales para el campo literario mexicano, como Jaime García Terrés, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco y Octavio Paz, entre muchos otros.

¹ Ver Schiffrin (1999; 2005), Epstein (2002), Thompson (2012), Cruz Quintana (2023).

En los años estudiados de la revista hay alusiones a este término “independiente”, no utilizado en el contexto editorial, sino en otro sentido: en relación con la independencia de la UNAM como proyecto cultural e intelectual respecto al Estado, especialmente en ejemplares del 48 al 56. Por ejemplo, en el número 50, febrero de 1951, en el artículo “Universidades y paz”, del periodista Félix Fulgencio Palavicini, se afirma que

para conservar la Universidad Nacional en aptitud de corresponder a los altos fines para que fue creada y es sostenida, se requiere que subsista ajena a las fluctuaciones de la política, independiente del poder público, libre de toda intervención oficial y sin las limitaciones de la esclavitud burocrática o de la tutela política (8; el subrayado es mío).

Otro caso es el del artículo “La función de la universidad” del profesor Alejandro Lipschutz, número 53 de mayo de 1951, donde defiende que la universidad como institución debe tener, más allá de sus condiciones de desarrollo material, una independencia intelectual y científica que permita dar paso a una evolución cultural. En estos casos, como ocurrirá también con el FCE en su primera etapa, la independencia y el apoyo estatal coexisten, aunque se tiene teniendo claro que la parte económica no debe afectar la labor intelectual y editorial. Así, en esta publicación comienza a darse una reflexión sobre la relación entre lo público y lo independiente, señalando la necesidad de ciertas fronteras, pero no sugiriendo una relación de una amenaza de lo primero a lo segundo; así, la posibilidad de que exista la independencia en instituciones públicas no resulta problemática en ese momento.

Por otro lado, fue consultada *La Cultura en México*, un suplemento de la revista *Siempre!* creado por Fernando Benítez,

gran promotor de la prensa moderna mexicana. El suplemento era un espacio de crítica cultural y política, de tendencia antioficialista. Allí, el término “independiente” se utiliza por primera vez en relación directa con lo editorial en el suplemento 135 de septiembre de 1964, donde se celebran los treinta años del FCE; allí se presenta la diferenciación frente a otros actores como aspecto clave de su identidad: se hace referencia a que el Fondo no es parte de ninguna empresa privada, ninguna universidad y que publica sus contenidos sin condicionamientos a determinadas doctrinas filosóficas o políticas. Actualmente resultaría problemático definirla como editorial independiente por su relación con el Estado, pero para entonces el no pertenecer a una empresa o universidad la definía como tal, porque como en el caso de la UNAM, el apoyo estatal no iba en detrimento de dicha categoría hasta 1965. Esto se ve en el siguiente fragmento:

El Fondo de Cultura Económica, en consecuencia, no es una empresa privada, de móviles cifrados en el lucro, puesto que no pertenece a ningún dueño ni a un grupo de capitalistas. Su patrimonio no consiste en acciones negociables o de propiedad personal: obviamente, tampoco reparte dividendos. Las ganancias que pueda conseguir, ya que opera con los métodos que el régimen de mercado impone, las reinvierte, preceptivamente, en la edición de libros y en las instalaciones a este fin destinadas. El Fondo, tan ligado a las universidades, es independiente de ellas. Además, en la selección de obras no se halla condicionado por estas o aquellas doctrinas filosóficas o políticas (Suplemento 135 de 1964: III; el subrayado es mío).

En este y en el próximo ejemplo se mencionan las universidades, que actualmente coeditan con las ahora Ei y no resultan problemáticas (como sí las empresas privadas) para su noción de

independencia; sin embargo, en este contexto, donde el Estado no era una amenaza ni existía el fenómeno de la concentración editorial, era de suma importancia hacer hincapié en que las decisiones de publicación tampoco estaban influenciadas por instituciones universitarias aunque trabajaran en proyectos de coediciones con éstas, en pro de su autonomía como proyecto cultural. Es decir, en cuanto cambian los actores que se ubican dentro de la Ei por la transformación del término, cambian también los actores externos a la Ei que representan una “amenaza” a dicha independencia.

En el suplemento número 197, donde se publica una encuesta sobre la industria editorial que Carlos Landeros hace al FCE, Joaquín Mortiz y ERA. De las tres, la única que alude a una cuestión de “autonomía” es el FCE; aunque no aparece el nombre de quien respondió las preguntas, allí se afirma que no tienen mentalidad comercial sino de labor cultural, pues su tarea es colaborar con los procesos de alfabetización y facilitar que las masas lean libros de calidad a buen precio; que no es una institución oficial sino una institución autónoma de cultura sin fines de lucro.

Por su parte, Joaquín Mortiz no se adjetiva de ningún modo; con tres años de trayectoria en ese momento no se refiere a ningún otro proyecto editorial como competencia² y hace énfasis en las dificultades financieras que siempre tuvo un proyecto que tenía un catálogo sobresaliente, pero que no tuvo la mejor administración.

Finalmente, Era se describe como una editorial *diferente* a las otras; no obstante, no ahonda en los rasgos de dicha diferencia

² Su enfoque y dimensiones como empresa privada la hacía diferente a proyectos como el FCE; para el momento Era también había nacido hace poco (en 1959) y Siglo XXI aún no existía.

más allá de denominarse una editorial cultural que opera con recuperación lenta: lo que Bourdieu (2000) llamaría ciclos largos de producción que corresponden a las editoriales con mayor capital simbólico que económico.

Respecto al FCE, en el número 198 de diciembre de 1965 aparece un texto sobre un suceso fundamental para el ámbito editorial: la salida de Orfila Reynal, escrito por Elena Poniatowska, entre otros textos que rechazan su despido y exaltan su labor editorial y la elaboración de un catálogo que fue definitivo para la cultura y vida intelectual mexicana y de América Latina. El episodio del despido de Orfila Reynal por la publicación de *Los hijos de Sánchez*³ pone en entredicho la independencia del primer momento aquí señalado, pues, aunque se defendiera que la editorial no era oficial, la salida del argentino evidencia la poca separación que hubo para ese entonces (gobierno de Díaz Ordaz) entre el criterio de publicación y los intereses políticos.

En el número 242 se celebra la inauguración de Siglo XXI, creada por el mismo Orfila Reynal, donde se exalta la independencia económica de la empresa, que se relaciona con la libertad de publicación sin censura del Estado. En este suplemento queda claro cuáles son las editoriales más influyentes de los años sesenta y setenta, y que la noción de independencia que apareció en relación con el FCE quedó en entredicho después del despido de Orfila Reynal, lo cual fue dando paso a nuevas empresas privadas que ya esbozaban cierta diferencia que toma forma en el segundo periodo que estudiaremos a continuación.

³ La obra es un ensayo etnográfico del norteamericano Oscar Lewis que cuestionaba los discursos triunfalistas sobre la economía mexicana; el libro suscitó indignación en la esfera estatal y significó el despido de Orfila. Ver Sorá (2008).

Independencia del Estado a partir del mercado: *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998)

Para referirnos a *Plural* es importante recapitular un episodio que recuerda en cierta medida el despido de Orfila Reynal y que representa otro hecho de censura estatal, aunque once años después. En 1971 se fundó la revista de crítica y literatura *Plural*, patrocinada por el diario *Excélsior*, con Octavio Paz como director, quien publicaría traducciones hechas por el grupo de colaboradores de la revista y textos de autores de diferentes partes del mundo. En 1976 Julio Scherer, quien dirigía el diario desde 1968, deja *Excélsior* y Paz con sus colaboradores se retiran, dado que su ética periodística estaba en juego (Mejía 2000). Éste era un periódico que gozaba de un alto nivel de independencia y publicaba textos críticos sobre temas políticos, pero en el periodo presidencial de Luis Echeverría (1970-1976) comenzó a recibir amenazas por esa libertad de expresión que defendía y ejercía, y el gobierno dio un golpe al diario que resultaría en la desarticulación del grupo que trabajaba en este y en la renuncia de múltiples periodistas.

Plural representó, junto con el *Excélsior*, una fuente que resultaba incómoda para el gobierno de turno. Respecto a Scherer y Cosío Villegas —director de *Excélsior* de 1968 a 1976 y editorialista de los sábados en dicho periódico, respectivamente—, afirma el historiador Enrique Krauze: “los vinculaba una misma desconfianza radical, una misma independencia —y una misma fascinación— frente al poder mexicano” (Krauze 344). Hay que resaltar aquí el hecho de aludir a medios independientes, que marcan una postura del intelectual que se separa del poder político: ¿es acaso esta la forma inicial que entrevé la noción de independencia frente al poder de un Estado que propende a cooptar a los intelectuales? El papel del Estado sigue siendo

fundamental en el campo, y si bien la noción de independencia es determinante para muchos proyectos, actualmente este grado de independencia es relativo (y en algunos casos problemático) frente al poder del Estado, el cual financia gran parte de los proyectos que se autodenominan de este modo. No obstante, las tomas de posición en el campo editorial de los setenta (aquí más enfocado en lo periodístico) crearon una zona de enunciación donde la independencia referida al Estado era clave: antes de 1965 no era necesaria dicha zona, pues el Estado no representaba una amenaza para dicha independencia.

En esta revista las alusiones a la independencia editorial no abundan; más bien se encuentran discusiones sobre el papel del Estado como actor del campo, lo que muestra que el tema de este como interventor de la actividad editorial despertaba frecuentes reflexiones, dentro de las cuales se encontraban diferentes posturas, con tintes de crítica o al menos de conflicto frente a su papel. Sólo se identificó un caso, en el número 42 de 1975, en donde se aludió a la noción de independencia, pero fue en relación con la independencia intelectual que proclamaba Octavio Paz en *Plural*, como posibilidad de tener un espacio de pensamiento autónomo; la cuestión de la independencia se da a nivel de la figura del intelectual y, de ahí, de los proyectos intelectuales que este emprende, pero no directamente como adjetivo de un grupo de empresas editoriales como ocurrirá en el tercer periodo.

Desde su nacimiento, *Plural* quiso ser un lugar de convergencia de los escritores independientes de México. Convergencia no significa uniformidad y ni siquiera coincidencia, salvo en la común adhesión a la autonomía del pensamiento y la afición a la literatura no como prédica sino como búsqueda y exploración, ya sea del lenguaje o del hombre, de la sociedad o del individuo (82).

Por su parte en *Vuelta*, publicada desde el cierre de *Plural* y hasta la muerte de Octavio Paz, se abrió más espacio a las cuestiones editoriales. Hay dos artículos que resultan clave para mostrar que, así como Paz reflexionó sobre la figura del intelectual autónomo, también este fue un tema importante para Cosío Villegas. Se trata de “Las edades del Fondo” escrito por Enrique Krauze (número 95, octubre 1984) e “Imprenta y vida pública, homenaje a Daniel Cosío Villegas” de Gabriel Zaid, autor recurrente en esta revista (número 96, 1984). En el primer caso, texto que corresponde al discurso pronunciado en el cincuenta aniversario del FCE el 11 de septiembre de 1984, Krauze hace un recorrido por las etapas del FCE, y señala que a la salida de Orfila Reynal oyó a Cosío Villegas afirmar lo siguiente:

Una de las cosas fundamentales en la vida de esta institución es que tuviera nexos con el gobierno y, sin embargo, mantuviera una gran independencia... Lo que nosotros hacíamos merecía la aprobación por ser una empresa desinteresada, bien manejada, porque le daba prestigio a México (lo cual) justificaba la ayuda del gobierno pero nunca que el gobierno tuviese que hacer nada directo... Ahora el Fondo ha perdido toda independencia de modo que —concluyó— la situación es mala (Cosío Villegas en Krauze 48).

Aquí vemos, como lo habíamos referido con el caso de *La Cultura en México*, que la salida de Orfila Reynal implicó un cuestionamiento de la noción de independencia, y un llamado de atención sobre la presencia del Estado que antes de este evento no había sido concebido como una amenaza, y más bien se exaltaba su labor. Al final del texto afirma Krauze que el Fon-

do tiene que recuperar la creatividad, frescura y temple de sus fundadores:

Necesitará hablar más desde la sociedad, por la sociedad y, a veces, frente al poder. Para todo ello tendrá que afirmar un margen definitivo de independencia. Porque la independencia, para quien edita libros o para quien los escribe, es la única posible, la única deseable, tierra firme (49).

No queda claro cómo se podría lograr ese “margen definitivo de independencia” y si se pudiera conseguir a pesar de que siguiera nutriéndose de fondos públicos, a través del temple de sus dirigentes, pero se evidencia el énfasis en la independencia del intelectual (por ende, de sus proyectos culturales) frente al campo político.

El segundo caso, el texto de Zaid, es la lección inaugural que presentó el 26 de septiembre de 1984 en el Colegio Nacional. Allí hace un homenaje a la labor de Cosío Villegas por su desempeño político y editorial, y afirma que, Cosío como intelectual, decepcionado de los presidentes y alejado de la militancia política, se fue moviendo de un “adentro” dependiente a un “afuera” independiente. Afirma:

La trayectoria de Cosío Villegas muestra que su vocación de servicio público, su carácter independiente, su experiencia del poder y sus reflexiones lo fueron llevando de la zona privada del Estado a la zona pública de la sociedad: de los servicios regidos por el secreto profesional al servicio del público en la edición de libros y revistas [...] Hay en esa larga y fructífera carrera todo un abanico de soluciones creadoras para encauzar una vocación de servicio público independiente. Soluciones

que solo puede necesitar y crear una persona que tenga una poderosa vocación de servicio público independiente (14).

Se puede ver una vez más esta exaltación de la importancia de la independencia del intelectual en relación con el Estado, lo cual es la característica fundamental de este periodo. Estas reflexiones fueron de la mano con el nacimiento de empresas privadas que fueron creadas en consecuencia a ese “desencanto” de la relación con las esferas públicas, y, si bien estas editoriales no se etiquetaban en un primer momento como Ei, su autonomía respecto a lo publicado en los catálogos fue posible precisamente por ese movimiento de “adentro” a “afuera”. No obstante, el acercarse más al mercado alejándose del Estado no sería garantía de total de independencia, pues se aproximaban los procesos de concentración que llevaron a grandes dificultades a proyectos mexicanos pequeños y medianos que se encontrarían con las dinámicas de absorción de grandes conglomerados transnacionales.

Enfrentando la concentración,
más allá de la cuestión nacional: *Nexos* (1978-2018)
y *Letras Libres* (1999-2018)

Este tercer periodo tiene una marcada diferencia con el anterior, por el hecho de que, a mediados de los noventa comienza la concentración editorial, y el papel del mercado (que de los sesenta a ese momento había sido un modo garantizar la independencia frente a lo público) ya no es un terreno que permite la autonomía esperada, pues comienza a estar en manos de unos pocos. Para este momento, por efectos de la globalización, las dinámicas de la actividad editorial pasan a ser una cuestión transnacional, donde los Estados mantienen cierto grado de

influencia en sus respectivos territorios, pero las leyes del mercado superan las fronteras nacionales y llevan a un fenómeno de monopolizar los mercados del contexto latinoamericano en unas pocas empresas.

En este momento, el panorama actual en México podría entenderse, a muy grandes rasgos, a partir de la coexistencia de estos actores: *a)* las grandes empresas privadas que representan el poder del mercado; *b)* un Estado altamente activo en cuanto a producción y distribución, y gran interventor del campo a partir de coediciones, convocatorias y apoyos a pequeñas empresas; *c)* la edición universitaria, que opera entre el Estado y el mercado; *d)* la Ei, que no representa del todo a ninguno de los actores mencionados, generalmente goza de más capital simbólico que económico, y se relaciona con lo micro, marginal, emergente, autogestivo y en otros casos también con lo subversivo, oposicional o militante. La unión de editoriales en torno a principios anti-concentración, objetivo fundacional de la Ei como exponen sus manifiestos y declaraciones,⁴ ha dado resultados en cuanto a la generación de políticas públicas, creación de redes y alianzas que, entre otras acciones, facilitan la difusión de los libros, la participación en ferias y motiva las coediciones. Dicho esto, veamos cómo se da la cuestión de lo independiente en dos publicaciones que están activas actualmente.

Fundada por el historiador Enrique Florescano, en *Nexos* no se encontraron alusiones significativas al sector editorial hasta entrado el nuevo milenio. En este caso ya se hace referencia a la Ei como hoy se conoce, aun cuando no se encuentran textos

⁴ Ver *Declaración de las editoriales independientes mexicanas* (Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes, 2010), *Declaración Internacional de Editores Independientes: para contribuir a la defensa y promoción de la bibliodiversidad* (Alianza Internacional de Editores Independientes, 2014).

que reflexionen teóricamente sobre las implicaciones de esta categoría: hay un consenso implícito sobre la Ei como sinónimo de editoriales que no son parte de una empresa más grande, y, además, como una categoría que poco a poco se va a arraigar a manera de identidad colectiva, como no había ocurrido anteriormente.

Dentro de los artículos está publicado un texto de Fernando Escalante Gonzalbo de septiembre de 2001, titulado “Los libros derrotados”, donde hace una crítica a la concentración editorial, al igual que en su libro *A la sombra de los libros* (2007); sobre este tema, en septiembre de 2006 se publica un artículo sin autor titulado “Desequilibrios en el mercado del libro”, donde se alude a los problemas que causa una gran cantidad de oferta en libros y pocos lectores, las dificultades de distribución y difícil mantenimiento de los puntos de venta, que cada vez son menos, y se enfatiza la importancia de las librerías y editoriales independientes para la bibliodiversidad:

Las librerías y editoriales independientes son los únicos agentes que garantizan y promueven el pluralismo cultural y la diversidad en la oferta de libros en el mercado. Favorecen el acceso de los lectores a una oferta editorial de fondo. Esto es, permiten que de un mismo tema se puedan encontrar muchas obras con tratamientos y tendencias diferentes, que dan fruto a la controversia y enriquecen la cultura del país (párr. 12).

Aquí podemos ver cómo ya se habla en plural de editoriales (y librerías) independientes, y su misión de diversificar la oferta cultural y enriquecerla con diferentes enfoques, en el marco del mercado en el siglo XXI.

En segundo lugar, existe en un artículo de Héctor Orestes Aguilar, “Recuerdo de Neus Espresate”, publicado el 22 de fe-

brero de 2017. Aquí Aguilar hace un recorrido de la trayectoria de Neus Espresate y Ediciones Era, y la califica como una editorial independiente, junto a Joaquín Mortiz:

para 1980, Era ya se había consolidado con creces como el eslabón más importante en la cadena histórica que se tiene entre las no pocas editoriales del exilio republicano español, desaparecidas poco a poco de nuestra escena cultural a partir de los años sesenta, y las editoriales mexicanas independientes de la segunda mitad del siglo xx mexicano. (...) Junto a Joaquín Mortiz –sello al que le unen vínculos fraternos– Era se convirtió en una de las plataformas de lanzamiento de la generación literaria de Medio Siglo y las plumas más importantes de aquella promoción tienen al menos un libro en su catálogo, de Juan Vicente Melo a Salvador Elizondo y de Juan García Ponce a Sergio Pitol (párr. 4).

En esta cita el autor se refiere a la edición independiente de la segunda mitad del siglo xx, aunque no resulta claro a qué editoriales alude y bajo qué criterios las está adjetivando de este modo; para ese entonces no estaba consolidada esta categoría como una identidad colectiva como en el siglo xxi. Aquí la categoría es aplicada retrospectivamente, y puede estar basada en el hecho de que para este siglo, precisamente editoriales como Era o Siglo xxi participan de iniciativas colectivas como la Feria del Libro Independiente, aunque al momento de su creación no fueran concebidas bajo esa bandera.

Finalmente, en septiembre de 2018 aparece un texto de Claudio Lomnitz, “Resucitar la misión de las ediciones universitarias”, donde defiende la importancia de este tipo de edición ante la concentración editorial, pues, según él, éstas son

las únicas que operan con una economía distinta a la de otros proyectos públicos o privados.

Las ediciones universitarias están en situación de recrear el nicho que antes ocupaban las pequeñas editoriales de prestigio, que vivían de estimular los apetitos de los mejores lectores, quienes luego influían y guiaban el interés del gran público, por la sencilla razón de que sabían más (párr. 3, 4).

Aunque sin duda la edición universitaria nutre el campo editorial, Lomnitz parece desconocer el amplio panorama de editoriales que no han parado de emerger desde el 2000, que también tienen catálogos que gozan de ese capital simbólico que él parece ubicar en el pasado, y cuyas propuestas cubren un amplísimo espectro. Estas editoriales del siglo XXI también incluyen proyectos de prestigio, dado que la concentración no acabó por completo con una fructífera actividad editorial: aunque sí implicó cambios en el campo, también causó una reacción importante con la creación de más de una centena de Ei.

Por su parte, *Letras Libres*, dirigida por el historiador y fundador de Editorial Clío, Enrique Krauze, es heredera del legado de *Vuelta*, aunque en ella encontramos un panorama diferente en cuanto a lo editorial se refiere, como evidenció la búsqueda hecha en los archivos de su página web. Hay una versión mexicana y otra española, y sobre cuestiones relacionadas con el libro y la edición escriben, sobre todo, autores como Zaid, Jorge Herralde, Juan Carlos Reyes Pérez, Juan José Reyes y el mismo Krauze.

La noción del siglo XXI sobre la independencia se refleja en tres ejemplos: el artículo “La edición independiente en español” de Jordi Nadal (30 de septiembre 2001), “Las leyes del libro contra el fanatismo del mercado” de Jorge Herralde (28

de febrero 2007) y "Diversidad y concentración en el mundo del libro" de Gabriel Zaid (30 de septiembre 2003). En los tres casos se alude de nuevo a cómo la concentración editorial está afectando la diversidad y posibilidades de lectura, y, en el caso de Zaid, a la figura del editor independiente dentro de este panorama en donde la libre competencia mercantil lo ha vuelto casi una especie en extinción.

Los editores independientes, que no eran ejecutivos bien pagados en constante rotación, sino dueños que ganan poco, porque disfrutaban su autonomía y piensan en décadas, perdieron su mejor fuente de financiamiento para el desarrollo a largo plazo de nuevos autores, frente a los ejecutivos que piensan en trimestres y tienen que organizar golpes espectaculares para el gran público, los medios y los bancos (párr. 8),

En esta cita hay una aproximación a la figura del editor independiente actual, y se traza una diferencia fundamental con los ejecutivos bien pagados de los grandes conglomerados. Aquí el editor es dueño de su proyecto, pero no tiene altos rendimientos económicos por la lenta rotación de sus publicaciones (de nuevo, a diferencia de empresas como Planeta y Penguin Random House), porque piensa más a largo que a corto plazo, y tiene una noción de público muy diferente a la concepción de lo mediático y espectacular. Estas características se relacionan con lo señalado por Bourdieu (2000) sobre los ciclos cortos y ciclos largos de producción, y, aunque con algunas excepciones, efectivamente se corresponden con un perfil de editor particular, a partir de una diferencia marcada entre quien dirige su propio proyecto editorial sabiendo que lo esperado es que acumulará más capital simbólico que económico (pues no hará ventas masivas), y quien trabaja como ejecutivo en una editorial que hace

parte de una empresa más grande de medios de comunicación y tiene grandes presiones para dar rendimientos económicos a los altos mandos del conglomerado, viendo la oportunidad de publicar libros que compre la mayor cantidad posible de gente. El anterior es otro ejemplo que ratifica esta última etapa como el momento donde el mercado representa esa fuerza de la que se quiere diferenciar la Ei, aspecto fundamental para su identidad actual.

Conclusiones

Trazado este recorrido, se pueden recapitular los siguientes puntos. Inicialmente, las alusiones que se encontraron en referencia a lo independiente se dieron en relación con el FCE como proyecto público, pero culturalmente autónomo, hecho que se puso en entredicho con el episodio de la salida de Orfila Reynal y punto de quiebre para un cambio de la noción de independencia. Se da paso entonces al papel protagonista de Joaquín Mortiz, Era y Siglo XXI en la década de los sesenta y setenta, editoriales privadas que pasaron a ser reconocidas como proyectos de catálogos sólidos y claros posicionamientos políticos de crítica frente a lo estatal, a partir de una autonomía que posibilitaba el mercado en ese momento. Llega así la transformación que causa la concentración editorial a finales del siglo pasado, la cual lleva a la creación de varios proyectos editoriales que son identificados como independientes, ahora sí como categoría grupal, lo cual presupone no tanto una distancia con el Estado sino con el mercado representado en los conglomerados que absorben editoriales de menor tamaño.

Dicho de otro modo, los tres momentos clave de transformación en el campo editorial son: *a)* desde la década de los treinta con la creación del FCE hasta 1965, cuando ser apoyado

económicamente por el Estado no era un impedimento para conservar autonomía ideológica y ser considerado independiente; *b*) periodo posterior a 1965, año del despido de Orfila Reynal, momento en que el Estado censuró esa autonomía de la que gozaba el FCE, y ser independiente pasó a significar apartarse del Estado y tener libertad económica a partir de la creación de empresas privadas, como ocurrió con ERA, Joaquín Mortiz y Siglo XXI; *c*) un último periodo que comenzó a mediados de los noventa y continúa hasta la actualidad, correspondiente al fenómeno de la concentración editorial, cuando las multinacionales comienzan a absorber a las pequeñas empresas, y para ser independiente es necesario no hacer parte de estas lógicas del mercado; aquí la relación con el Estado es ambigua, pues algunos proyectos consideran que se puede ser independiente a pesar de estar apoyado económicamente por algunas de las convocatorias de la Secretaría de Cultura, pero otros consideran que se debe estar lo más apartado posible tanto del Estado como del mercado para serlo.

Lo anterior muestra que, dado que la independencia es una categoría que no cuenta con un común denominador que defina a todos los actores que allí se posicionan, pues estos son diversos y sus prácticas heterogéneas, resulta fundamental aquello de lo que se diferencian y se apartan, aquello que *no son* (el Estado, el mercado, según el momento), para poder concebirla como una identidad que da sentido a las prácticas de ciertos actores del campo; estos actores van cambiando y transformándose, al igual que va cambiando el afuera del que se diferencia la independencia, un afuera que la define y nos permite estudiarla, en su multiplicidad y dinamismo.

Referencias

- Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes. *Declaración de las editoriales independientes mexicanas*. 2010. <https://coladelmundo.blogspot.com/2010/06/declaracion-de-las-editoriales.html>.
- Alianza Internacional de Editores Independientes. *Declaración Internacional de Editores Independientes: para contribuir a la defensa y promoción de la bibliodiversidad*. 2014. https://www.alliance-editeurs.org/IMG/pdf/declaration_internacional_de_los_editores_independientes_2014-2.pdf.
- Bourdieu, Pierre. “Una revolución conservadora de la edición”. *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, 2000, pp. 223-264.
- Cruz Quintana, Fernando. “Concentración empresarial en el sector editorial: el caso de Penguin Random House”. *Revista General de Información y Documentación*, vol. 33, núm. 2, 2023, pp. 695-714.
- De Souza Muniz Junior, José. “Itinerarios de una identidad voluble: el debate sobre la edición ‘independiente’ en Francia y Brasil”. *Orbis Tertius*, vol. xx, núm. 21, 2015, pp. 145-158.
- Epstein, Jason. *La industria del libro: pasado, presente y futuro de la edición*. Anagrama, 2002.
- Escalante Gonzalbo, Fernando. *A la sombra de los libros*. El Colegio de México, 2007.
- González Tolosa, David. “Crisis permanente. Cinco editoriales del sector independiente de la industria editorial mexicana frente a la crisis del covid-19”. *Bibliographica*, vol. 2, núm. 5, 2022, pp. 192-224.
- Hurtado-Tarazona, Alejandra. “Prácticas editoriales independientes en el campo editorial mexicano del siglo xxi”. *Mi-*

Ilcayac- Revista Digital de Ciencias Sociales, vol. 9, núm.17, 2022, pp. 151-168.

Krauze, Enrique. *Julio Scherer García, la pasión y la verdad*. Penguin Random House, 2015.

Lefort-Favreau, Julien. *De la independencia editorial: el lujo de ir a contracorriente*. Trama Editorial, 2024.

Mejía, Eduardo. "La industria editorial en México, obra de personas más que de instituciones". *Historia de las empresas editoriales de América Latina siglo XX*, Editado por Gerardo Cobo Borda, CERLALC, 2000.

Schiffrin, André. *La edición sin editores*. Era, 1999.

_____. *El control de la palabra: después de "La edición sin editores"*. Era, 2005.

Sorá, Gustavo. "Edición y política. Guerra Fría en la cultura latinoamericana de los años 60". *Revista del Museo de Antropología*, vol. 1, 2008, pp. 97-114.

Szpilbarg, Daniela. "Independencias en el espacio editorial argentino de los 2000: genealogía de un espejismo conceptual". *Estudios de teoría literaria*, vol. 9, núm. 4, 2015, pp. 7-21.

Thompson, John. *Merchants of culture*. Polity, 2012.

Consulta de archivos

"La cultura en México". *Siempre!* Colección 1961-1985. Consulta de acervo físico en Profética, casa de la lectura. Puebla, México.

Letras Libres. Colección 1999-2018. Consulta de acervo digital en <https://letraslibres.com/magazine/>

Nexos. Colección 1978-2018. Consulta de acervo digital en https://www.nexos.com.mx/?page_id=16320

Plural. Colección 1971-1976. Consulta de acervo físico en Profética, casa de la lectura. Puebla, México.

Revista de la Universidad de México. Colección 1947-9170.
Consulta de acervo digital en <https://www.revistadelauniversidad.mx/archive/2025>

Vuelta. Colección 1976-1998. Consulta de acervo físico en
Profética, casa de la lectura. Puebla, México.

La literatura sobre perpetradores: *Hijo de la guerra* de Ricardo Raphael

Literature About Perpetrators: *Hijo de la guerra*
by Ricardo Raphael

JOSÉ SÁNCHEZ CARBÓ

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, PUEBLA

sanchezcarbo@yahoo.com.mx

Resumen: El contexto de violencia extrema (Sémelin) de las últimas décadas en México ha transformado los repertorios literarios. Cada vez más obras narrativas abordan este tipo de violencia desde la perspectiva de las víctimas, los testigos y, en menor medida, los victimarios, este último un ángulo sustancial para la comprensión de las formas en que los asesinatos en masa se reproducen. *Hijo de la guerra* (2019), de Ricardo Raphael, es una novela que, entre el periodismo, el testimonio, la biografía y la literatura, narra la historia de un sicario de los Zetas. Este artículo analiza la interrelación de las dimensiones éticas, estéticas y políticas del texto, así como la relación entre ficción, verdad y realidad (Saer), características tanto de la literatura posautónoma (Ludmer) como de la poética de la violencia (Tomás Cámara). Este abordaje permite analizar la dimensión dilemática de la literatura de la violencia extrema, así como los factores personales, sociales, políticos y culturales que atraviesan la vida de una persona que termina siendo víctima y victimario en el contexto de una sociedad extremadamente violenta (Gerlach).

Palabras clave: Literatura y violencia extrema, literatura postautónoma, ética literaria, Ricardo Raphael, Sociedades extremadamente violentas.

Abstract: The context of extreme violence (Sémelin) experienced in Mexico in recent decades has transformed literary repertoires. Narrative works increasingly address this violence from the perspective of victims, witnesses, and, to a lesser extent, perpetrators, the latter providing a substantial angle for understanding the ways in which mass murders are reproduced. Ricardo Raphael's *Hijo de la guerra* (2019) is a novel that, combining journalism, testimony, biography, and literature, tells the story of a Zetas hitman. This article analyzes the interrelation of the text's ethical, aesthetic, and political dimensions, as well as the relationship between fiction, truth, and reality (Saer), characteristics of both post-autonomous literature (Ludmer) and the poetics of violence (Tomás Cámara). This approach allows us to analyze the dilemmatic dimension of the literature of extreme violence and the personal, social, political and cultural factors that permeate the life of a person who ends up being both, victim and victimizer in the context of an extremely violent society (Gerlach).

Keywords: Literature and extreme violence, Post-autonomous literature, Text's ethical, Ricardo Raphael, Extreme social violence.

Recibido: 4 de junio del 2025

Aceptado: 3 de julio del 2025

Doi: 10.15174/rv.v18i37.861

Las sociedades extremadamente violentas generan repertorios literarios, tanto temáticos¹ como formales,² alternativos a los establecidos por los códigos de creación y valoración de la esfera de la autonomía literaria. En México, en las últimas décadas, varias obras narrativas han representado o se han inspirado en trágicos episodios de violencia del crimen organizado. En general, la estética de esta literatura resulta de mezclar procesos de investigación con la ficción para aportar conocimiento sobre la realidad y posicionarse políticamente. Entre ellas destaca *Hijo de la guerra* (2019), en la que el periodista y escritor Ricardo Raphael elabora, por una parte, el perfil del victimario a través del testimonio de un miembro fundador de los Zetas y, por otra, expone el contexto familiar, social y político en el que se formó y operó este sicario.

Hijo de la guerra se suma a otras narrativas que adoptan la perspectiva del perpetrador.³ De acuerdo con Enrique Díaz Álvarez, cada vez más se explora la perspectiva de los que “obedecen ciegamente. Esa masa indiferenciada que muere y se regenera sin que a nadie le interese demasiado recordar su nombre e historia” (287). Raphael entrevistó semanalmente durante diez meses a quien decía ser Galdino Mellado Cruz, “el Z-9”, preso

¹ Por ejemplo, novela del narco, así como literatura sobre personas desaparecidas, feminicidios, secuestros, procesos judiciales corruptos o masacres y genocidios.

² Muchas de estas obras combinan la investigación documental con la ficción y géneros discursivos como el periodismo, la crónica, la historia, la sociología, la poesía, el ensayo, el testimonio y la narrativa de tal manera que ocupan una posición liminar en la literatura.

³ *Las tierras arrasadas* (2015), de Emiliano Monge; *A veces despierto temblando* (2022), de Ximena Santaolalla; *La tropa. Por qué mata un soldado* (2019), de Daniela Rea y Pablo Ferri, y *Un sicario en cada hijo te dio. Niñas, niños y adolescentes en la delincuencia organizada* (2020), de Saskia Niño de Rivera, et al.

por entonces con otro nombre por un delito menor en el penal de Chiconautla, Estado de México. La “novela”, siguiendo los preceptos del nuevo periodismo, articula el testimonio oral y escrito de Mellado Cruz con la crónica, la pesquisa periodística, la intriga y los dilemas éticos de Ricardo Raphael al momento de procesar, ordenar y presentar la información y estructurar la narración del sicario.

Hijo de la guerra está marcada por las tensiones entre la ficción y la realidad propias de otras obras que representan hechos de violencia extrema. No obstante, contiene una variante: el elemento ficcional predomina en el testimonio del criminal, en las indagatorias, así como en los comunicados de las autoridades; mientras que la pretensión de verdad prevalece en las partes narradas por Raphael. La sucesión de capítulos es un continuo contrapunto entre el discurso oficial y el criminal con el literario-periodístico. Cada dicho del Z-9 y cada versión oficial busca ser corroborada consultando diversas fuentes.

La literatura sobre la violencia extrema persigue la verdad, la reconstrucción rigurosa de los hechos para cuestionar la versión oficial, aunque a veces recurra a la ficción, a partir de su sentido amplio como forma de abordar la realidad, no como un producto de la imaginación o una “reivindicación de lo falso” (Saer 12). La concepción de Juan José Saer sobre la ficción resulta esclarecedora para la literatura de la violencia extrema:

no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la “verdad”, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de tratamiento. No

vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha. No es una claudicación ante tal o cual ética de la verdad, sino la búsqueda de una un poco menos rudimentaria. (11)

Hijo de la guerra aporta elementos clave para intentar comprender la enrevesada realidad mexicana en la que funcionarios, empresarios, políticos y sociedad civil son cómplices de grupos criminales ya sea porque son cooptados, sobornados, amenazados o porque buscan lucrar no sólo con el tráfico de armas y drogas sino también con la extorsión, el secuestro, la trata y el lavado de dinero. Como biografía criminal y como crónica periodística, *Hijo de la guerra* nos permite tener un panorama de los orígenes, el sostenimiento y la normalización de la violencia extrema, así como de la regeneración de las filas y las redes criminales. En otras palabras, de cómo México se transformó en una sociedad extremadamente violenta (Gerlach).

“Nos han hecho parte de esta trama”

Una sociedad extremadamente violenta se caracteriza por los niveles superlativos de violencia cometida en contra de la población civil en la que participan directa e indirectamente, entre otros responsables, distintos niveles y fuerza del Estado. El concepto, acuñado por el historiador alemán Christian Gerlach, explica este tipo de sociedades por la violencia en masa ejercida y entendida como un proceso cuyas etapas (el antes, el durante y el después) son indispensables para la identificación de la multiplicidad de personas, elementos y condiciones concatenadas que la predispone, sustenta, justifica y reprodu-

ce. Este “período de extendido derramamiento de sangre” (15), característico de una sociedad extremadamente violenta, no es un hecho o acontecimiento delimitado en el tiempo y espacio (como el genocidio o la masacre se abordan muchas veces) sino parte de un amplio proceso.

En este tipo de sociedades la población civil es la principal víctima de la violencia ejercida por otros grupos e instituciones del Estado. La violencia que se propaga “en diversas direcciones y variedad de intensidades y formas” (Gerlach 16) tiene entre sus principales víctimas a los ciudadanos, aunque también es esencial subrayar que una parte de esta población colabora directa o indirecta en la promoción y generación de la violencia. La violencia en masa contempla actos como el asesinato, “el destierro o la expulsión forzosa, la hambruna, el desabasto obligado, los trabajos forzados, la violencia colectiva, los bombardeos estratégicos y el encarcelamiento excesivo” (Gerlach 15). Si bien en algunos casos pareciera que los ataques están dirigidos hacia un grupo específico de la población, la mayoría de las veces alcanzan a varios de ellos como lo demuestran los genocidios y algunas masacres del siglo xx (Gerlach 19-25). Desde esta perspectiva, la idea de una sociedad extremadamente violenta atiende los orígenes sociales y el nivel de involucramiento de distintos sectores de la población, incluida la sociedad civil. Como apunta Raul Hilberg, en el holocausto “participó un conjunto muy diverso de culpables”, encabezados por Hitler, pero acompañado por un número insospechado de colaboradores (funcionarios, burócratas, civiles, fanáticos, etc.) (11).

La concepción de Gerlach resulta adecuada para complejizar la violencia extrema dilatada en México. En principio porque contrarresta la explicación simplista y maniquea, reproducida y establecida en el imaginario social e intelectual, que se ha centrado en identificar una causa y un enemigo. Una causa es, sin

duda, la estrategia de la “guerra contra las drogas” emprendida por Felipe Calderón en el 2006 para legitimar su gobierno y complacer mandatos del gobierno de los Estados Unidos, pero no es la única. El enemigo resulta de la lógica de la guerra. El gobierno calderonista identificó con el discurso bélico a los enemigos, a los otros, para justificar la participación del ejército en el combate contra el narcotráfico y, de paso, excusar innumerables daños colaterales, eufemismo marcial propio para ocultar las bajas civiles y la ejecución sumaria. Cuando se emprendió la guerra contra el narco y se militarizó la seguridad interna, las ciudades se poblaron de “cadáveres y restos humanos destinados a extender el miedo y la inseguridad. Cuerpos colgados de puentes, cuerpos decapitados, cuerpos desmembrados y vueltos a armar, cuerpos disueltos en ácido, cuerpos torturados, cuerpos abandonados portando un mensaje” (Díaz Álvarez 278). La presencia del ejército en muchas poblaciones, se ha demostrado, incrementó el número de homicidios (Rea y Ferri, 2019).

Esta mentada guerra como causa y la identificación de los enemigos narcotraficantes son parámetros que reducen o invisibilizan aristas y niveles de participación tanto del Estado como de otros sectores de la sociedad. Como muestra del nivel de implicación entre narcos y funcionarios. Otros factores estructurales y culturales son el caciquismo (varios narcos son caciques de sus zonas), la desigualdad, la pobreza, así como la impunidad y la corrupción en todo el aparato de justicia en México. De igual forma, Estados Unidos ha jugado un papel protagónico como consumidor, por las extensas redes de distribución de drogas establecidas en su territorio; como fabricante en el rentable negocio de las armas; como formador de militares latinoamericanos de élite que terminan incorporándose al crimen organizado y formando a otros jóvenes y a otros grupos; así como por la complicidad de sus agencias de seguridad (CIA,

DEA) con narcos mexicanos. Tampoco se debe soslayar la relación con Centroamérica, en principio, por la nula defensa del gobierno mexicano de los migrantes que huyen de la violencia directa, estructural y cultural, así como de los autoritarismos de sus respectivos países, entre otros fenómenos. Tampoco pasar por alto, como evidencia *Hijo de la Guerra*, la colaboración de miembros de los kaibiles, ejército de élite guatemalteco, y los mareros con los narcos mexicanos. De ahí que lejos de cesar, la violencia ha resultado imparable en los sexenios de Felipe Calderón (2006-2012), Enrique Peña Nieto (2012-2018) y Andrés Manuel López Obrador (2018-2024). Según datos del INEGI del 2006 al 2022 en México se han cometido más de 430 mil homicidios (INEGI).

La dinámica que impone esta situación ha atravesado la vida privada y social de millones mexicanos. Palabras como decapitación, tortura, desmembramiento, desaparición, masacre, ejecución; o eufemismos como *entambar*, *encajuelar*, *cocinar*, *encobijar*, *embolsar*, *emplayar* son parte del necroléxico de la época actual. Una serie de expresiones, productos y prácticas culturales que reproducen o denuncian la violencia permean la sociedad, y la literatura no es ajena a estas circunstancias. En este sentido, a la par de una literatura comercial que idealiza la vida narco se produce otra que propone acercamientos críticos y éticos.

Literatura marcada por la violencia extrema

El campo literario mexicano está marcado por la violencia. Por distintos motivos, ya sea en su condición de víctimas, sobrevivientes, testigos indirectos o testigos intelectuales, escritores y escritoras han publicado, por una parte, propuestas literarias que procuran acercamientos éticos —resultado del

discernimiento sobre el qué, para qué y cómo representar esos hechos— a través de la ficción, así como de recursos retóricos y poéticos; pero, por otra, junto a ellas, también hay una industria que comercializa obras, y otras expresiones culturales, en las que predomina la rentabilidad económica, la exposición de criminales como modelos a seguir, la exaltación de la crueldad o posicionamientos maniqueos y simplistas. La representación de la violencia tiene interés tanto social como comercial. Uno de los subgéneros más visibles de la narrativa mexicana en las últimas décadas tiene al narcotráfico como centro temático. No obstante, más allá de la literatura del narco o narconovela, cuyo membrete resulta “comercial”, “impreciso”, “estrecho” e “insuficiente” (Hernández Quezada 71), nos interesa abocarnos en una literatura que problematiza la violencia y “exhibe [...] los dilemas con amplitud; [...] los describe y denuncia, como si lo importante fuera dar fe no sólo de sus alcances sino también de los aspectos que los motivan e impulsan” (Hernández Quezada 70).

Bajo esta dimensión problematizadora y ética de la violencia extrema acaecida en México, con una diversidad de recursos tanto literarios como periodísticos, sociológicos, historiográficos o antropológicos, se integra un conjunto de obras literarias y testimoniales sobre feminicidios,⁴ desaparecidos,⁵ masacres de

⁴ 2666 (2004), de Roberto Bolaño, que incluye “La parte de los crímenes” sobre los feminicidios en Santa Teresa, un trasunto de Ciudad Juárez.

⁵ *Antígona González* (2012), en la que Sara Uribe aborda el tema de los desaparecidos y las mujeres buscadoras.

migrantes,⁶ masacres de estudiantes,⁷ asesinato de familiares de hijo/as y hermanas,⁸ procesos judiciales infernales⁹ o ciudades arrasadas.¹⁰ Como parte de este corpus de infamias, *Hijo de la guerra* (2019), de Ricardo Raphael, encara el tema de la violencia desde la perspectiva del perpetrador a través de un exintegrante de los Zetas.

Estos textos han recibido atención por parte de la crítica literaria a través de conceptos que buscan dimensionar una literatura que cuestiona las concepciones tradicionales de la literatura autónoma. Cristina Rivera Garza habla de necroescrituras (2019 [2013]), Magali Velasco de necronarrativas (2020), Dulcinea Tomás Cámara de literatura de la violencia (2017) y

⁶ Entre ellas podemos mencionar; *Las tierras arrasadas* (2015) y *La fila india* (2013), novelas en las que Emiliano Monge y Antonio Ortuño, respectivamente, que encaran la trata y las masacres cometidas en contra de migrantes centroamericanos.

⁷ Sobre la desaparición y masacre de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos se han publicado narrativas como *Ayotzinapa. La travesía de las tortugas* (2015) de Mónica Ocampo, et al.; *Una historia oral de la infamia* (2016) de John Gibler; y los *Procesos de la noche* (2017), de Diana del Ángel, entre otras.

⁸ En *El deshabitado* (2016), Javier Sicilia, en *El invencible verano de Liliana* (2021), Cristina Rivera Garza y en *La muerte no es todavía una fiesta* (2018), Mirta Luz Pérez Robledo, nos aproximan al dolor y al amor, la pérdida y la memoria, al duelo y la injusticia sufridas por el secuestro y asesinato de un hijo (Juan Francisco), el feminicidio de una hermana (Liliana) o el homicidio de una hija defensora de los derechos humanos (Nadia Vera), respectivamente.

⁹ En *Una novela criminal* (2018), Jorge Volpi, y en *Fabricación* (2025), Ricardo Raphael, exponen la corrupción y los intereses políticos nacionales e internacionales en torno a dos casos para inculpar a presuntos secuestradores.

¹⁰ Masacres en poblaciones como Ciudad Mier y Allende han sido representadas en *Laberinto* (2019), de Eduardo Antonio Parra, y en *Toda la soledad del centro de la tierra* (2019), de Luis Jorge Boone.

José Sánchez Carbó de literatura aplicada (2021). Tales marcos conceptuales tienen en común que identifican literaturas o narrativas que, producidas en contextos de violencia extrema, extienden sus propósitos más allá del orden estético, se apoyan en la investigación en archivos, documental o de campo, recurren a técnicas de investigación de otros campos e interpelan al lector acerca de la realidad relatada.

En estas concepciones yace explícita o implícitamente la noción de literatura posautónoma con la que Josefina Ludmer agrupó “escrituras” situadas en espacios urbanos específicos que problematizan la lectura literaria y la relación entre realidad y ficción si bien se inscriben en las dinámicas propias del campo literario. La literatura posautónoma:

borra la diferencia [...] entre literatura fantástica o realista, literatura de la ciudad o del campo, [...] Nación y sociedad eran los ejes de representación, que se borra un poco hoy con las ideas de éxodo, migraciones y transversalidades [...] Y hasta se borran los géneros literarios (una escritura posautónoma puede ser ensayo, poesía, novela, cuento policial y de ciencia ficción, todo al mismo tiempo) [...] Hoy asistimos al fin de las luchas por el poder en el interior de la literatura. (Ludmer, *Lo que vendrá* 300)

A estas obras “no se las puede leer con criterios o categorías literarias como autor, obra, estilo, escritura, texto y sentido” (Ludmer, “Literaturas posautónomas” 42).

Las ficciones producidas por el Estado, los criminales y los medios de comunicación obstaculizan y subestiman el acercamiento a la verdad. En cambio, las ficciones planteadas en las obras mencionadas tienden a visibilizar hechos que se quieren ocultar, denunciar actos de injusticia, impunidad y corrupción,

elaborar contradiscursos, cuestionar las versiones oficiales (ficciones) que se presentan como verdad, poner en circulación palabras que describan la realidad en oposición a eufemismos e incluso exponer a agentes e instituciones implicados en el sostenimiento de una sociedad extremadamente violenta.

Como mencionamos, la ficción no es lo contrario a la verdad, no tiene “el propósito turbio de tergiversar la verdad” (Saer 11), sino que es una manera de problematizar la verdad que se quiere imponer a través de versiones oficiales o la verdad histórica.

Una “legión de soldados dispuestos a hacer cualquier cosa”

Ricardo Raphael, en *Hijo de la guerra* (2019), aborda la violencia desde la perspectiva del victimario a través del testimonio de Galdino Mellado Cruz, miembro fundador de los Zetas. En diciembre de 1999 este grupo de exmilitares, autonombrados Zetas, se pusieron al servicio del narcotraficante Osiel Cárdenas Guillén. Enviados a la base militar de Fort Hood, Estados Unidos, para formarse como soldados de élite, aprendieron, entre otras aberraciones, a torturar y prolongar el martirio. En veinte años, los Zetas “infligieron terror como nadie lo [había] hecho antes en México” (Raphael 35).

Son uno de los grupos criminales más infames, por la desproporcionada crueldad de sus actos, pero también por el sádico legado que actualmente reproducen otros grupos criminales y paramilitares. Los Zetas ampliaron y radicalizaron la forma de operar de los narcos, transformando la operación de sus cómplices y sus rivales. La herencia paramilitar de los Zetas puede explicarse desde la pedagogía de la crueldad de Rita Segato, en la medida en que los hechos y las acciones de los Zetas ense-

ñaron, habituaron y programaron “a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas. En ese sentido, esta pedagogía enseña algo que va mucho más allá del matar, enseña a matar de una muerte desritualizada, de una muerte que deja apenas residuos en el lugar del difunto” (Segato 11).

La actividad delictiva de los Zetas inició siendo escoltas de Osiel Cárdenas Guillén, líder del Cartel del Golfo. Arturo Guzmán Decena, su subalterno, fue el encargado de reclutar a catorce militares de élite que formaban parte del Estado Mayor Presidencial y del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales (GAFE) del ejército mexicano, formado en la Escuela de las Américas, Estados Unidos, para combatir al ejército Zapatista.¹¹ Con la captura de Cárdenas Guillén en 2003, los Zetas fueron conquistando territorios y poder hasta que en 2010 se independizaron del Cartel del Golfo en una sangrienta guerra: “la brutalidad de los enfrentamientos fue altísima”, entre los saldos más paradigmáticos y mediáticos de esta intestina lucha están las masacres de Ciudad Mier, Allende, San Fernando, Piedras Negras y Cadereyta (Sánchez Valdés y Pérez Aguirre 20).

Entre 2011 y 2015, desligados del Cartel del Golfo, los Zetas se convirtieron en uno de los grupos con mayor presencia en diversos estados de la República Mexicana. Su grado de violencia era inédito por su entrenamiento, estrategia y brutalidad. Los Zetas “desarrollaron un modelo de franquicias criminales que implicaba el arribo de una célula de los Zetas a una localidad, la eliminación de posibles competidores y la cooptación

¹¹ Según dos versiones, el nombre proviene de la clave de identificación utilizada entre ellos: la letra Z seguido de un número: Germán Decena era el Z-1, por ejemplo (Sánchez Valdés y Pérez Aguirre 19). No obstante, la versión del Zeta entrevistado por Ricardo Raphael, señala que el nombre hace referencia al color “azul zeta” del uniforme militar de gala que tenían los GAFE sin que el número implique una jerarquización (Raphael 92).

de las corporaciones locales de policía” (Sánchez Valdés y Pérez Aguirre 12-13)

Mellado Cruz autodefine a los Zetas como una “legión de soldados dispuestos a hacer cualquier cosa” (24), que deja “panteones por donde” pasa (298). El periodo narrado por Mellado Cruz, sobre el que investiga Ricardo Raphael, se centra en la ruptura y posterior enfrentamiento entre el Cartel del Golfo y los Zetas, pero la vida criminal de este sujeto atraviesa los sexenios de Zedillo, Fox, Calderón, Peña Nieto y López Obrador. Cuando Raphael le pide hablar de las masacres dice que fue lo más “jodido” y traumático, pues aún lo “despierta el griterío de aquellas madrugadas” (298). Sin especificar en cuáles participó, dice que son “hartos lugares [...] decenas. Dejamos panteones por donde pasábamos. [...] la mayoría de esos cuerpos fueron incinerados o sepultados” (298).

Estas historias ominosas son contadas en *Hijo de la guerra* en tres relatos intercalados. El primero está elaborado a partir de las entrevistas que Ricardo Raphael realizó a Galdino Mellado Cruz de mayo de 2015 a marzo de 2016 mientras estaba recluido en el penal de Chiconautla. El segundo relato, titulado “Diario de un hijo de la guerra”, dividido en varias partes a lo largo de las páginas, manuscrito por Mellado Cruz, narra episodios de su vida con los Zetas y cómo fue torturado por un grupo rival; cada nuevo episodio le era entregado a Raphael en la visita semanal. El tercer relato, identificado como “Apuntes de un periodista”, integrado por muchas partes disgregadas en el libro, compone la crónica de los encuentros con Mellado Cruz, los dilemas y los insomnios de Raphael respecto a la relación con esta persona, la forma de ordenar la información, la indagación sobre la identidad del criminal con múltiples alias y la confirmación de la veracidad de los hechos narrados en la

entrevista y los manuscritos. De tal forma que hay una suerte de co-autoría en *Hijo de la guerra*.

El relato de Mellado Cruz, como dice el propio Raphael, resulta complejo en demasía porque alterna “los hilos de la verdad con los de la mentira” (433) y constantemente surgen “versiones contradictorias” (429). Para Raphael es claro que el sicario muchas veces inventa, aunque en otras aporta información que no era de dominio público. La mamá y la pareja de Mellado Cruz, entrevistadas por Raphael, lo consideran “un hombre propenso a la mentira” (393). No obstante, algunos episodios a los que hace referencia, cuando aporta detalles poco conocidos, corresponden a hechos consignados en expedientes judiciales o medios informativos. Por este motivo, Raphael reconoce que “hablaba de temas y cosas que no parecían mentira” (35).

El relato de Raphael (las pesquisas, el cotejo, los dilemas) es el contrapunto al del criminal. Françoise Perus, al estudiar el *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz, señala que “el contrapunteo [...] ofrece un marco idóneo para mantener una visión de conjunto, para ubicar tensiones y contradicciones, y para detectar los momentos de ruptura” (174).

Otro aspecto dilemático de la novela son las impresiones de Raphael sobre los motivos de Mellado Cruz para hablar con él, por las indagaciones para corroborar, cuestionar o contextualizar lo escrito por el sicario, y por los dilemas que lo asediaron durante su relación con este criminal. Mellado Cruz lo contacta para contar su verdad puesto que alguien lo traicionó sin especificar nunca quién. Mientras Raphael escucha y lee lo relatado por el sicario es consciente de que Galdino lo manipulaba.

Era obvio que el universo de Galdino Mellado Cruz rebasaba mi capacidad de entendimiento. Desconocía el lenguaje y eso me inhabilitaba para penetrar las verdaderas intenciones

de ese sujeto. Cada vez necesitaba de su condescendencia para comprender. Sin embargo, el Zeta 9 sabía que yo regresaría el siguiente miércoles. Lo sabía, así como Sherezada tuvo fe en que el sultán seguiría escuchándola cada noche. Galdino me estaba manipulando con sus historias, porque yo no quería perderme lo que faltaba por escuchar (Raphael 254).

Los relatos intercalados buscan extender ese interés en el lector. De igual forma que Raphael, el lector se ve envuelto en las redes del relato y los giros de la historia para continuar con la lectura. Asimismo, el lector se pregunta por qué continuar con la lectura. Ricardo Raphael, que se cuestionaba por qué escucharlo, se respondía que para comprender “las causas de tanta mortandad”, “cómo fue que, de la noche a la mañana, [los Zetas] se convirtieron en los sicarios más temibles del narcotráfico” y “¿cómo sucedió que este grupo contagió a otras mafias con sus métodos y sus prácticas?” (Raphael 35).

Entre la verdad y la mentira de Galdino Mellado Cruz, Raphael identificó dos motivos para proseguir con las entrevistas: “Si aquel sujeto era quien debía ser, el gobierno había montado una mascarada que [...] quería denunciar. En caso contrario, si el interno de Chiconautla mentía, [...] valía la pena el esfuerzo de visitarlo para averiguar las razones de su falsedad” (Raphael 35).

El relato de Mellado Cruz es complejo de interpretar porque entrelaza lo factual, lo ficticio y, muchas veces, lo improbable dada la carencia de evidencias, la secrecía informativa de las autoridades o la sistemática manipulación de la información de autoridades como de los propios criminales.

Complejiza los límites de lo real y de la ficción la misma construcción de la verdad oficial elaborada por las distintas instancias de gobierno, siempre propensas a manipular y esconder

información. Además, los Zetas creaban campañas propagandísticas para distorsionar hechos e inculpar a grupos rivales: “el crimen contrata publicistas que, por medio del corrido, el rumor, las redes y los sitios de internet, son capaces de inventar casi cualquier cosa” (Raphael 35). Prevalece la incertidumbre sobre la veracidad de Mellado Cruz, pero también sobre “el comisionado nacional de Seguridad cuando afirmó que los peritos del gobierno identificaron ‘plenamente’ a Galdino Mellado Cruz” (Raphael 31). Versión puesta en duda en los archivos judiciales de Estados Unidos, en los que, un año después, consta que un fiscal poseía pruebas de que Mellado Cruz continuaba con vida (Raphael 33).

Circunstancias similares persisten en la captura y muerte de otros Zetas. Raphael piensa que “es extraña la manera en cómo algunos de sus líderes fueron abatidos y luego sus restos desaparecieron, haciendo imposible validar su identidad” (35). Raphael lleva al lector entre una telaraña de verdades a medias, encubrimientos, simulaciones y verdades. Pese a lo laberíntico, acercarse a Mellado Cruz, dice Raphael, podía ayudarlo a “comprender el origen de la guerra y también las causas de tanta mortandad” (35).

“Comencé a preguntarme sobre el origen
de mi violencia”

Tanto los testimonios como los “apuntes” del Zeta 9 conforman un texto autobiográfico que abarca desde la infancia en el barrio de Tepito, Ciudad de México, el supuesto internamiento en un orfanato, la instrucción militar, la muerte “oficial” a manos de la policía federal y la Marina, la supervivencia a la tortura por parte de la Familia Michoacana, hasta la época en que cumple la sentencia en el penal de Chiconautla bajo la identi-

dad de Juan Luis Vallejos de la Sancha. Mientras narra su vida, bosqueja la biografía colectiva de los Zetas, la estructura de la organización y la forma de operación, las atrocidades cometidas en todo el territorio nacional y la supuesta muerte o captura de cada fundador.

Según la versión oficial, Mellado Cruz fue abatido en Reynosa, Tamaulipas, en el 2014 (Raphael 27). Quien dice ser el Zeta 9 ingresó en Chiconautla con el nombre de Juan Luis Vallejos de la Sancha. Otro alias de Mellado Cruz es José Luis Ríos Galeana (Raphael 41). Cabe resaltar que el progenitor de Galdino Mellado, presunto lugarteniente de un criminal como Alfredo Ríos Galeana, también se movía con varias identidades. Con tantos sobrenombres, Raphael tenía la sensación de estar entrevistando a una “manada y no a un individuo” (Raphael 373).

En esta trayectoria, la pedagogía de la crueldad es clave para entender la extensión y la perpetuación de la violencia extrema en México. Resulta indudable la formación criminal de generación en generación. Según Mellado Cruz, fue formado por su padre y amistades como Ríos Galeana, por cierto, otro exmilitar inmerso en el mundo delincuencia a finales de los setenta y principios de los ochenta. Otro insumo educacional provino de militares en academias de Estados Unidos. Uno más es ubicable en la práctica y estrategia Zeta de sembrar miedo por donde pasaran. Así, los Zetas definieron los parámetros de actuación de otras asociaciones criminales nacionales como regionales.

De la trayectoria criminal de los Zetas, desde la perspectiva de Mellado Cruz, podemos inferir que otra causa de violencia actual parte no del sexenio de Calderón Hinojosa, sino del sexenio de Ernesto Zedillo Ponce de León, cuando su administración envió a un grupo élite de soldados a capacitarse al Fuerte Hood, en Estados Unidos, y, posteriormente, cuando les

encomendó a esos jóvenes militares la representación regional de la policía judicial federal en varios municipios de Tamaulipas, donde los reclutó Osiel Cárdenas Guillén.¹² Para 1999 comenzaron a recibir tres salarios: “Como militares nos pagaban unos treinta mil pesos al mes, la Procuraduría nos daba otros treinta y tantos mensuales, y Osiel los ciento veinte mil que nos prometió” (186). Así, los presuntos responsables de combatir el narcotráfico se convirtieron en lugartenientes de Cárdenas Guillén bajo una encomienda: “sembrar miedo por todas partes [...] que los Zetas sean muy temidos” (274)

La visión de los perpetradores ayuda a descifrar cómo se extiende socialmente la violencia. Para Sergio Aguayo importa conocer la “lógica de los perpetradores” porque cuando “entendamos a los violentos y el respaldo que tienen de la sociedad, será posible disminuir el número de víctimas” (*En el desamparo* 33). Para Enrique Díaz Álvarez este tipo de enfoques evitan:

caer en la vieja tentación de hacer pasar a sujetos que matan y torturan, a los ya vencidos, como lobos solitarios o psicópatas monstruosos. Tampoco en apresurarse a presentarlos como simples piezas de un sistema porque de hacerlo se eximiría de facto toda responsabilidad moral y jurídica a una serie de criminales que se aprovechan de la red de complicidades y de la impunidad galopante de un país como México (306).

En esta línea, Dulcinea Tomás Cámara subraya que la óptica del perpetrador expone “la banalidad del mal” o bien la “di-

¹² Mellado Cruz detalla que a “Lazcano lo ubicaron en Ciudad Victoria, a Rejón y a mí nos enviaron a Reynosa, al Hummer lo mandaron a Matamoros, Decena fue a Tampico, Guerrero a Ciudad Mier y Betancourt a Miguel Alemán” (Raphael 134).

dáctica de la perversión”, es decir, “la cadena de hechos coyunturales y procesos de obediencia que convierten a una persona aparentemente ordinaria en un agente extraordinariamente destructivo” y, en última instancia, contribuye a recusar la idea popular del “mito del Mal puro” (82).

El mito del mal puro resulta tan dañino como las narrativas idólatras, maniqueas o glorificadoras de los capos que leemos o vemos en las series de televisión, o como las narrativas oficiales orientadas a crear la imagen del enemigo al cual hay que combatir, o el imaginario social que señala a la guerra contra el narco como la causa. Estas narrativas, coincidimos, dificultan “averiguar las razones que llevan a tantos jóvenes mexicanos a enrolarse a esas máquinas de guerra [...] la pobreza por sí sola no explica el deseo y la crueldad patológica que se despliega a lo largo del país” (Díaz Álvarez 287).

Conclusiones

Resultado de una investigación documental profunda y del testimonio de un sicario Zeta, Ricardo Raphael, en *Hijo de la guerra*, nos presenta la perspectiva del victimario y el papel que jugó el ejército mexicano como el gobierno estadounidense en la formación de un grupo de élite militar que terminó por desertar y extender el horror por donde pasaron.

Como literatura posautónoma, esta novela rebate los paradigmas del autor, el lector y el sentido. Mellado Cruz y Raphael comparten la autoría. Los relatos intercalados de cada uno de ellos crean un contrapunto que contribuye a configurar en el lector una imagen del conjunto, “para ubicar tensiones y contradicciones” (Perus 174). El lector es exigido porque al tiempo que alimenta su interés por desentrañar la trama, al hilo de Sherezada, cuestiona la pertinencia de leer sobre la vida de un

sicario y las circunstancias sociales y políticas que permiten su actuación. El sentido de esta novela contraviene el de la literatura autónoma y, en específico de la literatura de la violencia destinada a regular las pulsiones violentas de los jóvenes, como advirtió el historiador francés Robert Muchembled respecto a la literatura ficcional de la violencia que en Europa sirvió para “pacificar las costumbres de los varones púberes ofreciéndoles la válvula de escape” (302).

Esta literatura de la violencia extrema lejos está de alcanzar tales objetivos. Emanada como propuesta de interpretación de hechos tan trágicos como históricos, busca más bien aportar elementos de comprensión, denunciar la corrosión institucional, exponer las complicidades criminales e institucionales, restituir la identidad de las víctimas y, en el caso específico, de *Hijo de la guerra* configurar una visión holística que contribuya a reconocer que la violencia padecida en México es resultado de una compleja serie de fenómenos interrelacionados y no sólo producto de una fallida política contra el crimen organizado. La guerra contra el narco explica un repunte en el número de homicidios a partir del 2007, pero no explica cómo y por qué la crueldad se ha extendido y reproducido en un número incierto de personas, la gran mayoría jóvenes, cómo se ha propagado la violencia “en diversas direcciones y variedad de intensidades y formas” (Gerlach 16). Cómo es que cárteles y paramilitares durante años han sumado miles de integrantes dispuestos, convencidos y obligados a cometer aberraciones homicidas en contra de decenas de personas.

Finalmente, bastaría agregar que *Hijo de la guerra*, en la medida en que sigue el itinerario íntimo y social de un criminal, deja entrever la forma en que somos parte de esta trama de horror en un sentido tan profundo como inconsciente. Como bien advierte Christian Gerlach, el Estado “es parte de la so-

ciudad y refleja las reglas y normas de ésta, o las de los grupos más poderosos [...] y los funcionarios también son ciudadanos con sus propios programas y juicios, lo que significa que no son simples artefactos que llevan a cabo la política del gobierno tal como fue formulada” (18).

Referencias

- Aguayo, Sergio. *En el desamparo. Los Zetas, el Estado, la sociedad y las víctimas de San Fernando, Tamaulipas (2010) y Allende, Coahuila (2011)*. El Colegio de México, 2016.
- Díaz Álvarez, Enrique. *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia*. Anagrama, 2021.
- Gerlach, Christian. *Sociedades extremadamente violentas. La violencia en masa en el mundo del siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Hernández Quezada, Francisco Javier y Julián Beltrá. “‘La hora del enfrentamiento’: *Laberinto* (2019), de Eduardo Antonio Parra”. *Literaturas y discursos sobre la violencia en el norte de México*. Universidad Autónoma de Baja California, 2021, pp. 69-80.
- Hilberg, Raul. *Ejecutores, víctimas y testigos*. Arpa, 2022.
- INEGI. *Estadísticas de mortalidad 2006-2022*. Instituto Nacional de Geografía y Estadística, 2024.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito. Un manual*. Libros Perfil, 1999.
- _____. “Literaturas postautónomas 2.0”. *Propuesta Educativa*, núm. 32, 2009. pp. 41-45.
- Monge, Emiliano. *Las tierras arrasadas*. Random House, 2015.

- Muchembled, Robert. *Una historia de la violencia*. Traducción de Nuria Petit Fonseré. Paidós, 2010.
- Niño de Rivera, Saskia *et al.* *Un sicario en cada hijo te dio*. Aguilar, 2020.
- Perus, Françoise. *Transculturaciones en el aire: en torno a la cuestión de la forma artística en la crítica de la narrativa hispanoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- Raphael, Ricardo. *Hijo de la guerra*. Seix Barral, 2019.
- Rea, Daniela y Pablo Ferri. *La tropa. Por qué mata un soldado*. Penguin Random House, 2019.
- Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desaparición*. DeBolsillo, 2019.
- Saer, Juan José. *El concepto de ficción*. Seix Barral, 2014.
- Sánchez Carbó, José. “Literatura aplicada: creación, mediación e interpretación”. Sebastián Pineda Buitrago y José Sánchez Carbó. *Literatura aplicada en el siglo XXI: ideas y prácticas*. Nómada, 2022, pp. 34-53.
- Sánchez Valdés, Víctor Manuel y Manuel Pérez Aguirre. *El origen de los Zetas y su expansión en el norte de Coahuila*. El Colegio de México, 2017.
- Santaolalla, Ximena. *A veces despierto temblando*. Random House, 2022.
- Segato, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros, 2018.
- Sémelin, Jacques. “Violencias extremas: ¿es posible comprender?” *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 2002, pp. 3-6.
- Tomás Cámara, Dulcinea. *África indócil. Una poética de la violencia en la literatura africana contemporánea*. Verbum, 2017.

Velasco Vargas, Magali. *Necronarrativas en México. Discurso y poéticas del dolor (2006-2019)*. El Colegio de San Luis / Universidad Veracruzana, 2020.

El espíritu del mal: El narrador acusador y la violencia mimética en “Viernes: La hora inmóvil” de Juan Vicente Melo

The Spirit of Evil: Prosecuting Narrator and Mimetic Violence in Juan Vicente Melo's “Viernes: La Hora Inmóvil”

ADÁN TATEWARÍ HERNÁNDEZ MEDELLÍN

EL COLEGIO DE SAN LUIS, MÉXICO

adan.medellin@gmail.com

Resumen: Pese a su experimentación técnica y su prosa notable, los cuentos de Juan Vicente Melo han carecido de interés crítico fuera de su natal Veracruz. Este artículo busca provocar relecturas propositivas de su obra mediante el análisis estilístico y formal del peculiar narrador de uno de sus cuentos (“Viernes: La hora inmóvil”), de su libro *Fin de semana* (1964), y su vínculo con las ideas del deseo y la violencia miméticos de René Girard. La hipótesis es que el relato propone un narrador acusador que rompe sus límites de focalización y posee facultades de omnisciencia e influencia mental para impulsar la violencia transgeneracional y causar la muerte sacrificial del protagonista, por lo que podría caracterizarse como un espíritu del mal.

Palabras clave: narrador, deseo mimético, violencia, Juan Vicente Melo, René Girard.

Abstract: Despite his technical experimentation and remarkable style, Juan Vicente Melo's short stories lack critical views outside his homeland in Veracruz. This paper intends to provoke new readings

of his work through stylistic and formal analysis of the narrator in one of his short stories ("Viernes: La hora Inmóvil"), from his book *Fin de semana* (1964), linking it to mimetic desire and violence, as proposed by René Girard's theories. This short story depicts a prosecuting narrator who breaks focalization restrictions and shows omniscience and mental influence to propel transgenerational violence and provoke the sacrificial death of the main character, so that they could symbolize a spirit of evil.

Keywords: Narrator, Mimetic desire, Violence, Juan Vicente Melo, René Girard.

Recibido: 17 de junio del 2025

Aceptado: 18 de agosto del 2025

Doi: 10.15174/rv.v18i37.862

Un autor en la sombra, un deseo destructivo

Juan Vicente Melo (Veracruz 1932-1996) fue un escritor y crítico musical mexicano perteneciente a la Generación de Medio Siglo. Aunque estudió Medicina en la UNAM y se especializó en Dermatología en París, renunció a una carrera en esta disciplina para dedicarse a la literatura, una elección que le ganó la decepción y la enemistad de su círculo familiar, cuyo juicio lo persiguió durante su vida. Melo publicó cuentos, novelas, textos periodísticos y ensayos musicales; también dirigió, entre otros proyectos culturales, la Casa del Lago (UNAM) en la Ciudad de México y la revista *La Palabra y El Hombre* (UV) en Xalapa.

Aun cuando la crítica ha visto en la novela *La obediencia nocturna* (1969) su obra más notable debido a su experimentación con la voz narrativa, su escritura musical y su complejidad es-

tructural, en términos generales el trabajo literario de Melo no ha gozado de un estudio académico frecuente y pormenorizado, salvo por los esfuerzos de escritores, académicos e instituciones de su natal Veracruz.¹ Si bien fue reconocido como integrante valioso de una Generación que se posicionó en el centro de las discusiones literarias y artísticas de su tiempo, Melo parece mantenerse como un escritor local, más veracruzano que mexicano.

En el repositorio UNAM, se le dedican cinco tesis y dos artículos, aunque ninguno se refiere al cuentario *Fin de semana* (1964). Junto al “virtuosismo de su escritura”,² conceptos como sacralidad, ritual o musicalidad suelen encuadrar su literatura; sin embargo, no suelen discutirse otros enfoques teóricos que señalen rutas de lectura adicionales, más allá del recuento de algunas influencias reconocidas por el autor (William Faulkner, Louis-Ferdinand Céline). De ahí que el presente artículo busque realizar un aporte para saldar en parte esta deuda crítica.

Libro que antecede a su célebre y enigmática novela *La obediencia nocturna*, *Fin de semana* es un volumen de tres cuentos titulados según los días de la semana (“Viernes”, “Sábado”, “Domingo”), que despliega una prosa de largas oraciones musicales y periodos parentéticos, donde conviven simbolismos judeocristianos, secuencias narrativas repetitivas que configuran

¹ Luis Arturo Ramos, Rafael Antúnez, José Homero y Juan Javier Mora-Rivera, entre otros, han dedicado textos a la obra de Melo. Tras la muerte del autor, su obra fue recuperada por instituciones culturales de su estado natal y luego por la Universidad Veracruzana, al publicar *La obediencia nocturna*, *Cuentos completos* y su *Autobiografía* en 2016; además de la segunda y última novela de Melo, *La rueda de Onfalia*, en 2020.

² Jorge Ruffinelli destaca las peculiares construcciones sintácticas y el ritmo dado por el uso de hiatos, simetrías y paralelismos, así como los tiempos simultáneos y alternados que configuran el *tempo* narrativo de Melo (23).

rituales en los personajes y la tensión ocasionada por la búsqueda de la otredad.

Melo meditó sobre algunos aspectos de su obra en su *Autobiografía*, autorretrato literario precoz publicado en 1966: “En mis cuentos, [...] todo ha sucedido, el tiempo está detenido y los personajes sólo viven en un determinado instante (generalmente provocado por un accidente atmosférico) en que toman conciencia de su existencia y asisten a su propia revelación, al descubrimiento del mundo” (58). La historia que abre *Fin de semana* (“Viernes: La hora inmóvil”) sigue esa ruta de lectura autoral: el avance temporal se detiene en el día señalado y en una hora específica (6 de la tarde), que la voz narrativa reitera para explorar la percepción del paso del tiempo en sus personajes y el contraste entre tiempo cronológico (contraído) y tiempo del relato (expandido).

Temáticamente, esta trilogía de cuentos puede unirse por la suplantación que los distintos protagonistas hacen del otro a modo de un acto de venganza o de deseo, como sucede con la costurera Titina al adueñarse de un vestido y un festejo amoroso que no le pertenecen en “Sábado: El verano de la mariposa” o con el modesto Antonio, quien usurpa la identidad del rico y mujeriego Ricardo en “Domingo: El día de reposo”. El autor veracruzano resumía “Viernes: La hora inmóvil” como un texto donde “se intenta recrear la resurrección en la carne de otro, mejor antepasado” (Melo 60). Además de la resurrección, los motivos cristianos³ pueden rastrearse en su predilección por

³ En su “Prólogo” a los *Cuentos Completos*, Luis Arturo Ramos ha escrito sobre la particular religiosidad de Melo por la presencia del vocabulario judeo-cristiano en sus textos y sobre todo “por el uso y la repetición de la palabra a la manera de un acto litúrgico; de ahí su inclinación a ritualizar los actos cotidianos” (14). Ramos también ha destacado en la obra de Melo la temática recurrente de “la conversión en el Otro” (12).

algunos escritores mexicanos (la dicción “bíblica” de José Revueltas) y novelistas católicos franceses (François Mauriac). En este tenor, Melo validaba la idea de Federico Álvarez de la presencia en sus textos de Julien Green “por la súbita aparición de elementos sobrenaturales o mágicos, por la conciencia cristiana del mal que me remite, igualmente, a Poe, Hawthorne, Henry James” (60).

El cuento propuesto narra el enfrentamiento entre dos hermanos homónimos: Roberto Gálvez (heredero legítimo) y Roberto (sucesor bastardo) con el regreso del primero a la vieja casa familiar para recuperarla de manos del otro, quien se ha quedado en posesión de los bienes, y de ese modo decidir qué linaje sobrevive en un ciclo de violencia repetitiva que ya había enfrentado a sus clanes 25 años atrás. El relato está contado por un narrador personaje que trasgrede sus limitantes espacio-temporales, pues es “percibido” por otros personajes (viste ropas ligeras por el calor) y tiene algunas acciones en el relato (fuma, acompaña al Roberto legítimo a su casa); no obstante, posee rasgos omniscientes que rompen las restricciones de su focalización, pues apela, se posesiona e influye al protagonista como una presencia tanto física como de dominio mental. Esta voz narrativa articula el orden de los sucesos presentados no de manera lineal, sino que inicia en el presente y realiza distintas analepsis que detallan las rencillas más añejas de la generación anterior, de modo que conoce el pasado y la actualidad de los linajes en disputa.

Una herramienta teórica para comprender las tensiones entre estos personajes puede hallarse en el sistema de la violencia que parte del deseo mimético como lo ha expuesto el pensador francés René Girard, y cuya pertinencia no ha sido detectada en otros estudios sobre Melo. El relato posee dos personajes principales (los dos Robertos: el legítimo e ilegítimo), y tres

personajes secundarios (Maricel, Crescencio el mulato, quien es el padre de ambos herederos, y el abuelo-patriarca familiar, Gabriel Gálvez) que potencian las dinámicas del deseo mimético para generar la violencia entre los miembros interrelacionados.

Para Girard, el deseo no es espontáneo ni individual, sino que surge de la imitación de los deseos de otros. Así, el deseo mimético es un sistema triangular donde entre el deseante y lo deseado se opone un mediador. El yo deseante ha imitado el deseo modélico del mediador, quien se vuelve obstáculo e inicia una rivalidad que lleva a la violencia contagiosa, duplicada, extensiva. Para Girard, el fenómeno de la violencia es un fundamento oculto de lo humano y el arte novelesco es la exploración de las emociones que genera este sistema triangular, pues "sólo los novelistas revelan la naturaleza imitativa del deseo" (24).

En "Viernes: La hora inmóvil" aparecen personajes-dobles homónimos que reproducen el pasado en el presente enfrentados por rivalidades miméticas, cuyos personajes chocan, en una primera generación, por el dominio y la influencia sobre Maricel, heredera legítima de la casa y la fortuna de los Gálvez; y posteriormente, por la legitimidad del nuevo heredero del linaje, que se disputan los dos Robertos. El triángulo del deseo mimético de Girard se ubicaría así en dos líneas temporales que abarcan el antes y el ahora del relato: 1) Abuelo Gabriel Gálvez-Maricel-Crescencio; 2) Roberto Gálvez-Roberto ilegítimo-La casa.

En un tiempo anterior y ubicada en el centro de las rivalidades miméticas entre el abuelo Gabriel Gálvez y Crescencio el mulato, aparece Maricel, heredera legítima de los Gálvez que desoye los recatados valores tradicionales para regir la casa y cae víctima de su pasión enfermiza por Crescencio. En el presente del cuento, Roberto Gálvez y el joven Roberto ilegítimo se disputan como hermanos la propiedad de la casa y el legado

simbólico familiar (educación, dinero, renombre, cierto refinamiento aristocrático).

Los elementos de análisis conducen a las preguntas de investigación del presente artículo: ¿Qué peculiaridades tiene el narrador para propiciar el encuentro fatal entre los personajes y motivar el triángulo del deseo mimético de Girard en este relato? ¿Cómo se construye la transgresión de este narrador personaje con facultades omniscientes y qué efectos tiene sobre la prolongación cíclica de la violencia familiar dentro del texto?

Siguiendo la hipótesis propuesta, el narrador personaje transgrede su focalización, pues posee facultades de omnisciencia, comunicación persuasiva e influencia mental sobre los protagonistas que impulsan el enfrentamiento y la violencia mimética transgeneracional en la familia. Gracias a las marcas estilísticas en su enunciación narrativa, su función podría caracterizarse como la de un espíritu del mal, un acusador, acaso una presencia demoníaca que motiva la violencia entre los dos hermanos homónimos, violencia que se reproduce desde el pasado y actualiza su dinámica destructiva en la próxima generación.

El narrador acusador, el deseo mimético y la violencia

Desde el inicio, el narrador de “Viernes: La hora inmóvil” se identifica como una conciencia narrativa: es el que ve lo que ocurre y nos será contado. El primero de los cuatro apartados del cuento arranca con la oración “Esto fue lo que vi”, que fungirá asimismo como final de la historia, en una estructura circular que inserta al lector en un tiempo cíclico. La repetición anafórica del verbo “ver” en primera persona del pretérito del indicativo afirma la presencia del narrador como un testigo directo que reitera la veracidad de su testimonio al recibir a Roberto Gálvez en el pueblo: “Vi cómo se acercaba la lancha, vi

a Roberto Gálvez, en pie, protegiéndose los ojos de los últimos rayos del sol, lo vi diciéndole algunas palabras al lanchero, en el muelle, quedarse ahí quieto, esperando al muchacho" (9). Estas repeticiones léxicas son importantes en niveles estilísticos y semánticos, ya que introducen un ritmo musical que crea una invocación o conjuro, un trance imperativo en las palabras de los personajes,⁴ mientras indican, citando las palabras de los ancestros, una ritualización que teatraliza los eventos violentos para actualizarlos de una generación a otra.

Durante la primera charla con Roberto Gálvez en camino a la casa familiar, este narrador de apariencia servicial se ofrece a ayudar al visitante con su maleta y guiarlo a la propiedad, mientras insiste en caracterizarse como un mero testigo; sin embargo, la instancia narrativa introduce una pregunta inquietante ("¿Me tiene usted miedo?") que se apresura a descartar con aparente inocencia en sus reflexiones: "Su sonrisa fue tan tranquila, tan confiada, que me arrepentí de haberle preguntado eso. ¿Cómo iba a tener miedo de mí? Sabía que no iba a hacerle ningún mal, que yo no tenía nada que ver con lo que iba a pasar. Soy, nada más, el que ve, el que cuenta" (12).

Si bien esta primera función de narrador parece limitarlo a una cámara que registre los sucesos sin intervenir en ellos, su discurso expone una capacidad de dominio temporal al deslizar una prolepsis ("yo no tenía nada que ver con lo que iba a ocurrir") que excedería su conocimiento de los hechos como mero testigo para anunciar su conocimiento del futuro, en consonan-

⁴ Dos ejemplos de esta repetición están en los parlamentos de Maricel: "Esta casa tiene que permanecer" (22) y de Roberto Gálvez, quien repite la acusación que el narrador le dice al oído para provocar su ira poco antes de su enfrentamiento con su hermano rival: "Crescencio, el mulato, el criado que mató a mi abuelo" (25).

cia con los indicios que remiten al patrón cíclico de la violencia familiar, la cual está por resurgir en el encuentro de los rivales conflictivos de la generación siguiente. De tal modo, el narrador de Melo finge minimizarse y, gracias a su evidente astucia retórica, disfraza de modestia el protagonismo que adquirirá al avance del relato. Tampoco puede obviarse la pregunta sobre la capacidad del narrador para infundir o controlar el miedo del personaje Roberto Gálvez, lo que anuncia otro de sus rasgos: el poder de regular el carácter del visitante, al darle ánimo, seguridad, incluso azuzar su venganza contra su hermano homónimo, heredero ilegítimo de la casa.

Con la cualidad de poseer una memoria que se expande hasta la generación anterior, el narrador recuerda el tiempo transcurrido desde la salida de Roberto Gálvez del pueblo (25 años) y tranquiliza la inquietud de Roberto sobre cuán rápido y doloroso será lo que está por ocurrir, al asegurarle que estará junto a él hasta el final del suceso por su obligación de “contarlo mañana, todos tienen que saberlo, los que quedan vivos y los otros” (13). La posibilidad implícita de que este narrador testigo pueda contactarse con el mundo de los vivos y de los muertos alude a un rango sobrenatural de sus habilidades de comunicación. Acaso él funge como una suerte de intermediario o mensajero entre ambos planos, o por lo menos posee una capacidad fuera de lo ordinario para moverse entre la limitada realidad espaciotemporal de la vida física y la de aquellas entidades que han transcendido estas barreras. De nuevo, esta capacidad transgrede los límites de focalización tradicional y perfilaría así una instancia vocal que se desenvuelve en más de un plano de realidad, con acceso a misterios más allá de los límites de su corporalidad.

El poder que estas habilidades comunicativas, persuasivas y memoriosas le otorgan al narrador-personaje se vuelve más notorio a partir del primer encuentro entre los dos rivales consanguí-

neos, porque le permite cambiar su categoría narrativa de mero testigo de los hechos para tener un posicionamiento como juez entre los hermanos rivales. Vale recordar que, al inicio del relato, ambos hermanos están asustados y reacios a cumplir con el enfrentamiento que deberán sostener por el control de la casa familiar. El Roberto más joven, heredero ilegítimo de las posesiones, recibe a su hermano mayor diciéndole que todas las cosas están su sitio y le pertenecen; no obstante, ante el ofrecimiento de fumar un cigarro, echa humo en la cara a su hermano mayor, en un gesto de rebeldía que no pasa inadvertido al narrador. De hecho, es él quien se apresura a decirle al oído cuando nota al heredero legítimo a punto del desmayo: "Fuerza. Debe tener fuerza. Ahora usted manda. Ahora. Demuéstrele quién es el amo. Humíllelo" (15). La repetición del sustantivo *fuerza* y del adverbio *ahora*, ligados a los verbos de autoridad ("mandar", "humillar"), articula retóricamente la urgencia del narrador para que el Roberto legítimo asuma sin demora una posición de poder frente al otro suplantador.

La tímida respuesta de Roberto Gálvez contra su hermano se vuelve un insulto racial cuando menciona el parecido del menor con Crescencio y reitera su origen mulato, imitando la ofensa que el narrador le aconseja para crear una distancia, una relación de superioridad con ese par que es también su rival, de modo que diluya la igualdad ente ambos. El otro Roberto arroja el cigarro, tutea al hijo legítimo para quitarle autoridad y contesta sentencioso: "No sé por qué te extraña. Era mi padre, tengo que parecerme a él, ser como él" (16). Esta réplica concentra ya las rivalidades miméticas que señalan la imitación de la violencia que sus respectivos linajes cometieron contra el otro en la generación anterior y que funda el nuevo orden administrativo en la casa de los Gálvez.

Si bien ambos personajes comparten biológicamente el modelo paterno –pues el Roberto legítimo es también, pese a todo, hijo de Crescencio–, esta revelación produce un rechazo en el heredero recién llegado que es azuzada por la instancia narrativa al generar con sus murmullos una necesidad de diferenciarse, de sobajar y anular la identidad del otro. Al contrario de su hermano bastardo, el parecido consanguíneo que enorgullece a uno y lo igualaría con su rival es borrado por Roberto Gálvez, al asumirse como hijo y linaje de Maricel, no del mulato.

En *La violencia y lo sagrado*, Girard ha reconocido que, desde la tradición bíblica y los mitos griegos, “los hermanos son casi siempre hermanos enemigos. La violencia que parecen fatalmente llamados a ejercer el uno contra el otro no tiene otra manera de disiparse que sobre unas víctimas terceras, unas víctimas sacrificiales” (14). Sin embargo, al no existir en el cuento de Melo un sustituto sacrificial (un animal, otra persona) para aliviar esta tensión fraterna, no hay manera de “engañar a la violencia”, esto es, de impedir mediante esta sustitución los contactos directos que podrían precipitar el derramamiento de sangre (15). Ambos hermanos se encuentran solitarios en el espacio de la casa y concentran en sí todas las afrentas de las generaciones pretéritas, de modo que se ensañan sobre el otro para poder generar entre sí a su víctima.

Siguiendo a Girard, con la declaración del Roberto ilegítimo las antiguas rivalidades entre el abuelo Gabriel Gálvez y Crescencio el mulato por el control sobre Maricel, la heredera del linaje de los Gálvez, forman un triángulo de deseo mimético que incita a la violencia donde a cada uno de los deseantes (Gabriel Gálvez / Crescencio) se le opone un mediador que obstaculiza su deseo (Maricel como símbolo de la casa); la respuesta del joven Roberto, sucesor ilegítimo, al igualarse a su padre (“Tengo que ser como él”), reactualiza las tensiones pretéritas, cuando

los dos hermanos chocan por la herencia familiar en el presente del relato.⁵ Ese imperativo a ser como el padre, modelo de la generación anterior, lleva a la imitación de los deseos de posesión sobre la casa que Maricel ha dejado y a la urgente suplantación del Roberto legítimo, heredero original de los Gálvez; este mismo orden *mimético*, como lo denomina Girard, invita a reproducir la resolución violenta que Crescencio consumó 25 años antes al matar a Gabriel Gálvez en el traspatio, con el fin de ponerse en el lugar del antiguo patriarca y establecer, con ese sacrificio, un nuevo orden en la casa.

Al seguir la voz inevitable y acusatoria del narrador-personaje, Roberto Gálvez no puede colocar una distancia, contrastar la suya con otras referencias de conducta ni cuestionar la autoridad de sus modelos. Girard afirma que la naturaleza mimética del deseo lleva a los deseantes a un callejón sin salida, pues lo que está en juego es su personalidad definitiva y esto los encadena a una mimesis que "se arroja ciegamente sobre el obstáculo de un deseo concurrente, engendra su propio fracaso y este fracaso, a su vez, reforzará la tendencia mimética" (160). La voz de la violencia que susurra desde el narrador aseguraría que la personalidad del Roberto legítimo y el ilegítimo sólo puede

⁵ Dado el universo judeocristiano tan presente en la narrativa de Melo, vale recordar dos referentes bíblicos de la rivalidad fraternal trágica en el Antiguo Testamento. De inicio, la rivalidad entre Caín y Abel por ganarse el favor de Dios con las ofrendas de su trabajo (Génesis 4), que termina con el fratricidio del menor y el castigo de Caín para vagar por la Tierra. Después, en la lucha por heredar la bendición de su padre Isaac, destaca el conflicto entre Jacob y Esaú (Génesis 25: 27-34) por los derechos de primogenitura, que el menor Jacob (luego llamado Israel, futuro patriarca de los israelitas) obtendrá mediante el engaño y condiciona su huida del núcleo familiar, así como la separación entre los descendientes de ambos hermanos para formar pueblos distintos.

definirse y completarse con el enfrentamiento y la eliminación del otro Roberto, ese doble⁶ consanguíneo y usurpador, que tienen enfrente.

Espíritu del mal: Influencia mental e invitación al sacrificio desde la instancia narrativa

Además de la facultad visionaria del narrador que se extiende sin limitaciones cronológicas en la historia y lo revela como testigo de lo ocurrido 25 años atrás entre los antepasados de ambos hermanos, sin sufrir huellas aparentes del paso del tiempo ni de las emociones surgidas de esos sucesos terribles,⁷ otra marca formal y sintáctica relevante es el uso del paréntesis

⁶La figura del doble aparece como una constante en la narrativa de la Generación del Medio Siglo. Si se consideran los encuentros grupales de estos autores para discutir lecturas y temáticas afines, la figura se encarna en un hermano perverso, inquietante, monstruoso, loco o que funge de puente entre la vida y la muerte en cuentos tan distintos como “La historia de Mariquita” de Guadalupe Dueñas, “Lo que no se comprende” de Inés Arredondo, “Óscar” de Amparo Dávila y “Victorio Ferri cuenta un cuento” de Sergio Pitlor; el doble también posee un lado transgresor e intercambiable en el placer en novelas como *Crónica de la intervención*, de Juan García Ponce. La temática del doble atrajo a Melo desde su afán de una total posesión del otro, a ratos suplantación, a ratos destrucción del prójimo, que colinda con lo erótico y lo violento en cuentos como “Domingo: El día de reposo”, relato final del tríptico de *Fin de semana* al que también pertenece el cuento aquí analizado, y en las tensiones entre los protagonistas de *La obediencia nocturna*.

⁷“Yo, que fui testigo de lo que pasó aquella noche, hace veinticinco años, entre don Gabriel Gálvez y Crescencio el mulato, yo, que no tengo nada que ver en esto —soy, simplemente, el que ve y el que cuenta—, yo, acostumbrado a presenciar los actos de los demás, a grabármelos en la memoria, yo, incapaz de sorprenderme con nada y mucho menos de conmoverme, yo, vi, ayer, a esta hora [...], la misma exacta escena representada en ese salón hace veinticinco años” (17).

en el discurso narrativo. Las oraciones parentéticas son uno de los rasgos estilísticos que distinguen la escritura de Juan Vicente Melo y no sólo se limitan a sobrecargar de elementos la línea central del discurso como desvíos de la dirección inicial del significado o digresiones.⁸ En "Viernes: La hora inmóvil", el paréntesis funge como un espacio textual para desplegar la voz directa del narrador en diálogo con los personajes, además de comunicarnos su conciencia interior y autónoma dentro del cuento, simultánea al desarrollo de los hechos.

Lo expresado entre estos paréntesis no es accesorio, gratuito o dislocado de los efectos persuasivos del narrador, sino una ventana al interior de la enunciación narrativa que se potencia en el segundo apartado del cuento, para tornarse el lugar donde el narrador transgresor comienza a invadir los pensamientos, acusar y azuzar a Roberto Gálvez con el objeto de que consuma su venganza contra su hermano menor.

La posesión mental del narrador sobre Roberto Gálvez se da progresivamente mediante la identificación empática con las sensaciones del protagonista al final del primer apartado del cuento. Aunque Roberto dice tener frío y viste una larga gabardina en ese pueblo caluroso, se siente ardiente y afiebrado cuando toca al narrador. Este último se sitúa detrás de Roberto cuando acuden al traspatio (jardín) de los tamarindos, donde ocurrió el enfrentamiento entre el abuelo Gabriel y Crescencio el mulato un cuarto de siglo antes, y puede sentir el escalofrío de Roberto. Sensible a los cambios anímicos y corporales de Roberto, el narrador comienza a dictarle órdenes: primero, que cierre los ojos, con el fin de que el agraviado se represente mentalmente el drama familiar de la generación an-

⁸ Cfr. Beristáin 384. En el presente trabajo me limito a analizar las funciones de las oraciones parentéticas en el cuento propuesto.

terior y pacte el encuentro con su hermano rival en el sitio de la antigua afrenta.

En esa dinámica de susurrante obediencia entre el narrador y Roberto Gálvez, el segundo apartado del cuento despliega en el texto la conciencia del mal y la venganza mediante la alternancia de las oraciones parentéticas en el discurso narrativo. Mientras los hermanos se preparan para encararse en el traspatio, Roberto Gálvez solicita ayuda al narrador en una suerte de invocación en su cuarto, sin embargo, este último se oculta silencioso entre las sombras para no brindarla. Momentos después, con cualidades de gran fingidor, el narrador imita la voz enloquecida de Maricel, la heredera que murió durante el parto de Roberto y ocasionó la discordia entre los proyectos familiares de Gabriel Gálvez y Crescencio, y repite una oración que concentra el último y obsesivo deseo de la mujer fallecida en relación con su linaje: “Esta casa tiene que permanecer” (22) para continuar la manipulación emotiva del protagonista.

Revelado el dominio temporal que el narrador posee sobre las dos líneas cronológicas de la historia, el primer paréntesis de esta sección confirma sus capacidades de control mental y de transmisión de deseos hacia quienes lo rodean: “Me basta pensarlo para transmitir ese deseo, para producirlo en la mente de otro” (23). En adelante, la voz parentética del narrador oscila entre la violencia ocurrida en la generación anterior y la inminente violencia que deben representar los hermanos rivales en el presente, con dos rasgos estilísticos sobresalientes: el uso de la anáfora con la repetición de la sentencia “Roberto Gálvez, te hice pensar” para crear un tono de trance ritual y melodioso, así como el cambio en la enunciación a una segunda persona que apela directamente al hermano mayor ultrajado y lo obliga a recordar los agravios que su linaje recibió del linaje rival:

(Roberto Gálvez, te hice pensar: Piensa en que aquella noche murió tu abuelo. Lo encontraron a la mañana siguiente, en el jardín, la cara aplastada contra la tierra, todo el cuerpo cubierto de lodo y hojas de tamarindo. Alguien dijo que lo había matado Crescencio el mulato para quedarse con la casa y el dinero. Eso dijeron entonces y tú oíste a una de las sirvientas decirlo mientras te ocultaban el terrible espectáculo, el desentierro, el paso de los trapos mojados sobre la cara, el montón de hojas de tamarindo ardiendo en un rincón. Eso dijo la sirvienta y eso dijeron en todo el pueblo aunque un médico diagnosticara una hemorragia cerebral. Después, viste a tu abuelo con la cara tapada, dentro de la caja negra. Viste a los hombres que lo llevaban sobre los hombros, a los que seguían diciendo: "No es cierto, no es cierto. Lo mató el mulato". Piensa eso, Roberto Gálvez, recuérdalo para que vuelvas a sentir el deseo de matar a Crescencio, el criado que mató a tu abuelo y se quedó con la casa) (25).

El narrador persuade a Roberto al emplear su vocativo completo, con nombre y apellido, que lo identifica como el receptor y legítimo emisor de la violencia, en contraste con el otro Roberto, su rival bastardo, su doble ilegítimo, su obstáculo en el deseo mimético de esa casa (un linaje, un patrimonio, una herencia) que debe permanecer como su madre Maricel anhelaría. La descripción del abuelo muerto muestra la dignidad perdida de su investidura como patriarca familiar con "la cara aplastada contra la tierra" y el cuerpo enlodado en una nueva enumeración que acumula e intensifica los signos deshonorosos del "horrible espectáculo". La repetición del verbo "pensar" al final del fragmento, en modo verbal imperativo, ordena la ejecución sin demora de una legítima venganza al sucesor para calmar la tensión intergeneracional acumulada y cobrarse la deuda

pendiente que el linaje de Crescencio tiene con Roberto Gálvez y los suyos.

En contraste con la versión del médico que propondría una causa racional para el deceso del patriarca, el narrador legitima y prioriza la versión del pueblo que se impone como un coro trágico que acusa al mulato de homicida, el mismo mulato que arrebató la razón de Maricel por el deseo y, a su manera, provocó su muerte. Acusación atemporal, urgente, entrañable y tergiversada, como la que caracteriza a Satanás en la tradición bíblica. Vale decir que este rasgo acusador surge desde la etimología hebrea de su nombre (שָׂטָן, es decir, *satán*: “adversario” o “acusador”) y se mantiene en el Antiguo y el Nuevo Testamento. En Job 1, Satanás acusa a Job de amar a Dios sólo por las abundantes bendiciones materiales que ha recibido; en Apocalipsis 12:1, el diablo es descrito como “el acusador de nuestros hermanos”, una entidad que calumnia y desea impedir el goce de la gracia divina a los humanos.

En el paréntesis siguiente, el narrador señala otra forma de degradación del orden civilizado y legal que sostenía la antigua autoridad familiar cuando refiere la pérdida del trazo alambicado de la firma o la escritura familiar de los Gálvez, que ha sido toscamente sustituido por la rústica simpleza de la marca de Crescencio el mulato: “El nombre de los Gálvez dejó de existir en los papeles porque las complicadas líneas cuidadosamente trazadas con tinta azul se cambiaron por una cruz, dos rayas” (26).⁹ Con estos argumentos en la voz del narrador acusador, los periodos parentéticos en el relato de Melo se van encade-

⁹ No obstante, al final del relato, en su moral ambigua y cambiante, el narrador le enseñará a firmar con cruces al Roberto ilegítimo para que repita el control administrativo sobre los bienes a la manera de su padre, Crescencio.

nando para crear un efecto acumulativo en el discurso que intensifica la indignación de Roberto Gálvez.

El narrador no sólo insiste en la suplantación ejercida por Crescencio sobre el espacio doméstico, los bienes y la administración del patrimonio, sino en el intento del mulato por usurpar el lugar que el abuelo Gabriel tenía en los afectos de Roberto Gálvez quien, desde su edad infantil, reproduce la furia y la agonía de su antepasado más querido "tirado en el jardín, imitando al abuelo muerto, arrancando las hojas de tamarindo y echándolas sobre tu cuerpo, gritando uhh, gritando lo mataré" (27). Enseguida, el narrador se disfraza con una nueva imitación, esta vez, al repetir el nombre Maricel, que tortura a su heredero legítimo y argumenta una sentencia que obliga a pagar sangre por sangre: "Piensa en Maricel, la hija de don Gabriel Gálvez, seducida y enloquecida por Crescencio el mulato, haciendo que tú nacieras en el momento mismo de su muerte para transmitirte la afrenta, la humillación, la venganza" (27). De tal modo, el narrador induce el deseo de revancha en la mente de Roberto Gálvez haciéndolo recordar sus modelos familiares, desde su infancia rota por la violencia, para construir su identidad vengativa.

La afrenta imperdonable que este narrador acusador le reitera a Roberto Gálvez es que Crescencio y sus descendientes buscaron borrar su memoria familiar, una casa que, en palabras de la finada Maricel, es más que una simple propiedad, se trata de un "nosotros: lo que fuimos y lo que seremos" (31). En ese grito enloquecido de Maricel, que el hábil acusador suplanta para inflamar la consciencia del heredero, se encierra el destino mortal del sucesor legítimo: "Ve en busca de su hijo, el falso Roberto, el que fue engendrado para ser mujer y poder llevar el recuerdo de mi nombre, el bastardo que te espera; pregúntale entonces lo que hizo de mí, pregúntale por mí, sucumbe por

mí. Cuando mueras podrás conocerme. Volveré entonces a ser la dueña de la casa. Gracias a ti, naceré” (31).

Así, la voz materna que el narrador ha imitado establece una lógica de continuidad regenerativa entre la vida y la muerte: si Maricel murió para que Roberto naciera, cuando muera Roberto, renacerá Maricel. Este intercambio simbólico en que el heredero legítimo se propone como víctima propiciatoria para terminar la exasperante crisis de enfrentamientos parecería, a primera vista, la solución que culmine con la violencia. No obstante, Girard advierte que:

No existe una clara diferencia entre el acto castigado por la venganza y la propia venganza. La venganza se presenta como represalia, y toda represalia provoca nuevas represalias. El crimen que la venganza castiga casi nunca se concibe a sí mismo como inicial; se presenta ya como venganza de un crimen más original. Así, la venganza constituye un proceso infinito e interminable (25).

La astucia verbal y silogística del narrador-personaje seduce y aguijonea de modo definitivo al hijo de Maricel para representar el drama de la generación anterior, lo conjura para entregarse en sacrificio de modo que, con este acto, el ciclo vital de los Gálvez se regenere:

El muchacho era Crescencio el mulato. Y Roberto Gálvez tenía la cara de don Gabriel, la que vio Crescencio la noche del crimen, la última cara que tuvo, perfeccionados los rasgos, imposibles de envejecimiento. Roberto era don Gabriel Gálvez. Un hermoso, inolvidable espectáculo: la resurrección. Roberto y el muchacho ya no se acordaban de ellos mismos, ya no im-

portaban. Ser los otros. Repetir los actos de los otros, parecerse a ellos, ser ellos, inmortalizarlos, revivirlos (32).

En esta representación dramática confluyen pasado y presente en un tiempo detenido, y los sucesores adquieren los rostros de sus antepasados, olvidándose de su propia identidad para adquirir la de sus antecesores. Al asumir, repetir e imitar el deseo de la generación anterior, poseen a los otros, pero también son poseídos por sus ciclos de violencia mimética.¹⁰ El motivo de la repetición, construido en los niveles léxicos y semánticos, exacerba las rivalidades. La transformación de los dos Robertos en sus ancestros, que el astuto narrador llamará "la resurrección" en su simbología transgresora, podría leerse desde Girard como el engaño de la violencia mimética que no cesa y hace creer a los humanos que será satisfecha con un último acto sacrificial, el cual sólo atenúa de momento su tensión, mientras se engarza al siguiente estallido violento.

Lo que resurge podría entenderse no en tanto un proceso de renacimiento hacia una realidad y un orden espiritual trascendente, no como un reflejo de la acción de Cristo que concluye las violencias miméticas con un sacrificio puro, ejemplar y perfecto que posibilita un nuevo orden existencial; sino como una suma de nuevos personajes que alimentan trágicamente el hambre de venganza desde el engaño de un linaje estático en sus deseos, atascado en su destrucción y sus feroces rivalidades irresueltas, que nutre una historia de muerte y enfrentamientos que se recargan en cada nueva época, frente a un narra-

¹⁰ Otro ejemplo de la imitación que un personaje emprende guiado por las acciones de su antecesor como procedimiento narrativo en la cuentística de Melo aparece en "Los muros enemigos", del volumen homónimo de relatos (1962), en que un hijo imita la venganza que su padre anhelaba repitiendo su conducta y su lenguaje ante Josefina, personaje femenino en que se confunden la madre, la esposa y la amante infiel.

dor testigo en las dos vertientes del término: entidad narrativa que presencia los acontecimientos, pero que también se coloca como un tercero que valora, azuza, fiscaliza y da juicios sobre los contendientes.

Roberto Gálvez, transformado en una víctima que elige su propia inmolación, caerá muerto un instante después, sintiendo “un dolor que invade todo el cuerpo, la llama viva que sube” (34), pero con una enigmática sonrisa, cuya razón el narrador acusador nos ayuda a intuir al final del cuento: Gálvez ya ha tenido un hijo que, en unos años más, aparecerá para reiniciar este ritual de secuencias violentas con el hijo del hermano rival.

Conclusiones

Este artículo se ha enfocado en el análisis y la comprensión de los modos estilísticos y formales en que el narrador acusador de “Viernes: La hora inmóvil” posibilita la reactualización de una violencia repetitiva entre los personajes. Entre las estrategias discursivas, se destacan algunos recursos de repetición (como la anáfora, los gestos imitativos de los personajes en relación con sus modelos familiares y las iteraciones del conflicto transgeneracional), la introducción de la segunda persona como apelación directa al personaje, las rupturas con los límites de focalización espaciotemporales de un narrador testigo y personaje con cualidades omniscientes, memoriosas y de contacto con realidades sobrenaturales; así como el empleo de oraciones parentéticas como espacio textual para la acusación y la posesión que el narrador personaje ejerce sobre la mente de los protagonistas con el fin de crear un efecto de conjuro, de orden que debe ser obedecida.

A estos recursos formales, se han sumado nociones teóricas sobre la violencia y el deseo mimético propuestas por René Girard para encuadrar las rivalidades entre los hermanos homónimos, dobles que se oponen al deseo y al linaje del otro, para quienes la tensión de su par suplantador sólo puede resolverse con el fratricidio, a falta de otra víctima propiciatoria. Se trata de una solución engañosa sugerida por la instancia narrativa, pues se limita a una suma de venganzas, un ritual que se reitera y presagia nuevos enfrentamientos.

Pese a la pertinencia del modelo teórico de Girard al cuento analizado, queda por estudiar si el deseo mimético, la venganza y la violencia pueden funcionar para comprender otros ejes dominantes y funciones narrativas en el trabajo literario de Melo, comenzando por el resto del cuentario *Fin de semana*. Asimismo, cabe preguntarse si los aspectos estilísticos y formales resaltados en este trabajo son calas analíticas que poseen continuidad en otras partes del corpus del autor y caractericen a sus narradores, sus personajes o sus tramas.

¿Qué entidad dictaría el sacrificio humano como vía para zanjar una disputa en nuestros días? Posiblemente, esa voz susurrante, oscura, acusadora, en el cuento de Melo, desde sus coordenadas simbólicas judeocristianas, su intromisión en las conciencias ajenas, su retórica astuta, su capacidad de fingimiento y su incesante memoria de las afrentas, sea una representación literaria del espíritu demoníaco del mal. Sin embargo, esta interpretación no se plantea como la única pertinente, pues otros lectores podrían hallar un espíritu desmarcado de la figura diabólica, e incluso identificarla con otro estado de la deidad cristiana (el feroz Dios veterotestamentario), una entidad temporal fuera de lo religioso o un concepto que no implique un pensamiento metafísico. El presente trabajo aspira a abrir caminos a la relectura minuciosa de Melo desde otras nociones teóricas,

que traigan un aire de curiosidad y justicia hermenéutica a sus obras y renueven el interés crítico por uno de los grandes escritores mexicanos del siglo xx.

Referencias

- Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*, Porrúa, 1995.
- Girard, René. *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, 2016.
- _____. *Mentira romántica y verdad novelesca*, Anagrama, 2023.
- Melo, Juan Vicente. *Fin de semana*, ERA, 1968.
- _____. *Autobiografía*, Universidad Veracruzana, 2016.
- Ramos, Luis Arturo. “La literatura a flor de piel”. Prólogo a Juan Vicente Melo, *Cuentos completos*, Universidad Veracruzana, 2016, págs. 9-19.
- Ruffinelli, Jorge. “Juan Vicente Melo: Entre la elegía y el arcano”, Universidad Veracruzana, 1984, págs. 20-28.
- Santa Biblia. Versión Reina-Valera, Sociedades Bíblicas Unidas, 2000.

¿De qué hablamos cuando hablamos de la historia? Esbozo de una fenomenología de las narrativas

What are we talking about when we talk
about history?
An outline of phenomenology of narratives

RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ

UNIVERSIDAD POPULAR AUTÓNOMA DEL ESTADO DE PUEBLA, MÉXICO
ruben.sanchez.munoz@upaep.mx

YASSIR ZÁRATE MÉNDEZ

UNIVERSIDAD POPULAR AUTÓNOMA DEL ESTADO DE PUEBLA, MÉXICO
yassirzaratemendez@gmail.com

Resumen: Uno de los problemas que conciernen tanto a filósofos como a historiadores podría formularse de esta manera: ¿cuál es nuestra relación con la historia? Pero la tarea del filósofo y la del historiador ante este problema es diferente. En este trabajo nos proponemos desarrollar una serie de intuiciones acerca de la experiencia de la historia desde un enfoque fenomenológico. ¿Cómo es nuestra experiencia de la historia? Lo que vamos a defender es que la experiencia de la historia forma parte de nuestro modo de ser y que nuestra vida cotidiana se despliega en un horizonte histórico. Este horizonte es intersubjetivo, es decir, social, y en él se entrelazan diversas generaciones que se dejan motivar e influir unas por otras. Defendemos que el estudio de la historia no tiene como finalidad comprender el pasado, sino el presente, y para ello las narrativas ocupan un lugar central.

Palabras clave: historia, tiempo, narrativa, experiencia, intersubjetividad.

Abstract: One of the problems that concern both philosophers and historians could be formulated in this way: what is our relation to history? But the task of the philosopher and that of the historian in the face of this problem is different. In this paper we propose to develop a series of intuitions about the experience of history from a phenomenological approach. What is our experience of history like? What we are going to defend is that the experience of history is part of our way of being and that our daily life unfolds in a historical horizon. This horizon is intersubjective, that is to say, social, and in it different generations are intertwined, allowing themselves to be motivated and influenced by one another. We argue that the study of history is not about understanding the past, but about understanding the present, and narratives are central to this.

Keywords: History, Time, Narrative, Experience, Intersubjectivity.

Recibido: 10 de febrero de 2025

Aceptado: 10 de marzo de 2025

Doi: 10.15174/rv.v1i8i37.838

*Todo es presencia,
todos los signos son este Presente.*

OCTAVIO PAZ

*El tiempo: sus pirámides de incontables
arenas,
la mano que escribe en el polvo,
el libro que no puede leerse,
la vigilia y el sueño.*

“EL INMORTAL”, JORGE LUIS BORGES

Introducción

¿Qué ocurre cuando expresamos oralmente o por escrito el término historia? ¿Qué despierta en nuestro(s) interlocutor(es) o en nosotros mismos? ¿Cuáles elementos entran en juego? ¿Qué papel desempeña el tiempo en este entramado? ¿Qué correspondencia tiene la historia con el relato? ¿Cómo podemos identificar y definir a un hecho histórico? ¿De qué hablamos cuando hablamos de la historia? En las siguientes páginas trataremos de dilucidar estas cuestiones, asumiendo que ninguna respuesta puede ser definitiva, sino un mero atisbo que invita a seguir el camino de la disquisición. El método que vamos a seguir es el fenomenológico. La fenomenología interroga el fenómeno de la historia, como indica David Carr, para comprender “cómo se da, cómo entra en nuestra experiencia, y cómo es nuestra experiencia de ella” (*Experiencia e historia* 17). Y por esta razón, continúa el filósofo, al fenomenólogo le interesa la historia no para saber, o dar por hecho en un primer momento, ¿qué es la historia?, sino para preguntarse cómo en-

tra a formar parte de nuestra vida, cómo se nos aparece, y qué experiencias o vivencias tenemos de ella, en otras palabras, para comprender su sentido.

A la fenomenología genética, que es el enfoque de este trabajo, le interesa la situación temporal en la que se encuentra el sujeto. Desde el punto de vista de la historia, la fenomenología genética estudia la génesis a partir de la cual se constituyen los objetos, los estilos de vida y las instituciones, etc., esto es, cómo se constituye la propia subjetividad en el mundo, y muestra, a partir de preguntas retrospectivas, el desarrollo temporal de la vida. El mundo de la vida (*Lebenswelt*), como mundo cultural, es también histórico y se despliega en un horizonte temporal en el que los estilos de vida, los modos de ser y actuar quedan sedimentados en la conciencia a partir de un acto originario. Si la fenomenología estática analiza la vida trascendental como algo acabado, a la fenomenología genética le interesa el proceso histórico y los distintos momentos de despliegue por los que transita (véase Walton 2019).

La tesis que vamos a defender es que la historia no está detrás, en el pasado, sino que forma una red de significados (o acontecimientos) en la que estamos entrelazados intersubjetivamente, de forma tal que la experiencia de la historia forma parte de nuestro modo de ser y estar en el mundo de la vida. Llevamos la historia a cuestras. A su vez, defendemos que el objetivo de la historia no es comprender el pasado, sino que su tarea fundamental es darle un sentido al presente. Quien conoce la historia puede conocerse a sí mismo, porque nuestra vida tiene un horizonte histórico tanto biográfico como intersubjetivo que abarca a las generaciones del presente y del pasado (y más aún las que están por venir). No han sido pocos los autores que brindan indicaciones valiosas para este trabajo, por lo que, por

finés metodológicos, debemos limitarnos a unos pocos. En otro trabajo discutiremos otras perspectivas.

¿Esto verdaderamente ocurrió?

Para introducirnos, entonces, a los problemas que el enfoque fenomenológico expone, vamos a empezar con el análisis de un retrato del pasado, una parte de la historia de la Conquista (y por tanto de la historia de México). ¿Cómo podemos saber si algo que se cuenta “realmente” ocurrió? Uno de los problemas consiste en saber qué puede significar la palabra “realmente”, y por tanto cómo distinguir la historia de la ficción. ¿Por qué la historia no se reduce a la literatura (al cuento o la novela, por ejemplo)? Existen novelas históricas, ciertamente: ¿qué hace que siendo novelas no sean sólo ficción? ¿Qué valor pueden tener los hechos históricos y relatos, o sea las narrativas, para la constitución y la comprensión de la historia? A nuestro juicio la realidad de los acontecimientos históricos descansa en su narratividad: son realidades vividas, humanas, posibles de contar y socializar. Dan cuenta de la vida humana en su paso por el tiempo.

Una de las preguntas que sale a relucir tarde o temprano a quienes se interesan por la historia es la relacionada con la verdad de los acontecimientos. ¿Los sucesos tuvieron lugar como se dice que ocurrieron? Puede haber varias posibilidades de respuesta y varias versiones de un mismo hecho, y lo que preocupa al agente epistémico interesado por el acontecer histórico tiene que ver con la verdad o la falsedad del relato. El problema no es que haya muchos relatos, sino que haya contradicciones. Preocupa, además, la posibilidad de que dicho relato quede, por decirlo así, contaminado y manipulado, puesto al servicio de una ideología o por un grupo de poder (Villoro 45).

Una forma posible de enfrentar este problema tiene que ver con un aspecto fundamental del mundo de la vida histórico, a saber: que este mundo en que vivimos lo hacemos de manera intersubjetiva. Esta intersubjetividad está entrelazada de muchas maneras. Y una de ellas concierne a la estructura narrativa de la vida en su dimensión histórica. Esto es, la intersubjetividad no se refiere única y exclusivamente a los sujetos (o agentes epistémicos) que son nuestros contemporáneos y los cuales pertenecen no sólo a distintas culturas y generaciones (Embree 27-50), sino también a distintas épocas del pasado (Waldenfels 267-286). No. La intersubjetividad se extiende también temporalmente al pasado (y se proyecta a su vez hacia el futuro). Prueba de ello es que lo que somos ahora, aunque depende en gran medida de nuestras decisiones y acciones, a su vez, depende y ha sido posible gracias a las decisiones y acciones de los otros en el pasado. Porque ellos decidieron hacer o no hacer algo, luego pasaron otras cosas. Por ello, “La vida de la conciencia pierde toda consistencia y hasta su mismo sentido de ser cuando se la abstrae de la co-humanidad que conlleva” (Illescas 17).

Puesto que el contar historias forma parte de la vida (la vida es un relato, de ahí la importancia de la biografía), y estas narrativas son de vital importancia para el estudio de la historia, hagamos un breve ejercicio de imaginación estimulada por la narratividad de la historia. Pero antes observemos que algunos personajes que estaban “haciendo la historia” en su momento hicieron (y legaron) un relato de la misma. Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, *La historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo o la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Bernardino de Sahagún, tanto como la *Visión de los vencidos* que recoge Miguel León Portilla, nos dan acceso al punto de vista “personal” de personajes que estaban actuando, haciendo y padeciendo historia (pero, po-

dríamos decir, sin ser conscientes de ello, puesto que no sabían qué pasaría después). Sus crónicas o narrativas son importantes para conocer lo que “les pasó”, y, por tanto, lo que les pasó a grupos, a comunidades, a países y a la humanidad misma por el modo como el descubrimiento del Nuevo Mundo impactó en las otras naciones. Pero lo que llamamos historia puede descomponerse en sus partes, y sus partes son “las historias” (véase Illescas 2016). Lo que llamamos historia es el conjunto de las historias, de las perspectivas de actores individuales, o de individuos que representan a los grupos y hablan en su nombre. Habla o escribe un individuo que forma parte de un grupo. Habla y actúa por ellos. De modo tal que en los relatos hay un horizonte intersubjetivo, es decir, intercomunitario, intergeneracional e inclusive intercultural. La interculturalidad no es un fenómeno nuevo; lo es como objeto de estudio, pero su presencia fenoménica se halla en todo proceso histórico que involucra el encuentro de unas culturas con otras. Es lo que Peter Burke llama hibridismo cultural (2010).

Visualicemos a un grupo formado por soldados castellanos, indios originarios de la isla de Cuba, otros más de ciertas localidades que formaban parte de lo que ahora llamamos Totonacapan, al menos un individuo originario de África, unas cuantas mujeres europeas, muchas mujeres de origen indígena –incluida una de nombre Marina, llamada así tras recibir el bautizo, requisito indispensable para ser entregada como esclava sexual a uno de los capitanes castellanos–, y al menos un par de religiosos, incluyendo a un “joven diácono originario de Écija” (Vega 75), de nombre Jerónimo de Aguilar, víctima de un naufragio ocurrido en 1512.

Estamos a principios de septiembre de 1519. La fecha exacta la desconocemos. ¿Pero acaso importa *realmente*? Este heterogéneo grupo deambula por el Altiplano Central en su camino

hacia Tenochtitlan, y acaba de darse de bruces con una inmensa muralla. Muchos años después, Bernal Díaz del Castillo rememoraría el episodio con estas palabras:

Y desta manera caminamos obra de dos leguas y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de calicanto y de otro betún, tan recio, que con picos de hierro era mala de deshacer; y hecha de tal manera, que para defensa y ofensa era harto recia de tomar. Y parámonos a mirar en ella, y preguntó Cortés a los indios de Zocotlán que a qué fin tenían aquella fuerza y hecha de aquella manera. Y dijeron que como entre su señor Montezuma y los de Tlaxcala tenían guerras a la continua, que los tlaxcaltecas para defender sus pueblos la habían hecho tan fuerte, porque ya aquella es su tierra (Díaz del Castillo 219).

Hernán Cortés, en su segunda “Carta de relación”, evoca el pasaje de una manera muy similar:

[H]allé una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra a la otra [...] Preguntada la causa de aquella cerca, me dijeron que la tenía porque eran fronteros de aquella provincia de Tlaxcala, que eran enemigos de Mutezuma y tenían siempre guerra con ellos (Cortés 96-97).

Una tercera obra, la *Historia de la conquista de México*, escrita por el clérigo Antonio de Solís, también recoge el capítulo de la muralla defensiva levantada por los tlaxcaltecas, misma que servía de límite para la confederación. Así lo refiere el autor:

[Y] caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, a poco más de dos leguas, se en-

contró una gran muralla, que corría desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino (Solís 322-323).

En un sentido algo tenue, quien escribe historia es Solís, al basar su narración en fuentes primarias, como son las crónicas escritas por Bernal Díaz del Castillo y Cortés. Marcados por el providencialismo, los dos soldados-cronistas son capaces de capturar en sus relatos la fuerza de los acontecimientos, pródigos en detalles y vívidos en la fábula, al ser participantes de los acontecimientos: ambos *hicieron historia*. A la luz del devenir, ese heteróclito grupo expedicionario estaba dando un nuevo rumbo al fluido de la historia de los grupos humanos con los que entraba en contacto, aunque de hecho no lo supieran. Su actuación se enmarcaba en un proceso más amplio, iniciado en 1492, que a su vez formaba parte de un flujo histórico previo, que ahora llamamos “expansión medieval de Europa” (Phillips 15), y que podría considerarse como el fundamento de la actual globalización: el pasado se encuentra en el presente.

Solís *escribe* historia, pero no la hace. Se muestra sosegado, prudente en la relación, aunque pulcro en los juicios; su fuente primaria son las *Cartas de relación* de Cortés. A diferencia de los dos soldados, el presbítero sabe que se dirige a un lector interesado en los *hechos* pretéritos: su escrito trata de explicar y darle un sentido a su actualidad; intenta presentar lo que *verdaderamente ocurrió*, esa aspiración reivindicada por la pléyade de historiadores germánicos decimonónicos, encabezados por Leopold von Ranke y que aspiraron a darle un cariz objetivo y científico a sus investigaciones (Edwrad Hallet Carr 11).

Las tres versiones se acomodan en la categoría de los textos de la Conquista, otro proceso histórico: Bernal y Cortés ofrecen su versión de los hechos, mientras que Solís se limita a recoger

lo sucedido. Las tres son formas de hacer crónica, pero falta un paso para escribir historia. ¿Qué es lo que falta?

La elección del pasaje del “encuentro” con la muralla que delimitaba el territorio de la confederación tlaxcalteca obedece a una razón principal. Nos encontramos con sendos testimonios directos, de primera mano, resultado de una experiencia vivida, por tanto, de una experiencia que forma parte de la estructura de la realidad humana. En efecto, David Carr, lo describe de esta manera en *Tiempo, narrativa e historia*: “Las narrativas, sean estas históricas o ficcionales, no tratan en general acerca del mundo como tal, acerca de la realidad como un todo, sino que versan sobre, y pretenden representar, específicamente la realidad humana” (46). En este sentido, Bernal y Cortés, querían justificar su actuación, en función de las prebendas que esperaban obtener —que es el caso de Hernán Cortés— o de reivindicar su participación en la empresa y desmentir infundios sobre la misma —que es la intención de Bernal Díaz del Castillo al escribir su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*.

Ahora echemos un vistazo a una cuarta versión del mismo episodio, esta vez por cortesía de Francisco López de Gómara: “Grandeza les pareció a nuestros españoles aquella pared tan costosa y fanfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar, rodeando un poco” (130). En efecto, la narración de López de Gómara se ancla en una de las virtudes de los historiadores: trata de darle un sentido a las acciones pretéritas de los individuos que actuaron de forma colectiva; de paso, formula un juicio a partir de su experiencia de vida. “Necesitamos *interpretar* el pasado, no sólo presentarlo” (Arnold 20). Esa tarea trata de asumirla López de Gómara, quien intenta ir más allá de “lo que sucedió”, para darle un significado al acontecimiento. Esa idea la capta cinco siglos más

tarde otro relato, escrito por el historiador británico Hugh Thomas. Veamos primero el núcleo descriptivo del pasaje:

Unos kilómetros al sur se enfrentaron a una muralla de casi tres metros de altura, 20 pasos de ancho y varios kilómetros a través del valle, de una cima de la montaña a otra; el muro tenía una puerta, pero, como en ciertas fortalezas renacentistas europeas, se tenía que doblar a la derecha al traspasarla. Se trataba de la frontera mexicana que el pueblo de Iztaquimaxtitlán había construido para protegerse de los tlaxcaltecas. (Thomas 273).

El pasaje es una calca de los relatos de Bernal y de Cortés; como Solís y López de Gómara, se basa en esas dos fuentes primarias. Ahora revisemos la parte valorativa que hace Thomas de aquella obra defensiva:

Los muros escaseaban en el México antiguo, y la barrera indicaba cuán feroces eran los sentimientos entre Tlaxcala y México. El lugar donde Cortés topó con el muro era probablemente Atotonilco. En opinión de los castellanos, la fortaleza era inútil. *Quizá su uso fuese más simbólico que táctico; no obstante, en las guerras europeas los símbolos tenían también su importancia* (el subrayado es nuestro) (Thomas 273).

Lo que en Bernal y Cortés es una sucinta descripción de un elemento (la muralla) habitual en sus andanzas guerreras, en Solís y López de Gómara se transforma en un artillugio inútil y casi sin sentido (“costosa y fanfarrona, inútil y superflua”), tomando como referencia las prácticas bélicas de los europeos de aquel entonces; en cambio, Thomas valora de una manera distinta, si bien a partir del contexto de aquella época, pero con

la mirada del presente, añade un elemento esencial: el poder del símbolo. Esta es la idea que ahora tenemos de lo que es la historia.

El sentido y trascendencia de los acontecimientos históricos sólo se puede conocer de manera retrospectiva, como arguye David Carr en su libro *Experiencia e historia* (2017), pues es de este modo como puede evaluarse las consecuencias e implicaciones de los acontecimientos, es decir, el modo como influyó en las vidas de las personas (comunidades, pueblos, naciones, etc.). Pero que un hecho histórico pueda definirse en función de que marca un antes y un después, muestra que en su acontecer se da una ruptura temporal, esto es, marca un punto de inflexión en el cual la temporalidad vivida socialmente toma un nuevo curso y abre a un horizonte nuevo de expectativas. Para comprender la vida humana se necesita coherencia, la cual consiste en tres partes: valor, propósito y significado/importancia. El significado/importancia se relaciona con el pasado, pues sólo hasta después podemos saber qué fue importante; el valor se relaciona con el presente, pues desde ahí valoramos la realidad; y el propósito se relaciona con el futuro, pues es la proyección del presente. Esto es lo que sostiene David Carr en *Tiempo, narrativa e historia* (96). Villoro, por su parte, argumenta: “La historia intenta dar razón de nuestro presente concreto; ante él no podemos menos que tener ciertas actitudes y albergar ciertos propósitos; por ello la historia responde a requerimientos de la vida presente” (41).

La polisemia del término historia y el tiempo

El término historia en castellano posee varios significados. Por una parte, se refiere a un relato anecdótico, habitualmente ficticio, aunque también puede ser testimonio de un hecho ocurrido en la realidad. Se trata de una “sucesión de las acciones

que constituyen los hechos relatados en una narración o en una representación” (Beristáin 148).

Este mismo sentido se conserva en el concepto de historia (ἱστορία) entendida como el “relato del pasado”; emparejada con esta noción, entendemos que la historia también son esos acontecimientos, dignos de ser recordados como auralmente sentencia Heródoto. Al mismo tiempo, con el término historia se alude a la ciencia cuyo objeto de estudio es la dinámica presente-pasado, de la que hablaremos un poco más adelante. Así, en castellano, nos enfrentamos a una rocosa polisemia que suele contaminar las reflexiones sobre nuestro objeto de estudio.

A manera de contraste, vale apuntar que el inglés distingue conceptualmente entre los términos *story* y *history*; el primero alude a los relatos de ficción, aunque también se abre a la no ficción, mientras que el segundo se centra en los aspectos relacionados con lo que llamaremos la “ciencia de la interacción presente-pasado”. En alemán ocurre una situación similar. El término *Geschichte* es el más común y general para historia, ya que abarca tanto el pasado en sí como la disciplina académica que lo estudia. Por otra parte, en esa lengua nos encontramos con la palabra *Historie*, que tiene un carácter más formal y literario; ésta a menudo se usa en contextos académicos o para referirse a la historia como una narración o relato; dada su evidente raíz griega, se emparenta con la disciplina forjada por Heródoto, más acunada en la literatura. Por último, con el término *Geschichtswissenschaft* se alude al estudio académico de la historia, concepto cercano al de historiografía.

Al respecto, Manuel Cruz asienta que “Conviene, en primer lugar, distinguir la historia, entendida como la sucesión de los acontecimientos (*res gestae*), de la disciplina que estudia esta sucesión (*studium rerum gestarum*). Una misma palabra designa la ciencia y su objeto” (Cruz 52). Una vez más, el mismo vocablo

expresa dos realidades diferentes, aunque hermanadas, no exentas de cierta confusión.

Una cuestión fundamental en el campo de la historia lo representa el tiempo. San Agustín expone esta dificultad en sus *Confesiones*: “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé, pero si trato de explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé” (xi). Se debe distinguir entre al menos dos tipos de tiempo: el cosmológico, que hunde sus raíces en un evento que sigue siendo objeto de estudio; y el humano, que atañe a cada individuo, aunque tiene un innegable componente comunitario. Como advierte el historiador François Hartog: “Para los seres humanos, vivir siempre ha sido *experimentar* el tiempo (el subrayado es nuestro)” (Hartog 12). El autor refuerza esta idea, al acotar que en Occidente se encuentran dañadas y socavadas “las diferentes estrategias del dominio del tiempo [...] comenzando por aquella que escindió a Cronos en tiempo de la naturaleza y tiempo de los seres humanos” (Hartog 14).

Paradójicamente, la meditación sobre el tiempo y su naturaleza se ha mantenido ajena a las reflexiones de los filósofos de la historia, como apunta Frank Ankersmit, quien señala que estos “apenas escriben acerca del problema del tiempo” (29). Sin embargo, es innegable que el tiempo es un componente indispensable en la comprensión de la historia. A final de cuentas, el presente sólo resulta comprensible a partir del pasado: da un sentido a un individuo, pero sobre todo a una colectividad (Villoro 37). Se trata de una historia intencional o bien de una historia del sentido que intenta preguntarse retrospectivamente por la génesis del sentido. En efecto, esta comprensión de la historia del sentido se da a través de la narrativa. Porque otros narran —como es el caso de Cortés y Díaz del Castillo—, tenemos acceso a una parte de los acontecimientos pasados. Mejor aún: tenemos acceso a sus vivencias, y gracias a sus narrativas podemos representarnos lo

que pasó, lo que ellos vieron. David Carr defiende que “la forma narrativa no es un disfraz, sino la estructura inherente de la experiencia y la acción humanas” (*Tiempo, narrativa e historia* 86). Y que esta experiencia y acción tienen un sentido comunitario en la que el sujeto de la historia es la primera persona del plural, o sea: nosotros. De ahí que no todas las historias son de nosotros, unas son propias y otras más, ajenas. Con unas historias estamos entretreídos desde dentro y otras más aparecen con cierta lejanía, en otra parte, perteneciendo a otros. A través de la narrativa tenemos acceso a las vivencias ajenas y se nos abre en ello un horizonte de sentido por descubrir. La historia, más que una serie de acontecimientos externos o lejanos, es una red de acontecimientos que se hunden en la vida humana. En efecto, para la fenomenología de Husserl, por ejemplo, la historia parte de las redes intersubjetivas y culturales que se dan en la convivencia social (Illescas 35). Porque el mundo de la vida además de ser social es histórico, si bien se trata la mayoría de las veces de una historia escondida que exige un preguntar retrospectivo por la génesis de su sentido.

El mundo de la vida (*Lebenswelt*) en el que se despliega nuestra existencia personal, es intersubjetivo (es decir, social) e histórico. En el mundo en torno en el que nos encontramos aparecen otros sujetos que pertenecen a otras generaciones (Embree 47). Este mundo social en el que me encuentro con otros es social, no sólo porque en él me encuentro con los otros, sino porque se trata de un mundo que ha existido antes de mi nacimiento. Previo a mi llegada, mis predecesores ya habitaban en él y lo constituían con sus actos, pero, de la misma manera, este mundo social ya apunta y está integrado por nuestros sucesores (Walton 254-259).

Pues bien, en la experiencia que tenemos en la vida cotidiana la presencia del tiempo se manifiesta a través de las nociones de presente y pasado y, con autorización de Aristóteles, también del futuro. El estagirita especifica que el movimiento es

la medida del tiempo y que cuando percibimos lo anterior y lo posterior, esto es, el pasado y el futuro, “entonces decimos que hay tiempo, porque esto es lo que es el tiempo: el número del movimiento según lo anterior y lo posterior” (*Física* 219a-220b). Estamos, por esta razón, atrapados en la tiranía del instante, pero sin llegar al extremo de habitar “un paisaje vacío y azotado por el viento que parece haber perdido cualquier rastro de temporalidad [...] Un mundo sin tiempo” (Rovelli 11).

Como advertían los historicistas cobijados por von Ranke, la irreversibilidad del tiempo nos lleva a suponer que el pasado es inamovible. Sin embargo, lo que escapaba a aquellos historiadores es que el presente acaba por convertirse en un diálogo necesario con el pasado, aunque forzosamente se trata de una conversación marcada por la colectividad. “El presente es un objeto social”, sentencia Hartog (12). En esta tesitura, la función de la historia consiste en hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente (Edward Hallet 73). Esta es la ciencia de la interacción presente-pasado.

Es así como podemos coincidir con Manuel Cruz, quien sostiene de manera reiterada que “el pasado ha vuelto”, una tendencia que se acentuó hacia finales del milenio pasado, y que no fue otra cosa sino el hecho de que desde que tomamos conciencia de la dimensión histórica, de esta raíz en movimiento que es el flujo del espacio-tiempo, que parte de la nada y se extiende hasta la eternidad, en una mezcla entre la especulación cosmológica y el afincamiento teológico, asumimos que una respuesta a nuestra condición la encontramos en la historia, asumida como experiencia que, de acuerdo con David Carr, esta tiene tres posibles acepciones. Por un lado, puede ser la percepción de lo inmediato; una segunda idea permite identificar experiencias pasadas con las del presente, con el fin de construir una

familiaridad con patrones; una tercera relaciona una exposición repetida, una acumulación de habilidad o conocimiento de ese dominio que proviene de esa exposición.

El relato histórico nos hace ver el paso del tiempo, despojado de cualquier intención aleccionadora o didáctica, aunque reveladora de nuestra naturaleza. Coincidimos con Luis Villoro, cuando afirma que “el interés por explicar nuestro presente expresa justamente una voluntad de encontrar a la vida actual un sentido” (48-49). Dicho de otra manera: a la pregunta sobre qué es la historia, podemos contestar que se trata de un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado (Edward Hallet Carr 40).

La fuerza del relato

La historia también es evidencia del vigor del relato. A partir de constructos narrativos ensambla nuestra realidad vivida. Seamos o no conscientes de la trascendencia del pasado, a final de cuentas lo que importa es el resultado de ese incesante devenir anclado en el mundo de la vida. Así, la historia es el relato vinculado con la dimensión espaciotemporal de una colectividad, se mantenga ésta o no en el presente. Pensemos, por ejemplo, en las ciudades-estado helenas o en Roma, la “Ciudad Eterna”; esos entes político-económicos desaparecieron, se hundieron en las profundas aguas del tiempo. Sin embargo, sobrevive parte de su herencia, convertida en legado vital. Este mismo ejercicio nos conduce a pensar en la historia como hija (o nieta, bisnieta, tataranieta, tomando en cuenta los distintos momentos o intereses de la historiografía) de aquellas investigaciones (historia) emprendidas por Heródoto hace más de dos milenios.

Ciertas maneras de escribir historia, es decir, de rememorar, recuperar, representar y actualizar el pasado, tienen una fuerte

raigambre narrativa. Si nos asomamos a casi cualquier trabajo de investigación histórica, encontramos que básicamente se trata de una narración. Por lo tanto, obedece a la práctica del relato en su acepción más general y, en consecuencia, es susceptible de analizarla bajo esa luz. Al respecto, Walsh describe a la historia “como un relato significativo de acciones y experiencias humanas del pasado” (Walsh 84). Así, se actualiza la naturaleza narrativa de esta parcela del conocimiento humano, mostrando el vigor del relato que atraviesa casi cualquiera de nuestras actividades. Nuestras vidas son los ríos de historias que desembocan en el océano del relato, gracias al cual cobran sentido.

La estructura narrativa constituye la unificación de dos conjuntos: por un lado, la unidad de lo vivido con lo contado, por otro, la unidad de lo individual con lo social. La acción, vida y existencia histórica se estructuran en forma narrativa, independientemente de su presentación literaria, y esta estructura es práctica, antes que estética o cognitiva. En efecto, David Carr (*Tiempo, narrativa e historia* 189) se apoya en el concepto de narrativa para describir “nuestra forma de experimentar, de actuar y de vivir como individuos y como comunidades”, porque “se trata de “nuestra” manera de ser y de lidiar con el tiempo”. Paul Ricoeur sostuvo que “el tiempo se vuelve humano en la medida en que se articula a través de un modo narrativo” (véase Carr, *Tiempo, narrativa e historia* 186).

Sin embargo, a diferencia del relato de ficción, el histórico tiene como requisito indispensable un compromiso con la objetividad y la verdad. “La historia consiste en un cuerpo de hechos verificado”, expresa Edward H. Carr (12). Es así como el historiador tamiza hechos y documentos, con un ánimo selectivo, con la mira puesta en una interpretación de estos, de cara a una relación con el presente. Es un trabajo intelectual. Edward H. Carr también nos enseña que más allá de la maraña de documentos y

archivos, se impone un *ethos* que hace del rigor una máxima para asumir la narración de los hechos, antepuesto al *pathos* y al *logos*.

Por lo tanto, el proceso de construcción del relato histórico implica una diégesis, que capta y expresa las acciones de las personas. Dichos actos, que ocultan o evidencian intenciones, nos llevan a preguntarnos por los intereses, propósitos, intenciones, deseos, anhelos y miedos de esos individuos en el seno de una colectividad, porque nuestra manera de ser y de lidiar con el tiempo es intersubjetiva (Carr, *Tiempo, narrativa e historia* 189). Si nos preguntamos, por ejemplo, ¿cuál es el origen de la geometría?, no podemos creer que la geometría, o cualquier otra actividad humana, han estado allí desde siempre. Dichas actividades tienen una historia y, por tanto, un origen (Cfr. Husserl 682-707). Por ello, necesariamente hablamos de grupos, entes socialmente articulados que transforman su entorno y se transforman a sí mismos. Las verdades y las objetividades que se van constituyendo a través del tiempo, se realizan en el seno de grupos. La historia la hacen colectividades, cuya conciencia de la historia es “la conciencia del cambio” (Heller 17). Pero este cambio remite, en un sentido genético, a un origen. “La historia, de acuerdo con Husserl, es la ciencia de la génesis de la humanidad personal (o espiritual), así como de su mundo de vida, que se ordena en dicha génesis” (Illescas 29). ¿Cómo debe entenderse entonces el mundo histórico? En palabras de Illescas “puede denominarse “mundo histórico” a la conexión viviente constantemente cambiante de sujetos singulares y colectividades en el incesante movimiento de la relatividad de un siempre nuevo sentido de mundo” (35).

¿De qué hablamos cuando hablamos de la historia?

Aunque las obras concretas (pensemos en la de López de Gómar, o en *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga, o en

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, de Fernand Braudel, por citar un par de títulos representativos de la escuela de los Annales) sean el resultado del esfuerzo inquisitivo de un individuo –sea Heródoto, Tucídides, Plutarco, Tito Livio, Polibio, Flavio Josefo, por rememorar a los más ilustres historiadores de la Antigüedad occidental–, o Huizinga o Braudel, lo cierto es que ese individuo dialoga con y desde una colectividad (su clan, su gens, sus conciudadanos, sus paisanos de comarca, sus compatriotas, la humanidad entera). De ese diálogo se desprende la identificación de procesos, hechos, acontecimientos ocurridos en el pasado realizados por otros hombres o mujeres. Toda vivencia se relaciona con la historia, funciona como su testigo: “Se abre la posibilidad de considerar toda vivencia como una suerte de ‘testigo’ del pasado del que proviene y al cual necesariamente remite, ya que éste presenta indefectiblemente un cierto ‘estilo’, una orientación, tanto al presente como al porvenir que lo suceden” (Illescas 18-19).

Toda la vida está atada a una historicidad, que es la forma en la que nos relacionamos con las tradiciones históricas que nos rodean. Los individuos viven su vida unos con otros, son conscientes de que cada uno constituye una parte de un “nosotros”. El individuo aislado es una abstracción. Se es en el interior de una comunidad o grupo, y como tal, se participa de una tradición. El presente histórico es la síntesis de tales temporalidades individuales. Es decir, la experiencia singular se complementa o corrige por las percepciones ajenas de los mismos hechos, lo cual da pie a un pasado y presente comunitario. “Para poder hablar de un presente histórico propiamente dicho, se requiere además que en el ser uno-con-otro intersubjetivo sea aprehendido el propio pasado comunitario *en cuanto tal*, tanto como el co-presente y el futuro compartidos, todo ello desde lo que po-

dría considerarse un presente social concreto y las modalidades temporales fluyentes que asimismo le pertenecen” (Illescas 21).

Llegados a este punto, nos parece conveniente destacar que de manera frecuente la historia se ha reducido a la cronología, al aprendizaje –de preferencia de memoria–, de fechas vinculadas con hechos y personajes puntuales: “20 de noviembre de 1910, inicio de la Revolución Mexicana”; “16 de septiembre de 1810, inicio de la Independencia de México”, etc. Y se ha interpretado la historia como una tensión entre el pasado y el presente y de un modo en el que se aleja las experiencias individuales de la historia misma, pasando por alto que estamos anclados en la historia, que ella misma está hundida, en una dialéctica de presencia y ausencia donde entra en juego lo familiar y lo extraño, lo cercano y lo lejano. Y por estas razones, la historia es una ciencia de la experiencia y el trabajo del historiador se realiza siempre desde el presente, por lo que es extensión de la experiencia, pasando de lo precientífico a lo científico. En otras palabras, las descripciones históricas son tematizaciones de experiencias históricas intuitivas (pretemáticas). Por otra parte, el historiador no trabaja con recuerdos, que son propios y cercanos; sino con representaciones, que son ajenas y lejanas. Aunque, sin embargo, estos son análogos, pues la representación usa la estructura del recuerdo para traer al presente algo no vivido por el historiador, lo representa *como si* lo recordara. De la misma manera, la historia desconocida (extraña) es análoga a un recuerdo olvidado, forma parte del pasado y lo ideal es recuperarlo para integrarlo a la historia conocida (familiar) (Illescas 43-47).

Concentrémonos en este último dato que aparece en cualquier guía cronológica de la historia de México. ¿En realidad la independencia política del entonces reino de la Nueva España comenzó aquella madrugada del domingo 16 de septiembre de 1810, tras el llamado que hizo uno de los cientos de sacerdotes

criollos que había en el país, quien se encontraba inconforme con la situación política, económica y social que había a la sazón?

La historia de bronce, la “preferida de los gobernantes” (González 67), nos ha referido que aquella fecha es el punto de inflexión para este país, es más, la fecha se encuentra en el acta de nacimiento de México, dejando de lado a la otra acta, la redactada el 28 de septiembre de 1821, que trató de certificar, en cierto contexto político-jurídico, el cierre formal de un largo y sangriento proceso de alumbramiento del ente político que ahora conocemos como Estados Unidos Mexicanos, nombre oficial de este país.

Ahora reflexionemos sobre los acontecimientos aparentemente nimios de la vida cotidiana que podrían ascender a la categoría de hechos históricos, como plantea Edward H. Carr (16), cuando recoge el linchamiento de un vendedor ambulante en el pueblo inglés de Stalybridge Wakes en 1850. ¿Es ello un hecho histórico?, se pregunta David Carr sin ningún ánimo retórico. Tras una breve disquisición, acaba por reconocer que ese acontecimiento podría convertirse en un hecho histórico; en sí ya lo es, al recuperarlo y actualizarlo en un segmento de la trama del tiempo que toca la actualidad del historiador y de la sociedad en la que vive.

Un ánimo parecido podríamos encontrar en los afanes desplegados para entender la actuación de un molinero del siglo xvi de la región italiana del Friuli, quien fue perseguido y ejecutado por la Inquisición debido a sus ideas heterodoxas sobre la creación del mundo. En las profundas y anchurosas aguas del tiempo, hace 500 años navegó en el océano de la existencia un “minúsculo” individuo de nombre Domenico Scandella, conocido como Menocchio; cinco siglos después de su paso por la vida, el rastro que dejó de su existencia a través de documentos elaborados por la Inquisición italiana lo trajo de vuelta a

la memoria de hombres y mujeres del siglo xx, a través de la investigación de Carlo Ginzburg; ese rastro quedó atrapado en *El queso y los gusanos*, piedra angular de la microhistoria.

La referencia nos permite percatarnos de una herramienta indispensable para la historia asumida como relato y representación del pasado, vital para traerlo al presente: el acervo documental almacenado en los archivos, en este caso, los de la institución religiosa encargada de preservar y defender la ortodoxia católica. Nos lo han dicho todos los historiadores: de Heródoto y Tucídides a White, Villoro, Rubial, Guedea, Polvo, León-Portilla y Edward H. Carr. Los documentos son esenciales. Sin ellos, caminaríamos por el sendero de la especulación. Haríamos cualquier cosa, menos historia. La historia es una investigación efectuada por el historiador y también una serie de acontecimientos del pasado que este investiga. No es un pasado muerto, sino vivo y presente; un pasado vivido traído a la presencia.

Reflexión

El borroso pasado, la dictadura del instante perpetuo, el inescrutable futuro. Estos son los tres elementos básicos de la historia: pasado, presente, futuro. Ayer el futuro era hoy. Hablamos de un puente muy extraño, pero cotidiano; ajeno y propio; distante y cercano. Nuestra percepción del tiempo, de esta corriente invisible en la que fluimos sin percatarnos del todo, se da a partir de una herramienta fundamental en nuestra configuración como personas: el lenguaje doblemente articulado.

En nuestro peregrinaje al pasado, caminando con el rostro vuelto —como Dante describía a los adivinos—, tanteamos el camino en busca de certezas. A veces damos con un recoveco, donde nos refugiamos aferrados a la frágil esperanza de la incertidumbre; pero también podemos entramparnos en un callejón

sin salida: aunque sabemos que no tenemos a donde ir, nos adentramos hasta el fondo y caminamos en círculos, pensando que avanzamos hacia algún punto. Queda la historia, ese corpus encarnado en la experiencia colectiva, un puñado de vivencias y acontecimientos, resultado de procesos, con su coraza de tiempo, de memoria y de olvido, a cuestas de la palabra y del relato.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos querido mostrar, siguiendo el método fenomenológico, la importancia de la historia y sus conexiones con la vida. De acuerdo con nuestro análisis, el estudio de la historia es importante porque: 1) Somos sujetos históricos, es decir, nuestro modo de ser personal se teje en historias y relatos de lo que nos pasa, pero ello se hunde en un horizonte histórico más amplio que nos engloba; 2) El mundo de la vida, entendido como mundo social y cultural, es histórico e intersubjetivo. En él se entrelazan tanto intersubjetividad, como intergeneracionalidad e interculturalidad de un modo tal que unas influyen en otras, tejen redes no sólo de relatos sino también de motivaciones, obstáculos, problemas o soluciones y dan vida a nuevos estilos y formas de organización; 3) Que el estudio de la historia nos ayuda a comprender quiénes somos tanto de manera individual como grupal y, finalmente, 4) Que las narrativas forman parte del tejido de la historia, es decir, sabemos de las cosas del pasado por las crónicas o relatos que nos presentan historias contadas desde distintos puntos de vista individuales y grupales.

Referencias

- Ankersmit, Frank. "Tiempo" en *En busca del pasado perdido. Temporalidad, historia y memoria*. Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp. 29-50.
- Arnold, John. *Una brevísima introducción a la historia*. Océano, 2003.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa, 1992.
- Burke, Peter. *Hibridismo cultural*. Akal, 2010.
- Carr, David. *Tiempo, narrativa e historia*. Prometeo, 2015.
- _____. *Experiencia e historia. Perspectivas fenomenológicas sobre el mundo histórico*, Prometeo, 2017.
- Carr, Edward H. *¿Qué es la historia?* Planeta-De Agostini, 1985.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Dastin, 1985.
- Cruz, Manuel. *Filosofía de la historia*. Alianza, 2008.
- Embree, Lester. *Fenomenología continuada. Contribuciones al análisis reflexivo de la cultura*. Jitanjáfora, 2007.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Academia Mexicana de la Lengua, 2014.
- González, Luis *et al.* "De la múltiple utilización de la historia". *Historia ¿para qué?* Siglo XXI, 1980, pp. 53-74.
- Hartog, François. *Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy*. Siglo XXI, 2022.
- Heller, Agnes. *Teoría de la historia*. Fontamara, 1986.
- Husserl, Edmund. "La cuestión del origen de la geometría como problema histórico e intencional". *Textos breves* (1887-1936), Sígueme, 2019, pp. 683-707.
- Illescas, María Dolores. "Las historias, "la" historia y la historiografía en la óptica de la fenomenología generativa de Husserl". Luis Román Rabanaque y Antonio Ziri6n, (eds.). *Horizonte*

- y mundanidad. Homenaje a Roberto Walton*, Jitanjáfora, 2016, pp. 17-50.
- León Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos*. Fondo de Cultura Económica, 2024.
- López de Gómara, Francisco. *La conquista de México*. Dastin, 1985.
- Phillips, John Roland Seymour. *La expansión medieval de Europa*. Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Rovelli, Carlo. *El orden del tiempo*. Anagrama, 2018.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa, 2019.
- San Agustín, *Confesiones*. <https://www.augustinus.it/spagnolo/index.htm>
- Solís, Antonio de. *Historia de la conquista de México*. Editorial del Valle de México, 1979.
- Thomas, Hugh. *La conquista de México. Moctezuma, Cortés y la caída de un imperio*. Crítica, 2020.
- Vega, María Elena. *Un naufragio en las costas de Yucatán. La civilización maya a principios del siglo XVI*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
- Villoro, Luis, “El sentido de la historia”. *Historia ¿Para qué?* Siglo XXI, 2005, pp. 33-52.
- Waldenfels, Bernhard. *Exploraciones fenomenológicas acerca de lo extraño*. Leyva, Gustavo (ed.). Anthropos / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2015.
- Walsh, William Henry. *Introducción a la filosofía de la historia*. Siglo XXI, 1990.
- Walton, Roberto. *Horizonticidad e historicidad*. Aula de Humanidades, 2019.

La analítica de la gubernamentalidad foucaultiana como herramienta para problematizar la descalificación neoliberal del ejercicio del poder público*

Foucauldian Governmentality analysis as a Tool
to Problematize the Neoliberal Disqualification
of the Exercise of Public Power

IVÁN GABRIEL DALMAU

CONICET-UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

ivandalmau@yahoo.com.ar

Resumen: En este trabajo nos proponemos analizar las herramientas conceptuales introducidas por Michel Foucault para diagnosticar el modo en que la racionalidad de gobierno neoliberal opera como condición de posibilidad de ciertas prácticas gubernamentales y como condición de imposibilidad de otras formas de racionalizar dichas prácticas dentro del marco del ejercicio de la soberanía política. Particularmente, nos ocuparemos de dar cuenta del modo en que la analítica de la gubernamentalidad permite poner en cuestión las formas en que la racionalidad neoliberal opera como condición de imposibilidad del ejercicio del poder público (cuando éste no se inscribe en el prisma de reflexión urdido desde las matrices de pensamiento neoliberal).

* Esta investigación se enmarca en el proyecto europeo TransatlanticLab-101235830, HORIZON-MSCA-2024-SE-01. El proyecto está dirigido por la Dra. Consuelo Naranjo Orovio desde el Instituto de Historia del CSIC.

Palabras clave: neoliberalismo, gubernamentalidad, crítica, Foucault, capital humano.

Abstract: In this work we intend to analyze the conceptual tools introduced by Michel Foucault to diagnose the way in which the neoliberal rationality of government operate as a condition of possibility of certain governmental practices and as a condition for the impossibility of other forms of rationalizing such practices within the framework of the exercise of political sovereignty. We will focus on the way in which the analysis of governmentality allows us to question the ways in which neoliberal rationality operates as a condition of impossibility of exercising public power (when it does not fit into the prism of reflection created by the matrices of neoliberal thought).

Keywords: Neoliberalism, Governmentality, Critique, Foucault, Human Capital.

Recibido: 9 de marzo del 2025

Aceptado: 19 de junio del 2025

Doi: 10.15174/rv.v1i8i37.849

Punto de partida: la filosofía como actividad de diagnóstico

Me parece que la elección filosófica a la que nos encontramos confrontados actualmente es ésta. Hay que optar por una filosofía crítica que se presentará como una filosofía analítica de la verdad en general, o por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

FOUCAULT, A 22.¹

A mediados de la década del sesenta, en el contexto de la publicación de *Les mots et les choses*, Foucault brinda una serie de entrevistas en las que destaca el carácter diagnóstico de su trabajo, sea a partir del modo en que se ubica en torno al contrapunto entre filósofos como Nietzsche —que se ocupan de diagnosticar el estado del pensamiento— y como Heidegger —que abren nuevos caminos al pensamiento (Foucault, b)—; o bien al reivindicar la capacidad del estructuralismo para dar cuenta de qué es la actualidad (Foucault, c; López 447).² Carácter diagnóstico que liga el ejercicio de la filosofía con el

¹ Para ofrecer una lectura más amable, en este artículo las referencias a las obras se especifican alfabéticamente en el cuerpo del texto y están desglosadas en las referencias finales.

² Quisiera agradecer al Dr. Marcelo Raffin por el fructífero acompañamiento cotidiano respecto de la línea de investigación en la que se enmarca este artículo. Asimismo, cabe destacar que a continuación retomo, reformulo y reelaboro algunas ideas abordadas previamente en (Dalmau, a; Dalmau, b).

presente de quien filosofa, tal como fuera abordado de modo sistemático en el libro que escribe de forma contemporánea a dichas intervenciones pero que no publica, esto es el trabajo de reciente aparición titulado *Le discours philosophique* (Foucault, d). Asimismo, habida cuenta del característico gesto foucaultiano de relectura y reformulación recurrente de sus trabajos precedentes desde la perspectiva de sus indagaciones en curso, que se ha tornado palpable tras la publicación de los cursos del *Collège de France* (Wallenstein 10; Raffin, a), resulta pertinente remarcar la manera en que dicha caracterización del trabajo filosófico será explicitada por Foucault en los años ochenta en el contexto de la ubicación de su propia labor dentro del marco de los senderos abiertos en torno al legado crítico kantiano. Como se desprende de la cita que hemos colocado como epígrafe, en la clase del 5 de enero de 1983, con que diera inicio al curso *Le gouvernement de soi et des autres* (Foucault, a), el pensador francés sostendrá que frente a la posteridad crítica erigida en torno al Kant de la *Crítica de la razón pura*, que configura una analítica de la verdad preocupada por las posibilidades del conocimiento y sus límites infranqueables, se erige otra forma de concebir el ejercicio de la crítica, que posee como antecedente al Kant que se pregunta por la *Ilustración*, y que se configura como una ontología de la actualidad (Gros 347-361). Forma de concebir el ejercicio de la filosofía ligada a la problematización de focos de experiencia, es decir la imbricación entre las matrices de saber, las matrices normativas de comportamiento y los modos de vinculación del sujeto consigo mismo y con los otros, que constituyen el subsuelo de nuestro presente y nos habitan.

Ahora bien, a continuación, tomamos como punto de partida la preocupación por el presente que caracteriza el trabajo de Michel Foucault que, en el arco que se extiende entre comienzos de los años sesenta y su muerte en 1984, se abocó a

la realización de un abordaje histórico-crítico de las matrices que constituyen la modernidad europea occidental. Particularmente, en este artículo nos proponemos analizar las herramientas conceptuales de las que el filósofo se vale al diagnosticar el modo en que la racionalidad de gobierno neoliberal opera como condición de posibilidad de ciertas prácticas gubernamentales (Foucault, e; Méndez 17-41), enmarcadas en estrategias tendientes a la promoción de determinado programa de sociedad, y como condición de imposibilidad de otras formas de racionalizar dichas prácticas dentro del marco del ejercicio de la soberanía política (Foucault, f). Particularmente, nos ocuparemos de dar cuenta del modo en que la analítica de la gubernamentalidad permite poner en cuestión las formas en que la racionalidad neoliberal opera como condición de imposibilidad del ejercicio del poder público (cuando éste no se inscribe en el prisma de reflexión urdido desde las matrices de pensamiento neoliberal). Por lo tanto, en términos formales, dividiremos el artículo en dos párrafos y un apartado de reflexión. En el primero, nos ocuparemos de reconstruir las herramientas que el pensador forja para el ejercicio de la filosofía como actividad de diagnóstico. Tras lo cual, nos dispondremos a reponer la manera en que dicha batería conceptual le permite poner en cuestión el tipo de crítica que es promovida por la gubernamentalidad neoliberal.

La arqueo-genealogía como herramienta para el ejercicio de la filosofía como actividad de diagnóstico

En el análisis arqueo-genealógico, el objeto no es un referencial que preexiste; tampoco los sujetos están dados previamente; tanto el espacio de los objetos como el de las posibles posiciones de los sujetos, son producto de la práctica, cuya emergencia y funcionamiento debe estudiarse en relación con una trama histórica de prácticas adyacentes.

VÁZQUEZ GARCÍA 89.

En los cursos correspondientes a los ciclos lectivos 1977-78 y 1978-79, Foucault complementa y enriquece sus indagaciones acerca de la biopolítica, al desplazar el encuadre de sus investigaciones hacia el proyecto de una historia de la gubernamentalidad, de modo tal de problematizar el marco de racionalidad política en el que pudo configurarse la biopolítica (Castro 59-68). Allí, presenta un conjunto de apuestas de método que consideramos oportuno reconstruir como una trama, que se forma por la propuesta de “pasar afuera del objeto, la institución y la función” (Foucault, e 119-138), la apuesta teórico-metodológica de “suponer que los universales no existen” y la caracterización de las investigaciones en curso en términos de una crítica política del saber (contrapuesta a la crítica de la ideología) (Foucault, f 3-51). La centralidad que la contraposición entre saber y conocimiento (Foucault, g; h) conserva a lo largo del decurso de las investigaciones foucaultianas durante la década de los 70 (Foucault i; j; k), el abordaje recurrente del discur-

so de las ciencias humanas desde una perspectiva diagnóstica (Foucault l; m), que reivindica la exterioridad y el trabajo sobre el discurso en tanto práctica frente a los abordajes epistemológicamente normativos e historiográficamente teleológicos (par que se encuentra a la base del “perenne” problema de la objetividad cognoscitiva de las ciencias humanas), nos conducen a reconstruir la caja de herramientas forjada por el filósofo a lo largo de esta década en términos de una arqueo-genealogía de las formas de objetivación. Caracterización basada en la enumeración que acabamos de presentar, a la que cabría denominar el conjunto de los “ecos arqueológicos de la genealogía”, que resulta palpable como fruto de la publicación de cursos y conferencias dictados por Foucault que se encontraban inéditos al momento de su muerte.

Al respecto, viene al caso recordar que el abordaje arqueológico condensado en su clásico libro de 1969 permite al pensador francés aproximarse a los discursos en tanto prácticas que forman regularmente los objetos, al tiempo que posibilitan la constitución correlativa de formas de subjetividad, es decir la configuración de las modalidades enunciativas que recortan las posiciones de sujeto (Foucault, g 53). Justamente, es este modo de abordaje de los saberes en tanto prácticas discursivas lo que posibilitó el planteo foucaultiano consistente en la oposición entre la teoría del conocimiento —que se ocuparía de dar cuenta de la relación sujeto-objeto— y la arqueología del saber, que se coloca por fuera de dicha relación y se encuentra abocada al rastreo de la formación de ambos términos en tanto inmanentes al ejercicio de la función enunciativa (h). Tal como lo destacara Raffin, para Foucault:

Es necesario comprender los discursos en su irrupción como acontecimientos, a pesar de que se presentan a partir de unidades de discurso que se pretenden naturales, inmediatas, universales, coherentes, dependientes de un origen y tributarias de instituciones y de prácticas. Por el contrario, las unidades de discurso son siempre artificiales, construidas y producidas históricamente (como la psicopatología, la medicina, la gramática, la economía política, la ciencia, la literatura o la política) y compuestas de hechos de discurso (b 55).

En función de la lectura que nos encontramos desplegando, querríamos enfatizar entonces que en lugar de elaborar una indagación enmarcada en la grilla forjada por la relación sujeto-objeto, motivada por encontrar el fundamento del conocimiento que el sujeto puede tener respecto del objeto y de proponer las reglas que debe seguir para garantizar la objetividad del conocimiento producido, la perspectiva arqueológica se desmarca de dicho encuadre. Al desanclar la epistemología de las ciencias humanas del interior de la relación sujeto-objeto, la crítica foucaultiana se desplaza desde el problema de la objetividad (de cuño normativo) hacia el de la objetivación (de carácter diagnóstico).

Por otra parte, antes de adentrarnos en las reflexiones explicitadas por el filósofo a finales de la década de 1970, cabe recordar algunos aspectos centrales de la lectura de Nietzsche en la que inscribe su propuesta de abordaje de las prácticas en términos genealógicos (Raffin, c 151). En el artículo “*Nietzsche, la généalogie, l’histoire*”, publicado por el filósofo francés en 1971 (Foucault, i), el pensador retoma la distinción entre *Ursprung* y *Erfindung*, términos alemanes que implican la noción de “origen” e “invención” respectivamente. En la lectura foucaultiana de Nietzsche, *Ursprung* es vinculado con la noción metafísica de

“origen fuente”, de “origen transhistórico”. Lo que implica que el trabajo histórico que pregunta por el origen se ligaría a una forma de problematización preocupada por remontarse hacia el punto fontanal, que buscaría dar cuenta de la esencia de aquello respecto de lo que se pregunta. De esta manera, la pregunta por el origen estaría vinculada a una indagación tendiente a desocultar el acontecimiento originario, prístino, incontaminado, previo a la historia (que no sería más que un desvío u olvido con respecto a dicho origen o, en su versión inversa, de lo que se trataría no es más que del mero despliegue teleológico de lo que ya estaba contenido allí). Por el contrario, Foucault destacará que la genealogía no es la pregunta por el origen –*Ursprung*–, sino que se aboca a trazar la historia efectiva de las prácticas en su contingencia, al ocuparse de dar cuenta de los acontecimientos que la jalonaron desde la perspectiva del rastreo de su invención –*Erfindung*–, que se liga a las problemáticas concretas de la procedencia (*Herkunft*) y de las condiciones de posibilidad para la emergencia (*Entstehung*) de las prácticas.

Al respecto, cabe enfatizar que resulta palpable el modo en que el trabajo genealógico, al desmarcarse de la pregunta por el origen, retoma y enriquece las herramientas desarrolladas por la perspectiva arqueológica, en la medida en que parte del trabajo negativo de puesta entre paréntesis de las supuestas unidades, por ejemplo, de un concepto, y se propone realizar una labor paciente sobre los documentos para reestablecer la historia efectiva de las prácticas, con sus escansiones, contrapuntos y contingencias. Frente al desarrollo de una historia uniforme, elaborada desde un enfoque teleológico, Foucault destaca –en un claro eco arqueológico– la necesidad de rastrear la formación de los conceptos al revisar su historia efectiva, con la dispersión que la caracteriza.

Por otra parte, resulta fundamental remarcar que, en la manera genealógica de trabajar sobre los documentos, el rastreo de la procedencia se complementa con la pregunta por la emergencia, es decir la indagación respecto de sus “condiciones de posibilidad”, de modo tal de incorporar las relaciones de fuerza como blanco de la pesquisa. Razón por la cual, en esa historia contingente y dispersa, la formación de los conceptos debe rastrearse a través del subsuelo de los conflictos, las luchas y dominaciones que acicatearon el devenir de las prácticas indagado al trazar la filial compleja de la procedencia.

Ahora bien, tras haber introducido las aclaraciones precedentes, nos encontramos en condiciones de reconstruir las herramientas de las que Foucault se vale hacia finales de la década de 1970, cuando su labor diagnóstica lo lleva ocuparse de trabajar en el proyecto de una historia de la gubernamentalidad (Foucault, e; f). Esto es, cuando se ocupa de indagar acerca de la manera en que se ha reflexionado respecto de cómo gobernar dentro del marco del ejercicio de la soberanía política. En consecuencia, antes de dar paso al siguiente apartado, debemos enfocarnos en la manera en que la propuesta de “pasar afuera del objeto, la institución y la función” (Foucault, e 119-138) recupera y relanza la problematización desarrollada previamente respecto de las prácticas de saber-poder. En primer lugar, es de destacar que la puesta entre paréntesis de la institución permite rastrear y reconstruir la historia efectiva de las prácticas en su dispersión —con sus desviaciones, intersticios y giros— en lugar de desarrollar una lectura lineal que, teleológicamente, pretendiera trazar la historia de una institución tomándola de antemano como evidencia y punto de partida. Asimismo, para dar cuenta de la emergencia y la procedencia de las prácticas en su dispersión, también exige dejar de lado la idea de “función” que, establecida de antemano, dicha “institución” vendría

a cumplir. Estas precauciones de método se complementan con la puesta entre paréntesis del objeto; lo que nos permite destacar que Foucault perfila un modo de abordaje de las prácticas que, en lugar de tomar como punto de partida las formas de saber que atraviesan las coordenadas del pensamiento y sedimentan arqueológicamente en los focos de experiencia, se propone por el contrario problematizar las formas de objetivación, como lo hiciera previamente respecto del surgimiento del criminal como objeto de saber y blanco del ejercicio del poder (Foucault, l). De lo que se trata, entonces, al poner entre paréntesis el objeto, la institución y la función, es ni más ni menos que del despliegue de una forma de problematización que busca contribuir al diagnóstico del presente.

Haciéndose eco de la indicación de método que hemos explicitado, en el curso inmediatamente posterior, el filósofo introdujo la apuesta teórico-metodológica consistente en “suponer que los universales no existen”. De este modo, la tarea negativa de poner entre paréntesis los universales habitualmente aceptados, en tanto arqueológicamente sedimentados en el ámbito del análisis histórico, sociológico y de la filosofía política, puede ser leída como un corolario del “pasar afuera” de las instituciones, con sus presuntas funciones y los supuestos objetos que toman por blanco (Botticelli 83-106). Por lo tanto, la elaboración de una perspectiva anti-historicista que consiste en poner entre paréntesis los universales y ver qué historia puede hacerse (en lugar de pasar los universales por el tamiz de la historia), contribuye a diagnosticar el presente, al posibilitar la realización de una historia efectiva de las prácticas que, en vez de tomar de antemano como evidencia y punto de partida los supuestos universales, procura dar cuenta de su formación inmanente a las prácticas de saber-poder.

En dicho marco Foucault se propondrá llevar a cabo una crítica política del saber, que se ocuparía de trazar la historia efectiva de las prácticas, por medio de las que se formaron, de manera inmanente, los objetos y fueron inscriptos en lo real, quedando sometidos a la división de lo verdadero y de lo falso como fruto de la imbricación entre una serie de prácticas y un régimen de veridicción (Foucault, f). Sostenemos, entonces, que la crítica política del saber se configura como una arqueogenealogía de las formas de objetivación en la medida en que permite indagar la manera en que, a partir de determinado acontecimiento, se configuraron una serie de prácticas que, articuladas en su dispersión, dieron lugar a la formación de determinados saberes. Saberes cuyas reglas de formación atravesaron la constitución de ciertos objetos, modalidades enunciativas, o sea, posiciones de sujeto, y las elecciones temáticas y los conceptos que, sedimentados en la actualidad como si se tratara de universales, constituyen la grilla a partir de la que los objetos en cuestión pueden ser sometidos a la división de lo verdadero y de lo falso, a partir de la articulación de enunciados en los que, desde ciertas modalidades enunciativas, se ponen en juego determinados conceptos y elecciones temáticas.

La analítica de la gubernamentalidad foucaultiana como herramienta para problematizar el modo neoliberal de ejercer la crítica

Uno de los mayores aportes de Foucault a la perspectiva teórico-política ha sido el cambio del eje del análisis al desplazarse desde la oposición entre sociedad civil y Estado —que deriva casi ineluctablemente en el diagnóstico de una creciente estatización de la sociedad— hacia un trabajo histórico en torno de las artes de gobierno, que hace posible el diagnóstico de la modernidad como un proceso de creciente gubernamentalización del Estado. De acuerdo con esta perspectiva lejos de pensarse al Estado y la sociedad civil como universales, se los debe tomar como conceptos de tecnología gubernamental, cuyo lugar y función varía de acuerdo con las racionalidades de gobierno de las que son correlativos.

BLENGINO 20.

Retomando la reconstrucción propuesta en el apartado precedente, a continuación, nos ocuparemos de revisar la crítica política del saber económico, en tanto arqueo-genealogía de las formas de objetivación. Puesto que, al reconstruir las formas de gobierno económico, Foucault perfila una crítica respecto de la manera en que la formación del discurso de la economía política se liga con la constitución de los objetos, su inscripción

en lo real y el surgimiento del economista como la modalidad enunciativa desde la que, aplicando los conceptos y temas del discurso económico, se puede producir un discurso que somete dichos objetos a la división de lo verdadero y de lo falso. En ese sentido, de acuerdo con la pregunta que funciona como disparador del presente artículo, nos proponemos analizar la manera en que el filósofo despliega una crítica arqueo-genealógica de las formas de objetivación inmanentes a la formación discursiva de la economía política neoliberal. En torno a lo cual, cabe remarcar que el pensador francés despliega dicho ejercicio de crítica en el marco del desarrollo de su proyecto de elaborar una historia de la gubernamentalidad.

Al inicio del curso que dicta en 1979, que se inscribe en línea de continuidad con el curso dictado el año precedente, destaca lo siguiente: “[...] intenté determinar la manera a través de la cual se ha establecido el dominio de la práctica del gobierno, sus diferentes objetos, sus reglas generales, sus objetivos de conjunto, con el fin de gobernar de la mejor manera posible” (Foucault, f 4). Es decir que no se ocupa del estudio histórico o sociológico acerca de cómo los gobiernos han gobernado, sino del problema filosófico respecto del modo en que se ha reflexionado sobre las prácticas de gobierno, esto es el problema de la “conciencia de sí del gobierno”.

Ahora bien, de acuerdo con la pregunta que jalona la escritura del presente trabajo, no nos detendremos en la reconstrucción de las distintas aristas que componen la analítica foucaultiana de la gubernamentalidad en su versión liberal y neoliberal. Por el contrario, nos enfocaremos particularmente en determinados aspectos de dicha lectura en los que la arqueo-genealogía foucaultiana, abocada a dar cuenta de la imbricación entre las formas de objetivación del saber económico y las formas en que se racionaliza la práctica gubernamental, permite echar luz en el

modo en que dicho acoplamiento opera —además— como condición de imposibilidad de otras formas de reflexión acerca de cómo gobernar. Dado que la racionalidad de gobierno funciona al mismo tiempo como grilla de inteligibilidad y método de programación, nos interesa colocar el foco en aquellos pasajes en los que Foucault muestra de qué manera la racionalidad neoliberal socava las formas de ejercicio del poder público que no se racionalizan desde su matriz de inteligibilidad y no apuntan al programa de sociedad promovido por ésta. Así, en sintonía con la cita de Blengino que hemos colocado como epígrafe, nos detendremos a continuación en el modo en que las herramientas foucaultianas permiten problematizar la crítica inflacionaria del Estado promovida por el discurso neoliberal en el contexto de la Europa de entreguerras, tras lo cual nos detendremos en la manera en que el neoliberalismo estadounidense despliega una forma de crítica que apunta a “no dejar hacer al gobierno” (Foucault, f).

Al reconstruir la filial compleja de la procedencia del neoliberalismo, el filósofo se detiene en la superficie de emergencia de dicha racionalidad en la Europa de entreguerras (Foucault, f 77-104); en torno a lo cual, destaca como hito la realización del Coloquio Walter Lippmann en París en agosto de 1938: evento que puede ser considerado como el acta de nacimiento del neoliberalismo, en el que participaron renombradas figuras del campo de la economía, el derecho, la epistemología de las ciencias sociales y la filosofía política. Si bien Foucault no desconoce las tensiones y las líneas de crítica interna que atraviesan el Coloquio, que oponen a los ordoliberales alemanes frente a los economistas austro-americanos, se enfoca en el eje común: la apuesta por renovar el liberalismo que tiene como punto de partida el tomar al nazismo como campo de adversidad, al problematizarlo como “punto de coalescencia” en el que convergen

las distintas formas de dirigismo y planificación económica, y las políticas sociales de corte “socialista”. Esta perspectiva dio lugar a una radical puesta en cuestión de las políticas de redistribución progresiva del ingreso, dado que los neoliberales reivindicarán la desigualdad como base para la competencia, sin la cual no tiene lugar el libre juego de la actividad económica (Foucault, f 105-133; Castro-Orellana 55-56).

Específicamente, la lectura foucaultiana se ocupa de problematizar la forma de crítica configurada por el neoliberalismo, en la que se produce un fuerte acoplamiento epistemológico-político entre “el Estado-centrismo” como grilla de inteligibilidad y la “Estado-fobia” como táctica que permite marcar en “lo real” un punto de repulsión a partir del cual, como contrapunto, perfila estratégicamente un programa de sociedad. Cabe recordar que la problematización del neoliberalismo como racionalidad de gobierno es elaborada por Foucault mediante el despliegue de una arqueo-genealogía de las formas de objetivación. Por lo tanto, “Estado”, “sociedad civil” y “mercado” no funcionan como grillas que de antemano permiten orientar el trabajo de archivo sobre los documentos, sino que, como contrapartida de la puesta en cuestión de los universales, la realización de una crítica política del saber (enmarcada en una historia de la gubernamentalidad) se ocupa de mostrar arqueo-genealógicamente la filial compleja de la procedencia y las condiciones de posibilidad para la emergencia de prácticas de saber-poder cuyo surgimiento se encuentra en la base de la formación del Estado, la sociedad civil y el mercado como objetos.

Al respecto, resulta oportuno recordar que en el curso de 1978-79 el filósofo dedica una lección entera a la puesta en cuestión de lo que denominaba como “críticas inflacionarias del Estado”, formas de crítica “Estado-céntricas” que resultan peligrosamente tributarias de lo que caracterizó previamente

como “fobia al Estado”. Tal como lo señaláramos previamente, esa fobia al Estado fue perspicuamente alentada por el discurso fundacional del neoliberalismo europeo que, al tomar al nazismo como campo de adversidad, señala que el régimen nazi es el punto de coalescencia en el que convergen las distintas formas de intervencionismo estatal sobre la economía, desde las políticas “socialistas” de redistribución progresiva del ingreso hasta la planificación y el dirigismo de cuño keynesiano. La analítica foucaultiana permite desentrañar los supuestos epistémicos a partir de los que se erige dicha forma de ejercicio de la crítica. Al respecto, da cuenta de que dicho modo de abordaje de la historia se vale, teleológicamente, del Estado como un universal, lo pasa a la manera historicista por el tamiz de la historia y, en una lógica de “descalificación general por lo peor”, muestra al nazismo como el punto de llegada al que tiende un presunto proceso de estatización de la sociedad. Puesto que, la articulación en clave teleológica del par “Estado y sociedad civil” como grilla habilita una lectura en la que, en lugar de anclar el ejercicio de la crítica en la historia efectiva de las prácticas (que es la marca característica de la arqueo-genealogía foucaultiana de las formas de objetivación), promueve una visión conspirativa en la que el Estado, cual monstruo frío, avanza sobre la sociedad y en la que, por lo tanto, la especificidad de los acontecimientos resulta aplanada. Lo que, en los términos del propio autor, conlleva una “elisión de la actualidad” (Foucault, f 192).

En dicho contexto, el pensador francés reivindicará como un ejercicio de “moralidad crítica” la problematización de esta grilla que se apoya en el fantasma del “Estado paranoico y devorador” (Foucault, f 194) y alienta una intercambiabilidad de los análisis, al pasar por alto la especificidad de las prácticas y promover una “descalificación general por lo peor” (Foucault, f 193). Por ejemplo, este aplanamiento de los acontecimientos,

articulado teleológicamente por la citada lógica de “descalificación por lo peor”, habilita una forma de problematización en la que la seguridad social de los llamados Estados de Bienestar resulta susceptible de ser criticada en tanto “invasión del Estado sobre las distintas esferas de la sociedad civil”, que constituiría una suerte de “antesala” del totalitarismo nazi.³ Lectura frente a la cual Foucault destacará que el nazismo no consiste en una expansión inusitada del Estado sobre la sociedad civil, sino más bien en un debilitamiento y subordinación del Estado al Partido.

Tras haber revisado la manera en que la perspectiva foucaultiana permite echar luz sobre el modo en el que el discurso fundacional del neoliberalismo europeo –en el que convergen fundamentalmente los ordoliberales alemanes, los economistas austro-americanos e intelectuales franceses– se constituye como una forma de crítica que opera como condición de imposibilidad de las prácticas de gobierno tendientes a la redistribución progresiva del ingreso y la planificación económica; a continuación nos detendremos en la manera en la que el bloqueo del ejercicio del poder público es promovido por la vertiente estadounidense del neoliberalismo (en cuya formación incidirá el discurso de los economistas austríacos emigrados a Estados Unidos, razón por la que se los suele denominar como austro-americanos). Por lo tanto, dirigiremos la lectura hacia la crítica foucaultiana de la teoría del capital humano, desarrollada por la Escuela de Chicago.

Cabe enfatizar, entonces, que dicho discurso se constituye a partir de la objetivación del capital como “aquello que produce

³ Si bien entablar una discusión con quienes sostienen que Foucault habría sucumbido a cierta tentación neoliberal (Zamora & Behrent) excede los objetivos de este artículo, cabe destacar la radical incompatibilidad entre la perspectiva foucaultiana y la condensada en el discurso que toma por objeto.

un beneficio”, en el contexto de “asignación de recursos limitados hacia fines mutuamente excluyentes”; forma de objetivación del capital que permite la introducción de un desbloqueo epistemológico al posibilitar la inclusión del trabajo como actividad dentro del análisis económico (Foucault, f 221-244). El “capital humano”, en tanto objeto, se constituirá en torno a una serie de capacidades físicas e intelectuales, vinculadas a la “productividad” y al *savoir-faire*, atravesadas por la tensión entre “lo innato y lo adquirido”. De este modo, la “grilla de análisis económico” es aplicada a la totalidad de las prácticas sociales, es decir incluso a aquellos comportamientos considerados “habitualmente” como “no económicos”, puesto que, desde este encuadre, todas las acciones pueden ser leídas en términos económicos ya que implican la asignación de recursos limitados hacia fines mutuamente excluyentes.

Siguiendo la reconstrucción foucaultiana, para Gary Becker —exponente de la Escuela de Chicago— el análisis económico deberá abordar el modo en que las conductas de los individuos responden de manera sistemática a las transformaciones de las variables del medio. Por lo tanto, resulta analizable en términos económicos cualquier conducta que se deje “afectar por la realidad”. La contracara de que la racionalidad económica sea problematizada como el modo adecuado y sistemático de responder a las transformaciones de las variables del medio es que el blanco del ejercicio del gobierno se tornará eminentemente gobernable, justamente, a través de las intervenciones “esclarecidas” sobre el juego entre dichas variables.⁴ Resulta ostensible que no se trata solamente de un modo de problematizar los

⁴ Nuevamente, si bien entablar una discusión con quienes ven en la lectura de Foucault un aval del neoliberalismo excede los objetivos de nuestro trabajo, resulta ostensible que el pensador francés no ve en el capital humano

vínculos entre el Estado, la sociedad y la economía; sino, además, de un programa de sociedad que apunta a impregnar las distintas esferas de la vida a partir de dicho prisma, incidiendo en la forma en que los sujetos se vinculan consigo mismos y con los otros.

A su vez, Foucault destaca que, en paralelo a su aplicación como grilla de inteligibilidad de la totalidad de las prácticas sociales, la teoría del capital humano da lugar a la constitución de una suerte de “tribunal económico permanente” ante las acciones gubernamentales. Es decir que, dicho enfoque habilitará el ejercicio cínico (en el sentido coloquial del término) de una crítica mercantil opuesta a la acción del poder público. En torno a lo cual, el filósofo introduce una analogía con la crítica del lenguaje que elabora el positivismo lógico. Así como el positivismo lógico critica el discurso científico, filosófico, etcétera, a partir del señalamiento de su supuesta inconsistencia o su sinsentido, la teoría del capital humano permitirá hacer lo mismo con respecto a las acciones gubernamentales implementadas por el poder público. A lo que agregará que, frente al principio liberal clásico del *laissez-faire*, que mandaba a que el gobierno se limite y “deje hacer al mercado”, el neoliberalismo ejercerá una forma de crítica basada en el *ne-pas-laissez-faire* – “no dejar hacer” – al gobierno (Foucault, f 252-253). Sostenemos, entonces, que la grilla de inteligibilidad forjada por la teoría del capital humano opera, simultáneamente, como condición de posibilidad de determinadas prácticas de gobierno (aquellas que promueven de forma radical la lógica del aseguramiento individual y la empresarialización de las relaciones sociales), y como condición de imposibilidad de toda otra forma de ejercicio del poder público,

una figura ingobernable, clave para pensar la resistencia (de Lagasnerie), sino todo lo contrario.

al que busca “no dejar hacer” bajo el pretexto del supuesto “sin-sentido” de las políticas propuestas.

Reflexiones finales

Al realizar la arqueo-genealogía del liberalismo, Foucault señala que hacia mediados del siglo XVIII, en las sociedades occidentales, se constata una transformación radical de la racionalidad del gobierno que va a caracterizar lo que se puede denominar la “razón gubernamental moderna” [...]. ¿Qué es lo que permitió esta transformación radical, esta emergencia de una limitación interna de la razón gubernamental? La aparición de la economía política. De esta manera, todo un plan de acción gubernamental pasará a un nuevo régimen de verdad.

RAFFIN D 312

Si bien el blanco de nuestro trabajo lo constituye la problematización foucaultiana de las formas en que la racionalidad neoliberal opera como condición de imposibilidad del ejercicio del poder público cuando éste se aleja de su programa de empresarialización de las relaciones sociales y se propone objetivos como la redistribución progresiva del ingreso y la planificación económica, a modo de cierre de la reconstrucción propuesta en los apartados precedentes consideramos fundamental remarcar que Foucault problematiza el neoliberalismo como una

torsión de la racionalidad liberal. En ese sentido, cabría destacar que la razón gubernamental moderna y contemporánea se articula en torno a la formación y las mutaciones del discurso de la economía política, lo que ha dado lugar a las sucesivas inflexiones de las formas de gobierno económico: fisiocrática, liberal y neoliberal. Respecto de ello, resulta insoslayable el punto de contacto que, más allá de las torsiones reconstruidas exhaustivamente por Foucault a lo largo del citado curso, implica una línea de continuidad entre el liberalismo clásico y las distintas vertientes del neoliberalismo: la pervivencia de la imposibilidad de una mirada que pueda totalizar el juego económico. Imposibilidad que opone al liberalismo y sus inflexiones contemporáneas frente a la concepción fisiocrática. Tanto el liberalismo clásico como las distintas corrientes que forman el neoliberalismo despliegan, cada una a su manera, estrategias de bloqueo epistemológico-político que operan como “condición de imposibilidad” del ejercicio de la soberanía económica. En consecuencia, sostenemos que se constituye una cadena entre el problema de la invisibilidad de la “mano invisible” del mercado de Adam Smith con el señalamiento del carácter epistémico del mercado, el rol de los precios como transmisores de información y la imposibilidad del cálculo económico en el socialismo tal como lo sostiene la Escuela Austríaca de Economía, y la constitución del “tribunal económico permanente” que acarrea un “no dejar hacer al gobierno” desde el prisma urdido por la Escuela de Chicago.

En este contexto, viene al caso recordar que —como lo señaláramos al comienzo de este trabajo— en la clase del 5 de enero de 1983, Foucault reivindicará el ejercicio de la crítica como actividad de diagnóstico de la actualidad frente a la crítica comprendida como analítica de la verdad, preocupada por las posibilidades del conocimiento y sus límites infranqueables. ¿No es

acaso el señalamiento epistemológico de los límites de nuestro conocimiento respecto de la complejidad de la dinámica del mercado lo que obtura la posibilidad de constitución de una modalidad enunciativa a partir de la que pueda erigirse una soberanía económica?

Si a finales de los años 1970 Foucault se ocupó, por una cuestión de moralidad crítica, de trazar la arqueo-genealogía de la fobia al Estado y denunció que quienes participaban de ella debían saber que nadaban alegremente a favor de la corriente, décadas de consolidación hegemónica del neoliberalismo vuelven indispensable la revisión de sus aportes. En torno a lo cual, querríamos señalar, a título de hipótesis, que en la medida en que el pensamiento político no logre desembarazarse del bloqueo epistemológico-político que opera como condición de imposibilidad del ejercicio de la soberanía económica, no podrá hacer frente al bloqueo al ejercicio del poder público promovido por la racionalidad neoliberal y seguirán obturadas las posibilidades que encierra el igualitarismo democrático. Es decir que no dispondremos de las herramientas epistemológico-políticas que nos permitan franquear el límite de la reducción formalista de la democracia y, por lo tanto, seguiremos entramados en las mallas de la racionalidad neoliberal.

Referencias

- Blengino, Luis Félix. *Nacimiento de la modernidad y gubernamentalización del Estado. Historia (geo)política de las artes de gobernar en Michel Foucault*. Editorial UNLAM, 2024.
- Botticelli, Sebastián. “La gubernamentalidad del Estado en Foucault: un problema moderno”. *Praxis Filosófica*, núm. 42, 2016.

- Castro, Edgardo. *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. Universidad Pedagógica Nacional: Editorial Universitaria, 2011.
- Castro-Orellana, Rodrigo. *Dispositivos neoliberales y resistencias*. Herder Editorial, 2023.
- Dalmau, Iván Gabriel (a). “Entre lo epistemológico y lo político: la grilla foucaultiana de la gubernamentalidad como herramienta crítica frente a la fobia al Estado”. *Eikasía. Revista de Filosofía*, núm. 102, 2021.
- _____. (b). *Michel Foucault: entre epistemología y política. Reflexiones en torno a la arqueo-genealogía del saber que vertebró la analítica de la gubernamentalidad neoliberal*. Editorial TeSEO, 2024.
- Foucault, Michel (a). *Le gouvernement de soi et des autres. Cours au Collège de France. 1982-1983*. Éditions Gallimard SEUIL, 2008.
- _____. (b). “Qu’est-ce qu’un philosophe?”. *Dits et écrits. 1954-1988. I. 1954-1969*. Éditions Gallimard, 1994.
- _____. (c). “La philosophie structuraliste permet de diagnostiquer ce qu’est ‘aujourd’hui’”. *Dits et écrits. 1954-1988. I. 1954-1969*. Éditions Gallimard.
- _____. (d). *Le discours philosophique*. Éditions Gallimard SEUIL, 2023.
- _____. (e). *Sécurité, Territoire, Population. Cours au Collège de France. 1977-1978*. Éditions Gallimard SEUIL, 2004.
- _____. (f). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*. Éditions Gallimard SEUIL, 2004.
- _____. (g). *L’archéologie du savoir*. Éditions Gallimard, 1969.
- _____. (h). “Sur l’archéologie des sciences. Réponse au Cercle d’épistémologie”. *Dits et écrits. 1954-1988. I. 1954-1969*. Éditions Gallimard, 1994.

- _____. (i). “Nietzsche, la généalogie, l’histoire”. *Dits et écrits. 1954-1988. II. 1970-1975*. Éditions Gallimard, 1994.
- _____. (j). “La vérité et les formes juridiques”. *Dits et écrits. 1954-1988. II. 1970-1975*. Éditions Gallimard, 1994.
- _____. (k). *Leçons sur la volonté de savoir. Cours au Collège de France. 1970-1971*. Éditions Gallimard SEUIL, 2011.
- _____. (l). *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Éditions Gallimard, 1975.
- _____. (m). *Histoire de la sexualité 1. La volonté de savoir*. Éditions Gallimard, 1975.
- Gros, Frédéric. “Situation du Cours”. *Le gouvernement de soi et des autres. Cours au Collège de France. 1982-1983*, Michel Foucault. Éditions Gallimard SEUIL, 2008.
- Lagasnerie, Geoffray de. *La dernière leçon de Michel Foucault. Sur le néolibéralisme, la théorie et la politique*. Fayard, 2012.
- López, Cristina. “Arqueología y genealogía: de la historia como recurso para abordar el presente”. *Michel Foucault y los sistemas de pensamiento. Una mirada histórica*, Chamorro Sánchez, Emmanuel (ed.). CENALTES Ediciones, 2017.
- Méndez, Pablo Martín. “Foucault y la arqueología de la política. Siguiendo las huellas de un método inconcluso”. *Revista de Filosofía Diánoia*, vol. 65, núm. 84, 2020.
- Raffin, Marcelo (a). “La verdad y las formas políticas: la lectura temprana de la tragedia de Edipo en Michel Foucault”. *Anacronismo e Irrupción. Revista de Teoría y Filosofía Política Clásica y Moderna*, vol. 5, núm. 8, 2015.
- _____. (b). “A noção de discurso em Michel Foucault”, *No Campo Discursivo: Teoria e Análise*, Butturi Junior, Atilio; Sandro Braga, Sandro y Thiago Barbosa Soares, (org.). Pontes Editores, 2020.

- _____. (c). “El momento genealógico en Michel Foucault: continuidades y reformulaciones del pensamiento nietzscheano”. *Nuevo Pensamiento. Revista de Filosofía*, vol. 12, 2023.
- _____. (d). “Lecturas foucaultianas del liberalismo y el neoliberalismo: entre una arqueo-genealogía de las formas del gobierno contemporáneo y la historia de la gubernamentalidad”. *Revista Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras*, núm. 27, 2021.
- Vázquez García, Francisco, *Cómo hacer cosas con Foucault. Instrucciones de uso*. Dado Ediciones, 2020.
- Wallenstein, Sven-Olov, “Introduction: Foucault, Biopolitics, and Governmentality”. *Foucault, Biopolitics and Governmentality*, Jakob Nilsson y Sven-Olov Wallenstein (eds.). Södertörn University The Library, 2013.
- Zamora, Daniel y Michael Behrent. *Foucault and Neoliberalism*. Polity Press, 2016.

Sobre la categoría “pueblos originarios” [Apuntes para una historia conceptual]

On the Category of “Original peoples” [Notes for a Conceptual History]

AURELIANO ORTEGA ESQUIVEL
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO, MÉXICO
ortegaureliano@gmail.com

Resumen: En este trabajo se examinan las condiciones históricas en las que se acuñó la categoría “pueblos originarios” en la perspectiva de relevar la categoría “indígena” en discursos de índole social-cultural; asimismo, se discuten los contextos políticos, culturales y sociales de la emergencia de dicha categoría en la política, la academia y los medios de comunicación. Entre aquellas condiciones se consigna la generalización de las luchas por la reivindicación de los “derechos” y las “identidades” de los pueblos indígenas en el horizonte de la descolonización y los discursos “progresistas” inspirados en la jerga de los “estudios culturales”. El trabajo presume que las aplicaciones de la categoría no ha sido objeto de una discusión académica rigurosa que ofrezca respuestas sobre su fundamentación epistemológica, conceptual y semántica, asimismo critica su condición retórica y su tendencia a esencializar lo relativo a la condición indígena.

Palabras clave: pueblos originarios, indígenas, epistemología, filosofía, historia.

Abstract: This paper examines the historical conditions under which the category “original peoples” was coined with a view to highlighting the “indigenous” category in sociocultural discourses. It also

discusses the political, cultural, and social contexts of its presence in politics, academia, and the media. These conditions include the widespread struggles to vindicate the rights of the "identities" of "original peoples" in the context of decolonization and the "progressive" discourses inspired by the jargon of "cultural studies". This paper assumes that applications of the category have not been the subject of rigorous academic discussion that offers answers about its epistemological, conceptual, and semantic foundations, given its rhetorical nature and its tendency to essentialize everything related to the "native" condition.

Keywords: Original peoples, Indigenous peoples, Epistemology, Philosophy, History.

Recibido: 20 de agosto del 2025

Aprobado: 19 de septiembre de 2025

Doi: 10.15174/rv.vi18i37.868

...otra parte ha determinado utilizar el término y la categoría de indígena para nombrar una serie de luchas y circunstancias que hermanan a pueblos distintos entre sí.

YÁSNAYA AGUILAR

I

La expresión "pueblos originarios" apareció en nuestro espacio cultural hace relativamente poco tiempo. Se trata, en principio, de una categoría de carácter etnográfico cuyo uso y sentido mudaron a la escena política y cobraron relevancia

en un tiempo y un espacio específicos que parecen no ir más allá de los años noventa del siglo pasado para, desde entonces, experimentar un paulatino arraigo en el repertorio de ciertos discursos políticos, académicos y mediáticos; lo cual no deja de ser significativo. Esto no niega el hecho de que mucho antes de estos años haya sido eventualmente invocada por académicos o actores sociales con la que no podía ser sino una intención retórica, dado que sus usos —o sus contextos de aplicación antropológica, etnográfica, sociológica, histórica y eventualmente filosófica— no se habían avicinado en la lucha por la hegemonía cultural ni puestos en cuestión por sus efectos epistémicos (ver Rivera; Fernández; Albó, Ticona y Rojas). Lo que ha cambiado, en todo caso, es que hoy su uso se extiende hacia todo tipo de intervenciones, creando vastas zonas de indeterminación conceptual que en poco o nada contribuyen al esclarecimiento y la posible solución de los problemas reales que cotidianamente enfrentan los sujetos socioculturales a los que se refiere la expresión “pueblos originarios”, lo que nos lleva a conjeturar que en la mayoría de los casos no se ha rebasado su aplicación retórica y que esta merece con cierta urgencia un abordaje crítico.

En el trabajo “Significación de los pueblos originarios” Raúl Trejo Villalobos recuperó uno de los pocos apuntamientos explícitos sobre el uso de la expresión “pueblos originarios” generado en el espacio de las ciencias sociales; escribe Trejo:

¿Indio o indígena? Ilán Semo habla de la etimología y de la historia de ambos términos. También plantea, como tarea para los historiadores, cómo es que dichas expresiones han sobrevivido desde el siglo XVI hasta nuestros días. Lo más importante, sin embargo, concierne a la expresión ‘pueblos originarios’ y a su uso cada vez mayor a partir del movimiento zapatista (Trejo 30).

Trejo se refiere a un artículo aparecido en *La Jornada* (2017) en el que el sociólogo Ilán Semo, además de señalar que la discusión del uso y posible pertinencia de la expresión “pueblos originarios” era un asunto pendiente y principalmente “de historiadores” destacaba tres índices que la harían preferible a la de “indio” o “indígena”; citamos a Semo:

El creciente uso de la noción de pueblos originarios expresa una importante reforma conceptual: 1) en primer lugar, dificulta su sustantivación, a menos que se hable de “originarios” y obligue al lenguaje a recurrir a una polisemia. Llamar a las culturas del país por el nombre que ellas mismas se dan: nahuas, mazahuas, rarámuris...; 2) destituye un concepto clave —el de indígena— en la estructura de lo que mueve las latencias raciales de la sociedad, y 3) pone en escena la apuesta de un lenguaje abierto a la posibilidad de la pluralidad (Semo).

Como en efecto se trata de un trabajo informal no se pedirían a Semo más consideraciones argumentales que las ahí expresadas, sin embargo, desde el momento que se refiere al caso como “una importante reforma conceptual” sitúa la discusión en un plano distinto al de una simple opinión, por lo que sus razones merecen algunos señalamientos críticos. En primer lugar, una “reforma conceptual” es lo suficientemente significativa para merecer una discusión de orden epistemológico, la que, a nuestro juicio, no ha tenido lugar entre los historiadores —que aplican la noción “pueblos originarios” en muy raras ocasiones—; pero tampoco entre antropólogos, etnógrafos y científicos sociales, quienes habitualmente la desestiman. Como veremos más adelante, su introducción en el horizonte cultural contemporáneo se ha verificado en primera instancia a través del discurso político o jurídico-político, lo que no es irre-

levante; sólo posteriormente ha transitado al discurso universitario a partir de intervenciones de índole literaria o filosófica para finalmente avecindarse en las “narrativas” de los medios de comunicación masiva. Sin embargo, mientras en el ámbito político existen testimonios suficientes sobre la discusión en torno de la presunta necesidad y pertinencia de relevar las categorías de “indio” o “indígena” (Albó, Ticona y Rojas), en la academia, en donde se esperaba una revisión profunda, ésta se reduce a la recuperación de un conjunto limitado de testimonios secundarios. Esta práctica es directamente observable en los ámbitos de la literatura y la filosofía, en donde lo que hace unos cuantos años era simplemente “indígena” ahora es enfáticamente “originario”, lo que tiende a “normalizar” su uso sin que previamente se haya discutido y resuelto su estatuto epistemológico.¹ Con lo dicho cerramos, sin agotarlo, el ciclo del primer señalamiento: que se trata de una “reforma conceptual”. No, no lo es; a lo más, es un recambio categorial que ha dejado pendiente su justificación teórica y epistemológica. Seguimos: el primer argumento propiamente dicho no es del todo claro, pero señala que la expresión “pueblos originarios” dificulta su sustantivación. Sustantivar significa, más allá del simple nombrar, considerar algo como sustancia, como esencia o sustrato, como algo que, siendo fundamento, en sí mismo no cambia; no entiendo cómo la expresión “pueblos originarios” puede evitar o dificultar su sustantivación siendo, ella misma, un sustantivo, y justo porque la categoría está, como veremos, trágicamente condenada a esencializar los sujetos que nombra. Aquí las cosas no resultan

¹ Desde hace algunos años van en aumento las publicaciones que se refieren al pensamiento, las poéticas y los valores culturales de los “pueblos originarios”. Ante lo ya abundante de esta producción intelectual, consignamos unas cuantas referencias: Trejo; Del Ángel y Ortiz; Racedo 49-57; Arias 96-102.

a favor del relevo categorial de “indio” o “indígena” a menos que la palabra adecuada no sea sustantivación sino cosificación, lo que cambia radicalmente el ámbito de la discusión hacia las viciadas formas bajo las que las prácticas científico-sociales suelen construir sus problemáticas en la perspectiva establecida por Durkheim: “como cosas”. Aquí, “evitar la sustantivación” significaría, indistintamente para “indios” o “pueblos originarios”, remontar la cosificación y conservar la condición de éstos como *sujeto* (vivo, activo y cambiante, agregaríamos nosotros). La segunda parte del argumento es más clara y recupera un aspecto de la discusión que se ha vuelto común, aunque no necesariamente responde a la pregunta sobre la necesidad de una categoría emergente: “Llamar a las culturas del país por el nombre que ellas mismas se dan: nahuas, mazahuas, rarámuris...”. El fermento argumentativo de esta postura, generalmente no desarrollado, reposa en el hecho de “ellos”, los “pueblos originarios”, *prefieren* que se les caracterice así o, con más énfasis, que se les “diga por sus nombres”; podemos convenir con ello (Semo 11; Albó, Ticona y Rojas 294). El segundo argumento es débil, habida cuenta de que “la estructura de lo que mueve las latencias raciales de la sociedad” no repara en nombres, porque su arraigo en las ideas y actitudes de las mayorías de nuestro país es estructural, y nuestra sociedad es estructuralmente racista; de manera que un recambio categorial, sin una transformación profunda de nuestras actitudes y conductas se queda irremediablemente en la superficie, en la denuncia quizá, pero no debilita su persistencia ni penetra la gruesa cáscara de las prácticas discriminatorias (Navarrete, *Las relaciones inter-étnicas en México; Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México*). Finalmente, la idea de que la expresión “pueblos originarios” “pone en escena la apuesta de un lenguaje abierto a la posibilidad de la pluralidad” es tan abierta que realmente no propone sino lo que

ya es algo propio y común de nuestra contradictoria dimensión cultural: una tendencia indetenible hacia lo “abierto”, lo “inclusivo”, lo “diverso”, lo “plural”, sin que realmente sepamos a dónde nos conduce.

Del lado de quienes se oponen a la adopción de la categoría, o por lo menos a su aplicación acrítica, podemos acudir a los siguientes ejemplos. En una nota a pie de página del libro *Feminismos desde Abya Yala*, Francesca Gargallo (26), con indiscutible honestidad intelectual y no pocas dudas al respecto, recuperó un pasaje en el que la autora boliviana Silva Rivera Cusicanqui –reconocida militante de causas indígenas y luchas por la emancipación de los pueblos andinos– reprochaba enérgicamente llamar “pueblos originarios” a quienes secularmente conocemos como “indios” o “indígenas” (Rivera 57 y ss.). Las razones de Rivera Cusicanqui, nos decía Gargallo, se anudaban en torno a dos motivos eminentes: por una parte, el uso acrítico e indiscriminado de la expresión “pueblos originarios” tiende a idealizar la condición indígena para remitirla a un horizonte de sentido en donde su facticidad histórico-concreta se esencializa y se proyecta hacia un pasado etéreo, idílico y romantizado; por otra, la condición de ostentarse como “originarios” separaría a cierta clase de “indios” de los “no-indios” y de otros grupos y pueblos cuya singularidad socio-cultural actual no es otra cosa que el desenlace de un largo y accidentado proceso de construcción histórica; es decir, lo que se afirma para unos en su consideración de “originarios” (lo sustancial), se niega para otros en su condición de “no originarios” (lo histórico, lo accidental), con lo que se abre una brecha no sólo categorial, sino ahora política, entre una muchedumbre de etnias y pueblos que independientemente de las muy diversas formas en las que se verificó su historia (y hoy su actualidad) han experimentado y todavía experimentan como denominador común la explota-

ción, la exclusión y la violencia. Aquí, Gargallo atina a una de las razones de Rivera Cusicanqui, la que se refiere a las “modernidades indígenas” y la necesidad de incluir en la discusión perspectivas no-originarias; sin embargo, los planteamientos de la autora-militante boliviana son mucho más amplios y abarcan una variedad de tópicos que van desde lo ya apuntado hasta la crítica del discurso de la “decolonialidad”.

la noción de “origen” nos remite a un pasado que se imagina quieto, estático y arcaico. He ahí la recuperación estratégica de las demandas indígenas y la neutralización de su pulsión descolonizadora. Al hablar de pueblos situados en el “origen” se niega la coetaneidad de estas poblaciones y se las excluye de las lides de la modernidad. Se les otorga un estatus residual, y, de hecho, se las convierte en minorías, encasilladas en estereotipos indigenistas del buen salvaje guardián de la naturaleza (Rivera 59).

Y agrega:

El término “pueblo originario” afirma y reconoce, pero a la vez invisibiliza y excluye a la gran mayoría de la población *aymara* o *qhichwa* hablante del subtrópico, los centros mineros, las ciudades y las redes comerciales del mercado interno y el contrabando. Es entonces un término apropiado a la estrategia de desconocer a las poblaciones indígenas en su condición de mayoría, y de negar su potencial vocación hegemónica y capacidad de efecto estatal (Rivera 60).

Años más tarde, otra autora indígena, Yásnaya Aguilar, recuperó algunos señalamientos de Gargallo para ilustrar la paralaje que se genera en las palabras “indio” o “indígena” cuando por

una parte se denuncia la *opresión* de la que ancestralmente han sido objeto y, por otra, se encomia la *resistencia* que desde siempre han protagonizado. Cuestión de política militante que la lingüista *ayuujk* interpreta así:

Entiendo ahora que la palabra “indígena” nombra una categoría política, no una categoría cultural ni racial (aunque sí racializada). Entendí también que no bastaba con negar y dejar de usar la palabra “indígena” para que la categoría dejara de operar sobre mí. Me di cuenta de que es posible usarla como herramienta política para subvertir las estructuras que las sustentan con el riesgo siempre presente de caer en los ríos de la folclorización y la esencialización (Aguilar 61).

Frente a la paralaje, y más allá, Yásnaya propone una perspectiva teórica y discursiva sugerente porque, por una parte, proviene de las historias de vida de su propio pueblo y de su experiencia como lingüista y militante: que los “indígenas”, cuando se refieren a ellos mismos, antes que “indio”, “indígena” u “originario”, prefieren el uso de su “nombre propio”: *ayuujk*, *aymara*, *tutunaku*, *diidxazá*; algo a lo que ya nos referimos. Por otra, redimensiona los asuntos “indígenas” en un plano que proporciona una salida radical a toda problemática que involucre a “pueblos”, “naciones” y “minorías”: antes que “originarios” –lo que apela a una dimensión histórico-cultural difusa– tendrían que pensarse a sí mismos, y nosotros pensarlos, bajo una expresión inapelablemente histórica, económica y política que actualmente cobra fuerza entre todo tipo de comunidades resistentes: la categoría de “naciones sin estado” (ver Graeber).

II

Distintas fuentes coinciden en que la expresión “pueblos originarios” habría sido sugerida bajo la impronta de la expresión inglesa *First nations* (u *original nations*) (Semo; Fernández 5), formulada en el curso de los años sesenta y setenta del siglo pasado por autores canadienses al calor de las discusiones parlamentarias en torno al estatuto de la *propiedad* agraria y los *derechos* públicos de los “aborígenes canadienses”. En el entorno de este diferendo suele destacarse como punto de inflexión una especie de Manifiesto publicado en 1970 en cuyo cuerpo argumental se sintetizaba la posición indígena, la *Red Act* o, en registros oficiales, *Citizen Plus*;² un extenso alegato por el reconocimiento político, jurídico y cultural de quienes pretendían formalizar su estatuto de “*first nations*” en el vasto territorio canadiense. Lo más avanzado de la normatividad que surgió de estas discusiones fue el reconocimiento jurídico de los llamados “derechos ancestrales” (*Aboriginal Law*); principalmente derechos sobre la tierra, pero igualmente sobre el conjunto de los bienes culturales que conservaron la calidad de patrimonio de quienes tradicionalmente se reconocieron como “*indigenous*” y, con esa calidad, se incluyeron en la categoría “*aborigin nations*” (ver Reguart). ¿En dónde quedó el término “originarios”? Probablemente en la traducción alegórica de la expresión “*first nations*”; así la vemos aparecer en otras discusiones constitucio-

² La *Red Act*, fue una respuesta airada y potente en contra de la llamada *White Act*—suscrita en 1969 por el Fiscal general de la provincia de Alberta— en la que, conforme al derecho vigente, la mentalidad colonial y burocrática insistía en que los reclamos ya eran legalmente reconocidos en leyes y tratados, y que, eventualmente, dichos tratados “se respetaban”, de modo que las cosas podían permanecer como hasta entonces, a lo que los indígenas contestan de manera enérgica justo con la *Red Act* (Ver *Citizens Plus* 6).

nales, pero ahora en Bolivia hacia 1990. Es más probable, sin embargo, que la categoría adoptada por los indígenas y políticos bolivianos provenga del título de un libro publicado en 1974: *A History of the Original Peoples of Northern Canadá*, de Keith J. Crowe (1974). El libro de Crowe recupera y sistematiza el largo avatar de los “indígenas” del norte de Canadá desde la prehistoria hasta nuestros días (el libro fue actualizado en 1991) con énfasis en las formas bajo las que la implacable colonización fue venciendo la resistencia de aquellos hasta configurar un cuadro en donde el “problema indígena” del norte canadiense se ha convertido en una apuesta de índole existencial: resistir como “*native peoples*” o dejarse avasallar por la modernidad. Hasta ahora, concluye Crowe, recuperando una vieja tradición de lucha, los “indígenas” canadienses han elegido lo primero (Crowe 217). Me he detenido en el libro de Crowe porque su título se refiere explícitamente a “*original peoples*”, pero hay algo que es aún más significativo: el relato del autor canadiense empata con los lenguajes y la perspectiva epistémica que años más tarde el llamado pensamiento decolonial presentará como novedad alternativa a los discursos colonizadores “eurocéntricos” (ver Quijano). No pasemos por alto que el pensamiento decolonial es el fondo de ideas que nutre los debates jurídico-políticos que a partir de los años noventa del siglo pasado se generalizan en prácticamente toda América Latina al compás y como respuesta estatal-nacional a un nuevo ciclo de insurgencia “indígena”. Quizá ese clima —y no necesariamente ligas explícitas, como pudieron serlo los pendientes propios de los gobiernos “progresistas” y algunas bienintencionadas ONG— llevaron a algunos representantes de los pueblos “indígenas” a posiciones “post-indigenistas” como aquellas que Rivera Cusicanqui deplora y critica con vehemencia.

Detengámonos un momento en el núcleo de los razonamientos de la autora andina, los que discurren sobre dos ejes. Por una parte, Rivera señala como ámbito de la emergencia de la nueva noción la rección defensiva de las élites, propietarias y políticas, frente a la insurgencia indígena; la que mereció respuestas legislativas y culturales formuladas en lenguajes “incluyentes” y “reivindicativos”; por otra, la denuncia explícita de que la *construcción* de esos lenguajes se ubica en algunas universidades norteamericanas, se *propone* a través de los “*cultural studies*” y, ya en Latinoamérica, se *justifica* en la jerga de la decolonialidad. Escribe la autora andina: “Sea por miedo a la chusma o por seguir la agenda de sus financiadores, las elites se sensibilizan a las demandas de reconocimiento y de participación política de los movimientos sociales indígenas, y adoptan un discurso retórico y esencialista, centrado en la noción de ‘pueblos originarios’” (Rivera 69). Sumados a estos señalamientos, Rivera considera que este “nuevo estereotipo” de lo indígena articula eficazmente la idea de una larga continuidad de ocupación territorial, de alguna manera transhistórica, con una florida gama de rasgos étnicos y culturales, tradiciones, saberes, el amor por la *Pacha*, el “buen vivir” y otros “valores ancestrales” que refuncionalizan las prácticas indígenas y construyen escenarios “para un despliegue *teatral* de la alteridad”;³ mientras enfila argumentos contra la emergencia académica y la adopción retórica de lo que, así caracterizado, no deja de aparecer como una estrategia concertada que crea una jerga, un aparato conceptual y formas de referencia y contrarreferencia

³ Un ejemplo de esa “teatralización” la representa Wankar (Ramiro Reynaga) en la obra *Tawantinsuyu. Cinco siglos de guerra qheswaymara contra España* (1981).

que alejan a la academia de los compromisos y diálogos con las fuerzas sociales insurgentes (Rivera 60).

III

La expresión “pueblos originarios” no se presenta aislada sino inscrita en un tronco discursivo que incluye por lo menos dos ramas distintas y complementarias: una de ellas es diáfana y directa, es *política* y se inscribe en los debates parlamentarios y en la lucha callejera y rural por el reconocimiento y los derechos territoriales, sociales y económicos de los “pueblos indígenas”; la otra, es *cultural* y se articula a través de muy diversos discursos reivindicativos que con entusiasmo juvenil exaltan los “valores ancestrales” de la vida indígena, sus lenguas, sus tradiciones, sus saberes, sus poéticas, su filosofía... Una rama no niega a la otra, pero no son lo mismo.

En el plano político, algunos autores consignan que la discusión sobre la emergencia y los usos de la expresión “pueblos originarios” es en muchos aspectos una tarea por hacer, sin embargo, no dejan de señalar su arraigo en el ámbito boliviano antes y después de los debates de 1991 (Albó, Ticona y Rojas 294). En estos debates habitualmente la condición de “originarios” se aplica, aunque no se explicita así, en función de una figura proveniente del viejo Derecho de Gentes: ser “primer ocupante”; “ellos” ya estaban aquí desde mucho antes de la llegada de los conquistadores y “éstas” eran “sus tierras”. Aunque no es esto lo que necesariamente se enfatiza en la noción “originarios”. “Su mensaje –escriben– no es que ellos estén aquí desde siempre, sino que la presencia y los derechos de estos pueblos tienen raíces anteriores a lo que pueda otorgarles un Estado conformado después y sin ellos (incluido el Estado colonial)” (Albó, Ticona y Rojas 294). El matiz es importante. No es lo mismo estar aquí

“desde siempre” a tener “raíces anteriores” a la instauración de un Estado conformado “después y sin ellos”. Lo “originario” se establecería a partir de un hito, de un antes y un después que tiene como cifra, primero, la presencia colonizadora de europeos en el Nuevo Mundo, después, los “derechos” que tienen “raíces anteriores” a la instauración de instituciones estatales. Esto es difícil de sostener porque el Incaico es un Estado; de hecho, un Estado representativo de la figura imperio-mundo del tipo “irrigador” (ver Karatani 163-167). De manera que los derechos de los pueblos aymaras, quechuas y guaraníes, antes de la conquista habrían sido dictados –o reconocidos– por una entidad estatal-imperial particularmente despótica, a la que eventualmente se le “lava la cara” en relatos de intención retórica como los del Inca Garcilaso de la Vega, Wancar o Simón Yampara (Yampara).

Es en este momento en donde la rama *cultural* a la que hacíamos anteriormente referencia en el tratamiento de “lo originario” entra al relevo, lo que de algún modo desborda y deforma el argumentario político. Es aquí, también, en donde se evidencia la intrusión del pensamiento decolonial en el debate, cumpliendo la tarea de transmutar la condición sensible-profana de “primer ocupante” del reclamo indígena –cuyo anclaje es la posesión de la tierra y sus formas ancestrales de producción e intercambio– por un emplazamiento cultural-identitario en cuyo despliegue discursivo los “indígenas” dejan de ser “naciones” legítimamente *imaginadas* para adquirir la nebulosa condición de “pueblos” ideológicamente *imaginarios* (ver Anderson). A este respecto, Raquel Velasco no deja de señalar dos importantes aspectos de la discusión: por una parte, la adopción de la expresión “indios originarios” surgió de consideraciones étnico-antropológicas para pasar de inmediato al plano de la disputa por espacios y poderes de orden político;

por otra, es una “invención” y, como tal, masivamente *imaginaria*. “La invención “indígena originario” actúa como herramienta simbólica de producción de sentidos y significados en la construcción de imaginarios sociales. En esta línea, se trata de identificar las temáticas de identidad, territorialidad, pertenencia e inclusión, que se posicionan en la lucha del poder por los sentidos sociales, estableciendo una nueva lógica de nación o “comunidad imaginada” que pretende imponer su hegemonía a través del discurso, interpelando sentimientos de pertenencia e identidad a unos grupos sociales y a otros no” (Velasco). Podemos observar este desplazamiento en los entresijos de los debates bolivianos de los años noventa, en donde el problema de la tierra y, sobre todo, la disputa por la organización sindical y campesina, una cuestión de *clase social* (que evoca el “eurocentrismo”) empieza a mezclarse con el problema de las etnias y las identidades. Es decir, el “eurocentrismo” y sus instancias coloniales y colonizadoras (obreros y campesinos) chocan con “lo originario”, representado por los “indígenas”. La expresión “pueblos originarios” aparece en el momento que la lucha de clases, sus organizaciones y sus protagonistas se debaten en una aguda crisis y experimentan la presunta necesidad de un relevo histórico, por lo que las “viejas” pugnas por la transformación del orden capitalista ceden el espacio, primero, a querellas específicamente reivindicativas por los *derechos*; después, a luchas culturales por la hegemonía, la visibilidad, el reconocimiento o una identidad “decolonizada”. Así, la legitimidad que toda disputa contra la explotación obtiene del carácter sensible-profano de sus instancias organizativas y la universalidad de sus demandas se desplaza, primero, hacia “lo indígena”, su singularidad y sus soportes subjetivo-culturales (lo que todavía conserva una pálida dimensión política), para posteriormente derivar hacia la pregunta por una “etnicidad originaria” que no sólo resulta

esencialista, sino teatralizada e imaginaria. El matiz es necesario porque una "nación imaginada" es una figura *realizable*; mientras una "nación imaginaria" pertenece al mundo de la fantasía. Los "pueblos" anteriores a la llegada de los españoles eran ellos mismos "naciones imaginadas" cuya singularidad autoconsciente se construyó en el proceso de su *realización* como naciones históricas. Al momento del choque con los conquistadores, su identidad había sido el resultado de un complejo proceso de etnogénesis que no se clausuró con la conquista, porque continúa hasta nuestros días (Navarrete 21-36).⁴

Referencias

Albó, Xavier, Esteban Ticona y Gonzalo Rojas. *Votos y wiphalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*. Xavier Albó, *Obras selectas. Tomo X, 1994-1998*. Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1995.

Arias Herrera, Nicolás. "Del indigenismo a la filosofía de los pueblos originarios". *Descolonialidad del poder. Buenos vi-vires y Diálogo de saberes*, núm. 2, agosto-diciembre, 2024. <https://redmexicanadescolonialidaddelpoder.com/revista>.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, 2021.

Aguilar Gil, Yásnaya. "La sangre, la lengua y el apellido. Mujeres indígenas y estados nacionales". *La sangre, la lengua y el apellido*. Madre Selva, 2021.

⁴ Es importante acudir a los pasajes en los que Navarrete reconstruye el proceso de construcción del altépetl mexica porque ilustra plenamente el proceso que media entre una nación mexica "imaginada" y su *realización* histórica (Ver Navarrete 410-514).

- Citizens Plus*, June. *Open History Seminar: Canadian History*. eCampusOntario, 1970. <https://www.printfriendly.com/print/?source=cs&url=https%3A%2F%2Fopenhistorysseminar.com%2Fcanadianhistory%2Fchapter%2Fdocument-2-red-p>.
- Crowe, Keith J. *A History of the Original Peoples of Northern Canada*. Aretie Institut of North-America-McGill, 1974. <https://archive.org/details/historyoforigina00keit/page/n1/mode/2up?view=theater>.
- Del Ángel, Diana y Mariana Ortiz Maciel. “Panorama de la poesía mexicana contemporánea escrita en lenguas originarias”. *Madurez de la joven poesía mexicana*, Alejandro Higashi e Ignacio Ballester (coords.). *América sin Nombre*, 2018.
- Fernández Chiti, Jorge. ¿“Pueblos originarios, indios, indígenas o aborígenes?” 2010. <https://archive.org/details/historyoforigina00keit/page/n5/mode/2up>.
- Gargallo, Francesca. *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. Corte y Confección, 2014.
- Graeber, David. *Fragmentos de antropología anarquista*. Virus, 2011.
- Karatani, Kojin. *La estructura de la historia del mundo. Como comprenderla a la luz de los distintos sistemas de intercambio*. Siglo XXI, 2024.
- Navarrete, Federico. *Las relaciones inter-étnicas en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- . *Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México. Los altépetl y sus historias*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". *Colonialidad del saber y eurocentrismo*, Edgardo Landier (ed.). UNESCO-CLACSO, 2000.
- Racedo, Josefina. "Construcción de la identidad en las nuevas organizaciones de pueblos indígenas originarios. Continuidades y cambios". *Runa*, vol. xxxiv, núm. 1, enero-julio, 2013, pp. 49-57.
- Reguart Segarra, Núria. *Los pueblos indígenas de Canadá y la defensa de sus territorios sagrados. Análisis sociológico y jurisprudencial*. Universidad de Deusto, 2021.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón, 2010.
- Semo, Ilán. "¿Indígenas o pueblos originarios?: una reforma conceptual". *La Jornada*, 11 de marzo de 2017. <https://www.jornada.com.mx/2017/03/11/opinion/015a1pol>.
- Trejo Villalobos, Raúl. "Significación de los pueblos originarios". *Filosofía de los pueblos originarios / Philosophy of the Indigenous Peoples*, Raúl Trejo y Obed Frausto (coords.). Bajo Tierra, 2022.
- Velasco Canelas, Raquel. "Dinámica de identidad étnica: la invención del indígena originario". *Investigaciones sociales*, vol. 16, núm. 29, 2012, pp. 291-294.
- Wankar (Ramiro Reynaga). *Tawantinsuyu. Cinco siglos de guerra gheswaymara contra España*. Nueva Imagen, 1981.
- Yampara, Simón. "Medio siglo de mitos y utopías. Cuerdas históricas de fibras incompatibles". *Temas Sociales*, núm. 24, 2003, pp. 425-431. http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=s0040-29152003000100032

DOSSIER

PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS DE LA BIOÉTICA

Bioética: la ética del primer cuarto del siglo XXI

Bioethics: Ethics in the First Quarter of the 21st Century

RAMÓN SANZ FERRAMOLA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN LUIS, ARGENTINA

ramonsanzferramola@gmail.com

LUCIANA MARIÑELARENA-DONDENA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN LUIS, CONICET, ARGENTINA

lucianamd.psico@gmail.com

Resumen: Se busca redefinir epistemológica y políticamente la bioética, tomando en consideración las transformaciones metafísicas a las que estamos asistiendo en los tiempos actuales. En este derrotero de redefinición, consideramos que se trata de investigar las condiciones por las cuales lo que es llegó a ser lo que es, y de ese modo planificar las coordenadas de lo porvenir. Para ello proponemos un seguimiento histórico de las condiciones contextuales en que aparece la bioética como un campo disciplinar de investigación y de transformación de realidades sociohistóricas. En tal recorrido vemos primero, las disputas epistemológicas e institucionales de la bioética en su origen, y el modo en que la bioética se incardina en los procesos de conciencia ecológica y del advenimiento del capitaloceno. Se propone suplantar la ética con una bioética, asentada en el principio precautorio, en la heurística del temor y en una ciencia posnormal alejada del poder y al servicio de la comunidad.

Palabras clave: bioética, ecología, política, capitaloceno.

Abstract: We attempt to redefine bioethics epistemologically and politically, taking into account the metaphysical transformations we are witnessing in the present day. On this road to redefinition, we believe that involves investigating the conditions by which what is came to be what it is, and thus plan the coordinates of the future. To this end, we propose a historical review of the contextual conditions in which bioethics emerged as a disciplinary field of research and transformation of socio-historical realities. In this becoming, we first see the epistemological and institutional disputes surrounding bioethics at its inception, and the way in which bioethics is embedded in the processes of ecological awareness and the advent of the capitalocene. It aims to replace ethics with bioethics, based on the precautionary principle, the heuristics of fear, and a post-normal science removed from power and at the service of the community.

Keywords: Bioethics, Ecology, Politics, Capitalocene, Postnormal science.

Recibido: 1 de septiembre del 2025

Aprobado: 26 de septiembre del 2025

Doi: 10.15174/rv.v1i8i37.873

No hay lengua madre, sino toma del poder de una lengua dominante en una multiplicidad política. La lengua se estabiliza en torno a una parroquia, a un obispado, a una capital. Hace bulbo.

DELEUZE Y GUATARI, *MIL MESETAS*

Introducción

Ante cualquier categoría, no se trata de dar nuevas definiciones o escribir lo que es (arte, museo, iglesia, ética, epistemología, bioética), sino de investigar las condiciones por las cuales lo que es llegó a ser lo que es, y de ese modo planificar las coordenadas de lo porvenir (Grupo de estudio).

“Bioética” como denominación, como eslabón semiótico implica un campo en disputa. Una disputa epistemológica que también es política en tanto y en cuanto lo epistemológico tiene vínculos indisolubles con la perspectiva política que le da sentido y anclaje sociohistórico. Tal territorio conceptual agónico fue constituido por circunstancias epocales, que, a su vez, construyeron el perfil ontológico de nuestro momento existencial, en el que se vislumbran cambios profundos en una novedosa estructura sociopolítica que adviene: transformaciones vinculadas, en primer término a la exacerbación antropocéntrica y capitalista de habitar el mundo, tan poderosa y nociva que ha adquirido escala geológica: nos referimos al Capitaloceno (Haraway 20; Sanz Ferramola, *Hambre* 101).

Transformaciones que dan cuenta de un imperceptible y aciago sucesor y continuador letal del capitalismo, metamorfoseándolo de productivo a financiero, con las terribles consecuencias de desocupación, pobreza y acumulación de poder

que ello implica. El advenimiento del “tecnofeudalismo” (Varoufakis).

Transformaciones que muestran el ocaso del Estado Nación y el advenimiento del Estado-Civilización (Mignolo). La multipolaridad y el Estado Civilización desafían el orden mundial liberal, de modo análogo a cómo la expansión colonial del Estado Nación centroeuropeo afectó las civilizaciones no occidentales. China, Rusia, India, Irán y Turquía buscan reconstituir sus propias civilizaciones frente al orden basado en reglas de Occidente, lo que amenaza al orden liberal unipolar. Frente a la larga preponderancia (desde finales del Siglo xv a nuestros días) del Estado Nación, la reconstitución civilizacional y la multipolaridad ofrecen alternativas al totalitarismo del orden liberal.

Transformaciones asentadas en una batalla cultural (Laje) en el que los sectores radicalizados de la derecha de multimillonarios y sus voceros, empoderada y orgullosa de sus principios y consignas de individualismo y mezquindad, asaltan e intentan apropiarse del pensamiento de Gramsci, para llamar a resistir en una lucha irracional por el consenso a partes de la sociedad que se ven altamente perjudicadas con sus políticas económicas de concentración monopólica de la riqueza y desprecio por la humanidad.

Y, en fin, en una transformación rectora, muy probablemente la generadora de las transformaciones anteriormente aludidas y el eje por donde pasa nuestra propuesta de red denominación de ética en bioética: la bio (neo) ética asentada en la destitución de la separación de dos órdenes tradicional e intuitivamente distintos, a saber: cultura-sociedad y naturaleza.

El origen epistémico-institucional de la bioética

El debate internacional en torno a la *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos* en 2005 (UNESCO) puso de manifiesto dos posicionamientos, en muchos puntos divergentes e incluso irreconciliables, de la Bioética. Esta característica de inconmensurabilidad entre ambas perspectivas nos sugiere el carácter de paradigmas bioéticos, aludiendo a la categoría propuesta por Thomas Kuhn. Para algunas/os la Bioética está relacionada con la biomedicina y la biotecnología en general, y en tal sentido circunscripta a nuevas tecnologías reproductivas, de trasplante de órganos y tejidos, con genómica, con células madre, etc. Para otras/os, la Bioética debe incardinar su mirada reflexiva en la vida en general y, por lo tanto, debe vincularse sustancialmente con la cotidianidad de la vida de los pueblos pensada holísticamente: exclusión-inclusión social, vulnerabilidad, guerra, paz, segregaciones, salud pública, desterritorialización, contaminación ambiental (Saada). En fin, la Bioética debe estar al servicio de los problemas y soluciones sociopolíticas que contribuyan al bienestar humano en armonía con la naturaleza.

En el origen mismo de la constitución de la bioética como campo disciplinar¹ es posible distinguir, pues, un paradigma de bioética biomédica de un paradigma de bioética global. El primero vinculado especialmente a las vergonzantes y bochornosas condiciones sociopolíticas de emergencia del *Informe Bel-*

¹ En el texto hablamos del origen de la bioética en sus dimensiones epistemológicas e institucionales, como campo disciplinar autónomo. Sin embargo, fue Fritz Jahr quien acuñó el término “Bioética” en un editorial publicado en 1927 en la importante revista alemana de ciencias naturales *Kosmos*, y quien desarrolló luego en publicaciones de menor circulación su visión de un “Imperativo Bioético” asentado en la continuidad humanidad-naturaleza (Sass 20).

mont en Estados Unidos en 1978; el segundo, vinculado a la propuesta que Van Rensselaer Potter (Potter, *Bioethics; Global*) hace, retomando los caminos conceptuales de Aldo Leopold (Leopold).

El 26 de julio de 1972, Jean Heller publica en el diario *New York Times* un artículo titulado *Syphilis Victims in the U.S. Study Went Untreated for 40 Years* (Víctimas de sífilis en un estudio en EEUU no tratadas por 40 años), ante el cual hubo una reacción de indignación y protesta social generalizada por los experimentos llevados a cabo en Tuskegee. En 1932 la sífilis era una epidemia preponderante en las comunidades rurales del sur de Estados Unidos. Consecuentemente, las autoridades crean un programa especial de tratamiento para esta enfermedad en el Hospital de Tuskegee, el único hospital para personas de raza negra que existía hasta entonces. Debido a esto, la sección de enfermedades venéreas del pHS (Servicio Público de Salud) de los Estados Unidos, decide llevar a cabo un estudio sobre la evolución de la sífilis (1932-1972). Esta investigación fue financiada con fondos federales y se planteó como un estudio con personas con relación al curso natural de la enfermedad. Para alcanzar este objetivo, fueron seleccionados cuatrocientos varones de raza negra infectados con sífilis, y doscientos hombres de raza negra sanos, como grupo control. Su objetivo principal, era comparar la salud y longevidad de la población sifilítica no tratada, con el grupo control, y así observar su evolución. A los sujetos seleccionados para el estudio y que estaban enfermos no se les trató su enfermedad, sin embargo se les ofrecieron algunas ventajas materiales. Además, no se les informó acerca de la naturaleza de su enfermedad. Durante el estudio, ya en 1936, se comprobó que las complicaciones eran mucho más frecuentes en los infectados que en el grupo control, y diez años más tarde, resultó claro que la tasa de mortalidad era dos veces mayor

en los pacientes infectados con sífilis. En el año 1942 se hace extensivo el uso de penicilina. Antes de su descubrimiento, la sífilis frecuentemente conducía al desarrollo de una enfermedad multisistémica, crónica, dolorosa y fatal. Sin embargo, los pacientes enfermos que participan de estudio de investigación son privados del tratamiento con penicilina (Brandt 25). Más tarde se demostraría que sin el antibiótico la esperanza de vida de la persona infectada se reducía en un 20% (Beecher 1358). Ante el escándalo público suscitado por la noticia, la respuesta estatal consistió en la creación, en 1974, de la *National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research*, que fue parte del *United States Department of Health, Education, and Welfare* hasta 1978, cuya disolución coincide con la publicación del *Informe Belmont* (Brandt 28). Todo terminó en una invisibilización de los hechos y la completa ausencia de condena legal a las instituciones y personas responsables (Universidad de Virginia). El ya clásico y bien ponderado, *Informe Belmont* (The National Commission) fue producto del trabajo de la comisión arriba mencionada, quien presentó el informe final en 1978. Dicha comisión, en la responsabilidad del equipo profesional, estaba integrada por: Michael S. Yesley, Barbara Mishkin, Duane Alexander, Bradford H. Gray, Miriam Kelty, Betsy Singer, Done Vawter y Tom Beauchamp.

En realidad, y creemos que es importante repetirlo para que salga a la luz lo que creemos ha sido estratégicamente invisibilizado desde 1978, el *Informe Belmont*, piedra basal de la Bioética Biomédica, tiene pues, una procedencia oscura y vergonzante que ha quedado inscrita en su propio texto, cuyo contexto estuvo vinculado directamente a la necesidad de paliar la tensión política suscitada por los experimentos de Tuskegee (Tealdi).

El texto del Informe hace evidente su vínculo con el experimento llevado a cabo en Tuskegee, puesto que es el único expe-

rimento específico mencionado en él, además de los llevados a cabo en los campos de concentración de la Alemania Nazi. Dice el *Informe Belmont*:

Posteriormente, la explotación de prisioneros como sujetos de experimentación en los campos de concentración nazis, fue condenada como caso especial de flagrante injusticia. En este país (EEUU), en los años cuarenta, el estudio de la sífilis de Tuskegee utilizó negros de áreas rurales, en situación desventajosa para estudiar el curso que seguía aquella enfermedad al abandonar el tratamiento, una enfermedad que no era sólo propia de aquella población. A estos sujetos se les privó de todo tratamiento ya demostrado efectivo a fin de que el proyecto no sufriera interrupción (The National Commission).

Paradójicamente, el texto citado, utilizado para dar fundamento al principio de Justicia en el Informe, comete una omisión sustancial (¿acaso malamente intencionada?) al situar el experimento en “los años cuarenta”, no aclarando que tal práctica violatoria de los Derechos Humanos y Civiles (puesto que se trataba de personas negras) se había perpetuado, con consentimiento estatal hasta 1972, es decir, casi treinta años después de los Juicios de Núremberg y las altisonantes declaraciones del gobierno Estadounidense referidas al respeto por la dignidad humana desde fines de la Segunda Guerra Mundial.

Al año siguiente de la publicación del *Informe Belmont*, en 1979, uno de los redactores del informe, Beauchamp junto con James Childress, publicaron un libro que tuvo y aún tiene gran impacto y predicamento en el campo de la Bioética titulado *Principios de Ética Biomédica*. En él sus autores profundizan los tres principios declarados en el *Informe Belmont* (Respeto a las Personas, Beneficencia y Justicia), al que agregan un cuarto,

denominado principio de No Maleficencia. Varias fueron las ediciones y revisiones del libro por parte de sus autores a lo largo de los años (Beauchamp y Childress), ampliamente citado y utilizado en el ámbito de las ciencias de la salud, al punto de ser considerado un texto cuya indisputabilidad lo ha convertido en el modelo procedimental de los –hoy tan en boga– comités de ética y bioética en los hospitales e institutos de investigación médica, y ha generado la idea de una Bioética unificada que no necesita de reflexiones ni revisiones teóricas, y que se presenta como el perfecto complemento del desarrollo de las ciencias de la vida y la biotecnología, con su gran poder de intervención en la vida humana.

La revisión de la procedencia del paradigma de la Bioética Biomédica, pone ante nuestra mirada dos características complementarias. En primer término, su procedencia a partir del *Informe Belmont* nos muestra su peligrosa cercanía con el ocultamiento del racismo subyacente a algunas prácticas médicas estatales. En segundo término, en su formulación de principios universalmente aplicables, hay una desconsideración por las relaciones de poder colonial (Cunha y Lorenzo 122) vinculadas a una zonificación racial que sirvió y aún sirve (desde el año 1500 hasta nuestros días) de fundamento para la imposición de la modernidad capitalista (Quijano 347) (que requiere para su funcionamiento y desarrollo de zonas sacrificables). De este modo establece como centro exclusivo de interés e intervención de la bioética a la relación médico paciente, como si la constitución global del mundo se caracterizara por una globalidad de justicia médica y sanitaria, cuando en realidad, la constatación fáctica nos muestra la globalidad de la injusticia en tal materia.

Los caminos de la invisibilización de la Bioética Global

Desde nuestra perspectiva (Medina, Sanz Ferramola, Pesquin 97), el paradigma de la Bioética Biomédica operó también otro ocultamiento —además del ocultamiento de su propia oscura procedencia con el caso Tuskegee y el *Informe Belmont*— que destituyó y casi deslegitimó al paradigma de la Bioética Global por mucho tiempo (Cunha y Lorenzo 120; Have ten Henk). Entonces, referirnos a la procedencia de la Bioética Global implica, referirnos también a la genealogía de tal invisibilización, y en la medida de lo posible, acercarnos a alguna explicación de su causa. Dice Potter en su *Global Bioethics*:

Yo acuñé el término bioética para describir la conjunción entre los valores éticos y los hechos biológicos y en 1971 publiqué *Bioética: puente hacia el futuro*. Este concepto de Bioética fue formalizado también en un artículo en 1975. Sin embargo, un movimiento independiente en la Universidad de Georgetown, ha comenzado a utilizar el término bioética aplicándolo exclusivamente a los problemas biomédicos en un centro recientemente creado. Su director LeRoy Walters, declaró “Bioética es una rama de la ética aplicada a los estudios y prácticas de los desarrollos en el campo biomédico”. Fue implícito que el foco se desvió hacia la ética de individuos en relación a otros individuos y no en el sentido de Leopold [...] La evidencia acerca de la exclusión de los problemas ecológicos y poblacionales está suficientemente documentado en la colección de ochenta y siete ensayos publicados en 1978 en el libro *Contemporary Issues in Bioethics*, editado por Tom L. Beauchamp del Instituto Kennedy y Le Roy Walters del Centro de Bioética de la Universidad de Georgetown (Potter *Global* 71-73).

Potter se refiere al *The Joseph and Rose Kennedy Institute for the Study of the Human Reproduction and Bioethics* de la Universidad de Georgetown. Desde la inauguración del Instituto se definió a la bioética como una “ética biomédica”, y comenzó a gestarse el proceso de medicalización de la disciplina. Al respecto, es interesante el planteo del cubano Acosta Sarriego, al decir:

[...] esta nueva definición de bioética sirvió de alternativa y asidero ante la crisis metodológica y de fundamentación por la que atravesaba la ética médica tradicional ante los impresionantes avances tecnológicos desarrollados bajo relaciones sanitarias asimétricas y en un entorno de inequidades en el acceso a los servicios de salud, y significó también un reduccionismo del ideal potteriano (Acosta Sarriego 16).

Potter ve claramente cómo los ideales a corto plazo de la Bioética Biomédica no terminan de resolver el problema global, cuando de lo que se trata es de la salud de la humanidad en su necesario vínculo con el equilibrio medioambiental. De ahí su crítica a una bioética que se queda en la teorización y la acción dirigida únicamente a lo individual. Esta crítica al individualismo bioético se completa con su crítica a una bioética desarrollada para y por una sociedad opulenta, pensada casi exclusivamente para beneficio de los individuos que la constituyen, sin prestar la debida consideración a sus enclaves geopolíticos, y a la salud humana global. De ahí el “dilema del Dólar”: “El dilema del Dólar está presente en todo; el conflicto entre la ganancia monetaria del presente y el futuro de la salud es claramente un problema bioético, cuya solución demanda del acceso al conocimiento biológico” (Potter, *Global* 63).

Es claro que el paradigma de Bioética Global implicaba una profunda crítica al modelo de exclusión capitalista, que incluye

una crítica a fondo del modelo económico-tecnocrático generador, por ejemplo, del paquete agronegocios-agrotóxicos (Sanz Ferramola, *De Bensalem*) en vínculo estrecho con el desarrollo de los organismos genéticamente modificados, que tanto daño en términos socio-ambientales está causando en nuestros días.

Potter confesó ignorar la obra de Aldo Leopold en el momento de la escritura de su *Bioethics: Bridge to the Future* en 1971, pero alcanzó, a último momento, a introducir una dedicatoria a su nombre que decía: “Este libro está dedicado a la memoria de Aldo Leopold, quién anticipó la extensión del concepto ética al de bioética”. Además, en su libro *Global Bioethics* de 1988, Potter agrega el subtítulo *Building on the Leopold Legacy*, dejando explícita la continuidad de su pensamiento con el de Leopold (Acosta Sariego 12).

Con su discurso metafórico, Leopold considera que el modelo capitalista de economía ha llevado a la humanidad a un deshumanizado modo de vincularse con la naturaleza, y allí radica su autodestrucción.

Toda profesión necesita tener una pequeña manada de epítetos y una pastura donde ellos puedan correr en libertad. En consecuencia los economistas deben encontrar un espacio libre en algún lugar, para sus míseras mascotas tales como: la submarginalidad, la regresión, y la rigidez institucional... Las regiones arenosas sirven como un área pálida blanca de placer, en forma y tamaño semejante a esos mapas lunares, donde cada punto representa paisajes punteados monótonos y uniformes. En resumen los condados de arenas son pobres. A veces en junio, cuando veo los dividendos no ganados de las gotas de rocío sobre cada lupin, yo tengo dudas acerca de la real pobreza de la arena. En las granjas más solventes no crecen los lupines, mucho menos recogen un arco iris diario de joyas. Si ellos lo

hicieran, el oficial de control de malezas, que rara vez ve amanecer con rocío, sería sin duda el que insistiría en que se cortaran. ¿Los economistas conocen a los lupines? (Leopold 102).

La Ética de la Tierra, desarrollada en la tercera parte de su *Sand County Almanac* publicado en 1949, propone un cambio de paradigma político y económico que haga volver a la humanidad sobre sus pasos modernos, de modo tal que, en lugar de pensar y actuar como el conquistador de la naturaleza, como a principios del siglo XVIII proponía Francis Bacon en su *Novum Organum* (Sanz Ferramola, *La procedencia*), debiera situarse como un humilde miembro de la comunidad-naturaleza. En tal sentido dice Leopold, la ética de la tierra simplemente amplía los límites de la comunidad, incluyendo, al suelo, al agua, las plantas y los animales, a lo que se denomina en conjunto la tierra [...] la ética de la tierra cambia el rol del *Homo sapiens*, de conquistador a un sencillo miembro y ciudadano de la comunidad de la tierra (204).

Es claro, pues, que la propuesta de la Bioética Global de Leopold-Potter está asentada en la crítica al modelo de acumulación, consumo y sojuzgamiento (a la humanidad, pero también a la naturaleza) capitalista. Pero, además, este paradigma requería necesariamente una acción política tal que reconstituiera la trama de una humanidad igualitaria y socialmente justa. Consideramos que la respuesta al por qué de la invisibilización, o del olvido (Wilches Flórez 81) o del ocultamiento del paradigma de la bioética global de cuño potteriano, está fuertemente relacionado con esta intencionalidad política contrahegemónica.

La bioética, la conciencia ecológica y la cibernética

El paradigma de la bioética global tiene además una sincronización profunda con los movimientos de conciencia ecológica suscitados luego de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en la década de 1960. Una de las primeras voces en levantarse en este sentido es la de Rachel Carson:

De igual modo, los productos químicos se diseminan por los sembrados, o por los bosques, o por los jardines, se alojan durante largo tiempo en las cosechas y penetran en los organismos vivos, pasando de uno a otro, en una cadena de envenenamiento y de muerte. O se infiltran misteriosamente por los arroyos subterráneos hasta que emergen mediante la alquimia del aire y el sol, se combinan en nuevas formas que matan la vegetación, enferman al ganado y realizan un desconocido ataque en aquellos que beben de los antaño puros manantiales (Carson 18).

Sin embargo, el hecho más relevante de conciencia ecológica se produce en el año 1972 después con la publicación del influyente y alarmante *Informe Meadows. Los límites del crecimiento*, que había sido encargado por el Club de Roma en 1968. En él se advierte de los peligros del voraz industrialismo y productivismo que desdeña los límites de la finitud de los recursos y materias primas del planeta para proponer un desarrollo infinito (González Gómez).

En este punto vemos confluir los esfuerzos de la bioética global y la reflexión sobre el devenir de la tecnología que propone Hans Jonas (*El principio de responsabilidad*) con su ética de la responsabilidad, cuyo punto de partida es la revisión del concepto de naturaleza. La antigua concepción de la naturaleza

era la visión de algo duradero, permanente, sometida a ciclos y a cambios que no rompían la aparente estabilidad, como sí sucedía con la pretérita acción del ser humano. De ahí la fuerza de la distinción clásica entre *nomos* y *fysis*, y la férrea distinción ontológica entre ambos órdenes. En aquel mundo de raíces griegas clásicas, los seres humanos no tenían ninguna responsabilidad, ni individual ni colectiva sobre los procesos naturales. El quiebre de aquel mundo sobreviene con el advenimiento de la cibernética, es decir con la invención de los mecanismos de autorregulación de las máquinas productoras de fuerza.

En 1782 James Watt patentó el regulador centrífugo para su máquina de vapor, un dispositivo cuyo movimiento de ascenso y descenso movía una válvula de estrangulación colocada entre la caldera y el cilindro, cuyo sentido era la regulación de la entrada del vapor necesario para el funcionamiento. Lo novedoso e interesante de esta función autorreguladora de la propia máquina, radica en que es la misma máquina, utilizando una parte de la presión de vapor (que constituye el sentido y objetivo mismo de la máquina, es decir, fuerza a partir del vapor que mueve un eje engranado) controla la presión del vapor a efectos de la perdurabilidad del movimiento de la misma máquina (de lo contrario, un ser humano debería controlar la presión del vapor durante todo el tiempo de funcionamiento de modo que nunca exceda los valores que atenten contra su integridad mecánica). Con este invento se da paso por primera vez a la función autorreguladora de la tecnología. Para que esta autorregulación sea posible, una parte del rendimiento debe ser reconducida desde el final de la serie causal (por ejemplo, la fuerza de la presión del vapor para mover las ruedas del tren sobre las vías) a un dispositivo de control que se encuentra en un punto del sistema muy anterior, para producir un *feedback* (retroalimentación, retroconexión) que permite que la máquina se “cuide” a sí misma.

Más de ochenta años después, en 1868, Clark Maxwell proporcionó la primera explicación teórica de este tipo de mecanismo en un estudio presentado a la *Royal Society* bajo el título de *On governors*. Y otros ochenta años después, en 1948, Norbert Wiener, del *Massachusetts Institute of Technology*, propuso una nueva ciencia con el nombre de “cibernética” como una característica de la Segunda Revolución Industrial. Su diferencia mostraba que la Primera Revolución Industrial se caracteriza por el diseño y la construcción de máquinas de producción de fuerza. La función de control del dispositivo regulador se limitaba a garantizar que la máquina funcionase constantemente, y todos los efectos de su invención que Watt y sus contemporáneos estaban en condiciones de prever se referían sin duda a la fuerza de impulsión que las nuevas máquinas iban a proporcionar, así como a su aprovechamiento económico.

La moderna tecnología, por encima de la mera producción y aplicación de fuerza, tiende en medida creciente a unir la máquina de producción de fuerza con mecanismos de tipo robot, esto es, con mecanismos que sustituyen en el control y manejo de la máquina a la percepción y a la capacidad de juzgar del ser humano (del mismo modo que la máquina de producción de fuerza sustituyó a los brazos del hombre). A diferencia de la técnica aplicada a las máquinas de producción de fuerza, el control automático es una rama de la técnica de comunicación de información. La aparición y el auge de estos mecanismos de control, junto con el hecho de que sustituyen a funciones humanas de un tipo totalmente diferente que las sustituidas por la mera máquina de producción de fuerza, es decir, mecanismos que emulan funciones superiores humanas, llevan a Wiener (128) y a otros a hablar de una Segunda Revolución Industrial.

Pero la cibernética trae consigo, además de un impresionante desarrollo de la tecnología y de su eficiencia para transformar

la dimensión de la materialidad, una transformación que comienza siendo epistemológica y termina siendo metafísica:

El entendimiento del hombre tiene una fuerte y, según parece, irresistible inclinación a interpretar las funciones humanas con arreglo a las categorías de los artefactos que las sustituyen, y los artefactos con arreglo a las categorías de las funciones humanas que cumplen. La máquina de producción de fuerza con sus palancas y piezas articuladas y con su insaciable consumo de combustible era un enorme esclavo, y al revés, el cuerpo humano o animal una máquina de producción de fuerza que consume combustible. El moderno mecanismo de control suele ser caracterizado como capaz de percibir, reaccionar, adaptarse, tender a objetivos, recordar, aprender, tomar decisiones, obrar inteligentemente y en ocasiones incluso de tener emociones (esto último, sin embargo, solamente cuando algo no funciona), y en correspondencia con ello el hombre y las sociedades humanas se conciben y explican como mecanismos de feedback, sistemas de comunicación de información o máquinas de calcular (Jonas, *El principio vida* 163).

Se va produciendo una mimetización e indiferenciación entre la mente que diseña y crea la tecnología y las capacidades y eficiencia del desarrollo tecnológico. Ésta es la razón de la firme creencia de que es la misma tecnología la que va a salvarnos de los perjuicios que la tecnología causa. La falsa creencia iluminista del progreso indefinido en un mundo finito es la que sostiene este mito. Creencia que se ha venido construyendo y sosteniendo desde los orígenes mismos de la modernidad con la instauración del dogma del optimismo epistemológico. Perspectiva epistémico-política que se viene preparando desde la hegemonización epistemológica del eficientismo cognoscitivo propuesto ya desde la

primera modernidad en el 1500 (Dussel) y vinculado al optimismo epistemológico en base a la doctrina de la verdad manifiesta, que pretende un absurdo conocimiento absoluto de los procesos naturales para poder apropiarse de la naturaleza. Basta recorrer las páginas de la novela utópica *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon publicada en 1626, para encontrar expuesto el proyecto de modernidad conquistadora de la naturaleza, de los territorios y de la humanidad misma. Proyecto epistemológico que es a la vez político, avalado y puesto en funcionamiento por el despliegue de ejércitos imperiales. El *cogito cartesiano* comparte esa idea y la convierte en su centro epistemológico, que desencadenará la vía de pensamiento imperial ubicuo, en tanto universalidad construida como discurso de poder, universalidad abstracta o universalismo descarnado, en términos de Aimé Césaire (Césaire).

Este mito del progreso indefinido, a la vez epistemológico-tecnológico y político que no repara en las consecuencias nefastas que genera, y que ha traído como consecuencia la destrucción del equilibrio ecológico a la vez que la acumulación de riqueza y territorio, es de suyo el objeto de reflexión primordial de bioética. En primer término, la bioética debe encargarse de destituir esta visión que niega decididamente cualquier derecho teórico a pensar en la naturaleza como algo que haya de ser respetado, pues la ha reducido a la indiferenciación de casualidad y necesidad, y la ha despojado de la dignidad de los fines. Las nuevas condiciones en que la técnica muestra su poder destructivo con la naturaleza hace que ninguna de las éticas propuestas hasta el momento sean aplicables a tales circunstancias, sobre todo porque las éticas antecedentes solo piensan el pasado y el presente inter-humano, mientras que el poder tecnológico de intervención en la naturaleza, requiere la necesidad de pensar éticamente el futuro y el presente y el pasado

de las relaciones inter-humanas en un marco de relaciones de la humanidad con la naturaleza (Jonas, *El principio de responsabilidad*). A partir mediados del siglo xx queda manifiesta la tremenda vulnerabilidad de la naturaleza frente al poder de la intervención técnica de la humanidad y con el nuevo poder técnico de desencadenamiento de series causales, también ha desaparecido la contigüidad espacio temporal de la acción humana y el carácter acumulativo de sus acciones. La técnica, que antes del siglo xx era un medio en grado finito (por ejemplo, para la adquisición de bienestar y confort), se ha transformado en un impulso infinito de dominación en términos de progreso. Es el “triunfo del *homo faber* sobre el *homo sapiens*” dirá Jonas, lo cual implica una transformación íntima del ser humano, y por eso la tecnología cobra significación ética. La frontera entre el Estado y la Naturaleza se ha disuelto, y con ella la frontera entre lo artificial y lo natural.

A partir de este análisis, Jonas propone concomitantemente, por un lado, un imperativo moral de protección en su vulnerabilidad al mundo físico. El imperativo categórico kantiano que originalmente tenía aplicación intersubjetiva se ha reconvertido: el nuevo imperativo del *homo faber* se dirige más a la política pública que al comportamiento privado. “No pongas en peligro las condiciones de continuidad indefinida de la humanidad en la tierra” o “Incluye en tu acción presente como objeto también de tu querer la futura integridad del ser humano”. De ahí que, “la esencia modificada de la acción humana modifica la esencia básica de la política” (Jonas, *El principio de responsabilidad* 37). Por otro lado, propone una la heurística del temor (a modo de un segundo imperativo categórico bioético), una sabiduría propia, inmanente al miedo y al temor, que va a informar la teoría ética de la responsabilidad. La rehabilitación cognitiva que Jonas hace del temor es uno de los aspectos más llamativos

de su pensamiento frente a esta vieja tradición que le negaba dicho poder. El miedo o temor cumple una función heurística: nos descubre el bien a preservar a través del sentimiento (de miedo/temor) que nos produce el mal imaginado. Representarnos imaginativamente los males futuros, que se pueden derivar de nuestras acciones e invenciones del presente, hace movilizar nuestros sentimientos de miedo y temor ante las consecuencias de dichos males.

De modo que, si bien la heurística del temor no tiene la última palabra en la búsqueda del bien, sí que debe tener la primera palabra en la evitación del mal. Llegamos aquí al corazón de la “ética orientada al futuro”, cuyo primer deber es “procurar la representación de los efectos remotos”. Este principio de precaución que para Jonas significa “mandato de cautela” o mandato de cuidado, lo cual es otro modo terminológico de hacer referencia al principio de precaución, hermano de la heurística del temor (González Gómez 133). Esta categoría de “precaución” se liga a una nueva idea de comportamiento humano en su relación de equilibrio y sostenibilidad con el entorno. Sus fundamentos teóricos sirven de impulso a su dimensión activa y pragmática. Fundamentos que deben ayudar a definir y a regular los límites de la certidumbre-incertidumbre y del riesgo mediante nuevas modalidades de cómputo temporal de los efectos de las acciones humanas. De este modo se genera un concepto alternativo de “racionalidad responsable”, capaz de abordar el futuro y sus riesgos con el concurso de la bioética y de la acción política. Este principio presupone y fomenta virtudes privadas y públicas –políticas– como la responsabilidad, el respeto, la prevención, la obligación de saber e informar y la obligación de compartir el poder, es decir: las deliberaciones, decisiones y acciones sobre los asuntos públicos.

Conclusión

Es importante aclarar que la racionalidad responsable de la precaución no supone una evaluación negativa de la tecnociencia, ni tampoco una restricción a la investigación; lo que sí exige es una clara conciencia de la responsabilidad en todas las fases del proceso tecnocientífico y productivo. Sin duda, el principio de precaución resulta una actitud cívica y social con la que regir las obligaciones de individuos y empresas, pero sobre todo es un principio que debe regir una bioética de las políticas públicas con el objetivo de lograr una sociedad sostenible. La aplicación práctica de esta doctrina debe sobreponerse al descrédito venido de las connivencias que existen entre empresas, poderes políticos, comités científicos de asesoramiento e incluso poderes judiciales, nacionales e internacionales, que a menudo son excesivamente condescendientes con los delitos medioambientales, que a la larga o a la corta terminan dañando los Derechos Humanos.

En este punto, resulta imprescindible que la bioética encuentre cobijo y asidero en otra perspectiva epistemológica, distinta de aquella que nos guio hacia la catástrofe. La idea de una ciencia posnormal, propuesta por Funtowicz y Ravetz (Funtowicz y Ravetz) funciona como descentramiento del modelo epistemológico que magistralmente Thomas Kuhn definió como ciencia normal, con las características propias de la vía cartesiana del pensamiento moderno. Estos autores nos muestran de qué modo se produce la injerencia de ciencia en la dimensión social, que se caracteriza por un acrecentamiento de la incertidumbre y el riesgo. Es decir, la ciencia básica en las condiciones controladas del laboratorio es sólo una “simulación” de su aplicación en el territorio, y dicha simulación está asentada en la consideración del espacio como un espacio abstracto, y por eso decimos

que se trata de una simulación que epojeiza maliciosamente a la sociedad y a la naturaleza en su ecosistema. A medida que nos alejamos de las condiciones controladas del laboratorio, pasando por la tecnología, va creciendo la incertidumbre y el riesgo de su aplicación, en tanto la aplicación de la tecnología tiene consecuencias directas en la sociedad y/o la naturaleza. Ejemplo de este avance riesgoso de la tecnología sobre el territorio son los extractivismos (Gudynas 20), cuya tecnología de mercantilización de la naturaleza, a la vez, la degrada destruyéndola y, consecuentemente, destruye las condiciones existenciales de quienes habitamos ese territorio devenido espacio abstracto. De ahí que el planteo fundamental de la ciencia posnormal sea hacer ciencia para y por la gente, siempre con un ojo puesto en los contornos que la bioética nos marca, porque de otro modo la ciencia deshumanizante trae como su necesaria consecuencia la destrucción y la injusticia social del capitaloceno (Haraway 24).

Referencias

- Acosta Sariego, José Ramón. “La Bioética de Potter a Potter”. *Bioética para la sustentabilidad*, José Ramón Acosta Sariego (ed.). Publicaciones Acuario. Centro Félix Varela, 2002, pp. 13-26.
- Beauchamp, Tom L. y Childress, James F. *Principios de Ética Biomédica*. Masson, 1999.
- _____. *Principles of Biomedical Ethics*. Oxford University Press, 2009.
- Beecher, Henry K. “Ethics and Clinical Research”. *The New England Journal of Medicine*, vol. 274, núm. 24, junio 1966, pp. 1354-1360.

- Brandt, Allan M. "Racism and research: The case of the Tuskegee Syphilis study". *The Hastings Center Report*, vol. 8, núm. 6, diciembre 1978, pp. 21-29.
- Carson, Rachel. *Primavera Silenciosa*. Luis Caralt Editor, 1964.
- Césaire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*. Akal, 2006.
- Cunha, Thiago y Lorenzo, Cláudio. "Bioética global en la perspectiva de la bioética crítica". *Revista Bioética*, vol. 22, núm. 1, enero-abril 2014, pp. 116-125.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos, 2004.
- Dussel, Enrique. *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. Editorial Trotta, 2007.
- Funtowicz, Silvio O. y Jerome R. Ravetz. "La Ciencia posnormal: Ciencia con la gente". *Icaria Editorial*, 2000.
- González Gómez, Germán. "El 'principio de responsabilidad' de Hans Jonas a la luz de la conciencia ecológica". *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 46, núm. 2, 2015, pp. 125-146.
- Grupo de Estudio "Las nociones de transmodernidad y pluriversidad en la Filosofía de la Liberación y el giro decolonial". "Entrevista a Walter Dignolo (segunda parte): Pensar a partir de lo destituido que sea relevante política y éticamente en el presente". *Revista de Filosofía (La Plata)*, vol. 55, núm. 1, junio-noviembre 2025, e120. <https://doi.org/10.24215/29533392e120>
- Gudynas, Eduardo. "Múltiples paradojas: ciencia, incertidumbre y riesgo en las políticas y gestión ambiental de los extractivismos". *Polisemia*, vol. 14, núm. 25, enero-junio 2018, pp. 5-37.
- Haraway, Donna. "Antropoceno, Capitaliceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco".

- Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, vol. 3, núm. 1, junio 2016, pp. 15-26.
- Have, Henk ten. “La bioética necesita bayonetas”. Germán Solinis (dir.), ¿Por qué una Bioética Global? Vigésimo Aniversario del Programa Bioética de la UNESCO. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2015.
- Jonas, Hans. *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Editorial Herder, 1995.
- _____. *El principio vida. Hacia una biología filosófica*. Trotta Editorial, 2000.
- Laje, Agustín. *La batalla cultural: Reflexiones críticas para una Nueva Derecha*. HarperCollins México, 2022.
- Leopold, Aldo. *A Sand County Almanac and Sketches Here and There*. Oxford University Press, 1949.
- Medina, Ana, Ramón Sanz Ferramola y Patricia Pesquín. “Bioética y geopolítica del conocimiento: procedencia y crítica decolonial”. *Revista Redbioética UNESCO*, año 7, vol. 1, núm. 13, enero-junio 2016, pp. 90-102.
- Mignolo, Walter. “El ocaso del estado-nación y el amanecer del estado-civilización”. *Revista Bordes*, 19 de junio 2025, <https://revistabordes.unpaz.edu.ar/el-ocaso-del-estado-nacion-y-el-amanecer-del-estado-civilizacion/>
- Potter, Van Rensselaer. *Bioethics: Bridge to the Future*. Englewood Cliffs / Prentice-Hall, 1971.
- Potter, Van Rensselaer. *Global Bioethics: Building on the Leopold Legacy*. Michigan State University Press, 1988.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del Poder y Clasificación Social”. *Journal of World-Systems Research*, vol. 1, núm. 2, verano-otoño 2000, pp. 342-386.

Saada, Alya. "Introducción". *Estatuto Epistemológico de la Bioética*. Volnei Garrafa, Miguel Kottow y Alya Saada (coords.), Universidad Autónoma de México / Red Latinoamericana y del Caribe de Bioética de la Unesco, 2005.

Sanz Ferramola, Ramón. "De Bensalem a Macondo. Entre la tierra del optimismo epistemológico y El territorio de la desposesión biotecnológica". *Revista Argentina de Enseñanza de la Ingeniería*, vol. 5, núm. 10, 2016.

Sanz Ferramola, Ramón. "Hambre al Sur. Bioética en tiempos de Capitaloceno". *Revista Redbioética/Unesco*, año 10, vol. 1, núm. 19, enero-junio de 2019, pp. 92-105.

Sanz Ferramola, Ramón. "La procedencia de la ontología dualista: entre el proyecto de modernidad científica y el neoextractivismo". *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, vol. 2, núm. 5, agosto 2021, e21067.

Sass, Hans. "El pensamiento bioético de Fritz Jahr 1927-1934". *Aesthetika: Revista Internacional sobre Subjetividad, Política y Arte*. vol. 6, núm. 2, abril 2011, pp. 20-33.

Tealdi, Juan Carlos. "Los principios de Georgetown: análisis crítico". *Estatuto Epistemológico de la Bioética*. Volnei Garrafa, Miguel Kottow y Alya Saada (coords.), Universidad Autónoma de México / Red Latinoamericana y del Caribe de Bioética de la UNESCO, 2005, pp. 35-53.

The National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research. *Informe Belmont: Ethical Principles and Guidelines for the Protection of Human Subjects of Research*, 30 de septiembre 1978. <https://www.hhs.gov/ohrp/regulations-and-policy/belmont-report/index.html>

UNESCO Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*. 2005.

- University of Virginia. *Final Report of the Syphilis Study Legacy Committee*. 20 de mayo de 1996. <https://www.tuskegee.edu/Content/Uploads/Tuskegee/files/Bioethics/SyphilisStudyCommitteeReport.pdf>
- Varoufakis, Yanis. *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*. Editorial Ariel, 2024.
- Wiener, Norbert. *Cibernética y sociedad*. Editorial Sudamericana, 1988.
- Wilches Flórez, Ángela María. “La Propuesta Bioética de Van Rensselaer Potter, cuatro décadas después”. *Opción*, vol. 27, núm. 66, septiembre-diciembre 2011, pp. 70-84.

La racionalidad tecnocientífica del antienvejecimiento: una crítica bioética, epistémica y política al biocapitalismo transhumanista

The Technoscientific Rationality of Anti-Aging: A Bioethical, Epistemic, and Political Critique of Transhumanist Biocapitalism

SAMUEL RICARDO ESPINOZA VENZOR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

CHIHUAHUA, MÉXICO

sricardoespinozav@outlook.com

Resumen: La racionalidad tecnocientífica del antienvejecimiento, promovida desde el biocapitalismo transhumanista, prioriza la rentabilidad por encima de criterios éticos, epistémicos y sociales. A partir del caso de Aubrey de Grey, se analizan las estrategias que simplifican la complejidad biológica para atraer inversión, evidenciando tensiones entre ciencia, mercado y poder. Estas prácticas no pueden desligarse de sus condiciones históricas y políticas, y su desarrollo plantea desafíos urgentes de justicia epistémica y sostenibilidad. Se propone repensar la biotecnología desde una ética orientada al bien común.

Palabras clave: biotecnología, biocapitalismo, antienvejecimiento, transhumanismo, crítica epistémica.

Abstract: The technoscientific rationality of anti-aging, promoted by transhumanist biocapitalism, prioritizes profitability over ethical, epistemic, and social considerations. Using the case of Aubrey de

Grey, the analysis focuses on strategies that simplify biological complexity to attract investment, revealing tensions between science, the market, and power. These practices cannot be separated from their historical and political conditions, and their development raises urgent challenges of epistemic justice and sustainability. The article proposes rethinking biotechnology through an ethics oriented toward the common good.

Keywords: Biotechnology, Biocapitalism, Anti-aging, Transhumanism, Epistemic critique.

Recibido: 2 de julio del 2025

Aceptado: 18 de agosto del 2025

Doi: 10.15174/rv.v18i37.863

Introducción

Lejos de operar con neutralidad y desinterés, la ciencia contemporánea –y en especial sus manifestaciones biotecnológicas– se encuentran cada vez más entrelazadas con intereses económicos, estructuras de poder y narrativas ideológicas que moldean tanto su agenda como sus formas de legitimación. En este contexto, la biotecnología antienvjecimiento constituye un caso paradigmático. Sus avances se orientan a prolongar la vida humana más allá de los límites biológicos considerados tradicionales; es decir, a superar tanto la expectativa de vida promedio –actualmente de 73.5 años– como el récord documentado de longevidad, que asciende a 116 años en el caso de la británica Ethel Caterham al momento de redactar este texto. No obstante, estos desarrollos no se limitan al ámbito biomédico, sino que articulan de manera compleja saberes científicos, lógicas de mercado, imaginarios culturales y estruc-

turas normativas, configurando un fenómeno transversal que trasciende la mera dimensión médica. Este artículo propone una lectura crítica del ensamblaje tecnocientífico del antienvejecimiento a partir de tres dimensiones interrelacionadas: la ideología que sustenta la promesa tecnocientífica de perfección corporal y dominio sobre la vida; la mercantilización de los procesos biológicos bajo el régimen del biocapitalismo, y la configuración simbólica del cuerpo como objeto técnico intervenible, promovida por discursos científicos y publicitarios. A través del análisis de casos representativos –como el proyecto transhumanista¹ de Aubrey de Grey– se examina cómo la racionalidad tecnocientífica convierte la longevidad en valor económico, reproduce jerarquías epistémicas y éticas, y desplaza la reflexión sobre la finitud humana hacia soluciones técnicas estandarizadas. La propuesta no es rechazar el potencial de la biotecnología, sino desnaturalizar las condiciones ideológicas, económicas y simbólicas que la atraviesan, e imaginar una tecnociencia más situada, democrática y orientada al bien común.

¹ Cabe señalar que no existe una única definición de transhumanismo y que, en numerosas ocasiones, éste se confunde con otros conceptos afines, como el posthumanismo. El transhumanismo no constituye un bloque homogéneo, ya que sus objetivos y alcances varían de acuerdo con cada autor o autora. No obstante, en este texto nos circunscribiremos al transhumanismo antienvejecimiento, en particular al planteado por Aubrey de Grey. Si bien existen diversos exponentes de esta corriente, la mayoría converge en la aspiración de eliminar el envejecimiento de la vida humana. Para una discusión más amplia sobre las diferencias conceptuales y prácticas entre las distintas variantes del transhumanismo, pueden consultarse, entre otros: Ferrando; Espinoza Venzor, “El movimiento transhumanista antienvejecimiento”.

De la objetividad científica al ensamblaje tecnocientífico: ideología, mercado y poder en la producción de bioconocimiento

Cualquier producto que pretenda ser comercializado necesita una presentación atractiva que motive al consumidor. Esta lógica también permea la producción científica actual, condicionada por la presión de generar impacto, atraer inversión y garantizar aplicaciones rentables. La actividad científica-tecnológica, lejos de ser neutral, queda subordinada a la capacidad de intervenir fenómenos naturales cuando ello promete beneficios económicos o se alinea con intereses corporativos. Lacey señala que, bajo este modelo, se privilegia el control técnico por encima de la comprensión profunda, priorizando la eficacia sobre lo explicativo (Lacey 124). Por ello, no sólo los productos, sino también los modelos teóricos y discursivos de la ciencia se ajustan a expectativas sociopolíticas y económicas. Esto ha vuelto inadecuada la separación entre ciencia y tecnología,² surgiendo en su lugar la categoría de tecnociencia, entendida como una fusión estructural entre ambas (Law y Mol).

Desde los estudios CTS, y en particular desde la teoría del actor-red, se ha mostrado que los hechos tecnocientíficos no circulan de forma aislada, sino que dependen de redes técnicas, ma-

² Desde la filosofía de la ciencia y los estudios sociales se ha planteado que, a diferencia de la ciencia orientada tradicionalmente al conocimiento y la verdad, la tecnociencia prioriza la eficacia operativa, la innovación y la utilidad comercial o estratégica, incluso a costa de una representación objetiva del mundo (Nordmann). Este artículo, más que abordar la distinción conceptual entre ciencia, tecnología y tecnociencia, propone examinar críticamente sus implicaciones éticas, políticas y epistémicas en el contexto actual de su estrecha articulación práctica.

teriales e institucionales que les otorgan estabilidad y movilidad (Latour). Los “objetos tecnocientíficos” son ensamblajes híbridos que combinan elementos epistémicos, técnicos, políticos y económicos. Las biotecnologías son ejemplo paradigmático de este entramado, donde lo científico y lo técnico resultan inseparables. Su desarrollo involucra prácticas experimentales, marcos regulatorios, expectativas de mercado y discursos normativos. Una planta transgénica, por ejemplo, no es sólo un organismo modificado, sino también una entidad tecnocientífica que articula intervención genética, derechos de propiedad intelectual, funciones agroecológicas globalizadas y efectos socioambientales. Así, estos objetos exceden su dimensión biológica y condensan valores, decisiones políticas y racionalidades económicas (Lacey 125). Esto exige cuestionar la supuesta neutralidad de la ciencia, reconociendo la influencia de estructuras de poder y disputas ideológicas en la producción de conocimiento.

Las teorías científicas no están exentas de los valores de su tiempo. Rose y Rose han documentado cómo el darwinismo, pese a su contribución epistemológica, reflejó el orden social victoriano, incorporando supuestos racistas, sexistas y colonialistas (75-78). Darwin concebía las diferencias raciales como esenciales y jerárquicas, ubicando a los pueblos “menos desarrollados” —como los fueguinos— en el extremo inferior de una escala evolutiva coronada por la civilización europea. Según anticipaba, las razas civilizadas acabarían exterminando a las “salvajes” en el transcurso de los siglos (Darwin 168). Aunque condenaba moralmente la esclavitud, su visión biológica reforzaba la legitimación del imperialismo.

Este mismo patrón jerárquico atraviesa su teoría de la diferencia sexual. En *The Descent of Man*, Darwin argumenta que los hombres han alcanzado superioridad intelectual respecto a las mujeres como resultado directo de la selección natural, y

no por construcción social. Esta afirmación convierte la desigualdad de género en un producto inevitable de la evolución, naturalizando así la subordinación femenina. Su analogía con el dimorfismo sexual animal –en la que los hombres serían como el pavo real frente a la pava– consolida una epistemología que encubre jerarquías bajo el velo de la objetividad científica (Darwin 327).

En consecuencia, lo que se presenta como una explicación científica objetiva puede funcionar como mecanismo de legitimación del *statu quo*. Tanto la visión racial como la sexual en Darwin consolidan estructuras de dominación al dotarlas de una supuesta base natural. Este fenómeno, aunque propio del siglo XIX, persiste en la tecnociencia actual, cuyas narrativas de progreso y neutralidad encubren intereses corporativos y sesgos históricos. Rose y Rose advierten que, si bien Darwin no inventó estos prejuicios, su autoridad científica los inscribió en el discurso moderno, amplificando su alcance cultural. Por ello, la crítica epistemológica no debe limitarse a la consistencia lógica de las teorías, sino también considerar sus presupuestos normativos y funciones sociales. El ejemplo darwiniano no es el más extremo, pero sí uno de los más ilustrativos del problema de la objetividad aparente.

Diversas corrientes contemporáneas –como el feminismo,³ la filosofía de la ciencia y los estudios sociales de la tecnocien-

³ El feminismo ha desarrollado una crítica epistemológica robusta contra la presunta objetividad y neutralidad de la ciencia moderna, evidenciando cómo sus fundamentos han sido históricamente configurados por visiones androcéntricas que perpetúan relaciones de poder y exclusión (Harding; Hankinson Nelson en Weber). Esta crítica no se limita a identificar sesgos individuales, sino que revela cómo los marcos epistémicos y metodológicos de la tecnociencia estructuran jerarquías de género que invisibilizan los saberes femeninos y afectan directamente esferas como la salud de las mu-

cia— han puesto en entredicho la idea de una ciencia desinteresada dedicada exclusivamente a la verdad. Este desplazamiento epistemológico revela cómo la práctica científica está intrínsecamente ligada a intereses económicos, instituciones, estructuras de poder y visiones ideológicas. Las biotecnologías condensan esta convergencia entre dimensiones internas y externas de la ciencia. Como indica López Baroni, en torno a ellas se proyectan ideologías, creencias religiosas, tensiones políticas y disputas filosóficas —como el enfrentamiento entre marxismo y neoliberalismo o entre tecnoutopismo y milenarismo—, generando una complejidad difícil de resolver por la confluencia entre elementos endógenos y factores culturales e ideológicos (López Baroni 48).

La biotecnología, como manifestación de la tecnociencia, no sólo representa una forma específica de intervenir en los procesos vitales, sino también un modo de producción de valor alineado con el capitalismo neoliberal. Su carácter comercial se evidencia desde la formación académica, donde el discurso institucional ya promueve un perfil empresarial y mercantil en los futuros biotecnólogos (López Baroni 58). Este vínculo entre ciencia y mercado no es reciente: el origen de la biotecnología moderna está estrechamente ligado a grandes actores corporativos y estrategias de inversión masiva. Ejemplos como la aparición de Genentech —la primera empresa que comercia-

jes (Blázquez Graf; Weber). Desde las denuncias tempranas de Antoinette Brown Blackwell al sesgo patriarcal en la teoría darwiniana (Blackwell), hasta enfoques actuales que promueven el conocimiento situado, metodologías participativas y la diversidad epistémica, el feminismo ha contribuido a cuestionar la idea de una ciencia universal y ahistórica (Blázquez Graf; Harding). Estas propuestas no son únicamente críticas, sino que impulsan una transformación hacia prácticas científicas más reflexivas, plurales y socialmente justas.

lizó insulina sintética— ilustran cómo el desarrollo biotecnológico ha estado condicionado por el poder económico de las multinacionales, que, en contextos de crisis, pueden decidir abandonar territorios cuando no logran imponer condiciones de mercado favorables. En 1987, Eli Lilly cesó la producción local de insulina en Argentina por este motivo. López Baroni (61) también destaca un caso revelador: tras la publicación en 2016 de un informe de la Unión Europea que declaraba seguros los transgénicos, se anunció casi de inmediato que Bayer había comprado Monsanto. Aunque evita caer en teorías conspirativas, el autor señala que “resulta difícil no intuir una relación entre ambos hechos” (61), más allá de si los transgénicos son seguros para la salud. Este tipo de coincidencias ponen en evidencia cómo el desarrollo biotecnológico está profundamente entrelazado con intereses económicos, decisiones estratégicas globales y estructuras de poder corporativo.

Las decisiones tecnocientíficas son prácticas situadas en marcos normativos complejos. Dentro de este panorama, el proyecto transhumanista antienvjecimiento se configura como una de las promesas más rentables. Esta iniciativa, que busca extender la vida humana más allá de sus límites biológicos actuales, ilustra la fusión entre ciencia y mercado. Al ser presentada como innovación revolucionaria, ofrece no sólo salud y longevidad, sino también una vida mejor, apelando tanto a los miedos como a los deseos humanos, y convirtiéndose en un producto atractivo para inversionistas y consumidores.⁴

⁴ Para una revisión más completa del transhumanismo antienvjecimiento se pueden consultar los artículos de Espinoza Venzor, “Approaches to vulnerability as an ontological category”, “El movimiento transhumanista antienvjecimiento” y “Las dominaciones actuales a través de la eliminación de los cuerpos longevos”.

Este enfoque plantea interrogantes filosóficos y éticos sobre la vida humana, el acceso desigual a tecnologías avanzadas y los efectos sociales de alargar significativamente la vida. Como advierte Linares: “la tecnociencia es poder, pero en nuestro tiempo es un poder que está al servicio de la acumulación del capital, más que del beneficio de las necesidades de la gente y la reducción de los riesgos técnicos y naturales que debemos enfrentar, tarde o temprano” (Linares 225). Esta crítica exige un escrutinio ético constante de la tecnociencia, pues el capital puede orientar la investigación hacia proyectos de alta rentabilidad, dejando de lado aquellos orientados al bien común por su escaso valor comercial. En este contexto, la tecnociencia debe ser comprendida no sólo como motor de innovación, sino como una práctica responsable ante demandas sociales. El transhumanismo, con su promesa de superar las limitaciones biológicas, encarna esa tensión: representa el deseo de perfección, pero también el riesgo de exclusión al reservar el acceso a estas tecnologías para sectores privilegiados. Por ello, su evaluación no puede limitarse a su viabilidad técnica o potencial de mercado, sino que debe incorporar una crítica sobre sus implicaciones sociales y sobre el tipo de humanidad que proyecta.

Cuerpo, envejecimiento y promesa de longevidad:
de la racionalidad tecnocientífica
a la industria de la vida

Las biotecnologías, como expresión de la racionalidad tecnocientífica, desplazan los fines epistemológicos tradicionales hacia criterios de eficacia y dominio sobre los procesos vitales (De Gandolfi). El caso de las tecnologías antienvjecimiento ilustra esta tendencia: no sólo implican avances biomédicos, sino también una concepción de la juventud como ideal y de la vida

como objeto de optimización permanente. Estas tecnologías, insertas en la lógica transhumanista, trasladan el problema del envejecimiento y la muerte desde una reflexión filosófica hacia su resolución técnica, guiadas por valores como eficiencia y control. Esta racionalidad responde a una transformación del imaginario antropológico: el ser humano es concebido como mejorable indefinidamente. Bajo este paradigma, la innovación deja de ser una herramienta para convertirse en un valor absoluto, orientando políticas públicas y prioridades de investigación. Como advierte García Pavón, esta ideología transforma a la ingeniería genética en una industria masiva, donde el imperativo de innovar inhibe la responsabilidad ética del sujeto, subordinándolo a normas funcionales (García Pavón 50).

En el ámbito del antienvjecimiento, esta exaltación acrítica de la innovación plantea importantes retos éticos. La velocidad del desarrollo tecnológico suele anticiparse al análisis normativo, generando riesgos para la salud o soluciones desconectadas del bienestar común. En muchos casos, las decisiones sobre estas innovaciones se aplazan hasta después de su implementación, bajo lógicas corporativas o incluso militares. Los productos tecnocientíficos resultantes, además, suelen estar protegidos por regímenes de propiedad intelectual que limitan su acceso para poblaciones vulnerables (Lacey 105). El paradigma capitalista tiende a privilegiar aquellas innovaciones con alto valor comercial, relegando alternativas que podrían resultar más éticas o sostenibles. Esta dinámica inhibe la posibilidad de una crítica prospectiva, pues suele esperar a la manifestación de los efectos de los avances biotecnológicos para ofrecer una evaluación más profunda en retrospectiva. De este modo, se consolida una racionalidad tecnocientífica orientada primordialmente hacia la rentabilidad, antes que a consideraciones sociales, ambientales o éticas de largo alcance. García Pavón advierte que esta ideolo-

gía regula no sólo qué se investiga, sino cómo se relacionan los sujetos con la tecnología, transformando la innovación en un fin sin límites ni responsabilidades (García Pavón 50).

La influencia del capitalismo en la tecnociencia no se limita a la ideología de la innovación: también ha transformado profundamente el quehacer científico, desplazando la búsqueda de conocimiento hacia su mercantilización. Actualmente, las fronteras entre ciencia, tecnología y empresa privada se han vuelto difusas. Un caso ilustrativo es el del gerontólogo Aubrey de Grey, uno de los principales impulsores de la idea de que el envejecimiento debe tratarse como una enfermedad curable. De Grey no sólo actúa como científico, sino también como actor institucional y económico: fundó la SENS Research Foundation⁵ y la LEV Foundation,⁶ entidades que financian investigaciones

⁵ Es importante señalar que en el 2024 se fusionó con el Lifespan Research Institute. Desde su origen, la SENS Research Foundation (SRF) ha financiado la investigación en envejecimiento mediante un modelo mixto que combina filantropía (como la herencia de USD 16.5 millones recibida por Aubrey de Grey en 2011), donaciones privadas —incluidas en criptomonedas—, campañas públicas y capital semilla. Actualmente recauda entre USD 7–8 millones anuales, destinando más de la mitad a investigación traslacional en programas como MitosENS o ApoptoSENS, además de *spinouts* orientados al sector biotecnológico. Paralelamente, el Longevity Investor Network (LIN), vinculado a Lifespan Research Institute, ha canalizado más de USD 5.5 millones desde 2020 hacia 19 compañías en áreas clave de la biología del envejecimiento (regeneración tisular, senescencia, metabolismo/mitocondria, neurodegeneración, inmunosenescencia). Sus aportes combinan capital y educación de inversores, reduciendo riesgos y facilitando la traslación tecnocientífica. En conjunto, la filantropía organizada en torno a SRF y el capital privado del LIN muestran la convergencia de recursos en torno al paradigma SENS de reparación de daños asociados al envejecimiento (Lifespan.io) (GlobeNewswire) (Next Big Future) (Live Forever Club).

⁶ La Longevity Escape Velocity Foundation movilizó USD 480,000 en donaciones durante 2023, otorgando USD 251,811 en subvenciones clave. Su

sobre terapias rejuvenecedoras. Estas organizaciones articulan investigación básica, transferencia tecnológica e inversión privada, diluyendo la distinción entre academia y negocio.

Este modelo de fusión entre ciencia y mercado no es una anomalía, sino una característica estructural de la tecnociencia contemporánea. En numerosos casos, los laboratorios científicos cumplen también funciones empresariales. En ese marco, la mercadotecnia adquiere un papel central para legitimar proyectos, visibilizarlos y atraer inversión, sobre todo cuando están protegidos por patentes con potencial comercial global. De Grey –como muchos tecnocientíficos actuales– emplea estrategias de comunicación y publicidad tanto para obtener recursos como para aumentar el valor simbólico y económico de sus desarrollos. Este fenómeno, lejos de limitarse a la biogerontología, representa una tendencia extendida: la biotecnociencia contemporánea actúa como un agente económico que compite dentro del mercado global de la innovación.

El proyecto de De Grey no se limita a la generación de conocimiento, sino que busca consolidar una industria de la longevidad, orientada a generar beneficios económicos mediante la extensión radical de la vida saludable. Esta propuesta ejemplifica una transformación estructural del régimen tecnocientífico contemporáneo, en el que los científicos actúan simultáneamente como empresarios, innovadores y gestores de capital. Como señalan Rose y Rose, esta fusión entre el reduccionismo

campaña de fin de año recaudó USD 323,060. En 2024, una donación de €200,000 ($\approx$ USD 220,000) fue emparejada hasta por otros €200,000 para financiar el programa Robust Mouse Rejuvenation, cuyo enfoque es combinar múltiples terapias reparativas para contrarrestar el envejecimiento en ratones de mediana edad. Además, apoya tecnologías emergentes como la criopreservación de tejidos (Transplants On-Demand) (Instrumentl) (ProPublica) (Fight Aging!) (Longevity Technology).

biomédico y el optimismo tecnológico ha desdibujado las fronteras tradicionales entre ciencia y tecnología, entre investigación básica y aplicada, e incluso entre los ámbitos académico, industrial y militar. En este contexto, muchos investigadores desempeñan funciones múltiples —como asesores, emprendedores o directivos—, hasta el punto de encarnar simultáneamente las figuras del científico y del capitalista. Esta convergencia ha desplazado los antiguos ideales de desinterés académico, subordinando el quehacer científico a una lógica dominada por la ambición económica (Rose y Rose 30-31).

El caso del antienvejecimiento muestra cómo los proyectos biotecnológicos actuales no sólo producen conocimiento, sino también valor económico, discursos sobre el futuro y nuevas formas de gubernamentalidad que prometen control sobre la vida y la muerte. Además, la creciente fusión entre ciencia y capital conlleva riesgos de conflicto de interés, donde científicos-empresarios, como De Grey, podrían exagerar beneficios o minimizar riesgos para atraer inversiones, afectando así la integridad científica. Su afirmación de que podríamos ver “la muerte del envejecimiento” en 20 o 30 años (2007) ilustra esta dinámica. La creciente dependencia de financiación privada puede también distorsionar las agendas de investigación, alineándolas con intereses de mercado más que con necesidades sociales urgentes. Esto podría marginar la investigación básica o los desafíos ambientales menos rentables, generando un progreso tecnocientífico desequilibrado y limitado por lógicas comerciales.

En el contexto actual,⁷ donde confluyen la producción científica, los intereses económicos y las expectativas sobre el futuro,

⁷ Colossal Biosciences ha anunciado el nacimiento de lobos genéticamente modificados a partir del lobo gris con el fin de “recrear” al extinto *Canis*

es crucial analizar cómo ciertos saberes biológicos —particularmente los relacionados con el ADN— adquieren un valor estratégico intensivo. Como señala Linares, el conocimiento tecnocientífico ha dejado de ser un bien común para transformarse en “una máquina-mercancía muy poderosa que produce otras mercancías y productos, y en la que avanza la privatización del saber en detrimento de su uso común y libre acceso” (Linares 223). Esta transformación no es neutra ni inevitable, por lo que se vuelve urgente establecer criterios ético-políticos que eviten que la tecnociencia siga subordinada a los intereses del mercado y contribuya a agravar las desigualdades y los daños socioambientales (Linares 223). Un ejemplo claro de esta mercantilización es la valorización del ADN como recurso estratégico y objeto de lucro. Más que un dato técnico, el material genético se convierte en plataforma de intervención y propiedad, en especial mediante técnicas de transgénesis orientadas a la prolongación de la vida. Estas prácticas revelan la convergencia entre intereses científicos, aspiraciones transhumanistas y regímenes de propiedad intelectual que posibilitan la apropiación legal de

dirus. Las modificaciones, centradas en rasgos visibles como el pelaje, se basaron en secuencias genéticas recuperadas de fósiles. Sin embargo, investigadores han criticado que, dada la distancia evolutiva entre ambas especies —más de seis millones de años—, el resultado es una representación simbólica más que una recuperación biológica auténtica (Servick). A ello se suma la ausencia de publicaciones científicas revisadas por pares, lo que pone en duda la transparencia y validez del proceso. Desde una perspectiva ética, se advierte que estos esfuerzos pueden desviar recursos de la conservación de especies en peligro real. Paralelamente, la empresa ha implementado una estrategia de marketing que combina retórica alarmista sobre la pérdida de biodiversidad con el respaldo de celebridades, promoviendo la desextinción como una solución tecnocomercial. Como parte de esta lógica, Colossal ha solicitado una patente para crear y comercializar elefantes genéticamente modificados con ADN de mamut (Regalado).

secuencias genéticas con potencial económico. Así, lo que aparece como avance biomédico debe también entenderse como parte de una instrumentalización tecnocientífica de la vida.

Genética, globalización y propiedad: biotecnología antienvejecimiento bajo el régimen del biocapital

En la biotecnología contemporánea, especialmente en el campo del antienvejecimiento, el ADN ha adquirido un papel central como recurso estratégico, valorizado y capitalizable. Esta revalorización se inserta en un proceso más amplio de tecnocientificación de la vida, en el cual la información biológica es manipulable y apropiable económicamente. En este contexto, la transgénesis —la transferencia de genes entre especies (Melo, Canavessi y Franco)— se convierte en una herramienta clave para acceder y usar información genética exógena con fines específicos. Su importancia trasciende lo técnico, ya que se enmarca en el transhumanismo, que busca superar los límites biológicos humanos mediante la tecnociencia.

Desde hace décadas, la transgénesis se ha aplicado en modelos animales para estudiar e intervenir en los mecanismos del envejecimiento (Baglieto-Vargas, Prieto y Limon; Aguiar-Oliveira y Bartke; Ocampo, Reddy y Martinez-Redondo; Bartke y Quainoo). Más recientemente, algunos transhumanistas han propuesto extrapolar estas técnicas al ser humano, incorporando genes de otras especies para prolongar la vida o mejorar funciones fisiológicas (Peña; Grandy; Ugwu). Un ejemplo notable es la sugerencia de introducir genes del tiburón de Groenlandia, cuya longevidad supera los 400 años, al genoma humano. La identificación de los elementos genéticos que explican esta longevidad (Nielsen, Hedeholm y Heinemeier; Edwards, Hilz

y Broell; Gates; Constantini), abre la posibilidad de desarrollar biotecnologías con aplicaciones clínicas y comerciales, sujetas a patentes y posibles monopolios corporativos. Estas posibilidades sólo serían viables en un futuro en que la transgénesis humana estuviera legalmente permitida, lo cual es una aspiración en algunos sectores transhumanistas.

No obstante, el hecho de que estas intervenciones sean técnicamente posibles no implica su implementación automática ni su neutralidad ética. Estas propuestas están profundamente condicionadas por marcos institucionales, económicos y regulatorios que definen qué biotecnologías se desarrollan, cómo y para quién. La transgénesis humana, por tanto, no ocurre en un vacío epistemológico ni ético, sino en un entramado donde ciencia, tecnología y mercado se entrelazan. En este marco, la información genética, incluida la relacionada con la longevidad, se convierte en un bien comercializable, cuyo valor excede lo científico para abarcar dimensiones especulativas y financieras. La globalización acelera este proceso al facilitar la circulación global de tecnologías, datos y modelos de negocio, promoviendo una homogeneización cultural y tecnológica a escala planetaria.

En la actualidad la vida y su información se convierten en mercancías altamente codificadas y comercializables. Esto es especialmente evidente en la biotecnología molecular, cuyo funcionamiento depende de tecnologías informáticas que permiten desde el análisis genético hasta el diseño químico y la gestión de patentes, integrando globalmente centros de investigación. Rose y Rose destacan que la proliferación de biobancos de ADN, facilitada por esta infraestructura, contribuye a estructurar un conocimiento biomédico globalizado y mercantilizado: “En la época de la globalización, la información biomédica, al igual que el bios mismo, está mercantilizada” (35). La globalización,

en este marco, no sólo acelera la circulación de tecnologías, sino que también aumenta los riesgos éticos, permitiendo que prácticas no reguladas se expandan y que empresas aprovechen las diferencias normativas para maximizar sus ganancias, con frecuencia en perjuicio de la seguridad y la equidad.

Vinculada a estas dinámicas, surge una infraestructura legal y económica que consolida un modelo tecnocientífico guiado por la lógica del mercado. La rápida difusión de prácticas biotecnológicas puede eludir regulaciones bioéticas, generando asimetrías que benefician a corporaciones y afectan la justicia epistémica. Según Linares,

una condición esencial para el despliegue de la biotecnociencia ha sido la legalización de la propiedad privada industrial sobre métodos de secuenciación genética, organismos vivos modificados y secuencias de genoma. Sin este proceso de consolidación del régimen de propiedad privada no se habría producido el rápido y extendido despliegue de las biotecnologías genéticas (Linares 144-145).

Este entrelazamiento entre biotecnología y capitalismo no sólo condiciona la producción y circulación del conocimiento biológico, sino también define las agendas científicas. Como afirma Sunder Rajan: “While I argue that the life sciences and capitalism are coproduced, I do, however, further argue that the life sciences are overdetermined by the capitalist political economic structures within which they emerge (Sunder Rajan 6). Esto implica que ambas esferas se moldean mutuamente, pero de manera desigual: el capitalismo sobredetermina las prioridades y métodos de las ciencias de la vida.

Cuerpo, propaganda y capital: la ingeniería del envejecimiento como narrativa tecnomercantil

La racionalidad tecnocientífica que sustenta al biocapitalismo no sólo define qué tecnologías se desarrollan, sino también cómo se representan. Guiadas por su rentabilidad, las narrativas tecnocientíficas presentan a la biotecnología como solución eficaz, omitiendo sus riesgos éticos y sociales. Esto profundiza desigualdades en el acceso y exige revisar normativas. En este contexto, la biotecnociencia genera expectativas colectivas al prometer control sobre la vida y la enfermedad, funcionando como un capital cultural simbólico que proyecta la ilusión de un poder técnico ilimitado (Linares 147). Comprender el biocapitalismo implica analizar los dispositivos discursivos que legitiman la biotecnología. Su aceptación pública se construye mediante una comunicación visual y narrativa simplificada. De Grey, en *Ending Aging*, plantea que el envejecimiento puede tratarse como un problema técnico, dejando de lado su complejidad si no genera molestias visibles (De Grey 46-47). Esta visión parte de una tradición reduccionista en la ciencia, que desde el siglo XIX buscó explicar lo orgánico en términos puramente físico-químicos (Rose y Rose 73). Moleschott llevó al extremo esta visión al comparar el pensamiento con una secreción cerebral, reduciendo lo humano a procesos químicos simples (Moleschott).

La propuesta de De Grey, que conceptualiza el envejecimiento como un problema de ingeniería, se inscribe en esta tradición mecanicista que reduce el cuerpo a una estructura modular susceptible de ser optimizada. Al entender la vejez como un

conjunto de fallas técnicas corregibles, reproduce una ontología que privilegia la intervención mecánica sobre una comprensión integral del organismo. Esta perspectiva no es sólo una estrategia retórica, sino una expresión coherente de un paradigma técnico que prioriza lo cuantificable y lo intervenible. En este marco, la tecnociencia vende soluciones estandarizadas que refuerzan una visión del cuerpo como sistema técnico desvinculado de su historia, su entorno ecológico y sus significados culturales. No se trata simplemente de marketing, sino de un marco de inteligibilidad que estructura nuestras concepciones contemporáneas sobre la vida, la salud y la muerte.

Este enfoque ha sido cuestionado por científicos que destacan el empobrecimiento de la comprensión del organismo debido al énfasis excesivo en componentes aislados. El paradigma molecular ha descompuesto el cuerpo en partes –genes, proteínas, rutas metabólicas– y ha invisibilizado su complejidad funcional e histórica (Rose y Rose 69). Así, mientras la propaganda tecnocientífica simplifica, algunas voces científicas llaman a recuperar una mirada holística del cuerpo. De manera reveladora, incluso el propio De Grey termina por reconocer –aunque de forma ambivalente– los límites epistémicos que su propuesta tiende a minimizar en su discurso más divulgativo. A pesar de presentar el envejecimiento como un problema de ingeniería susceptible de intervención directa, admite que el organismo humano es una red bioquímica de enorme complejidad cuya manipulación sin un conocimiento profundo puede generar consecuencias no deseadas. Así lo expresa al señalar que “this remarkable result yet again illustrates the hopeless complexity of the tangled skein that is metabolism” (De Grey 170), en claro contraste con su idea de que no es necesario comprender a fondo los procesos metabólicos para intervenirlos.

La contradicción se intensifica cuando reconoce que intentar reprimir ciertas funciones metabólicas puede producir efectos adversos: “One more case study in how trying to repress the dark side of metabolic processes so often has repercussions” (De Grey 174). Además, admite que muchos componentes del cuerpo aún son desconocidos en cuanto a su estructura y función: “as I am well aware, the body is an incredibly complex machine whose parts have not yet all been identified, let alone their purposes and interactions” (De Grey 219). Esta afirmación introduce una tensión central en su planteamiento: ¿cómo puede proponerse intervenir el cuerpo como si fuera plenamente comprendido, si al mismo tiempo admite su opacidad estructural y funcional? La respuesta parece hallarse en un pasaje especialmente significativo, donde De Grey admite el carácter abrumador del metabolismo humano:

This nightmare of biochemical complexity is so elaborate as to cause even the most dedicated puzzle enthusiast to snap a pencil in two and go to bed in frustration; it should raise serious doubts about the wisdom of continuing to invest resources in seeking new ways to interfere with such a poorly understood, multiply-branching network of pathways (De Grey 175).

En este pasaje, De Grey deja entrever que reconocer abiertamente la complejidad del metabolismo podría ser contraproducente para atraer financiamiento y apoyo a los proyectos antienvjecimiento. Así, la simplificación del cuerpo no surge de una convicción epistemológica, sino de una necesidad estratégica: sostener una narrativa tecnooptimista que movilice recursos económicos. Representar al cuerpo como una máquina con fallas identificables y solucionables resulta más efectivo que presentarlo como una red biológica y ecológica aún poco com-

prendida. Esta racionalidad es coherente con lo que Linares describe como la transformación empresarial de las biociencias, donde sus objetivos y estructuras se alinean con la lógica de rentabilidad y eficiencia propias de la tecnociencia contemporánea (Linares 144). La presentación del envejecimiento como “problema de ingeniería” no busca precisión conceptual, sino eficacia persuasiva. Esta estrategia forma parte de los procesos tecnocientíficos vitales (VTP) y del control de valores, comercio y manejo (vc&M) con fines corporativos o elitistas (Marcovich y Shinn).

El discurso de De Grey se sostiene, entonces, más por su eficacia performativa que por coherencia epistemológica. Invisibiliza los límites del conocimiento biomédico y refuerza la imagen del cuerpo como objeto técnico rentable. Reconocer su complejidad podría disminuir el entusiasmo social y afectar el financiamiento de su cruzada. Aquí, la mercadotecnia cumple un rol fundamental al presentar las biotecnologías como soluciones claras y accesibles, a menudo mediante imágenes y discursos que proyectan juventud y energía. Esto genera apoyo financiero y político, desplazando la complejidad científica en favor de un mito de control casi total sobre la biología. Además de persuadir al público, estas estrategias legitiman institucionalmente las biotecnologías. La aceptación mediáticamente construida se convierte en argumento de cabildeo, logrando condiciones regulatorias favorables. Así, el conocimiento se ve dirigido por la lógica del mercado antes que por la reflexión epistémica o la justicia social.

Conclusiones

El capitalismo no sólo coproduce la tecnociencia, sino que la sobredetermina, orientando agendas de investigación, marcos

regulatorios y formas de valorización de la vida. En este contexto, el cuerpo, la salud y el envejecimiento se transforman en capitales estratégicos sujetos a acumulación. Como advierte Linares, el biocapitalismo expande su dominio hacia los patrimonios biológicos, convirtiéndolos en propiedad industrial, lo que agrava desigualdades sociales y riesgos ecosistémicos si no se limita mediante principios de justicia y sostenibilidad (Linares 251). Frente a ello, se impone democratizar el conocimiento tecnocientífico. Las decisiones sobre qué vidas mejorar o prolongar deben responder a debates públicos, no a intereses corporativos. López Baroni propone desvincular la biotecnología del control neoliberal y avanzar hacia su socialización, dado que los riesgos los asumimos colectivamente (López Baroni 74). Finalmente, hay que reconocer que aunque la crítica misma participa de los circuitos que pretende impugnar, esto no la invalida, pero sí exige que se reformule como una práctica reflexiva. Imaginar una biotecnología no capitalista requiere revisar críticamente las nociones de innovación, progreso y vida, abriendo el debate sobre otras formas posibles de tecnociencia.

Referencias

- Aguiar-Oliveira, Manuel H., y Andrzej Bartke. "Growth Hormone Deficiency: Health and Longevity." *Endocrine Reviews*, vol. 40, núm. 2, 2018, pp. 575-601.
- Baglietto-Vargas, David *et al.* "mpaired AMPA Signaling and Cytoskeletal Alterations induce early Synaptic Dysfunction in a Mouse Model of Alzheimer's disease", *Aging Cell* vol. 17, núm. 4, 2018.

- Bartke, Andrzej y Nana Quainoo. "Impact of Growth Hormone-related Mutations on Mammalian Aging", *Frontiers in Genetics*, núm. 9, 2018.
- Blackwell, Antoinette Brown. *The Sexes Through Nature*. Cornell University Library, 2009.
- Blazquez Graf, Norma. *El retorno de las brujas. Incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Costantini, O. F. David *et al.* "The Greenland shark: A New Challenge for the Oxidative Stress Theory of Ageing?" *Comparative Biochemistry and Physiology*, Part A, 2016.
- Darwin, Charles. *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, J. Moore y A. Desmond (eds.). Penguin Classics, 2004.
- De Gandolfi, María Celestina Donadio Maggi. "La naturaleza salvaguarda la vida y la bioética". *Diálogo político: publicación trimestral de la Konrad-Adenauer-Stiftung AC*, vol. 1. núm. 2, 2003, pp. 49-62.
- De Grey, Aubrey. *Ending Aging. The Rejuvenation Breakthroughs That Could Reverse Human Aging in Our Lifetime*. St. Martin's Press, 2007.
- Edwards, J. E. *et al.* "Advancing Research for the Management of Long-Lived Species: A Case Study on the Greenland Shark." *Frontiers in Marine Science* 6 (2019).
- Espinoza Venzor, Samuel Ricardo. "Approaches to vulnerability as an ontological category: A critic to antiaging transhumanism". *Orexis. Exploraciones Éticas*, vol. 2, núm. 1, 2024, pp. 49-56.
- _____. "El movimiento transhumanista antienviejecimiento: fundamentaciones para un ecocidio". *En-Claves Del Pensamiento*, núm. 37, 2025, pp. 73-96.

- _____. “Las dominaciones actuales a través de la eliminación de los cuerpos longevos y la oposición desde la filosofía de Robert Redeker”. *Revista Politikón*, vol. 2, núm. 6, 2023, pp. 87-103.
- Ferrando, Francesca. “Posthumanism, Transhumanism, Anti-humanism, Metahumanism, and New Materialisms: Differences and Relations”. *Existenz*, vol. 8, núm. 2, 2013, pp. 26-32.
- Fight Aging! *Up to EUR 200,000 of Donations to LEV Foundation Matched During October*. Mayo de 2025 a 22 de agosto de 2025. <https://www.fightingaging.org/archives/2024/10/up-to-eur-200000-of-donations-to-lev-foundation-matched-during-october/>
- Future, Next Big. *Reviewing SENS Antiaging Work*. 17 de marzo de 2018 a 22 de agosto de 2025.
- García Pavón, Rafael. “Una visión hermenéutico-existencial de la bioética ante la innovación de la biotecnología”. *Bioética*. Luis Guerrero Martínez (coord.), Universidad Iberoamericana, 2018, pp. 23-73.
- Gates, Holly C. “Greenland Shark Lifespan and Implications for Human Longevity”. 2023. <https://louis.uah.edu/honors-capstones/802>
- GlobeNewswire. *SENS Research Foundation 2017 Year-End Fundraiser Achieves Over \$5 Million in Donations*. 16 de enero de 2018 a 22 de agosto de 2025. <https://www.globenewswire.com/news-release/2018/01/16/1290183/0/en/SENS-Research-Foundation-2017-Year-End-Fundraiser-Achieves-Over-5-Million-in-Donations.html>
- _____. *SENS Research Foundation Announces \$50 Million Project21 Campaign*. 12 de Julio de 2016 a 22 de agosto de 2025. https://finance.yahoo.com/news/sens-research-foundation-announces-50-130000386.html?guccounter=1&guce_re

ferrer=aHR0cHM6Ly93d3cuZ29vZ2xlLmNvbS8&gu
ce_referrer_sig=AQAAAFyh861vi8BL-lDnEFms8lh5Do-
3cew3FvmMqzoiz4Z4rvUaKfoF44tpsw2c53bZfPF3flg-
zajmkCgrao-Yj-drsjsxllbpjkes6YgrdfsQsUzTnwgwfBzrVa-
33gCzvKzjvwVmWyB5PvRLxmbB7K3-PxOjIFrrusqko-
yjoG4HF9P

Grandy, John K. "The Three Neurogenetic Phases of Human Consciousness: The Possibility of Transhuman and Posthuman Consciousness". *International Journal of Arts & Sciences*, vol. 7, núm. 2, 2014, pp. 381-394.

Harding, Sandra. "Postcolonial and Feminist Philosophies of Science and Technology: Convergences and Dissonances". *Postcolonial Studies*, vol. 12, núm. 4, 2009, pp. 401-421.

Instrumentl. *Longevity Escape Velocity Foundation – 990 Report*. 2023. 22 de agosto de 2025.

Lacey, Hugh. "Reflections on Science and Technoscience". *Scientiae Studia 10*, Special Issue, 2012, pp. 103-128.

Latour, Bruno. "On technical Mediation—Philosophy, Sociology, Genealogy". *Common Knowledge*, vol. 3, núm. 1, 1994, pp. 29-65.

Law, John y Annemarie Mol. "Situating Technoscience: an Inquiry into Spatialities". *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 18, 2000, pp. 169-184.

Lifespan.io. *Longevity Investor Network 2024 End of Year Update*. 19 de Mayo de 2025. 22 de Agosto de 2025.

Lifespan.io. *Longevity Investor Network*. s.f. de s.f. de s.f. 22 de Agosto de 2025. <https://www.lifespan.io/news/longevity-investor-network-2024-end-of-year-update/>

Linares, Jorge Enrique. "¿Por qué es necesaria una ética para el desarrollo y la investigación tecnocientífica?" *Adiós a la na-*

- turaliza. La revolución bioartefactual*. Plaza y Valdés, 2019, pp. 215-253.
- . “Las promesas y riesgos de la biología sintética”. *Adiós a la naturaleza. La revolución bioartefactual*. Plaza y Valdés, 2019, pp. 97-180.
- Live Forever Club. *SENS Annual Report 2024*. s.f. 22 de agosto de 2025. <https://liveforever.club/resources/sens-annual-report-2024>
- Longevity Technology. *LEV Foundation Launches €200 k Longevity Research Drive*. Diciembre de 2024 a 22 de agosto de 2025. <https://longevity.technology/news/lev-foundation-launches-e200k-longevity-research-drive/>
- López Baroni, Manuel Jesús. “Las narrativas de la biotecnología”. *Argumentos de Razón Técnica*, núm. 21, 2018, pp. 47-76.
- Marcovich, Anne, y Terry Shinn. “Regimes of Science Production and Diffusion: Towards a Transverse Organization”. *Scientiae Studia*, núm. 10, 2012.
- Melo, Eduardo O. *et al.* “Animal Transgenesis: State of the Art and Applications”. *J Appl Genet*, vol. 48, núm. 1, 2007, pp. 47-61.
- Moleschott, Jacob. *Der Kreislauf des Lebens*. (Reimpresión de la 5.^a ed. ampliada y revisada de 1875). Hansebooks, 2016.
- Next Big Future. *Reviewing SENS Antiaging Work*. 17 de marzo de 2019 a 22 de agosto de 2025. <https://www.nextbigfuture.com/2019/03/reviewing-sens-antiaging-work.html>
- Nielsen, Julius *et al.* “Eye Lens Radiocarbon Reveals Centuries of Longevity in the Greenland Shark (*Somniosus microcephalus*)”. *Science*, vol. 353, núm. 6300, 2016, pp. 702-704.

- Nordmann, Alfred. "The Age of Technoscience". *Science Transformed? Debating Claims of an Epochal Break*. A. Nordmann, H. Radder y G. Schieman (eds.). Pittsburgh University Press, 2011, pp. 19-30.
- Ocampo, Alejandro *et al.* "In Vivo Amelioration of Age-associated Hallmarks by Partial Reprogramming". *Cell*, vol. 167, núm. 7, 2016, pp. 1719-1733.
- Peña, Andrés Scott. "Mirada bioética del transhumanismo proyectado hacia la posthumanidad desde la transcomplejidad". *Miradas Transcomplejas*, vol. 2, núm. 1, 2022, pp. 81-92.
- ProPublica. *Form 990 Tax Data for LEV Foundation (2023): Revenue \$1,541,327; Expenses \$2,417,477*. 2023. 22 de agosto de 2025. <https://projects.propublica.org/nonprofits/organizations/832917968>
- Regalado, Antonio. *MIT Technology Review*. 16 de abril de 2025. 20 de junio de 2025.
- Rose, Hilary y Steven Rose. *Genes, células y cerebros. La verdadera cara de la genética, la biomedicina y las neurociencias*. Ediciones IPS, 2019.
- Servick, Kelly. "Not so dire". *Science*, vol. 388, núm. 6743, 2025, pp. 132-133.
- Sunder Rajan, Kaushik. *Biocapital: The Constitution of Postgenomic Life*. Duke University Press, 2006.
- Ugwu, Hilary. "Trans-biology and Biospheric Modification". *Ochendo: An African Journal of Innovative Studies*, vol. 1, núm. 1, 2020, pp. 137-152.
- Weber, Jutta. "From Science and Technology to Feminist Technoscience". *Handbook of Gender and Women's Studies*. Kathy Davis, Mary Evans y Judith Lorber (eds.) Sage, 2006, pp. 397-414.

La naturaleza como comunidad en la ética de Aldo Leopold

Nature as Community in Aldo Leopold's ethic

MÓNICA URIBE FLORES

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

uribe@ugto.mx

Resumen: Aldo Leopold es considerado el más influyente conservacionista estadounidense del siglo xx. En el libro titulado *A Sand County Almanac* (1949), Leopold propuso una ética ecológica, basada en el reconocimiento de la interdependencia que sostienen los miembros bióticos y abióticos de una comunidad, de la cual los seres humanos formamos parte. En este artículo se presentan las ideas de Leopold sobre la necesidad de desarrollar una ética de la tierra que trate las relaciones humanas con el resto de la naturaleza, bajo la expectativa de que una mayor conciencia ecológica contribuirá con la participación respetuosa de los humanos en la comunidad de la tierra.

Palabras clave: ética, ecología, interdependencia, comunidad, entorno natural.

Abstract: Aldo Leopold is considered the most influential American conservationist of the 20th century. In his book, *A Sand County Almanac* (1949), he proposed an ecological ethic based on the recognition of the interdependence of the biotic and abiotic members of a community, of which humans are a part. This article presents Leopold's ideas on the need to develop a land ethic that addresses human relationships with the rest of nature, with the expectation

that greater ecological awareness will contribute to respectful human participation in the land community.

Keywords: Ethics, Ecology, Interdependence, Community, Natural environment.

Recibido: 1 de agosto del 2025

Aprobado: 17 de septiembre del 2025

Doi: 10.15174/rv.vi18i37.869

Que la tierra es una comunidad, ese es el concepto básico de la ecología; pero que debemos amar la tierra y respetarla, eso es una ampliación de la ética.

ALDO LEOPOLD

La naturaleza es indisociable de la historia humana, pues de ella depende y dependerá siempre nuestra sobrevivencia. En concordancia con muchas de las inquietudes ambientales que se advierten en los ensayos del conservacionista estadounidense Aldo Leopold (1887-1948), considero indispensable reflexionar sobre las interacciones que como sociedades humanas tenemos con otras especies, con los entornos que habitamos y con todo aquello de lo que hacemos uso para alimentarnos, encontrar resguardo, trasladarnos y realizar las actividades que conforman tanto nuestra subsistencia como el desenvolvimiento de nuestra cultura. En la vida humana, incluso el esparcimiento y la apreciación estética, el cuidado de la salud o la interacción social, están colmados de nuestras prácticas, saberes e imaginarios respecto de la naturaleza. ¿Cuál es nuestro lugar en este complejo y vasto entramado de materia y energía? ¿Solemos otorgarnos

una posición relacional no jerárquica respecto de las especies no humanas? ¿Cómo podemos abastecernos, tener cobijo y, en general, subsistir y desplegar las posibilidades de la vida sin que ello conlleve violencia y devastación? Con estas preguntas a la vista, quisiera presentar algunas ideas de Leopold, biólogo y pensador reconocido en los ámbitos académicos de la filosofía ambiental y la ecología, principalmente.

La idea de un entorno en que la naturaleza se encuentra libre del impacto de las actividades humanas se ha ido desdibujando desde hace varias décadas. La urgencia de conocer, pensar y actuar para frenar el ascenso de la temperatura del planeta es indisoluble de las responsabilidades políticas y sociales que tienen todos los gobiernos del mundo y que desbordan, con mucho, la agencia moral de individuos y comunidades. No obstante, la escala cotidiana y muchas veces imperceptible de la vida de personas, familias, granjas, pueblos, barrios o ciudades, pone de manifiesto tanto la presencia como la ausencia de algún grado de preocupación ante el deterioro ambiental, así como de las prácticas derivadas de tal preocupación. En la dimensión de los entornos locales y de las personas que los habitan, Leopold propuso una ética de la tierra que pudiera desarrollarse con más largos y profundos alcances que los de las reglamentaciones, las políticas públicas o los avances de la tecnología. Dicha ética, eminentemente humana, habrá de reconocer las responsabilidades de nuestra relación con la tierra y nuestro lugar como miembros de una comunidad biótica en la que todos los miembros tienen derecho a la subsistencia. Cuando Leopold preparó la serie de escritos que se publicó en 1949 como *A Sand County Almanac* (*Almanaque de Sand County*), dedicó el ensayo “Una ética de la tierra” a presentar y defender la idea de que la ética debe extenderse más allá de los individuos y sociedades humanos. En la actualidad, los debates sobre los derechos de los ani-

males, al menos de los que están bajo cuidado humano, tienen ya una considerable historia, así como importantes logros. La ética que Leopold propuso, no obstante, apuntaba más allá de los animales domésticos y de los animales en general, pues los individuos y especies particulares no eran lo único que le preocupaba. Son las redes de relaciones entre individuos, especies y componentes no orgánicos lo que constituye la propuesta ética de Leopold. Podríamos decir que es una ética de ecosistemas o, usando sus términos, de comunidades. En sus escritos hay frecuentes alusiones a que nuestro interés por la tierra es principalmente económico, lo que propicia una atención selectiva a ciertos elementos de los entornos naturales. Como más adelante veremos, los intereses económicos promueven prácticas que, tarde o temprano, conllevan desequilibrios ecológicos. En este sentido, se puede reconocer el compromiso de Leopold con la conciencia ambiental, así como con las valoraciones y prácticas que les son consecuentes.

Leopold estudió, trabajó y reflexionó sobre los entornos silvestres y también sobre la naturaleza domesticada y familiar, en contraste con filósofos como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau o naturalistas como John Muir, quienes dedicaron su atención a la naturaleza indómita de los Estados Unidos. En sus escritos, Muir, Emerson y Thoreau ensalzan la vida silvestre y manifiestan un sentimiento religioso hacia la naturaleza que no ha sido domesticada. Aunado al carácter místico, la inmersión en un entorno natural tiene para estos autores un carácter estético acorde con la expectativa, marcada desde la filosofía del siglo XVIII, de contemplar desinteresadamente, sin fines prácticos o teóricos ulteriores. En Estados Unidos, durante la segunda mitad del siglo XIX la naturaleza indómita seguía siendo, como había sido para muchos artistas del romanticismo europeo, la gran maestra del espíritu humano. Aun cuando

Leopold respondía a las exigencias prácticas del uso de la tierra y a la consecuente necesidad de conservarla tan sana como fuera posible, es indudable que fue influenciado por el entusiasmo y la persistencia de autores como Muir y Thoreau, a quienes cita en sus escritos. En la primera parte del almanaque, por mencionar un ejemplo, Leopold afirma que Wisconsin debe a Muir el origen del cuidado de todos “los seres naturales, salvajes y libres” (*Una ética de la tierra* cap.1) La referencia aparece cuando cuenta sobre el derrumbamiento de un viejo roble partido por un rayo. El árbol había crecido en la granja adquirida por Leopold y, según su estimación, el primer anillo del tronco databa de 1865. La chimenea que calentaba la casa de la granja fue alimentada con leña obtenida de ese roble, a base de una poda cuidadosa. Quien tiene una granja, pensaba Leopold, está a salvo de creer que la comida viene de la tienda y el calor de la caldera. John Muir sabía también por experiencia propia lo que era la vida rural, pues creció en una granja de Wisconsin. Para ninguno de ellos cabía duda de que necesitamos recurrir a la naturaleza para nuestra subsistencia y desenvolvimiento. Muir fue de la vida rural a la vida silvestre, pasando por la Universidad de Wisconsin, en la ciudad de Madison. Leopold conoció los avatares y fortunas de la granja hasta que tuvo 48 años. Tras haber estudiado silvicultura en la Universidad de Yale y ejercido la profesión primero en el suroeste de Estados Unidos y posteriormente en Wisconsin, en 1935 adquirió una propiedad rural que había sido sobreexplotada. Junto con su familia trabajó en la restauración del suelo y la vegetación; el lugar se volvió para ellos un refugio. A lo largo de los años escribió notas sobre lo que sucedía a su alrededor, principalmente en la vida silvestre que se desarrollaba en la granja. Lo silvestre y lo cultivado no eran para él ámbitos opuestos, sino complementarios y, en muchos casos, coexistentes. Leopold, como señala Kohler, fue un

científico residente que pasó largas temporadas en el lugar que estudiaba o en el que intervenía como funcionario del servicio forestal. También podemos reconocer que, en su condición de propietario y habitante de una granja, su intervención en ella era a la vez una oportunidad para estudiar, observar y disfrutar. Digamos que fue un científico residente y un residente científico, lleno de curiosidad y admiración por la naturaleza, como puede advertirse en los textos de *A Sand County Almanac*.

Los estudios universitarios en manejo forestal eran muy recientes cuando Leopold era joven, pues fue apenas en 1900 que Gifford Pinchot y Henry Graves establecieron la primera escuela de silvicultura. Fue ahí donde Leopold estudió Gestión forestal entre 1905 y 1909. Pinchot fue una figura extremadamente influyente y un operador de la política de protección de bosques instaurada por el presidente Theodore Roosevelt quien, en 1905, creó el Servicio Forestal de Estados Unidos. Movidos en un primer momento por intereses comunes, los conservacionistas de principios del siglo xx tuvieron más tarde conflictos que se convirtieron en escisiones. Pinchot y Muir, cercanos durante una época y opuestos después, reflejan los dos enfoques reconocibles en el ambientalismo de entonces: el conservacionismo y el preservacionismo (Meine, "Conservation Biology"; Riechmann). El primer caso está representado por Gifford Pinchot, quien reflejaba la visión utilitaria de protección ambiental. Había que hacer un uso racional y eficiente, científicamente informado, de los recursos naturales, hasta entonces explotados sin conocimiento ni reglas. Pinchot sabía que la naturaleza, por vasta que fuera, no era inagotable; un manejo adecuado permitiría que futuras generaciones contaran con los recursos necesarios para continuar el desarrollo del país. El lado opuesto de la protección ambiental, identificada como preservacionismo, tenía la orientación espiritual y estética de autores como

Emerson, Thoreau y el propio Muir. No se trataba de optimizar recursos, sino de minimizar daños y de permitir que la naturaleza quedara tan indómita e intacta como fuera posible. Es claro que el enfoque antropocéntrico del conservacionismo contrasta con el enfoque biocéntrico del preservacionismo. Leopold se refería a sí mismo como conservacionista pero, como deja ver especialmente en “Una ética de la tierra”, la orientación que acabó por adoptar se acerca al preservacionismo.

Aldo Leopold egresó en 1909 como maestro en silvicultura y ese mismo año se incorporó al Servicio Forestal de EEUU. La formación académica de Yale tenía la orientación utilitarista de Pinchot. Como queda reflejado en la temprana escritura leopoldiana, la conservación de la naturaleza era importante porque los humanos necesitamos recursos para nuestras necesidades de alimento, cobijo, ropa, pero también para nuestras aspiraciones espirituales, entre las cuales están el esparcimiento y ¿por qué no? la contemplación estética. Había que optimizar los recursos naturales, hacer un uso racional de los mismos, para que nunca nos faltaran. El progreso material y social de la civilización estaría fundado en la ciencia y su aplicación; con ello, las formas tradicionales de relacionarse con la naturaleza, de hacer uso de la tierra, de los animales y las plantas, quedaron relegadas. Concretamente, los usos y costumbres, el pensamiento y la cultura de las poblaciones indígenas, no parecían tener cabida. Dominaba una visión tecnocientífica que no buscaba preservar tradiciones sino impulsar el proceso civilizatorio con la ilusión del progreso material.

La carrera de Leopold como profesional en gestión forestal inició en Arizona y Nuevo México. En su condición de funcionario de Estado, se ocupó de supervisar el manejo de bosques y de vida silvestre en una región con diversas poblaciones indígenas (Navajos, Pueblo, Apache). En aquellos años siguió

las políticas del Estado sin ser del todo inmune a lo que iba aprendiendo de los conflictos, diferencias, prácticas y creencias de los indígenas (Shilling). Con el tiempo maduró un espíritu crítico con respecto a su formación universitaria, a las políticas forestales, a las prácticas agrícolas, a la cacería y, en general, a la relación con la tierra. Sus estudios en manejo forestal, la pasión que desde niño tuvo por los animales silvestres, su afición a la caza, sus actividades como profesor y como investigador de campo, su pertenencia a múltiples organizaciones relacionadas con la protección y manejo de vida silvestre, dieron a Leopold habilidades, conocimientos y experiencias tanto placenteras como profundamente inquietantes. Algunas de ellas parecen haberse quedado en un terreno de reflexión marginal, mientras que otras, al cabo de un largo tiempo de asimilación y reconsideración, tomaron una forma reconocible en los escritos de *A Sand County Almanac*, su obra más conocida actualmente. Leopold empezó a trabajar en ella desde 1941 (Riechmann); esta obra concluye con el famoso ensayo “Una ética de la tierra”, cuya redacción completa corresponde a 1947 (Meine, “Moving Mountains”). Al año siguiente envió el manuscrito a la editorial de la Universidad de Oxford. Unos meses más tarde, la editorial le comunicó la aceptación del libro, que acabó por publicarse póstumamente pues, de manera inesperada, Leopold murió una semana después de la notificación de la editorial.

En una época de expansión de la maquinaria agrícola, Leopold observaba con preocupación que las rápidas alteraciones provocan desequilibrios y, en ocasiones, catástrofes como las grandes tormentas de polvo que azotaron una buena parte del territorio estadounidense en la década de los treinta.¹ Ante los

¹ Lutz Warren (1912-1977) ofrece un claro relato de la crisis ocasionada por las tormentas de polvo (fenómeno conocido como *Dust Bowl*), además de la

bruscos cambios ocasionados por la actividad humana, la naturaleza no tiene tiempo de encontrar las adaptaciones necesarias para autoorganizarse de nuevo. Para Leopold, esta brusquedad es violencia ejercida contra la naturaleza y, con ella, contra todo lo humano.

Leopold pensaba que la ciencia es indispensable para el manejo adecuado de los ecosistemas, pero que resulta insuficiente para asegurar que los humanos tengamos una relación prudente y respetuosa con la naturaleza. Para ello es preciso abandonar la creencia de que somos propietarios o conquistadores dispuestos a someter al mundo natural. Incluso la persona que posee un pedazo de tierra debería reconocer que, en realidad, más que una pertenencia, lo que tiene es un objeto precioso bajo su cuidado. Ante la naturaleza tenemos obligaciones y responsabilidades derivadas del uso que hacemos de ella. El oficio de Leopold era la gestión sostenible de los bosques, lo cual supone un enfoque instrumental de la conservación, orientada a la satisfacción de las necesidades humanas; no obstante, en su caso dicho enfoque no constituía una visión antropocéntrica de la tierra. La intención de extender la ética más allá de las sociedades humanas era, para la joven ecología de la época, completamente novedosa (Piccolo 1586).

Es importante advertir que el término que Leopold usa es *land* que, a diferencia de *earth*, no hace referencia al planeta tierra sino a los sistemas de vida que dependen directamente de los suelos. Podría considerarse que la propuesta de Leopold es restrictiva, pues no hay en ella un tratamiento de los ecosistemas marinos. Las competencias con las que contaba Leopold no permitían que hablara sobre los océanos, como tampoco

adversidad económica y la devastación ambiental de los años 30 en Estados Unidos.

habló sobre lo que no conocía de primera mano. Ello no impide que la conceptualización de una ética de la tierra (*land*) pueda entenderse, *a posteriori*, como una ética del planeta tierra (*earth*). En ambos casos, la afirmación y defensa de una nueva concepción de las responsabilidades humanas respecto del medioambiente como comunidad, conserva el sentido de la ética ambiental propuesta por Leopold.

Como es sabido, el teólogo alemán Fritz Jahr introdujo el término bioética en su artículo de 1927, publicado en la revista científica *Kosmos*. En él establecía un imperativo bioético: “Respetar a todo ser vivo como un fin en sí mismo, y trátalo coherentemente en tanto sea posible” (Jahr, en Roa-Castellanos y Bauer 102). Jahr sabía que la bioética no era un hallazgo de su época. En Europa, Francisco de Asís o Jean-Jacques Rousseau fueron ejemplos de consideración y amor hacia los animales y plantas. De acuerdo con Jahr, durante el siglo XIX Alemania recibió la influencia de tradiciones provenientes de la India, en las que priva la concepción del mundo unido orgánicamente. Leopold, por su parte, nunca habló de bioética.² Sus ideas y las de Jahr corrieron vidas paralelas y, aunque sus planteamientos y enfoques difieren en más de un sentido, ambos autores consideran indispensable el desarrollo de una ética incluyente de seres vivos no humanos. Como hemos visto, Leopold la extiende aún más al incorporar también a los elementos no vivos del medio ambiente y, sobre todo, al concebir sistemas enteros como objeto de consideración ética. Ya sea que trate de seres humanos o de la tierra entera, a toda ética le corresponde reconocer a cada indi-

² Cabe señalar que la ética de la tierra de Leopold inspiró al bioquímico estadounidense Van Rensselaer Potter quien presentó la Bioética como un puente entre ciencias y humanidades. Potter dedicó su libro *Bioethics Bridge to the Future* (1971) precisamente a Aldo Leopold (Roa-Castellanos y Bauer).

viduo como miembro de una comunidad que integra animales humanos y no humanos, plantas, suelos y agua. (Leopold, *A Sand County Almanac* 239).³ La idea de comunidad resulta crucial para entender el pensamiento de Leopold y para sopesar su relevancia en el ámbito de la ética ambiental. Una comunidad no es solamente un grupo de agentes bióticos y abióticos, sino una red de interacciones en la que no hay miembros irrelevantes, incluso si desconocemos cuál es su rol en el entramado de relaciones. Leopold sabía que nuestro conocimiento de los entornos naturales y de las interdependencias que en ellos se dan es limitado, pero que justamente por ello es preferible actuar con precaución. Dicho de otro modo, el que desconozcamos, por ejemplo, si la presencia de una especie es o no benéfica para otra lo que refleja es nuestro desconocimiento, no su escasa o nula importancia en la comunidad.

Según Leopold, las relaciones entre los humanos y la tierra constituyen la ética más abarcadora, pues en ella están incluidos todos los seres vivos y todos los elementos abióticos con los que están vinculados. La ética de la tierra no se ha desarrollado aún porque nos relacionamos con la naturaleza en términos estrictamente económicos (Leopold, *A Sand County Almanac* 238). Desde este ángulo, protegemos lo que nos parece económicamente valioso, y lo hacemos privilegiando nuestros intereses por encima de la sobrevivencia de individuos o especies particulares, lo cual compromete la estabilidad de la comunidad. El canto de las aves, las flores silvestres o incluso ecosistemas

³ Las referencias a los textos contenidos en *A Sand County Almanac* serán a la edición inglesa (Leopold, *A Sand County Almanac*), que tiene una sección tomada por los editores de otra publicación de Leopold. Solamente cuando se trate de una cita textual se tomará la edición española de Jorge Riechmann (Leopold, *Una ética de la tierra*).

enteros como pantanos o desiertos son ejemplos de eventos naturales sin valor de lucro; ¿carecen por ello de valor ecológico? La mentalidad económica propicia la eliminación de especies vegetales que a granjeros o silvicultores les parecen improductivas o menos rentables que otras, a las que darán prioridad. El árbol del que no se obtiene buena madera, la flor silvestre que no puede ser vendida, el árbol que crece demasiado lento para ser productivo y, ni se diga, los grandes depredadores que disminuyen la población de animales de caza, sencillamente estorban y son prescindibles para quienes, incapaces de verse como miembros de la comunidad, se consideran dueños de la tierra y sus habitantes. Si la mayoría de los seres vivos son de escasa utilidad económica ¿qué futuro hay para la biodiversidad y, con ello, para la salud de la tierra?

La ética que Leopold propone es un llamado a renunciar al antropocentrismo, pues los seres humanos somos tan sólo una especie entre otras. Como todas las demás, buscamos la subsistencia y la persistencia de nuestra especie; pero ¿por qué hemos de hacerlo de manera violenta, forzando transformaciones, explotando y exterminando? “Abusamos de la tierra porque la vemos como una mercancía que nos pertenece. Cuando pensemos en la tierra como en una comunidad a la que pertenecemos, podremos empezar a usarla con amor y respeto” (Leopold, *Una ética de la tierra* prólogo). El respecto al que Leopold aspira es hacia los individuos y hacia la comunidad como tal, pues una cosa no puede desligarse de la otra. Este es el enfoque propio de una conciencia ecológica y de la conservación entendida como “un estado de armonía entre los hombres y la tierra” (Leopold, *Una ética de la tierra* cap. 3). La ecología nos muestra que la estabilidad de la comunidad biótica depende de su integridad. La explotación de la tierra es incompatible con su estabilidad; el uso, alteración o manejo de la tierra como pretendida fuente de

recursos no debe conllevar la explotación. La comunidad biótica no está al servicio de los intereses humanos. Leopold sostiene que, además del uso que hacemos de la tierra, podemos y debemos preservar zonas silvestres, en el estado más natural posible.

En el pensamiento de Leopold es posible encontrar la convicción de que el conocimiento, la producción de bienes y servicios, la recreación y cualquier forma de relación con el entorno natural requieren de conciencia tanto ética como ecológica, así como de políticas y acciones consecuentes con tal conciencia. Tanto la educación como el sistema económico deben cambiar su rumbo. “Me resulta inconcebible que pueda haber una relación ética con la tierra sin amor, respeto y admiración por esa tierra, y una alta estima de su valor” (Leopold, *Una ética de la tierra* cap. 3). En esta afirmación Leopold introduce elementos afectivos y estéticos, como el amor y la admiración que, a diferencia del respeto, podrían parecer innecesarios para hablar de ética. Pero ¿necesitamos amar y admirar aquello con lo que nos vinculamos bajo parámetros éticamente aceptables? ¿No basta acaso con establecer una relación respetuosa con los miembros de la comunidad? En realidad, Leopold no supone que las consideraciones afectivas o estéticas sean una condición necesaria para que exista una ética de la tierra; lo que defiende es que nuestra relación ética con ella está impregnada de la fascinación y el aprecio que sentimos, al margen del beneficio personal o social que la tierra pueda brindarnos. Leopold llegó a proponer que la apreciación estética impulsa el desarrollo de la relación ética con la tierra. Sobre ello volveré más adelante.

Los términos que enlazan la ecología y la ética son los de comunidad e interdependencia, que se implican mutuamente. El concepto de comunidad tuvo su auge en los años 20 del siglo pasado. En ello fue crucial el trabajo del zoólogo británico Charles Elton a quien Leopold conoció a principios de la

década de los 30. Para Elton, todo organismo tiene un rol en la comunidad. De acuerdo con Flader y Callicott, el paradigma ecológico se movió entonces del modelo de naturaleza como organismo al de naturaleza como sociedad. Sin embargo, el concepto de ecosistema, introducido por el botánico Arthur Tansley en 1935, probó ser un término técnicamente más útil que el de comunidad. Tansley consideraba que tanto organismo como comunidad tenían un carácter metafórico, por lo que propuso el de ecosistema, inspirado en la física; este nuevo tecnicismo era “una alternativa completamente abstracta y científicamente madura” (Flader y Callicott 7; la traducción es mía). Sin duda, en un ecosistema se identifica la interdependencia de los elementos que lo conforman, sin que ello suponga un compromiso ético, como sí lo supone el concepto de comunidad como lo emplea Leopold. Los ecosistemas son locales, por vastos que sean. La idea leopoldiana de comunidad no delimita territorios ni temporalidades; puede por ello objetarse que es una noción vaga y poco funcional en términos científicos. Pero justamente es por la amplitud por lo que Leopold parece haber apostado. No sabemos dónde ni cuándo empiezan o terminan las relaciones de interdependencia; lo que sabemos —en la actualidad con mayor claridad y alcance que en la época de Leopold— es que los seres humanos impactamos en la comunidad de maneras que escasamente podemos prever. La interdependencia de la que habla Leopold incluye modos de interacción basados en la necesidad: un ave necesita un árbol para anidar; un suelo fértil necesita agua y aire. Sin embargo, siguiendo la interpretación de Millstein (2024), hay otras formas de interdependencia, como la vulnerabilidad. Lo que los miembros de una comunidad hacen o dejan de hacer tiene impacto sobre la estabilidad o fragilidad de miembros bióticos y abióticos de la comunidad.

Como hemos visto, la ética de la tierra habrá de desarrollarse bajo la misma premisa de la ética de las interacciones humanas: todos y cada uno de los individuos somos miembros de una comunidad cuyas partes dependen unas de otras (Leopold, *A Sand County Almanac* 239). Podríamos decir que hasta la roca más inerte es miembro de la comunidad biótica. El sol mismo, inalcanzable e inalterable, participa en la comunidad, pues sin la energía solar la vida no sería posible. Leopold no menciona el sol cuando enlista a los miembros de la comunidad, pero sí lo implica al explicar la dinámica de una pirámide biótica: las plantas absorben la energía solar; la energía fluirá en toda la pirámide, cuya base es el suelo, en el que crecen las plantas, que alimentan a los insectos y otros herbívoros; los insectos alimentan a las aves y roedores, que a su vez alimentan a los carnívoros, ubicados en el nivel superior de la pirámide. Esta pirámide trófica muestra una de las formas de interdependencia más notables entre miembros de una comunidad: la obtención de nutrientes y de energía para procesarlos.⁴ En cada ecosistema, las plantas y animales nativos son cruciales para el funcionamiento de la pirámide. Aunque a corto plazo la ausencia de especies nativas pueda pasar inadvertida, tarde o temprano aparecerá el efecto de su eliminación. Leopold sabe que los seres humanos somos, con mucho, los principales responsables del desplazamiento, disminución o extinción de especies nativas. Las interacciones entre miembros de una comunidad biótica no son hechos aislados, pues el tejido de la comunidad se extiende

⁴ Se extraña, desde luego, la inclusión de bacterias y hongos, tan importantes para el suelo. Leopold hace muy escasa referencia a microorganismos y hongos. En un artículo periodístico de 1942 admite que la ciencia sabe que existe una comunidad de bacterias, insectos y hongos debajo de la tierra, pero que el conocimiento sobre estos organismos es incipiente (Leopold, "The Last Stand" 293).

en el espacio y el tiempo —el largo tiempo de la evolución—. Como antes mencioné, puede ser que en muchos casos no sepamos en qué consisten las interacciones, pero sabemos que hay interdependencia. Tal como entiendo la propuesta de Leopold, las valoraciones y prácticas que buscan fundarse solamente en el conocimiento científico resultan insuficientes a la luz de las limitaciones de lo que sabemos. Es preciso que se acompañen de una noción extendida de respeto y afecto por la comunidad y cada uno de sus miembros, que nos lleven a evitar posibles daños. Leopold considera indispensable que seamos prudentes y que actuemos con cautela cuando las certezas son escasas.

De acuerdo con Flader y Callicott, el término “ética de la tierra” hizo su primera aparición en una conferencia de 1935 titulada “Patología de la tierra” (*Land Pathology*). En ella Leopold hablaba también de una consideración estética de la tierra. En el campo se ha abusado de la maquinaria en muy poco tiempo y el “uso estético” se ha escindido del “uso económico”. Mientras que en las ciudades hay cierta cultura estética, el campo parece haber perdido el sentido de lo bello y muchos propietarios rurales no muestran interés más que por lo que puede proporcionarles una ganancia económica.

Leopold consideraba que hay tres condiciones para que pueda surgir una ética de la tierra. La primera es la protección del interés público en tierras privadas; los propietarios son en realidad custodios de la tierra y sus valores, tanto económicos como estéticos. En virtud de que tales valores son públicos, los propietarios tienen la responsabilidad social de cuidar la tierra (Leopold, “Land Pathology” 217). La segunda condición es la renovación de la estética de la tierra en la cultura rural. Y la tercera, ya en marcha, consiste en la implementación y perfeccionamiento de prácticas de recuperación ambiental (Leopold, “Land Pathology” 215). La ética de la tierra, como la empe-

zaba a pensar Leopold desde entonces, provenía de la aplicación adecuada del conocimiento y de lo que podríamos llamar una “nueva sensibilidad” social y personal, ética y estética a la vez. Su comprensión de lo estético es intuitiva y, digamos, coloquial, más que filosófica, lo cual no impide que encontremos una genuina reflexión respecto del lugar que ocupa lo estético en la vida humana. La apreciación y el goce que tenemos de los entornos naturales parecen ser para Leopold impulsos primigenios, tan inmediatos que no requieren justificación alguna. Si seguimos el hilo de lo que plantea, es posible trazar esta analogía: así como una parcela puede ser despojada de la flora y la fauna nativas, el sentimiento estético también puede ser desplazado por el interés económico. En la conferencia sobre la patología de la tierra, Leopold propone conciliar utilidad y belleza. Si bien algo útil no necesariamente es bello, y algo bello no necesariamente es útil, la idea de Leopold es que una cualidad no excluye la otra. Sin embargo, cabría preguntar si en algún momento la utilidad deja de ser una pauta antropocéntrica. La única respuesta que podemos ofrecer es que, a la luz de las nociones ecológicas que cada vez tomarán más fuerza en el pensamiento leopoldiano, lo que es útil para los humanos no debe serlo a costa del daño a la comunidad biótica. Un entorno rural sano, aunque manejado por los humanos, tendría entonces que exhibir diversidad e integridad y, de este modo, manifestar la belleza natural. Hasta aquí, la inclusión de la belleza resulta muy razonable y sugerente. Ahora bien, ¿no puede la expectativa de belleza tener consecuencias desfavorables o hasta perturbadoras para nuestra relación con la tierra? Llevemos la preocupación de Leopold respecto de los intereses económicos al campo de la apreciación estética. Difícilmente podríamos decir que todos los miembros de la comunidad cumplen con los cánones de belleza dominantes. ¿Qué haremos —o que hacemos— en el

jardín con los insectos que nos disgustan o a los que tememos, sin saber siquiera si son o no peligrosos para nuestra integridad? ¿Cómo elegimos la fruta que comemos? ¿Qué dejamos fuera y que enmarcamos en el recuadro de nuestras preferencias? A la luz de la propuesta ética de Aldo Leopold, parece que la belleza, como categoría estética positiva, tiene una peculiar fuerza en la conciencia ambiental, siempre y cuando no quede restringida a una noción ornamental y complaciente. La belleza de la que Leopold habla es la que manifiesta la integridad de la comunidad y sus miembros. En este sentido, no puede entenderse como una cualidad aislada, sino eminentemente relacional.

Leopold no ofrece una conceptualización que permita identificar qué entiende por belleza. Lo que sí presenta es la implicación entre la integridad de la comunidad biótica y su belleza. El sentido de la ética de la tierra me lleva a pensar entonces en una estética del entorno natural atravesada por la bioética ambiental de corte leopoldiano, en la que la comunidad y la interdependencia abren la posibilidad de apreciar la naturaleza como un complejo entramado. A mi juicio, tal apreciación habría de convocar también a la inquietud, el desasosiego, incluso el terror ante el desequilibrio o la vulnerabilidad de la integridad de la comunidad biótica, pues la admiración y el gozo ante la belleza no son lo único posible o relevante en la relación estética con la naturaleza. La sensibilidad estética no sería previa a la ética ni lo contrario; tendríamos, en cambio, un circuito en el que ambas se retroalimentan y que nutren la comprensión de la naturaleza como comunidad.

Referencias

- Flader, Susan y Baird Callicott. "Introduction". *The River of the Mother of God, and Other Essays by Aldo Leopold*, Wisconsin University Press, 1991, pp. 3-31.
- Kohler, Robert E. "Paul Errington, Aldo Leopold, and Wildlife Ecology: Residential Science". *Historical Studies in the Natural Sciences*, vol. 41, núm 2, mayo 2011, pp. 216-54.
- Leopold, Aldo. *A Sand County Almanac. With Essays on Conservation from Round River*. Oxford University Press, 1966.
- _____. *Una ética de la tierra*. Catarata, 2017.
- _____. "The Last Stand". *The River of the Mother of God, and Other Essays by Aldo Leopold*, Susan Flader y Baird Callicott (eds.), University of Wisconsin Press, 1991, pp. 290-294.
- _____. "Land Pathology". *The River of the Mother of God, and Other Essays by Aldo Leopold*, Susan Flader y Baird Callicott (eds.). University of Wisconsin Press, 1991, pp. 212-217.
- Lutz Warren, Julianne. *Leopold's Odyssey*. Island Press, 2016.
- Meine, Curt. "Conservation Biology: Past and Present". *Conservation Biology for All*, Navjot Sodhi y Paul Ehrlich (eds.). Oxford University Press, 2010, pp.7-26.
- _____. "Moving Mountains. Aldo Leopold and *A Sand County Almanac*". *Aldo Leopold and the Ecological Conscience*, Richard L. Knight y Suzanne Riedl (eds.). Oxford University Press, 2002, pp. 14-27.
- Millstein, Roberta. *The Land is our Community. Aldo Leopold's Environmental Ethic for the New Millenium*. The University of Chicago Press, 2024.

Piccolo, John. "Celebrating Aldo Leopold's land ethic at 70", *Conservation Biology*, vol. 34, núm 6, mayo 2020, pp. 1586–1588.

Riechmann, Jorge. "Introducción". *Una ética de la tierra*. Catarata, 2017.

Roa-Castellanos, Ricardo y Cornelia Bauer. "Traducción de los Textos Sobre el Imperativo Bioético y la Biopsicología de Fritz Jahr (1929-1933)". *Revista Latinoamericana de Bioética*, vol. 9, núm. 2, julio-diciembre 2009, pp. 92-105.

Shilling, Dan. "Aldo Leopold Listens to the Southwest." *Journal of the Southwest*, vol. 51, núm. 3, otoño 2009, pp. 317-50.

UNA VISIÓN ESCLARECEDORA Y CRÍTICA DE LA BIOÉTICA

PAULINA RIVERO WEBER,
INTRODUCCIÓN A LA BIOÉTICA.
DESDE UNA PERSPECTIVA
FILOSÓFICA, MÉXICO, FONDO
DE CULTURA ECONÓMICA
/ UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO /
PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
BIOÉTICA, 2021.

El libro que aquí se reseña presenta un panorama muy esclarecedor acerca de lo que es la bioética y sus problemas más urgentes. Paulina Rivero Weber, siempre con espíritu crítico y con una claridad que se agradece, nos ofrece este texto para adentrar en la bioética a todo aquel que se quiera aproximar no desde un enfoque específico como el de la medicina o las ciencias ambientales, sino desde una visión más fundamental, incluso más originaria, como es la filosofía.

Desde el prólogo, Rivero nos sitúa frente al problema que justifica la redacción de este libro: la falsa creencia de que la bioética

surgió al margen de la filosofía y que sólo posteriormente ambas disciplinas (como si fueran saberes separados) formaron un vínculo, cuando toda bioética es, antes que nada, una ética. La ética, por cierto, no es lo mismo que la moral, aunque también suele haber confusiones al respecto.

En efecto, ante una ciencia compuesta de muchos saberes, en la introducción se describe el papel que juega la filosofía en la bioética, no enfocándose en un objeto específico, sino abarcando una perspectiva panorámica que sólo su posición teórica puede ofrecer, encontrando aquello que es común dentro de la diversidad. Por lo mismo, una cuestión muy importante en la que Rivero pone especial énfasis es en la laicidad que debe caracterizar a toda bioética, pues de otra forma ya estaríamos minando la posibilidad de diálogo y apertura racionales. “Una bioética que no sea laica simplemente no es bioética” (23).

A continuación, en el primer capítulo, se aborda la relación

entre los conceptos de *vida*, *ética* y *bioética*. De entrada, el ámbito donde vida y ética confluyen es justamente la bioética, de manera que esta última puede entenderse como la disciplina que “se ocupa de la vida en todas sus diferentes manifestaciones” (33). Para alumbrar esto, hay dos filósofos que, de acuerdo con Rivero, son especialmente importantes para la bioética aun cuando no usaron expresamente tal término. El primero de ellos es Nietzsche, para quien la vida es ese “torrente de fuerza que se transfigura en forma artística” (42). A diferencia de Sócrates, quien creía que una vida es valiosa sólo cuando puede ser examinada (esto es, reflexionada), Nietzsche nos invita a establecer un parámetro de valoración ética que se base en el grado en que un acto es generador y procurador de vida, así como a estimar en su justa dimensión el poder regulador de los instintos.

El segundo filósofo al que Rivero se refiere es Heidegger, quien describió una estructura de pensamiento humano a partir de la cual nos relacionamos

técnica e instrumentalmente con el mundo (*Ge-stell*), valorando a otros seres sólo en la medida en que cumplen una función útil, desechándolos en cuanto dejan de servirnos, impidiéndole así a cada ser su derecho a existir, a ser un ser en sí mismo. Es lo que llamó “el olvido del ser” (55) y la tecnología es síntoma de ese olvido, pero también, al mismo tiempo, la que puede salvar al planeta; todo depende de la ética y el sentido con los que se conduzca.

Una vez abordados estos dos importantes referentes filosóficos, Rivero retoma otras dos figuras fundamentales para el nacimiento de la bioética como ciencia independiente. Si bien, es Van Rensselaer Potter a quien se le atribuye el cuño de la palabra *bioética* en 1970, y con ello el origen mismo de la disciplina, Rivero nos recuerda que fue Fritz Jahr el primero en usarla en 1927 para describir aquella ética de inspiración kantiana que propusiera el respeto por todo ser viviente, de tal suerte que del imperativo categórico pasemos a

un “imperativo bioético” (63). El problema con Potter es, para Rivero, que su consideración bioética no dejó de ser antropocentrista, por un lado, y, por otro, que, al ser un científico, la medicina terminó por confundir a la bioética con la ética médica, confusión que hasta nuestros días prevalece.

Luego, en el segundo capítulo, Rivero nos habla del estrecho vínculo que guarda el *humanismo* con el *antropocentrismo*, así como estos dos con el concepto de *persona*. De inicio, nos recuerda el carácter casi sagrado de la palabra humanismo, pero acto seguido nos sugiere desmitificarla dado el sentido antropocéntrico que contiene. En lugar de pensar que “nada humano me es ajeno”, donde se asume que sólo lo humano se siente como propio, la autora nos anima a pensar con mayor sensibilidad y empatía todo lo que nos rodea, seres vivientes y no vivientes (como los ríos o el aire), pues todos son elementos que sostienen la vida, tal como lo concibió el *daoismo*. Entonces, más que en un huma-

nismo, Rivero propone pensar en términos de un “ecocentrismo ontológico” (80-81), donde nada de lo que existe nos sea ajeno.

Por otra parte, la autora nos habla del significado de ser persona. Contrariamente a lo que se piensa, la raíz etimológica de persona no tiene su origen en la máscara, sino, más concretamente, en la función que las máscaras cumplían en el teatro griego, que era la de ser una especie de altavoz para que el actor pudiera ser escuchado mejor por el público (per-sona, *personare*, “hacer sonar”). Por tanto, la palabra persona tiene el sentido de “aquel que tiene voz”, de “aquel que se hace escuchar” (83). Es decir, persona es aquella que tiene capacidad de expresarse –con lo que adquiere personalidad– y que está más allá de una pura clasificación biológica como la de “humano”: “Un embrión humano *es humano*, pero no es persona. Un animal no humano *no es humano*, pero *es una persona* si tiene una personalidad propia”, afirma Rivero (86).

En el tercer capítulo se señalan *los problemas más urgentes* a los que está llamada a atender la bioética. El primero de ellos es la diferencia entre la *agresión* y la *violencia*, estableciendo con ello una correspondiente comparación entre una moral animal y la ética humana. A diferencia de los animales, que pueden agredir para defender su territorio o a su manada, el hombre violenta sin sentido evolutivo o de supervivencia, destruyendo todo lo que toca. El animal posee instintos que regulan su conducta, adquiriendo normas de comportamiento para no aniquilarse entre sus miembros; en el hombre, en cambio, esos instintos naturales han desaparecido, enfermándolo y enajenándolo respecto del mundo al que pertenece.

Posteriormente Rivero aborda los problemas del *especismo* y el *cambio climático*. Y es que para nuestra autora el primero es la causa del segundo. Al no respetar la vida de otras especies tampoco respetamos sus hábitats, con lo que hemos alterado el equilibrio de los territo-

rios y de ecosistemas completos. Cuestionando visiones como las de Descartes y Spinoza, Rivero considera, siguiendo a Darwin, que los seres humanos no somos en absoluto superiores a ningún otro animal, por lo que su explotación debe ser seriamente cuestionada, especialmente cuando se hace con medios crueles y contaminantes, como suele ser el caso de la industria cárnica.

Los dos siguientes problemas que aborda Rivero son los del *aborto* y la *eutanasia*, frente a los cuales nos sentimos llamados a invertir ciertos valores; la pertinencia de la noción de *muerte digna* y el *juramento hipocrático* son algunos de ellos. Asimismo, apelar a la *calidad de vida* por encima de una vida colmada de carencias y sufrimientos es una consideración de lo más necesaria. De este modo, un diálogo que se base en argumentos razonados antes que en creencias religiosas y discursos que sólo buscan el poder, es indispensable para liberarnos de las estructuras morales que oprimen, así como para reformular leyes y políticas

públicas más justas y equitativas. Por todo esto, Rivero considera que es más pertinente adoptar una *ética de las consecuencias* antes que una de *principios*.

Los dos últimos problemas tienen que ver con grupos vulnerables, a saber, los *viejos* y las personas con *discapacidad*. En el primer caso, entabla un fructífero diálogo con Simone de Beauvoir y Norberto Bobbio, mientras que en el segundo parte del relato *El país de los ciegos*, de H. G. Wells. En general, nuestras perspectivas de la vejez y la discapacidad dependen mucho de las condiciones socioeconómicas y culturales donde se suscitan. Para un viejo, por ejemplo, no es fácil vivir la senectud en un mundo que valora la productividad y la eficiencia por encima de todo, pero más aún donde no hay condiciones económicas adecuadas para el retiro. Algo similar puede decirse de la discapacidad. En este sentido, Rivero señala la riqueza que encierra la palabra viejo, por una parte, y, por otra, reconoce que, si bien la palabra discapacidad no es la adecuada,

también es cierto que es la única posible cuando una sociedad no otorga las condiciones necesarias para que una persona con *capacidades diferentes* pueda desenvolverse cómoda y adecuadamente en su entorno.

Finalmente, en el epílogo, Rivero recurre a la noción de *compasión* para recordarnos que todos, animales humanos y no humanos, somos seres sintientes, capaces de experimentar dolor y placer, razón por la cual requerimos adoptar formas de vida más respetuosas con el entorno, con los hogares de otras especies, con sus hábitats: “sólo una comprensión honesta de la *compasión* y actuar en consecuencia podrán salvar la vida de nuestro planeta”, sentencia Rivero (174).

A lo largo de este libro y siempre en diálogo con los filósofos de la antigüedad clásica, Rivero ha tenido el acierto de trazar diversas fronteras donde tradicionalmente no las ha habido en bioética; pero, al mismo tiempo, lejos de pretender arrojar certezas definitivas, la autora nos deja la tarea de repensar ciertos supues-

tos que hasta hoy han pasado por incuestionables. Con el espíritu nietzscheano que siempre la acompaña, ese mismo que, con mirada genealógica, valoró ante todo la vitalidad y el júbilo dionisiacos, Rivero nos invita a sospechar de muchos de los valores que hoy sostienen la bioética, no

para derrumbarlos sin más, sino para darles un nuevo sentido y significado.

JAIME TRUEBA CÉSAR
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

EL CATALEJO ARISTOTÉLICO:
TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL DE UN
TRATADO BARROCO DE RETÓRICA
Y POÉTICA

EMANUELE TESAURO, *El*
CATALEJO ARISTOTÉLICO, RAQUEL
BARRAGÁN AROCHE, FERNANDO
IBARRA CHÁVEZ, ANDRÉS ÍÑIGO
SILVA (EDS.), FERNANDO IBARRA
CHÁVEZ (TRAD., NOTAS
E ÍNDICES), México,
Universidad Nacional
Autónoma de México /
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
FILOLÓGICAS, 2024.

El *Cannocchiale aristotelico* (Torino, 1654) es un extenso tratado de retórica, poética y emblemática barroca en la que el jesuita italiano Emanuele Tesauro expone y condensa una teoría del ingenio (*acutezza*) como instrumento del arte y el conocimiento, cercana en tiempo y afín en temática a la *Agudeza y arte de ingenio* (Madrid, 1642) de Baltasar Gracián. Desde su título, que alude al telescopio como metáfora de la búsqueda del entendimiento basada en las obras de Aristóteles

—cuya retórica y poética comenzaba a obtener mayor aplicación en el Barroco frente al Humanismo latino (petrarquista y horaciano)—, Tesauro propone que la agudeza es una herramienta óptica del espíritu, capaz de revelar conexiones ocultas entre las ideas, como el telescopio revela mundos distantes. Su empresa era sin duda ambiciosa y se nota a primera vista tan sólo por la extensión, pues buscaba con múltiples ejemplos y categorías construir una ciencia del ingenio que sistematizara las distintas formas de crear agudezas literarias, clasificándolas en géneros y especies como le hubiera gustado al estagirita: metáforas, antítesis, paradojas, hipérboles, alegorías y juegos de palabras, entre otras opciones. Cabe recordar que para entonces el ejercicio de la poesía se basaba sobre todo en la *imitatio auctorum* más que en el apego a manuales, por ejemplo, en su *Gerusalemme liberata*, Torquato Tasso no consultó directamente la manualística para su composición sino que imitó los modelos previos, tanto de la

épica clásica (Virgilio) como sus antecedentes italianos (Ariosto), pues tan sólo por ser parte de la tradición se imponían como autoridades probadas de ser emuladas. El propósito de Tesauro era, entonces, al contraponerse a la estética renacentista, echar mano de un Aristóteles barroquizado en el que las figuras retóricas y poéticas funcionaran como mecanismos literarios para conceptualizar el discurso por medio del lenguaje metafórico y, por su dimensión enciclopédica, ser una obra de consulta más que preceptista en un sentido estricto. A lo largo del tratado, Tesauro recopila ejemplos tomados de la literatura antigua que sirven para ilustrar sus tesis y procedimientos discursivos. A pesar de su importancia y su fortuna como referente del Barroco, el *Cannocchiale aristotelico* aún ofrece líneas de investigación en otras tradiciones literarias fuera de la italiana, concretamente en la hispánica y en la novohispana, por lo que se adeudaba una traducción al español con rigor filológico y, afortunadamente,

ha sido en México y en el seno de la Universidad Nacional donde se concretó este proyecto de amplios alcances y horizontes.

Así pues, la publicación que ahora es objeto de nuestra atención constituye la primera traducción al español de la amplia obra de Tesauro, ejecutada desde un punto de vista filológico. En 1741 el fraile agustino Miguel de Sequeyros la había trasladado ya al castellano, pero esta versión estaba censurada y transformada en atención del horizonte de recepción hispánico del traductor, ante el cual incluso en ciertos pasajes se sustituyeron autores italianos por españoles (7), de modo que resultaba necesario realizar una traducción crítica del texto con el fin de poder contar con un material adecuado para apoyar investigaciones en torno a la poética y retórica del Barroco europeo y, asombrosamente, a la proyección de Tesauro en América. Un proyecto de esta magnitud, por lo tanto, sólo podía gestarse en el marco de una colaboración interdisciplinar, como bien se hace notar

con los numerosos participantes de diversas áreas de la filología clásica, hispánica e italiana que se ocuparon de actividades específicas del volumen, entre editores, traductores y revisores, para dotar a esta edición de varios aspectos fundamentales: la traducción del italiano al español, la traducción de una inmensa cantidad de citas latinas también vertidas a nuestro idioma y puestas en notas al pie, así como de dos apartados, uno bibliográfico y otro de índices.

Estructuralmente, este volumen contiene un estudio preliminar dividido en dos partes, de las cuales la primera (31-44) presenta una semblanza biográfica muy bien documentada debida a Sharon Suárez Larios, mientras que la segunda (45-62) es un ensayo introductorio que, de la pluma de Fernando Ibarra Chávez, explica los contenidos y las características de la obra de Tesauro, como un texto dedicado para dar la información elemental con la cual el lector pueda emplear, durante la consulta de la traducción, las claves

hermenéuticas para comprender el objetivo de escritura y sus diferentes aplicaciones, en cuanto suponía un manual sobre retórica y poética barroca del cual echaron mano otros autores para sus composiciones y formulaciones simbólicas. Se agrega un catálogo de bibliografía básica (63-72) para así mostrar los estudios hasta ahora realizados sobre el *Cannocchiale*. Seguidamente, aparece la traducción al español (75-828) realizada por Fernando Ibarra siguiendo la edición de 1670 y revisada, según refieren al inicio del volumen, por un grupo de académicos que se reunían continuamente para dicha actividad en el marco del Seminario de Estudios Literarios del Siglo de Oro (SELSO), promovido por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Tras la traducción del texto, se incluyen dos índices sumamente útiles: el primero (845-848) enlista motes en objetos simbólicos, emblemas y empresas —es decir, el inicio de sentencias en latín o italiano para localizarlas fácilmente en el cuerpo del texto—; el segundo

(849-871) es un amplio repertorio onomástico de personajes literarios, históricos y míticos que facilita hallar, por ejemplo, las variadas fuentes y el imaginario cultural de Tesauro.

Además, la publicación de esta traducción académica supone no sólo un rescate en sí mismo para analizar la obra de Tesauro desde el escenario europeo, sino una oportunidad de generar nuevas investigaciones, particularmente relativas a la influencia y aprovechamiento que pudo haber tenido en la cultura virreinal, asunto que en realidad no ha sido explorado todavía desde la literatura o la historia novohispana, pues de hecho no sólo literatos y poetas acudieron a tales manuales en busca de recursos de invención, sino también historiadores, eclesiásticos y predicadores, por ejemplo, según el catálogo de la asociación *Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México* (ADABI) hay registro de algunos ejemplares del *Cannocchiale*, siempre en la traducción de Sequoyros (1741), en bibliotecas sobre todo conventuales de Oa-

xaca, Zacatecas, Puebla, Guanajuato, Durango y Querétaro. Los editores mencionan (11) que esta traducción del setecientos circuló en México en cuatro conventos por los ejemplares ahora resguardados en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Agregan (10-11) que dos traducciones castellanas se realizaron en Nueva España, la de Francisco de los Ríos y la de Pedro Alcántara Vázquez, de las cuales sólo la del último se conserva en manuscrito en el mismo repositorio universitario mexicano (BNM Ms. 1651). Esto significa que la impronta novohispana del manual de Tesauro existió y es ahora un terreno fértil para indagar en qué formas discursivas y en comunión con qué ideas se utilizó.

En efecto, en el Fondo Franciscano de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (México) hallé un documento manuscrito en latín que actualmente estoy trabajando (paleografía, edición y traducción), consistente en un breve tratado de retórica y poética separado en dos volú-

menes (vol. 157, ff. 19r-22v; vol. 164, ff. 316r-324v), cuyo título reza *De arte simbólica*, compuesto por el franciscano Fernando Antonio de Ortigosa quien se había inspirado –así lo hace constar en el propio documento (*“Artis Simbolici Lapidarii que compendium ex Comitibus Emanuelis Tesauri floribus constructum”*, vol. 157, f. 19r)– en el *Cannocchiale*. Así pues, este franciscano novohispano, del que apenas se conocen datos biográficos, redactó dos sermones impresos en México, en 1753 y 1756 respectivamente, de manera que resulta ilustrativo que Ortigosa haya compuesto un opúsculo de retórica y poética, posiblemente con miras a servir de texto didáctico para los novicios de su Orden, con lo cual el motivo de la escritura de este texto respondía a una necesidad relacionada con la enseñanza y la práctica de componer sermone; por ello, sería posible considerar la influencia de Tesauro algunos círculos regulares de la Nueva España, pues la mera existencia y composición de semejante escrito acusa la demanda por parte de

un grupo interesado, en este caso particular, sus hermanos franciscanos, quienes de hecho fueron, por excelencia, los evangelizadores del Nuevo Mundo; pero que el documento esté redactado en latín significa que el público objetivo habría sido uno culto, no la población civil que naturalmente no contaba con conocimientos del idioma ni tampoco la agudeza para reconocer un lenguaje retórico barroquizado como el que Tesauro enseñaba a fabricar.

En suma, esta publicación supone no sólo una aporte por ser la primera traducción completa al español y crítica de una obra de profundo interés para los estudiosos de las distintas disciplinas filológicas y humanísticas, como la historia, la filosofía, el derecho, la teología, pues durante esos siglos tanto en Europa como en América la retórica y la poética desempeñaban un rol instrumental crucial en la composición de discursos y piezas varias dotadas de agudezas del ingenio y del lenguaje; asimismo, además de que la traducción es

en sí misma un producto inmensamente valioso porque acerca en español a los interesados en estas áreas la obra de Tesauro, también facilita y propicia una nueva serie de estudios desde el ámbito estrictamente hispánico hasta el novohispano, ya que resta por descubrir hasta qué punto el *Cannocchiale aristotelico* tuvo influencia y aplicación en las artes retóricas y poéticas de la cultura virreinal —a la que se le apreciaba más bien la impronta humanística y renacentista europea—,

cosa que hasta ahora ha quedado prácticamente inexplorada y representa una oportunidad de hallar y atesorar en México constelaciones inesperadas gracias a la visión otorgada por un catalejo que busca racionalmente enfocar el pensamiento simbólico y metafórico del ser humano.

GENARO VALENCIA

CONSTANTINO

UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD PANAMERICANA

EDICIÓN Y POESÍA
DE LAURA MÉNDEZ DE CUENCA

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA,
POESÍA, ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ
(ED.), XALAPA, UNIVERSIDAD
VERACRUZANA, 2024.

El polémico Harold Bloom solía traer a su memoria una discusión con el formalista L. C. Knights, quien consideraba absurdo tratar a los personajes de Shakespeare como creaturas vivas. En la anécdota de Bloom, la postura del académico pretendía evidenciar el olvido de medio siglo de teoría asimilada en nuestras universidades, e igualmente exhibir el consabido error de confundir el terreno de la ficción con el mundo afuera de la página; una postura que siempre me ha parecido similar a la de quienes acusan la incongruencia de las interpretaciones filológicas de la poesía, cuando denuncian el atrevimiento de intentar reconstruir la vida de los poetas a través de sus obras. A Bloom, siempre abierto a la disputa, le parecía una excelente oportunidad para defender

que, si Lady Macbeth tuvo hijos, fue sólo uno, asesinado por su primer marido. En el caso de las obras poéticas, mi conjetura suele ser que, para los poetas, la poesía realmente nunca ha estado apartada de la vida, o todavía más: que la verdadera vida de los poetas son sus poemas. La vieja querella contra el formalismo parece caduca, pero aún en 2025 escucho a estudiantes de Letras escandalizarse con las lecturas de la poesía de Manuel Acuña, Xavier Villaurrutia o Rosario Castellanos que apelan a ese caos de rasgos humanos que anteceden la escritura de cualquier obra literaria, aunque sea menos común en el caso de las escritoras a quienes, en sentido contrario, se les ha reducido a la expresión de anécdotas, testimonios o sentimientos, como si la métrica fuera cosa de hombres.

Esta edición de la obra poética de Laura Méndez rompe con ese pretendido supuesto. Podemos empezar por aclarar que el libro está integrado por dos grandes secciones. La primera, contiene un extenso estudio introducto-

rio, en el que Ángel José Fernández plantea el estado actual de la poesía de Laura Méndez, esto es, la historia de las composiciones íntimamente ligadas a su biografía, a los sucesos históricos que la envolvieron, así como a la interpretación de las posibles ausencias o silencios en su producción; seguida de una revisión de sus editores así como de una prolija exposición de las fuentes. La segunda parte presenta la obra poética hasta ahora conocida de Laura Méndez. Expresamente, esta edición no intenta ser una reunión completa ni definitiva de un corpus que aún podría nutrirse con versiones nuevas, composiciones desconocidas, o el hallazgo de algunas piezas de las que apenas tenemos noticia, pero que no han sido recuperadas por el estado que guardan nuestros archivos y repositorios en México. La obra aquí reunida —64 composiciones originales y 20 versiones, imitaciones y traducciones— se nos presenta como una versión fijada de los poemas, con aparato de variantes, respecto a los cambios autorizados en

el momento por su autora y enmienda de las erratas de imprenta que se han reproducido a través de las décadas, para mostrarnos una versión más íntegra de la obra poética, que pueda servir de base a estudiosos, antologadores o cualquier lector. Además, los poemas vienen acompañados de notas del editor, en las que puede apreciarse la investigación que está detrás de esta compilación. En ellas se nos brinda una explicación de cada poema, el contexto biográfico e histórico en que surge, además de una historia mínima de la elección de las formas, las metáforas e imágenes más recurrentes.

Sin duda, el ejercicio de la crítica literaria puede enriquecerse al leer las obras del pasado con los lentes de nuestro tiempo, sea cual sea el nombre que tomen las herramientas de la hermenéutica en boga, pero este anacronismo electivo nos conduce muchas veces a olvidar que las obras aparecieron en horas, en momentos específicos, si se pretende, por ejemplo, aspirar a comprender el sentido primario de tal o cual

poema. Prevenidos contra el riesgo que entraña una confusión de la naturaleza que hemos mencionado, podemos tratar sin temor el tema fundamental de esta reseña: valorar una propuesta de lectura como la que nos entrega Ángel José Fernández en esta compilación. Cuando se distingue en el ejercicio de la crítica literaria una tendencia a encontrar en los poemas una finalidad humana, un sentido histórico y tradicional, una esencia —digamos— estrictamente subjetiva, se puede inferir que nos hallamos ante una propuesta de análisis e interpretación que se ha ido tejiendo a partir de dos hebras principales. Primero está aquella que podríamos denominar como la argumentación biográfica del corpus poético. La biografía aspira a la documentación exhaustiva tanto de la vida privada como de la vida pública de una persona: cuándo nació, dónde fue bautizada, con quién se casó, quiénes fueron sus padrinos, sus amantes, sus detractores. En pocas palabras: la argumentación biográfica de Fernández quiere

desentrañar el misterio de una existencia a través de sus poemas e intenta alcanzar la amistad vicaria de Laura.

Veamos por caso, cómo al desvelar el “intríngulis amoroso” entre Méndez Lefort, Agapito Silva y el malogrado Manuel Acuña, nos expone el “Estudio introductorio” la siguiente secuencia de acontecimientos:

"Puede señalarse, en vista de la ingente cantidad de poemas arreglados en honor de Laura por parte de Agapito Silva, casi todos abundantes de tonos sentimentalistas, la existencia probada de una relación, la cual, además de haberse dado en la realidad, ocurriría en forma velada e intermitente, y a veces simultánea a la sostenida entre Laura y Manuel Acuña, en torno a esas rupturas de relación constantes como lo señalan, en número y suficiencia, los poemas del ciclo compuesto por el saltillense en honor de Laura. Todo parece indicarlo, pues al desvelarse esta relación triangular (al haberla descubierto Acuña o por habérsela confesado Laura a Manuel, tal como se desprende

de la lectura del poema "¡Adiós" [...] sobrevino la ruptura definitiva entre Manuel y Laura, sin importar, inclusive, el embarazo consumado en torno a tan crítica situación y —meses más tarde— el nacimiento de su hijo natural, bautizado como Manuel Guillermo Acuña Méndez" (16-17).

Queda entendido, así, que la revisión pormenorizada del material humano atañe no sólo a la recolección de testimonios de época, archivos parroquiales o libros de historia, sino a las representaciones necesarias para documentar el paso de esta escritora por el mundo: cuáles fueron sus intereses, en qué periódicos publicaba, cómo se ganó el sustento diario, a qué atribuir sus prolongados silencios en el mundo literario. En México, la consulta de primeras ediciones así como el escrutinio de la prensa histórica es una tarea particularmente difícil, pero si esta compilación parece alcanzar a retratar el periodo exacto en que escribió su protagonista, también al dominio de estas fuentes se debe. He mencionado líneas arriba que la

estrategia de lectura de Fernández está basada en dos hebras principales, una de las cuales ha sido la argumentación biográfica; pues bien, la segunda consiste en el dominio de la retórica. Es precisamente esta cualidad en la argumentación lo que eleva la imagen de Laura Méndez más allá de una extraordinaria mujer de su tiempo para enfatizarla como una extraordinaria poeta de su tiempo; desposeída, como expone el propio Fernández, de impostados feminismos, pero nunca de feminidad. El sonido de la lírica de Méndez de Cuenca aparece precisamente cuando se le pone en diálogo no sólo con los escritores de su generación sino al contrastarla con los de su época.

Podemos apreciar a partir de la lectura de Fernández que la expresión creativa de Laura Méndez la conduce a la elección de una aspiración clásica para su poesía, de inspiración romántica. De esta manera, es posible distinguir a través de las etapas de iniciación y madurez de su producción los grandes tópicos de

la desgracia y la pérdida, en un primer momento; el compromiso social que da la voz a los desprotegidos, en un segundo, y, finalmente, el regreso al diálogo íntimo y de expresión modernista. Estados del espíritu que nunca cayeron en los excesos del preciosismo ni el manierismo, pero que mantuvieron sus versos con apego a las formas del canon: el soneto, las composiciones con versos pareados, los poemas con tercetos encadenados, en cuartetas, quintetas, quintillas, serventesis; recurrió a la jaula de oro de la décima; otras, a las estructuras romanceadas cuando no a la libertad de la silva. Su virtud común fue la desconfianza en la fácil resolución de un programa en verso, la idolatría de una vanguardia o una falsa tradición. Lejos de la distinción escolar entre forma y contenido, se nos muestra que Laura dominó la concordancia entre el tema elegido y el valor supremo de la estética que es la ética.

Laura Méndez no le roba a ninguna nación ni a ningún grupo literario, sino mantiene esa

condición de honradez basada en la introspección inevitable. Esta actitud no provoca una producción exuberante, de hecho, como nos explica Fernández, la autora no reunió ni organizó su obra poética ni publicó en libro colección alguna de sus poemas, salvo la preparación de un tomo de cuentos en verso, pensado como texto escolar complementario para la educación de los niños. Pese a que el manuscrito fue rechazado, por cambios en la política educativa de la Secretaría de Instrucción Pública más que por su valor literario, el único par de “cuentos” que llegaron a la prensa nos demuestran su intención de hacer del verso un espacio para la enseñanza contigua de la fábula, como en el caso de “Los capones de Navidad”, donde a la par de una lección de la desobediencia y sus implicaciones, reconocemos la tesis moral del arte, que permite perder y recuperar la pureza a un mismo tiempo.

Comencé esta reseña bajo la certeza de que la vida de los poetas son sus poemas; pues bien,

algo equivalente podría afirmarse para los editores. No es difícil comprobar que esto es cierto en el caso de Ángel José Fernández. Su amor literario y su magisterio están plasmados en esta obra que tanto sus lectores como sus alumnos reconocen.

DIEGO ARMANDO LIMA
MARTÍNEZ
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sobre las autoras y los autores

RENÉ ARAYA ALARCÓN

Estudió Psicología y Literatura y Lingüística Hispánicas. Es magister en Ciencias Sociales, mención política, magíster en Liderazgo Educacional y doctorando en Literatura Hispanoamericana Contemporánea. Fue Becario de la Fundación Pablo Neruda para la creación poética. Ha publicado los ensayos *Obama: escenas del fin de la política* (2016), *Apocalipsis, la política del desconcierto* (2019); las novelas *Cautiverio feliz* (2022), *Oración por Chile* (2023) y *Buen pastor* (2024) y el volumen de cuentos *Cruelles y salvajes* (2022). Además, ha publicado artículos en revistas especializadas sobre gestión escolar, educación superior, arte, filosofía y literatura.

EZRA GIBRÁN GUZMÁN MAGAÑA

Estudió la Licenciatura en Letras Españolas y la Maestría en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Guanajuato. Actualmente cursa el Doctorado en Humanidades- Línea de Teoría Literaria en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Sus líneas de investigación son: poética, literatura argentina y mexicana, y pensamiento literario. Ha participado como ponente en numerosos congresos nacionales y ha publicado artículos académicos y capítulos de libros como “La belleza incómoda”, en *Otros modos de ver: el microcosmos literario de Guadalupe Nettel* (Universidad de Guanajuato, 2020).

ALEJANDRA HURTADO TARAZONA

Actualmente es investigadora y editora en la Secretaría de Ciencias, Humanidades, Tecnología e Innovación (México). Integrante del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores, Nivel I. Desarrolló un proyecto sobre edición independiente mexicana y depósito legal en su estancia posdoctoral en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es doctora en Creación y Teorías de la Cultura de la Universidad de las Américas Puebla (México), donde desarrolló una investigación sobre edición independiente en el campo editorial mexicano del siglo XXI; magister en Literatura de la Universidad de los Andes (Colombia) y profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia). Sus más recientes publicaciones son: “Identificando ausencias: incentivo del depósito legal de la producción de editoriales independientes mexicanas contemporáneas en la Biblioteca Nacional de México”, *e-Ciencias de la Información* 14 (núm. 2, julio de 2024); “Edición independiente crítica en el campo editorial mexicano contemporáneo”, Vinco, *Revista de Estudios de Edición* 3 (núm. 2, diciembre de 2023); “Edición independiente mexicana del siglo XXI: depósito legal y cobertura en el catálogo Nautilo de la Biblioteca Nacional de México”, *Encontros Bibli* 28 (enero-julio de 2023).

JOSÉ SÁNCHEZ CARBÓ

Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de cuentos: *El maldito amor de mi abuelita* (2000, 2003), *En realidad no es una historia de amor* (2005), *La reunión de los patéticos* (2010) y *Con las costillas intactas* (2012); así como los libros de crítica: *La unidad y la diversidad. Teoría e historia de las colecciones de relatos integrados* (2012) y *Mapa literario de identidades. Formas de (des)integrar*

el espacio en el relato hispanoamericano (2018). Asimismo, ha coordinado los libros colectivos: *Narrativa vitral contemporánea* (2015) y *Poder y resistencia en la literatura latinoamericana* (2019). En colaboración con otros colegas ha coordinado los libros *Nos queda el presente. Libertad de escritura en tiempo de pandemia de la Covid 19* (2021), *Transculturaciones de la crítica literaria en Latinoamérica I* (2022) y *Literatura aplicada en el siglo XXI. Ideas y prácticas* (2022). Ha sido colaborador en diversas revistas y suplementos literarios; y publicado en varias antologías de cuento y crítica literaria en México, Colombia, Brasil, Estados Unidos, Canadá, Hungría, Italia y Argentina. Ha sido becario del FONCA-Secretaría de Cultura de Puebla (2002) y del CONACYT para estudios de doctorado en el extranjero (2004-2008). Es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I. Actualmente profesor-investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad Iberoamericana Puebla.

ADÁN TATEWARÍ HERNÁNDEZ MEDELLÍN

Es licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Titulado con mención honorífica con la tesis “Maniobras de Cristo en mi cabeza. Una lectura de Hospital Británico de Héctor Viel Temperley”, que usó como base para su libro “El cielo trepanado. Sobre Hospital Británico de Héctor Viel Temperley”, ganador del Premio Bellas Artes de Ensayo Literario José Revueltas en 2019. Actualmente, cursa la Maestría en Literatura Hispanoamericana en El Colegio de San Luis, donde desarrolla una tesis sobre “Plata quemada”, de Ricardo Piglia. Sus líneas de investigación se centran en la narrativa mexicana e hispanoamericana del siglo xx y xxi, con especial atención en la Generación del Medio Siglo mexicano y los autores del Post-Boom en Argentina.

RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ

Es doctor en Filosofía por la Universidad Veracruzana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I. Miembro Ordinario del Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Profesor investigador del Colegio de Filosofía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Sus recientes artículos publicados son: “De la ética a la teología. Una mirada desde la fenomenología de Edmund Husserl”, *Revista Estudios* 119, (vol. XIV (ITAM), 2016, pp. 33-52); “Ética y amor en la filosofía de Edmund Husserl”, *Universitas Philosophica*, 32 (núm. 64, 2015, pp. 179-196); “El problema de la crisis desde la fenomenología de Edmund Husserl”, *Escritos* (vol. 23, núm. 50, enero-junio de 2015, pp. 157-177. Sus libros recientes son: *Introducción al personalismo de Edith Stein*, prólogo de E. González Di Pierro, México, Universidad Pontificia de México, 2016; como coordinador: *Reflexiones sobre el hombre y la cultura. Ensayos para pensar el presente* (IVEC/CONACULTA, 2016) y junto a Sandra García Pérez, *Meditaciones sobre la filosofía de Ortega* (UV-Torres Asociados, 2016)

IVÁN GABRIEL DALMAU

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA), licenciado y profesor en Sociología (UBA). Doctor en Ciencias Sociales y posdoctorado en Ciencias Sociales (UBA). Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la Facultad de Ciencias Sociales (FSoc) de la UBA, bajo la dirección del Dr. Marcelo Raffin y la codirección de la Dra. Cristina López. En el IIGG, se desempeña como coordinador del Programa de Estudios Foucaultianos y como codirector del Grupo de Estudios Críticos en Política, Derecho y Sociedad. Profesor Adjunto de Episte-

mología de las Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de San Martín y Docente Auxiliar de Filosofía (FSOC-UBA). Investigador externo del Grupo “El problema de la alteridad en el mundo actual”, dirigido por el Dr. Francisco Vázquez García en la Universidad de Cádiz. Miembro de la Red Iberoamericana Foucault, radicada en la Universidad Complutense de Madrid.

AURELIANO ORTEGA ESQUIVEL

Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo en la Universidad de Guanajuato. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores y Profesor con perfil PRO-DEP. Ha sido profesor e investigador en instituciones privadas (Enciclopedia de México, 1977-1979) y públicas (UNAM 1977-1982; INAH, 1978-1981). Ha presentado ponencias y dictado conferencias científicas y de divulgación en eventos nacionales e internacionales, y realizado estancias académicas en el país y el extranjero (España). Fundó y coordina, a partir de 2004, el *Seminario de Filosofía de la Historia y Pensamiento Iberoamericano* en la Universidad de Guanajuato. Ha publicado artículos y capítulos sobre cultura, política y sociedad en libros, revistas especializadas y suplementos culturales y políticos, tanto mexicanos como extranjeros. Entre sus libros se cuentan: *Historiografía e identidad y otros ensayos sobre la filosofía de la historia mexicana* (2009); *Ensayos sobre México* (2014); *José Revueltas: Los usos de la dialéctica* (2016); *Filosofía mexicana* (2019); *Ensayos sobre marxismo crítico en México* (2019) y *Crítica e identidad. Ensayos sobre la cultura nacional mexicana* (2020). En 2010 fue nombrado “Profesor honorario” por la Universidad Autónoma de Madrid. En el año 2014 participó en la fundación de la “Cátedra José Revueltas de Filosofía y Literatura” de la Universidad de Guanajuato. A partir de 2018 es Coordinador de la Sub-

Sede Universidad de Guanajuato de la Red Unitwin/Catedra UNESCO para la Lectura y Escritura. Entre 2022 y 2024 fue presidente de la Asociación Filosófica de México A. C.

RAMÓN SANZ FERRAMOLA

Adscrito al Instituto de Investigación en Ciencias Humanas y Sociales - Universidad Nacional de San Luis (UNSL), Argentina. Es doctor en Filosofía (UNCuyo, 2007), posdoctor en Ciencias Sociales (UNC, 2017). Interesado y especializado en el cruce disciplinar entre la bioética y la epistemología. Director de proyectos de investigación (2006 a la fecha) en temáticas relacionadas al cruce entre la epistemología y la ética. Actualmente dirige el Proyecto de Investigación *Ética, bioética y derechos humanos en el sur global*. Dirige y ha dirigido tesis de grado y posgrado, pasantías y becas de investigación. A la fecha ha dirigido cinco tesis doctorales finalizadas, codirigido una tesis doctoral finalizada, dos tesis de especialización finalizadas y codirigido una tesis de maestría finalizada, todas aprobadas con la máxima calificación. Actualmente dirige cuatro tesis doctorales en curso. Actualmente co-dirige dos becas posdoctorales CONICET. Es Director de la carrera Doctorado en Educación de la UNSL, categorizada “A” por CONEAU (2023). Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: con Domeniconi, R. y Di Lorenzo, L. (compiladores y editores) *Ampliando perspectivas, horizontes y senderos epistémicos* (Nueva Editorial Universitaria / UNSL, 2024); con Ortega Morales, H. y D. Bianchi, escribió la “Presentación de dossier Psicología de los pueblos de Nuestra América. Corazonar y Sentipensar los caminos de la liberación”, *Revista Pacha* (vol. 5, núm. 13, 2024); con Cándido Sanz García, “El patrimonio cultural inmaterial musical latinoamericano en su dimensión pedagógico-política”, *Argonautas Revista de Educación y Ciencias Sociales* (vol. 12, núm. 19, noviembre

2022-abril 2023, pp.23-35), y “Bioética y Derechos Humanos en el Sur Global”, *REDHES, Revista de Derechos Humanos y Estudios Sociales* (año XIII, núm. 25, enero-junio de 2021, pp. 123-150).

LUCIANA MARIÑELARENA DONDENA

Es doctora en Psicología, profesora responsable del espacio curricular “Psicología del Desarrollo” en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Ha colaborado en varios artículos académicos junto a varios autores y autoras, como: “Enseñanza de Historia de la Psicología en Argentina. Un estudio de caso”, *Revista Memorandum* (2024); “La psicología evolutiva y la psicología del desarrollo en la Universidad Nacional de San Luis: un estudio comparativo entre las carreras de psicología y ciencias de la educación”, *Cuadernos de Neuropsicología / Panamerican Journal of Neuropsychology* (2024); “Child and Human Development in perspective”, *Newsletter of History of Applied Psychology, International Association of Applied Psychology (IAAP)* (2023).

SAMUEL RICARDO ESPINOZA VENZOR

Es maestro en Filosofía. Actualmente adscrito a la Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Autónoma de Chihuahua. Sus líneas de investigación son: Bioética, Transhumanismo, Posthumanismo, Filosofía de la Biología, Filosofía de la Tecnología, Fenomenología, Filosofía del Cuerpo. Sus recientes publicaciones son: “Desafíos contemporáneos: El posthumanismo crítico como marco de acción frente a la problemática ecológica”, *Revista Sarance* (2024); “El movimiento transhumanista antienvejecimiento: fundamentaciones para un ecocidio”, *En-Claves del Pensamiento* (2025); “Fragilidad, Mor-

talidad y Vulnerabilidad en la Ontología de la Vida: Hacia una propuesta de Categorías Biontológicas”, *Revista Sarance* (2025).

MÓNICA URIBE FLORES

Es doctora en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora-investigadora del Departamento de Filosofía, de la Universidad de Guanajuato. Su línea de investigación es la Estética y Filosofía del Arte. Entre sus recientes publicaciones se encuentran: “La estética ampliada como terreno de subjetividades contemporáneas”, en el Dossier “*Configuraciones de las subjetividades contemporáneas*”, *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología, BUAP*, (2024); “Aesthetic Dimension: Dynamic Sensibility”, en Valery Vino (ed.), *Aesthetic Literacy* (vol. I, Mont Publishing, 2022); “La apreciación de la naturaleza en la estética contemporánea”, *Rasgos y tendencias del pensamiento contemporáneo* (Itaca, pp. 344-408).

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rectora general

Dra. Claudia Susana Gómez López

Secretario general

Dr. Salvador Hernández Castro

Secretario académico

Dr. José Eleazar Barbosa Corona

Secretaria de Gestión y Desarrollo

Dra. Graciela Ma. de la Luz Ruiz Aguilar

Titular del Programa Editorial Universitario
y Coordinadora de la Cátedra

José Revueltas de Filosofía y Literatura

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón

CAMPUS GUANAJUATO

Rector

Dr. Martín Picón Núñez

Secretario académico

Dr. Artemio Jiménez Rico

Directora de la División de Ciencias Sociales
y Humanidades

Dra. Krisztina Zimányi

SUMARIO

“Oyendo de lejos un zumbido de enjambre mecánico”. Aceleración social y movibilidades capitalistas subalternas en *El corredor o Las almas que lleva el diablo* (2023), de Alejandro Vázquez Ortiz
RENE ARAYA ALARCÓN • La inmortalidad del relato. “Hierbas aromáticas” de Ángel Bonomini
EZRA GIBRÁN GUZMÁN MAGAÑA • Transformaciones de la categoría “independiente” en el campo editorial mexicano (siglos xx-xxi)
ALEJANDRA HURTADO TARAZONA • La literatura sobre perpetradores: *Hijo de la guerra* de Ricardo Raphael
JOSÉ SÁNCHEZ CARBÓ • El espíritu del mal: El narrador acusador y la violencia mimética en “Viernes: La hora inmóvil” de Juan Vicente Melo
ADÁN TATEWARÍ HERNÁNDEZ MEDELLÍN • ¿De qué hablamos cuando hablamos de la historia? Esbozo de una fenomenología de las narrativas
RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ • La analítica de la gubernamentalidad foucaultiana como herramienta para problematizar la descalificación neoliberal del ejercicio del poder público
IVÁN GABRIEL DALMAU • Sobre la categoría de “pueblos originarios” [Apuntes para una historia conceptual]
AURELIANO ORTEGA ESQUIVEL • DOSSIER: PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS DE LA BIOÉTICA • Bioética: la ética del primer cuarto de siglo XXI
RAMÓN SANZ FERRAMOLA y **LUCIANA MARIÑELARENA DONDENA** • La racionalidad tecnocientífica del antienviejecimiento: una crítica bioética, epistémica y política al biocapitalismo trashumanista
RICARDO ESPINOZA VENZOR • La naturaleza como comunidad en la ética de Aldo Leopold
MÓNICA URIBE FLORES • RESEÑAS • Una visión esclarecedora y crítica de la Bioética
JAIME TRUEBA CÉSAR • El catalejo aristotélico: traducción al español de un tratado barroco de retórica y poética
GENARO VALENCIA CONSTANTINO • Edición y poesía de Laura Méndez de Cuenca
DIEGO ARMANDO LIMA MARTÍNEZ • Sobre las autoras y los autores.

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO

